

LO PRIMERO
es no hacer
DAÑO

SÓNIA A. KIRCHEN



LO PRIMERO
es no hacer
DAÑO

SÒNIA A. KIRCHEN

Este libro no podrá ser reproducido, distribuido o realizar cualquier transformación de la obra ni total ni parcialmente, sin el previo permiso del autor. Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen en ella, son fruto de la imaginación de la autora o se usan ficticiamente. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, lugares o acontecimientos es mera coincidencia.

Algunos fragmentos de canciones incluidos en este libro se han utilizado única y exclusivamente como intención de darle más realismo a la historia, sin intención alguna de plagio.

Título original: En la piel del Lobo

©Sònia A. Kirchen 2019

Diseño de portada: Sònia A. Kirchen

Diseño de portada: Luce Monaznt G.

Encuadernación: Sònia A. Kirchen

Corrección: Sònia A. Kirchen

Depósito legal: B-5.678-2018

Esta novela fue autopublicada en Amazon julio 2019

A Paula,

No hay día que tu mirada no me dé fuerzas, ni tu
sonrisa alegría.

Colmas mi vida de vida.



ÍNDICE

PRIMUM NON NOCERE

ABLATA CAUSA TOLLITUR EFFECTUS

CONTRARIA CONTRARIIS COLORANTUR

ACUTI MORBI IN QUATTUORDECIM DIEBUS IUDICANTUR

NATURA SANAT, MEDICUS CURAT

LAC POSTUM VINUM VENENUM

NON SIBI SED OMNIBUS

CONFESSUS PRO IUDICATO HABETUR.

¿QUIS CUSTODIET IPSOS CUSTODES?

AUDE SAPERE

NON OMNE QUOD LICET HONESTUM EST

ECCE VENIO

QUIA IPSE MECUM NON POSSUM

PALMAN QUI MERUIT FERAT

FATA VIAM INVENIENT

FACTA, NON VERBA

PRIMUM NON NOCERE



Hay un punto de inflexión en la vida de todo individuo para detenerse y reflexionar. En términos generales esa necesidad no suele abordarnos estando en la cúspide, ¡ja!, ahí es el momento de demostrar al resto hasta dónde se puede llegar, omitiendo, por supuesto, cuánto se ha sacrificado por el camino.

La gran mayoría maduramos al invertirse la pirámide, ya obligados a escalar huyendo de esas intensidades desmoralizadoras que, aparte de introducirnos en el hoyo, pretenden que sigamos escarbando en el remordimiento para ser sepultados con la tierra de los márgenes que hemos ido extrayendo, de ahí el refrán: *estar cavando tu propia tumba*.

En fin, cualquier vida, se compone de rutina, mas son los imprevistos quienes cambian la dirección. Unos bombardeos que destruyen la vía encaminándote por otros itinerarios, mejores o peores... o igual de ordinarios, pero capaces de alterar el bucle durante un periodo.

Nacemos vinculados a unas estructuras sociales establecidas, y si formamos parte de una familia tradicional o al uso, tomamos como paradigmático esa manera de vivir.

La educación también influye. En las escuelas, dan mensajes contradictorios, un día te dicen: «sé tú mismo», y al otro te envían a meditar a la biblioteca por haber saltado sobre la mesa del profesor. Esa paradoja también interviene en el propio espíritu crítico desviando unos grados la personalidad imitada de nuestros progenitores, así, generación tras generación, siglo a siglo, las mentalidades van cambiando, porque, no nos engañemos, el

mundo no lo mueven las copias, sino la trasgresión y los excentricismos... ¿O qué habría sido de la humanidad si una célula no hubiera mutado? Pues, eso.

Decidí estudiar medicina imbuida por la profesión de mi padre y me especialicé en pediatría de manera vocacional, convirtiendo un empleo en una afición a la cual destinar horas ni resultaba pesado ni molesto, incluso haciendo más guardias que un centinela, aun no dedicándole al paciente todo el tiempo que se merecía.

Sí, me consideraba bendecida en ese aspecto. Iba feliz al hospital, conversaba con el resto de los compañeros, intentaba atender con una sonrisa incluso sufriendo dolor de muelas y siempre sacaba un ratito para jugar con los pequeñines antes de hacerles pasar un mal rato con una prueba desagradable.

En lo personal, tampoco me quejaba. Conocí a mi marido al inicio del MIR^{II}, era íntimo del novio que más le duró a Coral, mi colega y mejor amiga, y comenzamos a coincidir.

Tras tontear un par de años, decidimos casarnos.

Él es farmacéutico, y su profesión viene de casta. Sentía el orgullo rancio de considerarse un vestigio de sus antepasados, ¡como si se hubieran codeado con Alcmeón de Crotona! Así, imaginaos lo divertidas que eran las comidas familiares, agrupados en la misma mesa boticarios con solera y curanderos de segunda generación.

Sin embargo, también la costumbre da alas a la rebeldía y paso a paso, espacié las visitas hasta coincidir solo en las fechas señaladas e ineludibles, por esa manía de mantener ritos impuestos profesando dogmatismos sociales antediluvianos.

Éramos una pareja joven y tradicional, que aparentábamos tener más de lo que poseíamos, es decir... nada.

A resultas, el piso, muebles incluidos, era alquilado, disponíamos de ropa cara y elegante que, de concurrir con la misma gente, estábamos obligados a no repetir, un par de coches de leasing y las vacaciones en parajes exóticos pagadas a plazos.

Simplemente éramos dueños de nosotros mismos y de nuestras carreras, que por fortuna costeaban los excesos derivados de esa absurdez por presumir de un estatus ficticio.

No obstante, de manera puntual —sobre todo al aproximarse mi

cumpleaños—, esa variz existencialista que a todos se nos dilata alguna vez, fastidiaba listando los sueños incumplidos, y ese día, aún irradiando el sol, para mí, amanecía nublado y en consecuencia sombreaba con mi humor perruno al resto de los acólitos. Si a eso se añade el síndrome premenstrual —del que todas las mujeres reniegan— el drama estaba servido.

Aquella mañana suspiraba con más ahínco de lo normal. La gestión de tomar aire se interrumpía por las ridículas y profundas inspiraciones que ni tenían motivo ni mejoraban mi ánimo.

Que las urgencias se trataran de padres desesperados porque sus hijos aún lactantes acumulaban más mocos que un saco de babosas, no distraían la atención de mis singularidades, al contrario, me consideraba un instrumento de diagnosis mecánico reproduciendo pautas marcadas, ofreciendo los mismos consejos brindados por internet.

Y no es que prefiriera atender a un pequeño con la cabeza abierta o con patologías serias, pero sí hubiera agradecido algo de movimiento con el que huir del letargo... No sé, un simulacro de evacuación orientado por los bomberos, la llegada de una ambulancia con un enfermero tipo Thor, un ovni aterrizando en el helipuerto con la misión de abducirme... Esto último en el supuesto de que todos los tripulantes vinieran de la galaxia Thor-menta, y los *Thormentianos* —seres de paz y amor— estuvieran interesados en perpetuar su especie con mis genes.

A lo mejor también la carencia de sexo influía en mis suspiros. Y suspiré de nuevo.

—¿Puedo pasar? —Coral asomaba la cabeza sin traspasar el quicio de la puerta entre nuestras consultas.

—Sí, esto está más tranquilo que un cementerio de vampiros a las tres de la tarde.

—¿Te apetece tomar unas cañas al acabar la guardia?

—Nico quiere dejar el tema de las vacaciones zanjado. —Resoplé con hartazgo.

La idea de pasarme la tarde entre folletos de agencias y ofertas de tour operadores era tan seductor como contemplar el crecimiento de una lombriz de tierra. Y pensé en Thor de nuevo.

—¿Y eso no lo puede hacer él solito? Para el caso, siempre acabáis en lugares llenos de arena y cocos.

—Tienes razón. A mí, con una hamaca y la pulsera para hincharme a Caipiriñas me basta.

—Aún recuerdo nuestro último viaje a Nueva York. ¿Sabe tu *hubby*^[2] que no había ningún seminario? —Reímos cómplices.

—Por mí, no. Y de saberlo, disimula increíblemente bien.

—¡Bah! Deberías de haberte tirado al tipo del pub de billar.

—¡Maldita conciencia la mía! —seguí la broma.

Hablar de agua pasada no comprometía mi honestidad, aunque de habérmelo encontrado hoy, con mi humor y mis hormonas en plena necesidad de apareamiento, de la consulta habría salido muy cansado...

¡Ja! No me lo creía ni yo.

—Entonces, ¿qué?

—Le diré a Nico que doblo la guardia y me quedo a dormir en tu casa.

—¿Otra mentira?

—¡Y las que no conoces! —mentí.

Tener una amiga con alergia al compromiso y a la fidelidad era más bendición que suerte. Me encantaba aquella frescura con la que se expresaba, no sentía remordimientos ni tenía la necesidad de engañar a nadie por evitar malas caras o una riña absurda.

Coral era tan sincera como embustera si le apetecía.

—Ayer me encontré al Doctor Calavera. Me preguntó por ti. —El apelativo le acompañaría al buen hombre a la tumba.

—¡Ostras! Debe de estar a punto de jubilarse.

—Sí, eso me comentó. Ejerce en una consulta... En un pueblo del norte.

—Vida de asceta...

—Por lo visto hay más nacimientos allí que en toda la provincia. No pueden prescindir de un pediatra. Intuyo que va a proponértelo.

—¡Venga ya! ¿Qué hago yo aislada entre las montañas? ¿Y Nico? No lo veo abandonando su farmacia último modelo.

—Nico... —Fijó inquisitiva su mirada en mis pupilas distraídas—. ¿Qué sucede con Nico?

—Nada... —y no la engañaba, entre nosotros jamás pasaba nada de nada.

—Pues chica, debería de pasaros de todo.

—Dedicamos muchas horas al trabajo, es normal.

—¡No, en absoluto! Si yo puedo destinar las mismas horas que tú a pasar consulta, salir de marcha y disfrutar la noche intercambiando fluidos con un tipo macizo, también puedes hacer lo mismo con tu marido.

—¡Has sido tú la instigadora para abandonarle esta noche!

—¡Ah, no! ¡Guapa, por ahí no paso! Podías haberle invitado a venir o incluso proponerle una cita picante.

—¡Bah! Estamos casados, lo más picante que iba a encontrar en casa es el bote de tabasco.

—¡Espabila, tía! Las mujeres también pueden exigir sexo.

—Coral, ya. Corta. Ni me apetece sexo con Nico ni con otro que no sea Thor.

Abrió la boca en los grados de un Muppet y tras un par de segundos

sosteniendo la sorpresa cerró los ojos para negar de impotencia.

—¿Sabes? Nos vamos a emborrachar, así de aparecer Thor serás capaz de acercarte y con suerte sujetarle el martillo.

Las copas fueron llegando a la mesa para desaparecer garganta abajo. Nos reímos de todo cuanto nos rodeaba. A medida que el alcohol comenzaba a hacer estragos en nuestro decoro, los tíos se iban acercando aprovechándose de nuestra desinhibición y aceptamos sus invitaciones a tomar y a bailar.

El contoneo de Coral siempre causaba sensación, a pesar de enmascarar una cojera producto de una malformación de pelvis. De entre sus múltiples virtudes, envidiaba la facilidad de sacarle partido y provecho a cualquier situación.

—Hola, soy Héctor —sonó a mi oído mientras bailaba sola.

—Hola, Héctor. Soy Lucía —mi nombre real no tenía importancia.

—Te mueves muy bien.

—¿Prefieres que nos movamos juntos? —mi capacidad verbal estaba mermada por el alcohol, ni podía utilizar palabras muy sonoras ni me cerebro atinaría con el lenguaje formal... No hipaba por suerte.

—Me encantaría.

El tipo me tomó de la cintura. No estaba nada mal. La camisa se le ajustaba en plano al estómago y el pantalón sastre le favorecía.

Coral buscó mi mirada en un par de ocasiones, y, o bien con guiños o bien con cabezazos insistentes mal disimulados, me instaba a cometer adulterio. Ella parecía haber elegido con quien pasar la noche sin demasiadas exigencias y bailaba una lenta pegada al pecho de un tío moreno con buena planta.

Mi organismo se acaloraba por momentos, mi pareja de baile se había tomado el permiso de moverse rozándose sin pudores. Aún hoy un escalofrío me recorre la columna al recordarlo. Y es que el alcohol se asocia a la impudicia como los pecillos de río a las hormigas.

Con pasos medidos fuimos abandonando el tumulto de la pista principal.

—¿Te apetece una copa? —¿Otra más? No tenía facilidad para vomitar, pero mi estómago estaba al punto del rebose, justo lo contrario a mi sensatez que andaba riéndole las tontadas al tipo.

—No. Prefiero mantenerme en este grado de ebriedad.

No sé cómo. No sé qué le dio pie, pero de repente tenía sus manos

recorriendo mi cuerpo por encima del vestido y su lengua repasando mi cuello. Demasiado me estaba gustando aquel disparate en la clandestinidad del pasillo. En definitiva, la mente humana siempre se deja seducir por lo prohibido, para tener la cuota de mala conciencia en equilibrio con la que suponemos de ingenuidad.

Sentía un deseo irrefrenable de comprobar todo cuanto podía experimentar sobre el sexo entre penumbras, sin amor, sin sentimientos intensos, nada más a atracción beoda hacia un tipo que no volvería a ver ni a reconocer de encontrármelo de nuevo.

—¿Tomamos la última en mi casa?

¿Así acaban las locuras furtivas? ¿Revolcándose en una cama? ¿Eso qué tenía de diferente con el sexo conyugal?

Y pensar en el misionero con Nico me devolvió al presente, resoplando.

—No, mejor no.

—¿He dicho algo inapropiado? —Pobre, se había hecho a la idea de sacar al pichón del nido sin esfuerzo e iba precisar de una nueva tanda de copas seducir a otra más dispuesta.

—No, la verdad.

—¿Entonces? —El magreo cesó, aunque él seguía manteniendo el contacto visual con el brillo del deseo. Para su desgracia, yo había recuperado el decoro y perdido las ganas.

—Es que... —Me encogí de hombros y torcí el gesto—, no eres Thor.

Me dio por loca. Su mirada fija y su parálisis facial lo confirmaba, y aprovechando su estupefacción me di la vuelta para buscar a Coral entre el tumulto que brincaba con desenfreno el hit del momento.

Fue del todo imposible dar con ella, algo que habíamos previsto durante la cena, y como ya no éramos adolescentes, aun incurriendo en comportamientos tan poco meditados, busqué en mi bolso la copia de las llaves de su apartamento.

A solas, tras la ducha, estirada en una cama desproporcionada a las medidas de mi amiga, retomé las intensidades que casi me habían llevado a traicionar a mi marido, confundida al arrepentirme de no haberlo hecho.

El gran Miguel Delibes también debió pasar por algo similar cuando expuso que *la medicina podría prolongar nuestra vida, pero no iba a*

facilitarnos una buena razón para seguir viviendo.

ABLATA CAUSA TOLLITUR EFFECTUS



No doy nada por certeza absoluta, la única verdad incuestionable es que nos morimos una vez y por lo tanto lo ideal es impedir que suceda en más ocasiones durante la travesía. ¿Hay algo menos saludable que relacionarse con individuos agonizando por fascículos?

La clave está en exigirse no hacerlo y no habrá obstáculos imposibilitando que todo marche bien.

Pero si un día al sonar el despertador te planteas un segundo tirar la toalla, ahí, en ese instante habrás palmado un poco.

Por lo tanto, incluso manteniendo cada mañana un discurso íntimo sobre mi ligereza beoda de hacía un trimestre, mi vida continuaba como si tal cosa, sin embargo, ¿alguien tras descorchar una botella de champagne ha conseguido ponerle el tapón de nuevo sin dificultad? Así mis soliloquios no eran reflejos de una conciencia abochornada por el semiengaño a Nico, sino al conflicto emocional al no advertir esa congoja proverbial que estimulan los remordimientos.

En el Índico, amparada del sol por el baldaquín en tela crema, disfrutando de un cóctel tropical y de sus cálidas aguas mansas, pensar en cualquier tema tomaba una dimensión superflua y desenfocada. Las Maldivas tenían ese efecto, el azul atenuaba la percepción de los propios reconcomios y cualquier suspiro involuntario era la expresión del más puro placer.

Nico andaba distraído con su recién estrenada careta de snorkel, buceando

en círculos alrededor del bungalow, sintiéndose un escualo sin aleta dorsal y con poca hambre. Yo, de tanto en tanto, asomaba la cabeza por si debía auxiliarle, aunque lo complicado allí era ahogarse; de pie el agua no superaba la cintura.

Llené mis pulmones de brisa marina apartando el libro sobre nuevos procedimientos diagnósticos, para vegetar del todo con los ojos cerrados.

—Niña, —Su cuerpo mojado sobre el mío insolado provocó un contraste molesto y necesario—, te estás tomando en serio esto de descansar.

—Si debemos pagar nueve mil euros en los próximos seis meses, como mínimo que el recuerdo compense.

—Nunca estás conforme con nada, pones pegas a todo por principio.

—¡Bah! No me vengas con chuminadas. ¿Esperas que te demuestre gratitud hincándome de rodillas? —el comentario me hizo sentir la peor buena mujer, mas, para la palabra dicha ¿hay corrector posible?

—No, aunque podrías darme algo de cariño. Anoche te dormiste dejándome... melódico.

—Estoy femenina.

—¿De nuevo? —Siempre lo consideraré un hombre inteligente a pesar de sus preguntas.

—Ajá, es algo orgánico, sucede cada veintiocho días... Tú que estás en la luna podrías haberlo calculado sin problemas.

—No me vaciles. Una puñetera semana... ¡Una jodida semana en el puñetero año de vacaciones! ¡Y se te ocurre menstruar!

Debía de haber tomado algún psicotrópico y el retorno al espacio-tiempo actual le estaba sentando fatal.

—¿Todo se reduce a sexo? Contratas un viaje exclusivo para... ¿eso?

—¡No! Maldita sea, por descontado que no, pero ¡joder! —Se alzó con brusquedad ocupando su hamaca con ínfulas crespas.

—Nico, me gustaría saber qué pretendes con semejante actitud.

—Estoy harto de convivir con una súper mujer. —¡Venga ya! Haber si tanto buceo le había provocado un coágulo y estaba reteniendo el riego del sentido del ridículo. Yo le observaba dándole énfasis a mi perplejidad con una tanda de pestaños—. ¡Bah! ¿Te sorprendes? Llegas a casa y todo se reduce a glosar los sucesos del día.

—¿Y de qué pretendes que hablemos? ¿Del tiempo? —Bien era cierto que

su profesión no daba para publicar un anecdotario. Las mezclas para cremas y fórmulas magistrales no provocarían ninguna explosión, y la receta electrónica acabó con las confusiones producto de la grafía ilegible de la comunidad médica—. Además, la rutina es así, yo me siento cómoda con ella.

—Pues yo estoy hasta los huevos... —el tono de desgana era más enfático que la misma frase.

—¿Quieres espacio para ti? ¿Salir solo con tus colegas? —y no era una proposición irónica, después de todas las riñas del último mes, la idea de continuar con las guardias hasta resultaba apetecible.

—No quiero ir solo ni con amigos... quiero que me acompañe mi esposa, no la pediatra de urgencias.

¿Se trataba de celos profesionales? Había leído sobre eso, aunque asociarlo a su carácter de tipo orgulloso por sus logros y triunfador en su campo resultaba inconcebible.

Ambos dedicábamos muchas horas a actualizar nuestros conocimientos y a enriquecernos intelectualmente. Era lo propio, la juventud ofrece la oportunidad de superación, si no ¿cuándo? ¿Rozando el ocaso de nuestras vidas?

No me apetecía continuar con aquella trifulca marital y decidí mostrar mi lado zalamero y comprensivo con sus apetencias carnales, a fin de cuentas, menstruar no era un eximente para la cópula, solo lo convertía en algo menos pulcro y ni eran mis sábanas ni yo las debería llevar a la lavandería para eliminar restos orgánicos.

—Venga, no discutamos de nuevo, estamos de vacaciones. —Me senté sobre sus piernas, servil, y él me acogió entre sus brazos sonriente—. Disfrutemos de esta semana en el paraíso de todas las maneras que se nos ocurran.

—Nunca se te ha dado mal hacerme gozar, a pesar de que casi he olvidado el significado de sexo salvaje.

—Me niego a intimar en medio de la jungla —ironicé con el chiste fácil.

—Eso podría ser muy gratificante.

—Siempre que encuentres un páramo sin mosquitos y piedras...

El sexo con Nico era tan monótono como previsible. Tampoco conocía otro diferente ni me vi tentada a transformarlo en la versión Grey de marca blanca por descubrir otra. En cambio, aun en mi inexperiencia sobre prácticas más imaginativas, reconocía falta de chispa, carencia de disposición innovadora

invitando a repetir en lugar de evitarlo.

En eso también debía atribuirme parte de culpa.

Y es que el ser humano es una paradoja en esencia, vive aguardando la reacción de otro, dejando millones de cosas por decir, hacer, sentir... Pude haberme mostrado más desinhibida y dispuesta a nuevas experiencias, pero me mantuve a la espera de que él diera el primer paso... o que diera el paso siempre, suponiendo que era suficiente.

De vuelta al hospital, recuperar la rutina y el pulso del día a día consiguió una tregua entre Nico y yo. No lograba comprender qué nos sucedía, no llevábamos juntos el tiempo mínimo para estar aburridos uno del otro, no obstante, pasados los nueve días en aquel paraíso insular recobramos la fea costumbre de discutir por insignificancias.

Si en lugar de tres semanas hubiéramos disfrutado del mes completo, estaríamos tramitando el divorcio exprés.

Ya en mi ambiente, era más receptiva y hasta disponía de paciencia para escuchar todas las majaderías que me reclamaba.

—¿Paso? —Coral asomó la nariz sin acabar de cruzar la puerta.

—Sí, entra. He acabado con las visitas y la ronda. ¿Te apetece un café?

—Venga.

—¿Te has decidido ya? —pregunté mientras colocaba las cápsulas en la cafetera.

—Sí, me voy. Es una gran oportunidad, aunque me fastidia el tema del idioma.

—Con el inglés y el lenguaje de signos se llega a cualquier lado. —Estaba convencida de eso, así me defendía yo cuando viajábamos a lugares de los cuales no conocía ni el saludo.

—No quiero vivir esperando una plaza en el centro de salud o seguir haciendo guardias de por vida.

—Llevas una década probando todo cuanto te ofrecen, te adecúas a cualquier cambio, admiro esa capacidad de adaptación que posees.

—Y tú, ¿piensas acabar como jefa de pediatría? —apuntó añadiendo un guiño.

—Sabes que mi idea sobre cómo ejercer esta profesión es diferente. Yo escogí la especialidad valorando el apego con el paciente, por seguir su evolución desde el nacimiento hasta la pubertad... justo lo contrario de lo que hago ahora.

—Recupera la plaza en el ambulatorio.

—Coral, ¿qué diferencia hay entre ejercer en el hospital o un centro de atención primaria en una gran ciudad?

—¿Y la propuesta de Don Calavera?

—¿Cómo pretendes que acepte semejante despropósito?

—¿Qué dices?! Es tu paradigma de asistencia pediátrica. Me lo confesaste después de vuestra conversación. Un pueblo con un índice de natalidad en aumento que también atiende a las criaturas del resto de aldeas y pedanías.

—Está donde Cristo dio las tres voces. Nico no aceptará traspasar la farmacia después de la inversión en modernizarla.

—¿Es ese tu principal escollo? —En verdad, el único.

—Es inviable.

—Que la deje a cargo de otro, ¿no se las da de tan emprendedor? Podría montar una allí, o en la ciudad. —Adoraba aquella facilidad suya para encontrar soluciones a los problemas ajenos.

—Le mencioné el traslado por tantear el terreno... —Entre suspiros removí el café.

—Y la bronca fue espectacular.

—Tiene disculpa, sería muy egoísta pretender cambiarle la vida por un capricho.

—¿Capricho? ¡Ostras Paula! También lo es por su parte no procurar un acuerdo a medio camino.

—Puedo montar una consulta privada.

—¿Y qué te separa de la atención pública masificada? No te va a quedar otra que asociarte con las mutuas médicas. Tendrás la agenda atestada de visitas de no más de ocho minutos. Vas a ceder tu ilusión por no disgustar a tu marido... ¡No fastidies!

—Es sencillo hablar desde fuera.

—Has tomado la opción más cómoda.

—Coral, tú puedes ser drástica y marcharte a Islandia, yo no puedo decidir el futuro de dos al precio de uno.

—Lo que no has de consentir es desintegrarte por mantener a otro completo.

—Me dejé manosear por un desconocido...

—¿No estarás basando tu decisión en la culpa? —Negué.

—No, y me preocupa. Eso tampoco es normal.

—Deberías comenzar a buscar una perspectiva más valiente. Desengáñate, tú no estás enamorada, sino acomodada.

Fijando la mirada en el café ya frío, meditaba la afirmación de mi amiga. Iba a echarla tanto de menos que me ofuscaba más su marcha a mis

inseguridades.

Envidiaba su arrojo, ella, aun desconociendo la altura se lanzaba al precipicio. Era firme defensora del: «si otros lo hacen, todos podemos». Simplemente calculaba si el riesgo pagaba la pena, y si el resultado sumaba un entero, adiós a las reflexiones.

Una vez, tiempo atrás, le pregunté si llegaría a unirse a alguien, a formar una familia... y la respuesta fue un sí categórico, pero bajo unas condiciones irrenunciables y siempre que apareciera alguien sin la voluntad de apagarla.

Me tomé a broma la sentencia, en cambio, ahora que yo comenzaba a experimentar falta de energía, supe que hablaba muy en serio. Y siendo injusta, podía señalar a Nico como el tábano que me consumía, pero la realidad abatía al admitir que la malgastaba yo solita.

Continuar estanca entre las rutinas y sin proyectos prometedores que recuperaran mi ánimo, le estaba pasando factura a mi matrimonio, y con el deseo de ofrecer lo mejor de mí misma, tomé la determinación de hablar con mi padre y compartir su despacho médico. Así, con perseverancia, me haría un hueco entre los especialistas de la ciudad. Pacientes había para todos y mutuales exprimiendo al facultativo, también. Era cuestión de estudiarlo y compaginar el hospital con las consultas privadas durante un tiempo.

Me engrescó tanto la idea que durante aquella mañana revitalicé mi espíritu maquetando un futuro a medida.

La inminente marcha de mi mejor y única amiga se tradujo en una súbita soledad que me tuvo llorando varias noches. Aceptarlo era sencillo, asimilarlo se me hizo un mundo, y Nico, en lugar de mostrarse cercano, se burlaba de mi tristeza.

Durante aquellos días ni pensar en Thor me ofrecía consuelo, aunque sí me reconfortaba imaginar un Thor-pedo impactando en las cachas de mi esposo catapultándolo lejos, no sé, a alguna isla de Oceanía en la que aún se practicara el canibalismo.

Pasaba más tiempo en el hospital de lo imprescindible, cada vez me costaba más llegar a casa, iniciar una conversación vacía o escuchar sus quejas que yo atendía o bien con monosílabos o con interjecciones carentes de significado mientras revisaba el móvil, que es la versión moderna de bostezar.

Le quería, pero en la distancia.

—Adelante —respondí a los dos toques en la puerta sin levantar la mirada de la pantalla del ordenador.

—Buenos días, doctora.

—Buenos días, Agustín. ¿Qué necesitas?

—Le traigo los resultados de su última revisión.

—Gracias, déjamelos en la bandeja.

—¿Aquí? —la duda era motivada por la montaña de papel pendiente de revisar y firmar, con amenaza de alud.

—Sí, no te apures, su peso no motivará el derrumbe.

Lo depositó con cuidado y se marchó riendo.

La mañana estuvo de lo más entretenida, dentro de lo que un médico considera animado, así las visitas programadas con los pequeños se fueron sucediendo entre risas y lágrimas.

Estiraba los músculos de hombros y espalda cuando reparé en el sobre con los resultados de la revisión semestral realizada por el hospital a todos sus empleados, y aún reconociendo estar muy sana, la curiosidad me obligó a rasgar la solapa.

Iba leyendo sin demasiada atención hasta que un asterisco de advertencia me provocó sudar en frío.

—Detectado en muestra de orina valores de hCG. Debe solicitar consulta ginecológica.

Leí susurrando por acabármelo de creer. Posibilidades existían. Nico y yo discutíamos más de lo que practicábamos la reconciliación sexual, pero cuando estábamos a buenas si los astros se alineaban hacíamos uso del matrimonio, aunque empleando anticonceptivos de barrera. ¡Maldito dos por ciento de probabilidad de fallo!

Mis manos se habían agarrotado con el informe entre los dedos.

¿Qué debía de hacer? No estaba dentro de nuestro itinerario inmediato tener hijos. En unos años, cuando mi consulta funcionara y me sintiera más realizada diagnosticando anginas y varicelas...

¿Había pasado yo la varicela? No tenía la menor idea, mi madre con total seguridad ni lo recordaría y mi abuela ya no estaba para confirmármelo.

Tampoco iba a dramatizar, era primario asumirlo con madurez, si bien, el impacto acongojaba, opciones, drásticas o edulcoradas, existían y estaban colocadas en paralelo.

No me sentía capacitada emocionalmente para atender las consultas de la tarde. Distráida en mí, la concentración en los enfermos sería residual, era preferible recoger mis útiles y marcharme a casa.

—Agustín, no me encuentro bien, ¿puedes pedir a Rosa que me supla?

—No te preocupes, seguro que no tendrá inconveniente. Descansa.

—Si surge cualquier eventualidad...

—Nos podremos apañar sin ti. Va, tira, estaba visto que iba a pasarte factura todas esas horas de más y sin cobrar.

Abandoné el hospital aturdida, con la sensación de haber recibido un balonazo en plena cara, de los que no te tumban, pero amodorrán. Sin embargo, tras la parálisis inicial convertida en miedo, los destellos de la ilusión comenzaron a hacerse visibles igual al abdomen de una luciérnaga entre el pasto, y para cuando llegué al parquin ya soñaba con acunarlo entre mis brazos mientras aspiraba ese aroma tan gratificante que despierta la piel de cualquier bebé.

El futuro inmediato dejó de preocuparme, en cambio otros temores ocuparon ese lugar, en concreto constatar que estuviera madurando sin complicaciones dentro de mi vientre.

Introduje la llave en la cerradura y me sorprendió que no estuviera pasado el cerrojo. Atribuí el descuido a la asistenta, era la última en entrar y salir los viernes, tampoco había conectado la alarma, algo que mutó mi humor de dulce a molesto. En el piso la mayoría de los efectos eran de diseño de alta gama

financiados; de robarnos, deberíamos de hacer frente a las cuotas sin disponer del bien.

Mis hormonas, puestas a revolucionar mi interior apartando los órganos de su lugar, también se ocupaban de amplificar los sentidos y de repente unos ruidos —tirando a lamentos— me pusieron en guardia.

Algo que todavía estaba en proceso de mejora fue el sentido común traducido en cautela, así, en lugar de marcharme y llamar a la policía, opté por colarme de la cocina al lavadero, de allí al balcón, atravesándolo para llegar al baño que comunicaba con el dormitorio conyugal desde donde supuse provenían las jeremiadas, que para nada expresaban sufrimiento.

Con un sigilo desconocido en mí, que era de torpeza extrema en los momentos cruciales, traspasé el aseo de puntillas hasta el vestidor que tocaba con nuestra habitación.

Creo que mi primera bronca con Nico fue su obstinación en colocar unos preciosos paveses de vidrio de colores para que la estancia fuera más luminosa, yo me negaba a agujerear paredes, sin embargo, por no oírlo, cedí. Paradojas del destino, aquella ventana artificial me ofrecía la visión caleidoscópica de unos amantes en plena entrega sobre mis sábanas cien por cien algodón egipcio de mil quinientos hilos.

La técnica escogida por el cerebro para recalibrarse es la negación, obteniendo la respuesta inmediata a preguntas tan absurdas e indudables como: «¿Es ese mi marido?», por si con semejante sencillez se corrigiera lo inaudito.

El mío, sin ir más lejos, catalogó de caradura a mi vecino Pablo, a quien habíamos confiado las llaves del apartamento —aunque no el pin de la alarma y en eso no reparé—, presumiéndole haber estado dándole un uso sicalíptico al piso durante las horas que no estábamos en casa. Algo improbable en un soltero que gozaba de una magnífica situación económica. ¿A qué iba a retozar en mi cama pudiendo ensuciar la frazada de un hotel?

Sentada en el escabel medio oculto que usaba para calzarme, contemplaba el cuerpo de mi marido en pleno misionero intentando descubrir quién era la depositaria de su pasión, aunque solo con jadeos resultaba complicado recuperar algún timbre conocido.

Reparé en lo cretino de ser pareja, a mí me exigía ser más activa y él a su amante la complacía mediante la práctica más aburrida, a no ser que estuvieran en plan relax, acabando de rematar o vaciando el reservorio.

En tanto yo allí seguía, abrazada al bolso, sin saber qué hacer, mas

barajando múltiples posibilidades, desde entrar de forma teatral e indignada demostrando alteración y desgarró pasional que, francamente, no sentía, o marcharme para regresar a la hora que mi amado esposo me esperaba con los labios en posición de beso de bienvenida, tras haber estado ensayando la mueca adecuada con otra mujer.

Aprecié asco y, por qué no admitirlo, desprecio.

¿Cuál habría sido el momento de escisión entre nosotros? Busqué sin incidir demasiado en los recuerdos, ni iba a culpabilizarme de su adulterio ni victimizarle por mi ausencia de entusiasmo. Y reclinada en la pared sujeta al bolso igual a un pasajero de autobús en hora punta, admití que la falta de solivianto ante el engaño, hablaba más de mis sentimientos que de los suyos.

Con lo cual, opté por no fastidiarles el polvo, de hecho, conocía tan bien los movimientos de mi marido que pude intuir cuando alcanzó el clímax.

Tras una serie de risitas y besuqueos salieron de la cama con esa felicidad inmediata que proporciona el placer. Él, tomándola de la mano la conducía hasta la puerta del vestidor, entendí por orientarla hacia el baño de la suite.

Tomé aire preparándome para darles el disgusto. Interesante iba a resultar el argumento de descarga estando desnudos y él con la bandera a media asta. La típica frase: «Esto no es lo que parece» iba a sonar a chiste fácil.

—*Wow!* Impresionante vestidor.

—La derecha es la parte de mi esposa. —Exacto, justo donde se encontraba organizada la ropa de mujer.

—Tiene un gusto magnífico —convino moviendo las prendas de firma.

—Los luce poco. Lo habitual es verla con la bata. —¿Como a ti, pamplinas! ¿O esperó alguna vez que fuera a trabajar con el vestido de la boda?

—¿Es ella? —Debía de haber encontrado la foto en blanco y negro tomada en Bali de la que él se sentía tan orgulloso.

—Sí.

—Es muy bonita. —Con y sin bata.

—Escoge uno de los vestidos... el que más te guste. —¿Cuántos de mis trajes habría regalado a sus amantes? ¡Qué despreocupada era!

—¿Cómo crees?! No soy una vulgar ladrona. —¡Ja! Me resultó curiosa su indignación.

—Se los habrá puesto una vez y jamás repite.

Antes de que se diera inicio al espolio, creí conveniente hacerme visible y

salí del improvisado refugio.

—A ti tampoco te apetece seguir repitiendo conmigo.

Por la reacción de ambos, tal parecía que estuvieran ante la imagen grotesca del payaso de una caja sorpresa.

Ella se apresuró a esconder su desnudez tras el cuerpo de mi marido. Todo él se paralizó tomando la propiedad de una piedra, exceptuando con la que había estado trabajando, que para entonces ya colgaba flácida y del tamaño de un frankfurt para tostada de aperitivo barato.

—¿Qué haces aquí? —el atraganto con el que preguntó resultaba más ridículo a su desnudez.

—Hasta donde yo sé, esta es también mi casa.

—Yo mejor me voy. —Su amante o desahogo puntual debía de estar curada de espantos, pasados los primeros segundos sorprendidos, demostraba incomodidad, pero para nada bochorno.

—No, mujer. Aquí si alguien sobra, soy yo.

—Paula, por favor... te lo puedo explicar. —¿En serio? Nico debía de considerarme muy idiota.

—No, de veras, una imagen vale más que mil palabras y yo acabo de presenciar un filme de aficionados para un canal porno doméstico.

Me crucé de brazos y la tercera en discordia, que para mí no era molestia, se escabulló mientras él me observaba sofocado sin saber cómo continuar.

—Te juro que es la primera vez...

—¡Ay, Nico, prueba ha hacerlo mejor! Esto no es cuestión de números. Créeme, es más adecuado que me vaya, en este instante me resulta más violento a humillante reclamarte nada.

—Ha sido un desliz... Paula, no volverá a suceder.

—En eso estamos de acuerdo, no vas a tener la oportunidad de engañarme de nuevo.

—Hablemos, has de entenderme... yo me siento... —¿pretendía que atendiera sus excusas a modo de terapia emocional? ¡Lo que una debía de aguantar!

—Nico, fin —atajé levantando la mano—. Has cambiado el orden de los sucesos, para poder escucharte deberías habérmelo explicado antes, ¿no crees?

—Hablar de sentimientos contigo es imposible —Su victimismo no dejaba

de ser una pose patética con la que exponer justificaciones para trasladarme las culpas.

—Con eso demuestras que jamás has ido con la verdad por delante.

—De hacerlo, me habrías dejado.

—Y como nunca lo has hecho, nunca lo sabremos.

—Paula...

—Me voy a casa de mis padres.

Removí el bolso por confirmar que ahí seguían las llaves del coche, con la sorpresa podía haberlas dejado en cualquier lugar y era lo único imprescindible para marcharme sin más ceremonias, y con esa intrepidez abandoné la habitación.

Desconozco si se entretuvo a buscar algo de ropa para intentar detenerme sin montar un escándalo vecinal, yo me apresuré a escapar del piso por evitar una escena como en las películas, tirándome del brazo o suplicando mil perdones, sin embargo, ¿quién piensa en Oz cuando está dentro del ojo del huracán?

Ya rodando entre las avenidas de la ciudad el peso de la realidad comenzó a hacer mella en mi estoicismo —una estampa de orgullo con grietas—, y rompí a llorar sin adjudicar a mis lágrimas un motivo cierto, como si la traición de Nico no fuera suficiente razón o la única, como si solo me afligiera el reventón de la burbuja de bienestar material pendiente de pago en la que vivía.

Y como dijo Gabriel García Márquez: *no existía medicina capaz de sanar lo que la felicidad no curase.*

CONTRARIA CONTRATIIS CORANTUR



Me atrincheré en casa de mis padres desde aquella tarde llorando muy a gusto sobre la falda de mamá, aunque no tanto por lo sucedido, sino por lo que sucedería.

Al día siguiente lloré menos y pensé mucho. Me dolía no sentir la rabia despechada de las protagonistas de las series o novelas románticas, mi tristeza no se correspondía con la pérdida del amor, me asustaba compartir lo único de valor logrado durante nuestro matrimonio, aquel pequeñín que se había presentado de imprevisto el mismo día que Nico me había coronado con una preciosa diadema astada.

Era reticente a compartir con él la noticia, de hecho, se presentó en la consulta y estuvo horas aguardando a que sacara tiempo para tratar de disuadirme sobre la separación, y lo habría conseguido de sentirme engañada,

sin embargo, la realidad era distinta, porque de intentarlo de nuevo me estaría engañando a mí misma.

Dejé de manera mezquina que se culpabilizara de nuestro fracaso, incluso reconociendo que ni era justo para él ni reconfortante para mí. Escuché cada una de sus promesas reparando en las que yo había incumplido y callé.

Había previsto pedirle tiempo, pero la imagen de una tarde de copas dejándome manosear por un desconocido trazó en mi mente la palabra insatisfacción y mis labios no titubearon al pronunciar: «quiero el divorcio».

Sin embargo, sopesando la idea de mantener oculto el embarazo mientras se realizaban los trámites de la disolución, comencé a notar unas punzadas en el bajo vientre y supe que algo no marchaba bien.

Qué extravagante es la existencia humana, cuando empezaba a amar al hijo no deseado, la Toxoplasmosis me lo arrebató, y me resultó inexplicable haber llorado tanto con la noticia de su llegada como con la de su partida.

De nuevo sola.

Bueno, la soledad no era un *tantō*^[3] destinado al suicidio, sino una situación circunstancial que podía llegar a matar si uno se empeñaba en no morir solo.

Por suerte en casa de mis padres siempre encontraría amor incondicional y sin tener claro qué deseaba hacer con mi vida descubrí en lo que no me convertiría, con lo cual, una parte de la incógnita estaba resuelta.

No hay forma más rápida de tomar decisiones precipitadas de deliberación somera que el apoyo de la familia.

El respaldo de quienes estarán cerca siempre suele tapar el miedo a eso que nos asusta de los giros imprevistos, vistiéndolo la incertidumbre de esperanza. Y con esa sensación de que nada podía ser peor, aparté la leve aboulomanía^[4] presente en mí durante los últimos años y contacté con don Calavera, al que no pudo hacerle más feliz mi llamada aceptando la plaza pública y la consulta privada que también atendía en el mismo pueblo apartado de la mano de Dios.

Sin embargo, tomar determinaciones a la desesperada y a remolque por la derrota no me había hecho sentir mejor conmigo o con el entorno, al contrario, me abrumaba desconocer cómo me recibiría la comunidad y si estaba preparada para el reto de vivir alejada de las comodidades ofrecidas en cualquier ciudad.

También coleaba la ruptura con Nico, que fue de cuajo, amputando de raíz

todas las posibilidades de reconciliación.

Él estuvo insistiendo lo increíble en las oportunidades, y volvió mostrarse cercano, conciliador... justo el hombre del que me enamoré, y me dañó más eso, al engaño en sí.

Firmamos repartiendo las deudas de manera equitativa, traspasando alquileres y derechos. Recuperé la parte de mí que le había cedido y le devolví a él la suya, aunque por más que rasqué no pude deshacerme de algunos restos rellenando ranuras.

No necesitaba su presencia lo mínimo exigido para intentar avenencias, ni el recuerdo me daba el espacio preciso para olvidarlo y supuse que el tiempo iría sustituyéndole en mi mente con Thor y su martillo divino, eliminando las pócimas y recetas de una vida que conceptué como la ideal.

Viajar es catártico, piensas en todo y no le das solución a nada, en cambio, te animas a decidir juicio tras juicio.

Cuanto pasó por mi mente el día que destiné más tiempo a conducir que en el avión, no fue de utilidad, en cambio, matizó mi propósito de enmienda, prometiéndome otra vez ser mejor para mí misma.

En el trayecto del puerto de montaña con curvas reviradas y de poca visibilidad, mi nerviosismo se acentuó. Debía de dirigirme al centro de salud, allí me estaría esperando la enfermera para ayudarme a superar mi primer día eliminando recelos o mostrándome el botiquín de opiáceos con tal de relajarme.

Albricias se escondía tras una recta custodiada por robles centenarios sembrados en los márgenes para ofrecer sombra al viajero de los años sesenta, cuyos vehículos no disponían de aire acondicionado, ahora obraban de guardarraíl macabro donde fundir el cuerpo con el tronco de salirse el conductor de la carretera.

El pueblo, una vez comencé a transitar por la calle principal me pareció... un pueblo. Casas sencillas, aceras limpias, gente que señalaban al foráneo con el mentón mientras sus miradas aviesas especulaban sobre la procedencia... ¡¿Quién me mandaría fiarme de Coral?!

Me detuve frente al centro médico donde aún rezaba el nombre en piedra de Casa de Socorro, tan artístico y bien esculpido que, de no ser por la cruz al final, nadie imaginaría qué podía encontrarse al traspasar el umbral.

Crucé con aplomo fingido y no me sorprendió el mostrador de formica blanca y friso de abeto barnizado de no más de un metro veinte de ancho. Había viajado al pasado sin romper las leyes de la física.

Algo que de primeras me resultó insólito fue lo vacía que estaba la sala de espera con la de nacimientos que se habían registrado en los últimos años. Me parecía excepcional que ningún pequeño aguardara a recibir atención e inexplicable que los ancianos tampoco ocuparan las banquetas enumerando sus patologías.

Escuché pasos desde el fondo del pasillo y suspiré de puro alivio al aparecer una enfermera con bata y las Crocs^[5] típicas del calzado sanitario.

—Buenas tardes, debes de ser la Dra. Paula Sansilvestre. Yo soy Cristina Galán, la enfermera del centro.

—Encantada. —Moví la cabeza de derecha a izquierda antes de continuar

—. Esto está demasiado tranquilo.

—Bueno... —Rio—, en las zonas rurales las urgencias comienzan tras la jornada laboral. Así se corten una mano, primero acaban sus tareas y luego se preocupan por su salud, por eso el médico de familia solo visita dos veces por semana.

—Es... desconcertante.

—Son sus propios jefes... tienen otras prioridades.

—¿Y los niños? Supongo que serán padres antes a patronos. —Me observó suspicaz, intuí por su gesto que había algo más, como también predije que no iba a decírmelo.

—Doctora...

—Paula, por favor. —Si quería ganarme su confianza los títulos sobraban.

—Paula te mostraré las instalaciones, son modestas, pero no falta de nada.

—El Dr. Testuz ya me hizo mención.

—Gracias al aumento del censo, el pueblo recibió subvenciones para la atención primaria, además de otros equipamientos.

—Por curiosidad, ¿te ocupas también de la agenda?

—Aquí nadie llama para solicitar una visita, si la puerta está abierta pasan, si la consulta está ocupada esperan...

—¿Y si está cerrado?

De nuevo aquella mirada recelosa de desvelar secretos.

—Todos nos conocemos, y todos sabemos dónde vive el médico.

Genial, no solo había ido a parar a la Alcarria, sino que sus habitantes todavía mantenían las tradiciones de un siglo atrás en vigencia.

El ambulatorio se componía de tres únicas consultas: medicina general, pediatría y enfermería.

Otro de los cargos que yo ostentaba por designio vertical, era la dirección del centro e, igual a si quemaran, me entregó las llaves de los despachos junto un sinnúmero de archivos asegurándome que no debía de preocuparme en revisar cuanto constaba en su interior puesto que se habían llevado los trámites concienzudamente.

Cristina daba una imagen de individuo sensato y calmo, sin embargo, cuando hubo de darme detalles presupuestarios se expresó gesticulando poco y repitiéndose en demasía, ofreciendo muchas referencias innecesarias para hacer creíble su discurso, e intentaba compensar la falta de sinceridad

manteniendo una mirada fija, intimidatoria, obligándome a tomar por ciertas sus palabras.

Sabía por boca de don Calavera que él delegó sus obligaciones administrativas en ella, me confesó que jamás había perdido el tiempo en verificar la gestión instándome a seguir mirando hacia otro lado, en cambio, la honestidad laboral me impedía actuar siguiendo sus consejos y me prometí ir revisándola una vez me hubiera instalado. Eso no demandaba prisa, todas las fugas en las partidas más golosas como la de medicamentos y parafernalia de curas, de haberlas, corresponderían al anterior responsable.

Tras aquel primer contacto que no catalogué ni de bueno ni malo ni, todo lo contrario, me dirigí a mi nuevo hogar. Don Calavera no me ofreció referencias, simplemente que el consistorio municipal destinaba en sus presupuestos anuales un porcentaje para asumir el alquiler de la vivienda, por asegurarse la disponibilidad del médico, si bien, según lo que Cristina había dejado entrever, podía tratarse de un dardo envenenado, puesto que no se refería a disponibilidad durante horas laborales.

La actitud no estaba siendo la más optimista, debía de emprender aquel cambio sin tantos remilgos, darme la oportunidad de odiar mi decisión con motivos auténticos y fundados.

Si había vaticinado una casa como las usuales en las zonas rurales, de gruesas paredes en piedra, ventanas con cuarterones más sus contraventanas de madera, tejados a dos aguas revestido de pizarra y pátina verduzca en las zonas sombrías, al estacionar delante pude comprobar lo exacta que es la imaginación sobre todo aspirando a encontrarse lo contrario.

Suspiré una vez más, hacer algo sin convencimiento absoluto ensombrecía el carácter de cualquiera.

Al girar la llave dentro de la cerradura de aquel portalón de roble macizo encogí los hombros esperando treinta gruñidos de los goznes, la sorpresa ante la suavidad con las que fueron dando la vuelta cambió la postura por pestaños. Sugestionada ante lo desconocido, entré cautelosa con la idea preconcebida de hallar menos luz que en una cueva y fue un alivio que las estancias gozaran de amplitud y luminosidad, a pesar de que la decoración debía de rozar la época prerrománica.

La consideré demasiado espaciosa para mí, también acogedora por elementos como el hogar del salón o las alacenas blancas de la cocina. Seguro que, cambiando el mobiliario, quitando cuadros y añadiendo alguna alfombra,

conseguiría un ambiente actualizado. Por suerte Amazon llegaba a todos los rincones del mundo, y si pretendía sentirme cómoda en aquel lugar debía de hacerlo propio.

Marqué a Coral mientras iba abriendo puertas, comprobando menaje y ajuares.

—Hola, niña ¿qué tal? —la voz cantarina de mi amiga me provocó sonreír.

—Bien, inspeccionando el caserón del médico.

—¿Al gusto de la señora?

—Mejorable pero cálido, aunque con los siglos de cuando el Mar Muerto empezó a enfermar.

—¿Te esperabas un apartamento domótico?

—No, lo imaginé lúgubre, lleno de polvo y con color a barrica de vino pútrida mezclada con piel de cabra.

—Te marcó aquel libro de Patrick Suskind... ¡ostras! ¿Cómo se llamaba?

—El perfume: historia de un asesino —apostillé con deje de hartazgo.

—¿Cómo van esos ánimos?

—Confundidos. No sé qué hago aquí ni si seré capaz de superar la primera noche.

—Eso te lo vas a preguntar cada tarde cuando pases el cerrojo, eres muy dada a cuestionarte cosas absurdas.

—Emocionalmente no estoy en equilibrio... pienso en Nico...

—Será en matarle.

—Eso también.

—A ver, céntrate en tu nuevo proyecto, llámame cuando te sientas decaída, pero ni se te ocurra no intentarlo por sentirte sola.

—Vale, Coral.

—¿Y no tienes nada qué decirme sobre los parroquianos?

La conversación se trasladó a un plano divertido sobre tópicos y generalidades, yo no había tenido tiempo a fijarme en nadie en particular, sé que Thor no formaba parte del séquito que custodiaron mi trayecto por la aldea, así dedicamos un rato a especular y ante todo a exagerar.

Una vez colgué, parte de las incertidumbres se disiparon dispuesta a abandonar mis prejuicios y a aportar mis conocimientos, en definitiva, a llevar a cabo el propósito por el que estaba allí.

Y si además de ser pediatra conseguía formar parte de la comunidad, estaba

convencida de que una Paula más fuerte y decidida desbancaría a la actual que no me representaba.

Y es que como bien pensó Voltaire: *El arte de la medicina consistía en entretener al paciente mientras la naturaleza sanaba la enfermedad.*

ACUTI MORBI IN
QUATTUORDECIM DIEBUS
IUDICANTUR



Si te predispones a vivir sin exceso de ambición, comienzas a darle un valor especial a pequeños detalles que vienen a reforzar decisiones tomadas a la valiente, aun siendo cobarde.

A mí, los lugareños, me ofrecieron una cura de humildad tratándome desde el primer día como si hubiera nacido entre ellos. Ciertamente que sus costumbres topaban de frente con mis hábitos, pero durante los dos meses ejerciendo habían pasado todos por la consulta obsequiándome con su artesanía o productos de la huerta.

Entre sus calles adoquinadas y fachadas de piedra, el tiempo parecía haberse detenido, así la figura del médico aún era respetada, no tanto su

horario.

No puedo culparles, tampoco intenté marcar una pauta de buenas costumbres, y al no tener nada mejor en qué emplearme, atendía cualquier eventualidad, aunque estuviera poco o nada relacionada con mi especialidad, incluso profesión. Así, a falta del veterinario, me vi tirando de las patas de un ternero durante el alumbramiento o cosiendo cortes en las manos de los adultos producto de sus tareas cotidianas.

No estaba muy por la labor de ser acusada de intrusismo laboral, sin embargo, era de las pocas comunidades donde los niños gozaban de una salud envidiable y a mi consulta los pequeños se presentaban para poco más que el seguimiento rutinario sobre bienestar infantil y las vacunas recomendadas.

El médico de familia era todo un personaje, un tipo apuesto, elegante y tan puntual en su entrada al centro dos veces por semana como para la salida a las ocho. Me traía a la memoria los personajes que encarnaban a doctores sexis en las series sobre la lujuriosa —e inexistente— vida paralela de los facultativos de un hospital, y no sé si imbuida por el carácter fisgón de la vecindad, comencé a fijarme en las miradas que él y Cristina se dedicaban. De mis sospechas solo hacía partícipe a Coral, por diluir la ansiedad que provoca cualquier secreto por insignificante que sea.

Mi vida se ralentizó y el número de rutinas disminuyeron, permitiéndome añadir algunas que había aparcado por falta de tiempo, como preparar artículos sobre ciertas patologías infantiles que estuve investigando en el hospital y que hasta entonces únicamente ocupaban la memoria de un pen drive.

A partir del instante que comencé a ejercer mi profesión como yo siempre había deseado lo único que eché en falta fue no poder calzar zapatos de tacón imposible y trajes de firma.

—Paula, ¿estás ocupada?

Hacía una hora que el centro debería de haber cerrado. Cristina tampoco tenía nunca prisa por marchar. Tuve la sensación de que se sentía más cómoda en la enfermería que en su casa.

—En realidad, no.

—¿Hago pasar a don Julio? —Suspiré. Algo, llamémosle intuición, me avisaba de que no le acompañaba su nieta.

—Sí.

Escuché como le citaba desde el pasillo y seguido los pasos del anciano

retumbando entre las paredes.

—Buenas tardes, doctora.

—Buenas, ¿qué le sucede?

—Vengo a que me revise un tajo que me di hace unos días y parece que no se pega la carne.

—Don Julio soy pediatra. —Me observó como si estuviera repitiendo la frase tonta de la semana.

—Eso, ¿qué va, por altura?

—Por edad —repliqué con apatía.

—¡Menuda sandez! Una herida infectada, es una herida infectada con ocho años y con ochenta.

Entendí que argumentar las diferencias entre las especialidades iba a ser igual de absurdo a mirar por un telescopio del revés. Por lo tanto, salí de detrás de la mesa invitándole con el gesto a que ocupara la camilla.

—¿Dónde tiene la laceración?

—Pensaba que el lazo se lo iba a colocar usted, doctora.

—Me refiero al corte.

—Aquí, en la panza.

Al subir la camiseta, con el cuadro expuesto se podía elaborar un manual de todo cuanto no se ha de hacer para prevenir una sepsis.

El buen hombre llevaba envuelto el vientre con una venda elástica que sujetaba un emplasto de hierbas. El olorcillo que desprendió al retirarlo fue una mezcla a cubo de compostaje y fosa de purines.

—¿Don Julio, desde cuándo lleva esto?

—El Marcial me lo preparó, es una cataplasma que lo cura todo.

—A la vista está. —No sé para qué un médico malgastaba tantos años en estudios y prácticas mal pagadas, si con un sinapismo se podía curar una neumonía—. Voy a decirle a Cristina que me ayude.

—No —que fuera tan categórico me resultó chocante. Era un hombre tan rudo como educado.

—¿Cómo está Jimena? —preguntando por su nieta desvié la curiosidad de saber el motivo del rechazo.

—Crece como las amapolas, linda y silvestre.

—Es una niña muy despierta y simpática.

—Está visto que el carácter no se hereda.

—Los niños que crecen en un entorno afectivo y seguro no suelen copiar la forma de ser de los padres, sino la de los amigos. —Al quitar los restos del parche pude comprobar lo que la percepción olfativa ya indicaba, el corte no era profundo, pero se había infectado. —Don Julio esta herida hay que limpiarla y a poco que pueda ha de darle el aire.

—¡Qué reacios sois los médicos nuevos a los remedios viejos!

—En su caso, sí.

—Doctora, no cambie nuestras costumbres, al fin y al cabo, solo está de paso. —¿Esa era la verdadera imagen que tenían de mí?

—En el mundo todos estamos de paso, es mejor dejar una huella profunda a caminar dando vueltas de puntillas.

—El doctor Testaruz —eludí corregirle, no atinaría con el apellido correcto ni ensayando—, ayudó al pueblo a ponerlo en el mapa. Gente de la capital regresó al recibir aquel montón de billetes.

—¿A razón de qué? —no podía quedarme con la duda, en la agenda de la tarde no estaba indagar sobre las finanzas municipales, sin embargo, don Julio y sus suspicacias estimularon mi curiosidad.

—El viejo movió los papeles para que las familias con hijos tuvieran vivienda, trabajo y una paguita.

—Buen reclamo.

—Y ya se sabe, teniendo lo principal seguro, las mujeres se dejan embarazar más fácil —otro comentario que no recriminaría, el anciano pertenecía a una generación machista de origen, y aunque se habían reformado la mayoría, pretender el cambio profundo solo serviría para redactar un artículo sobre la física de lo imposible.

—Se sorprendería de el miliar de factores naturales y químicos necesarios que han de coincidir para lograr un embarazo. —Aunque también podían darse en el instante menos oportuno o más inopinado, justo cuando no lo deseabas.

—¡Ay, doctora! Los estudiosos a todo le encontráis aprietos, pero el único factor que deja a una mujer preñada es no tener dolores de cabeza —señalaba ameno—. Usted en su gran sapiencia me hablará de aspirinas... cuando el mejor remedio es tener la cartera llena.

—Don Julio no debe mostrarse tan elemental —le reprendía mientras reíamos de aquellas sencilleces emitidas a modo de certezas axiomáticas.

Durante la charla fui realizando las curas básicas con suero a chorro. El procedimiento era bien molesto, pero en los varones de antaño la hombría no

toleraba ni un respingo de dolor. Tras eliminar la mugre de la lesión y raspar los bordes para que el sangrado activara el proceso de cicatrización, caldeé unas gasas estériles dentro de sus blísteres sobre el radiador.

Observaba mis movimientos con algo de escepticismo y me sentí en la obligación de explicarle qué hacía.

—Le voy a colocar unos apósitos calientes para que la temperatura aumente el flujo sanguíneo hacia la región.

—Ah...

—Mañana por la tarde, pase por la enfermería para que Cristina retire el vendaje y comprobemos que la herida ha formado pústula. Por ahora no le voy a recetar antibiótico, pero si siente punzadas o hace décimas de fiebre, no espere a mañana.

—Gracias, doctora.

—Y don Julio, si no desea causarme un conflicto laboral, pida visita con su médico de cabecera.

—¡Con lo bien que está ese cobrando sin dar ni brote! Tendrá más problemas con él si le aumentan los pacientes que si se los roba.

Otra batalla perdida.

Enfrascada en mis notas sobre el aumento de las enfermedades respiratorias infantiles y su relación con los metales pesados en la química del aire, el tiempo no se medía por minutos, sino por el dolor postural delante del ordenador, y al recolocar mis hombros quejosos por alguna contractura, vi que el minutero había girado una vuelta y media más.

—Doctora... —Escuché la voz de Cristina a la par de sus nudillos repiqueteando en la puerta—. Me marchó.

—Compruebo un par de datos y me voy también. Hasta mañana. Descansa.

—Deberías aplicarte el consejo —no me sorprendió tanto la cercanía de sus palabras como el tono.

Parecía preocupada por mi bienestar y eso sí era una novedad. Nuestra relación no pasaba de ser amable. Había algo en ella que seguía suscitándome desconfianza. Aun era pronto, aunque deseé tener la capacidad de los niños para crear lazos amistosos inquebrantables, que rompían y rearmaban tres o cuatro veces al día en el mejor de los casos.

—Agradezco la preocupación y tomo la recomendación en cuenta. Apago y me voy para casa.

Sonrió franca y aquel gesto también me asombró por insólito.

Comencé a recoger los apuntes para poder establecer vínculos con estudios de otros colegas y me entretuve al comprobar un dato que había pasado por alto.

De nuevo los nudillos de Cristina golpeando en el marco insistieron en apartarme hasta el día siguiente de cualquier cosa que me distrajera de su sugerencia.

—Ya salgo... —repliqué sin mirar hacia la puerta—. Tengo el cuerpo como una alcayata...

—Nadie lo diría, doctora.

El grito al escuchar la voz de un desconocido recorrió todo el centro rebotando en cada tabique.

—¿Usted quién es? —Ni me planteé disimular el susto.

—No se altere, doctora. Necesito que me eche un vistazo.

Pasado el primer impacto de alteración por miedo, he de admitir que el tipo tenía todos los atributos propios para dedicarle un reconocimiento exhaustivo, no al grado de Thor, porque Thor era nivel Dios, pero con un martillo adecuado podría dar la talla. Y pensando en eso el rubor tiñó mis mejillas. Él sonrió.

—A ver, ¿ha leído el cartel de la puerta?

—No, ¿es importante?

—¡Sí! ¡Por supuesto que sí!

—Con don Julio ha hecho una excepción... y con la mitad de los parroquianos. ¿No puede hacerla conmigo? —Dejé escapar el aire de mis pulmones exasperada. Sonrió de nuevo.

—Pase... este pueblo será mi ruina profesional —siseé a sabiendas de que no perdía dato—. ¿Qué le sucede?

—Me duele al tragar.

—¿Desde cuándo?

—Hace tres días.

—¿Y por qué no ha pedido visita con el médico de cabecera?

—Pensé que con unas infusiones de escaramujo y tomillo se me pasaría. ¿Ocupo la camilla?

—No, quédese sentado donde está ¿o pretende que le mire las amígdalas subida a un taburete? —La mueca canalla que le dedicó al comentario me

pareció inapropiada y por aligerar, no lo señalé—. Abra la boca.

Tomé un depresor lingual y apunté al interior con la linterna. Lucía una cuidada y blanca dentadura, e incluso reteniendo el hálito emanaba un suave toque mentolado, sin embargo, la infección de la garganta degradaba aquellas notas frescas. Me dirigí después a los oídos, allí aparte de cerumen impactado no había nada preocupante.

—Quítese el jersey, voy a auscultarle.

Fui a la alacena donde guardaba los hisopos para realizar la prueba de estreptococos y al darme la vuelta casi necesito reanimación inmediata.

Mal fingí el desconcierto con un carraspeo y ademanes forzados de indiferencia, aunque él no era tan inocente como para no haberse percatado.

—No era preciso desnudarse de cintura para arriba.

—La camiseta interior es gruesa.

—La piel, la grasa y los músculos son incluso más y no impiden que se escuche el aire al entrar en los pulmones. Por lo general, con introducir el estetoscopio por debajo es suficiente. —Por puro hábito calenté la membrana con el aliento antes de colocarla bajo el pectoral mejor formado que había visto en vivo en toda mi vida—. Tome aire por la nariz y lento expúselo por la boca.

Él me observaba sin mover las pupilas de mi cara obedeciendo las instrucciones.

Yo por intentar concentrarme en los ruidos propios de su respiración y no en sus formas sublimes ni en la intensidad de su mirada, contemplaba la junta entre los azulejos de la pared.

—Tosa. —Al colocar mi mano en su hombro para auscultar desde la espalda, su piel se erizó como si una ráfaga de aire molesto le hubiera provocado un escalofrío—. Debe de tener algo de fiebre.

—No —consideré pasmosa la contundencia con la que negaban las gentes del lugar, sin justificar la respuesta ni excusarse.

—¿Cómo se llama?

—Salvador, aunque si me permite tutearla, le dejo que me llame Salva. —Elevé una ceja trazando un arco de repulsa perfecto y ¡se rio! ¡Era un tipo insufrible por precepto!

—Salvador, abra de nuevo la boca. —El muy incendiario se humedeció los labios sin pestañear antes de obedecer ni retirarme la mirada. Yo con toda la

mala idea presioné el hisopo en la amígdala infectada estimulándole una arcada—. Es peor que los niños, esto ni incomoda ni repugna.

Me volví sonriendo con la travesura e introduje la muestra en el vial para que reaccionara la tinción con la bacteria.

—Puede cubrirse. —Ya estaba bien de tanta exhibición.

—¿Y bien?

—Tiene anginas bacterianas. ¿Es alérgico a algún medicamento?

—No, que yo sepa.

—Déjeme su tarjeta sanitaria, le recetaré Azitromicina, son tres comprimidos, y deberá tomar uno cada veinticuatro horas. Beba muchos líquidos e ingiera alimentos cremosos y fríos para reducir la inflamación.

—Helados...

—Sí.

—¿De algún sabor en especial?

—Salvador, de todos a cuantos he atendido sin obligación ni título, incluyendo al ternero y al potro, usted es con diferencia el más impertinente.

—Doctora, no comprendo en qué puedo haberla importunado, he seguido sus instrucciones sin pestañear. —Era un cretino de cepa, todo lo que tenía de Thor lo duplicaba en imbécil.

—¿Necesita un parte de baja por enfermedad?

—No, estoy de permiso.

—Como prefiera. Si los síntomas persisten, visite a su médico de cabecera.

—Es feo pasarle el muerto a otro, ¿no cree doctora?

—Salvador, es más probable que un tiesto de un balcón caiga y le abra la cabeza, a que una amigdalitis tratada con antibiótico se lo lleve al otro barrio.

—En tal caso, confío en que los maceteros de su terraza estén bien sujetos —añadió mientras tomaba con lentitud medida la receta de entre mis dedos sonriendo con una picardía indecente.

—No pase por debajo, quien evita la ocasión evita el peligro.

—Un placer, doctora.

—Espero que se mejore. Por cierto, Salvador... pruebe a poner unas gotas de aceite de oliva tibia en el oído izquierdo cada noche durante una semana, y pida visita con la enfermera para que le extraiga el tapón, le ayudará a percibir más limpios los sonidos, aunque no a interpretar mejor las palabras.

Salió riendo a carcajadas envuelto en una arrogancia divertida marca de la

casa. Así se comportaban los tipos con exceso de atractivo, la seguridad otorgada con sus atributos físicos le hacían confiados y altaneros en exceso. Este en concreto, aparte de creído era un payaso.

Cuando escuché el golpe de la puerta al topar contra la madera, abandoné la consulta, apagué la luz de la sala de espera y pasé las dos vueltas de la llave.

Regresando al despacho, el recuerdo de la conversación con el tal SalvaThor, me mantuvo entretenida mientras recogía mis enseres, y también después en la soledad de mi hogar, con una taza de café y los pies sobre el sofá, distraída de la serie que Coral me había garantizado creaba adicción.

—Menudo cretino... —expuse entre carcajadas a los ácaros del polvo que compartían conmigo el salón.

Y es que, tal como afirmó Shannon L. Alder: *la risa era la única medicina sin efectos secundarios.*

NATURA SANAT, MEDICUS CURAT



Sin apenas apreciar cómo, aquella vida sencilla, sin prisas aparentes, comenzó a darle más valor a cuanto me rodeaba a envidiar el resto. Es cierto que Nico y mis dudas regresaban para molestar de encontrarme mano sobre mano, sin embargo, cada vez su fantasma me visitaba con menos frecuencia e inspiraba menos nostalgia.

Ayudó en buena medida que SalvaThor, un ser nacido para mejorar los rasgos físicos de la especie, pasara por debajo de mi terraza al trote con la camiseta ya sudada, y sin perder el ritmo, levantara la mano saludándome mientras yo giraba la llave antes de encaminarme hacia el centro médico. No sé si a él le motivaba alegrarme la vista cada mañana, pero de esa manera tan natural lo conseguía.

Después la jornada transcurría como cualquier vida basada en el trabajo, el estudio y la intendencia del hogar, y a pesar de la obstinación de Coral

insistiendo en que rompiera mis hábitos monacales, yo prefería disfrutar de aquel equilibrio sereno durante un tiempo más o hasta que mi organismo demandara un meneo jaranero.

Habían pasado únicamente un par de meses y todo se consideraba primicia todavía.

—¿Has empezado a introducir alimentos crudos a la dieta?

Marilia era una de las mamás más jóvenes de la comunidad, no superaba la treintena ya tenía dos hijos de diez y cuatro años más un bebé de seis meses.

A mí, la alimentación basada en papillas de cereales con demasiados azúcares no me parecía del todo acertada, y siguiendo estudios que refrendaban otras maneras de nutrir y sobre todo de enseñar a comer a los lactantes, les proponía el sistema Baby Led Weaning^[6], para que incorporaran los sólidos a la alimentación sin pasar por la fase de purés, como se hacía en tiempos donde la trituradora no existía.

Me resultaba curioso que, durante mi etapa en el hospital, en el cual mi cometido trataba de prestar remedio a las enfermedades respiratorias y prevenir su recaída, ninguna de las mamás a las que le ofrecí la alternativa mostró tantas objeciones a sustituir las odiosas cremas parduzcas por verduras hervidas, como las de Albricias.

—Doctora, con los guisantes y la zanahoria no hay problema, pero no hay manera de acercarle a la boca el brócoli, el repollo o la coliflor.

—Todos tenemos preferencias gustativas, no te preocupes, sigue insistiendo y de rechazarlas se sustituyen por otras verduras.

—A mi mayor le encanta la coliflor con bechamel, pero a la mediana no se la camuflas ni con mayonesa.

—Es preferible que no la coma a disfrazarle los sabores con salsas poco saludables. —Comencé a vestir al pequeño que era un niño sano y con mirada despierta y vivaracha, a decir verdad, como prácticamente todas las criaturas de aquella pedanía y alrededores—. Caballerete, a usted le van a coger envidia las manzanas, ¿dónde están los mocos, eh?

El bebé reía divertido ante mis muecas y tras abrocharle el pelele se lo devolví a la mamá.

—Doctora... —En lugar de colocar a Raúl en el cochecito ocupó la silla frente al escritorio con él en los brazos. Me senté al lado entendiendo que necesitaba comentar algo más e intuí que no sobre los niños—. ¿Puedo consultarte algo personal?

—No sé en qué podría ayudarte, pero explícame, no hay pacientes esperando. Debe de ser el único lugar del mundo donde los niños no enferman.
—Con el pestañeo me dio a entender lo inadecuado del comentario.

—Es cosa del aire puro. —Preferí no hablarle de las esporas y otros organismos que transportaba el viento y me dispuse a escucharla—. Pues quiero comentarle algo que me tiene preocupada...

—¿Sobre Natalia o Tino?

—No, para nada, ya los ves, crecen como las malas hierbas.

—¿Entonces?

—Es por mí, sobre mí... —bajó el tono al decibelio del susurro—, mi intimidad.

—Soy pediatra —y no supe si lo decía para recordárselo a ella o para reafirmármelo.

—El caso... —cuchicheó obviando mi profesión y mi tono cansado de repetir lo mismo—, es que me da vergüenza ir con el tema al médico de cabecera... Lo conozco poco.

—Si es un tema ginecológico, tampoco él es el adecuado.

—Mira, te explico... —Y suspirando puse oído—, tengo un problema muy serio con las sillas de mimbre.

—Marilia aún no he comido, quiero irme a casa. —Podía pasar por veterinario en funciones, psicóloga matrimonial y médico generalista, pero me negaba a dar charlas sobre decoración erótica.

—Cuando Edu me toca buscando... ya sabe... tema... le cuesta mucho encontrarme el gusto... —Era pediatra, no estaba preparada para solventar inconvenientes maritales producto de la insatisfacción conyugal.

—Por favor, no sigas... —Y me propuse levantarme para zanjar el tema, algo tonto por mi parte, iba a contármelo aun asegurándole que la Tierra estallaría al día siguiente.

—Para conseguir las cosquillas ha de hurgar un buen rato, y harta de tanto sobeteo le pido que pare.

—Ah... bien, bien... —Mi mente viajaba a otro mundo, uno sin gente.

—Sin embargo, si estoy sentada un rato en una silla dura, se me duermen las nalgas y cuando se despiertan... ¡Oh, Jesús! Noto como sube el orgasmo.
—En mi vida había escuchado nada igual.

—¿Has probado a poner un cojín? —Le di una solución simple sin

disimular el desconcierto.

—No. ¿Es malo?

—¿Tener un orgasmo?

—Tenerlos seguidos.

—Entiendo que no, pero deberías consultarlo con el ginecólogo.

—¿Bajar a la capital para explicarle esto?

—Se podría solicitar la asistencia de uno en el centro si os acostumbraseis a consultar al especialista adecuado, como habéis hecho durante los embarazos.

Me dedicó una mueca entre confusión e incredulidad, torciendo las comisuras hacia abajo, arrugando el ceño, entrecerrando los ojos.

—Cristina se encarga de eso, ella nos hacía las ecografías y el Dr. Testuz comprobaba que todo fuera en orden.

Ahora fui yo quien exhibió un gesto contrariado. No era lo mismo atender de urgencias un resfriado a realizar los controles prenatales, desde luego yo por ahí no iba a pasar, ni mi preparación ni mi ética profesional me lo permitían.

—Es muy arriesgado no visitar al especialista, por el bien de la madre y el pequeño... Entiendo que el parto no fue en casa —al no ser una pregunta irónica temí la respuesta.

—Doctora, no somos cabras... —visto las costumbres del pueblo, tampoco le planteé una posibilidad descabellada—. Parimos en el hospital y con epidural.

—En todo caso, para el tema que me has expuesto, te aconsejo visites al especialista si es que la situación es molesta.

—¿Molesta? Paula busco las sillas de enea como los burros la alfalfa.

No pude contener la risa ni ella tampoco.

Al marcharse introduje en la ficha informática los datos de crecimiento del pequeño Raúl, aunque seguí dándole vueltas al tema de las revisiones gestacionales y tras meditarlo un rato largo acabé restándole importancia, entendiendo que don Calavera harto de insistir en no hacerlos prefirió claudicar.

—¿Doctora? —aquellas notas varoniles graves me sobresaltaron.

—Buenas tardes, Salvador. A las cuatro comienza a pasar consulta el Dr. Álvarez.

—Estoy en plena forma, ¿no ve? —Sí, nadie podía negarlo, aunque no iba a ser tan incauta de confirmárselo.

—Entonces, ¿qué necesita?

—Primero que me tutees, yo voy a hacerlo, y después, invitarte a comer. — Ni sé las veces que pestañeé mientras sus pupilas con los tonos de las canicas verdes se clavaban en las mías.

—Y se supone que he de aceptar.

—Es la idea.

En un inicio pensé en negarme, pero aquella sonrisa me tentaba como buen demonio que era.

—A modo de castigo, aceptaré.

—¿Un castigo? ¿Para mí?

—No, para mí.

—Va, doctora, verá a qué velocidad me convierto en una bendición.

Salvador disponía de cualidades antagónicas, su atrevimiento era tan cargante a divertido, así, me dejé seducir por la insolencia de su sonrisa.

Recogí mi bolso y no sé el motivo, aún sabiendo que regresaría en un par de horas, cerré la sesión del ordenador de sobremesa.

Al salir del centro quise hacerme la desentendida sobre algunos pares de ojos que custodiaron nuestros movimientos. No era grato, si bien razonable, ya que nunca sucedían novedades más allá de los nacimientos entre el ganado, las risotadas de los abuelos sentados en el poyo del bar o las carreras y gritos eufóricos de los chiquillos que se entretenían jugando en la calle alejados de consolas y pantallas digitales.

A partir de ese instante seríamos la comidilla del pueblo especulando con escenas de lo más impúdicas.

—Salvador...

—Salva —me corrigió mientras observaba los espejos concentrado en las maniobras necesarias para salir del estacionamiento.

—¿A qué te dedicas?

—Soy Guardia Civil, trabajo en la jefatura del pueblo vecino.

—Oh...

—¿Oh? —Se carcajeó—. Parece sorprenderte. ¿Qué te esperabas?

—Otra cosa. —Y me sonrojé.

—¿Cual?

—Una... —Mis mejillas ardían y estuve por apoyarlas en el vidrio de la ventanilla.

—Va, Paula dímelo o la curiosidad monopolizará cualquier conversación.

—Obrero de la construcción —mentí.

—Me estás engañando, se te nota. Da igual, no voy a insistir —convino entre carcajadas—, aunque de necesitarlo mejor stripper a gigoló, ¿no crees?

—Eso debes decidirlo tú —la única finalidad de la réplica fue salir airosa.

Se detuvo delante de un antiguo monasterio reconvertido en parador nacional. Los setos de la entrada recordaban a los jardines del Palacio de Versalles a una escala más reducida y los arcos de nueva construcción le conferían solemnidad y boato.

El interior fue algo más decepcionante, me esperaba un ambiente majestuoso, con una decoración de línea clásica que mantuviera la identidad de sus orígenes, y no, meramente era un hotel elegante y exclusivo.

Bajamos hasta la bodega acondicionada con mesas vestidas de largo en tonos blancos y pajizos. No nos dieron tiempo a sentirnos incómodos, en seguida nos tomaron nota.

—¿Cómo lleva una cosmopolita la vida rural?

—Según el día. En términos generales, bien.

—¿No echas en falta las comodidades de la ciudad?

—Llevo poco más de dos meses, no me ha dado tiempo. ¿Y tú? —Estiró los labios sujetando su inigualable sonrisa a la par que entrecerraba los párpados, suspicaz.

—¿Dónde llevo inscrito mi pasado urbanita?

—En tu acento, tu forma de vestir, tu expresión... ¿sigo? —Su risa era varonil y atractiva, vamos, como todo en él.

—Nací en Albricias, mis padres se trasladaron a la capital poco después.

—¿Regresaste bajo el reclamo de la repoblación? —se carcajeó.

—Sí, de semental —no me esperaba la respuesta y me atraganté con el agua.

—¿Siempre te comportas así? —me sentí tan ridícula que me defendí atacando.

—¿Debería hacerlo distinto?

—Podrías ser más... comedido.

—¿Con qué objeto? ¿El de no sonrojarte?

—Va a tener razón Marilia al culpar de vuestras rarezas al aire.

—¿Qué rarezas?

—Que los niños no enfermen y que los adultos prefieran ser atendidos por el pediatra.

—El Dr. Álvarez no tiene tus cualidades —expuso con indiferencia medida, concentrado en el corte quirúrgico de una porción de su entrecot, mientras yo recuperaba el púrpura en las mejillas.

—Conseguirás que se me corte la digestión con tanto cambio de temperatura. —Y alzó la mirada del plato para dedicarme una sonrisa nada inocente.

—Explícame eso... me refiero a lo del aire. —SalvaThor jugaba con las dobleces de manera magistral y por no entrar en una guerra de figurativos que perdería, opté por contestar haciéndome la desentendida.

—Por lo visto la calidad del aire no es solo buena, sino medicinal. —Frunció el ceño interesado en mis conjeturas—. Mira, durante la infancia el sistema inmune es inmaduro, sobre todo el respiratorio y la excepción no es la criatura que se acatarra cuatro o cinco veces durante los meses de frío, sino el que pasa el invierno sin enfrentarse a un resfriado.

—Yo hace ocho meses que vivo aquí, y lo cierto es que me sorprendió ver tanto chiquillo cuando seis años antes el pueblo estaba predestinado a desaparecer.

—Por lo visto se solicitaron ayudas estatales para evitarlo.

—¿Y quieres decir que compensa?

—Tú has vuelto.

—Como semental... —me hizo un guiño compaginándolo con su sonrisa sexi—. Apartando la broma, a mí no me han ofrecido incentivos ni para quedarme ni para aumentar el censo.

—Supongo que se lo habrán propuesto a parejas con dificultades económicas y deseo de formar una familia numerosa.

—¿Y eso qué relación tiene con niños súper sanos? —Torcí el hocico en un claro gesto de incertidumbre.

—Nada, la verdad.

—Seguro que darás con los motivos. —Ahora quienes rompieron las formalidades fueron mis carcajadas.

—Disculpa...

—¿Por hacerte reír?

—Por hacerte cómplice de mis chifladuras y alentarme a creérmelas.

—¿Sabes? —Se acercó al centro de la mesa y yo imité su movimiento—. La mayoría no somos capaces de distinguir una rareza dentro de la normalidad, yo confío en quienes lo hacen.

Reconozco que el tono de secreteo conjugado con su aliento afrutado por el vino y aquella declaración positivista fue un maridaje idóneo de seducción bien medido.

—Salva, no es bueno seguir a los locos.

—Bobadas.

En aquel par de horas conversando sobre nada en particular, Salva fue trasformando la primera impresión sin llegar al cambio radical. Su carisma embaucaba, dando pie a fiarte de él. Tampoco hacía por ocultar sus intenciones conmigo, sin embargo, yo preferí ignorarlas reteniendo mis instintos primarios en base a unas costumbres de conducta en cuanto a la probidad de sentimientos que Nico no se merecía.

De nuevo en la consulta me senté delante del ordenador, y cuál fue mi sorpresa que, al presionar el botón de inicio en lugar de encenderlo, lo apagué. Estaba casi convencida de que había cerrado la sesión, pero la memoria es traicionera y comencé a dudar de mis últimos movimientos antes de marchar. En mí era frecuente volver sobre mis pasos para comprobar si había cerrado el coche o la puerta principal. Lo achacaba a tener siempre la cabeza en mil sitios, mas la realidad era que mi nombre iba asociado a la palabra despiste.

Comprobé si había algún archivo cambiado de lugar, algún indicio de intrusión, pero mis conocimientos sobre sistemas no pasaban de la ofimática y suplir el fondo de la pantalla con alguna foto, por lo tanto, de existir señales tampoco las habría encontrado. No obstante, como medida de seguridad determiné reemplazar la contraseña y copiar en un pen drive todas las carpetas de la CPU.

Después, la intriga respaldada por SalvaThor me llevó a revisar los informes de mis pacientes, donde todos los pequeños menores de seis años no habían padecido enfermedades comunes. Su paso por la consulta respondía a accidentes domésticos, escolares o a los controles recomendados, en cambio los niños nacidos con anterioridad seguían un historial clásico, con las afecciones típicas. Por fuerza debía de existir un vínculo entre aquellas

singularidades que a algunas criaturas no las enfrentaba a la enfermedad.

Repasé con más ahínco los expedientes y nada en ellos mostraba relevancia, los pequeños seguían un patrón de crecimiento normal dentro de sus percentiles.

—Sus capacidades psicomotrices son las esperadas para su edad... —leí en alto.

—Paula... —la voz de Cristina me sobresaltó por inesperada—. Disculpa, no pretendía asustarte.

—Estaba concentrada en unos datos... —De hecho, el enunciado final seguía rebotando en mi cráneo como el sonido de una gota en una cueva—. Cristina... Entre los nacimientos de los últimos años ¿no hay casos de TEA?

—Bueno... —titubeó—, son muy pequeños para diagnosticarlo.

No era cierto, un pediatra podía detectar trastornos del espectro autista mediante los seguimientos rutinarios a partir de los dos años de vida, y la enfermera también debía de conocer los síntomas más significativos.

—Ya.

—¿Por algo en concreto?

—No, era pura curiosidad. Es más común de lo que se piensa y prefiero estar preparada. ¿Qué venías a decirme?

—Mañana llegaré un par de horas tarde, ¿podrías vacunar a los chicos de sexto? —Enserié el gesto a la par que elevaba mi ceja derecha—. Es por no avisar al colegio y cambiar...

—No hay problema, puedo ocuparme, aunque las fechas estaban previstas desde el año pasado, podrías haber buscado otro día para solventar tus compromisos particulares.

—Ha sido algo imprevisto. —Mordisqueando el labio bajó la mirada.

—Cristina, ¿ocurre algo? —Negó—. Sé que nos conocemos hace poco, pero si está en mi mano ayudarte, solo has de pedírmelo.

—Es... personal, —compungida abreviaba su preocupación—, aunque te lo agradezco. Te dejaré preparadas las cartillas de vacunación. En la nevera de enfermería están los inyectables.

—De acuerdo.

—Gracias, doctora. —Se encaminó a la puerta sin prisas, cabizbaja, y antes de salir, con la mano ya en el pomo se volvió—. El Dr. Testuz era un buen hombre, hizo mucho por el pueblo...

—Seguro que se siente recompensado, la gente le aprecia mucho.

Y con el mentón pegado al pecho se escabulló como una mariposa al percibir la sombra de un dedo con la imprudente idea de tocarle las alas.

Comenzaba a ver enigmas y conspiraciones en cada mueca. Eso no hablaba demasiado bien de mi salud mental inventando misterios con los cuales distraerme. Debía de buscar maneras saludables para despejarme de tanta investigación pulmonar o no tardando demasiado, saldría con un casco confeccionado con papel de aluminio por miedo a que pudieran leerme el pensamiento los servicios de inteligencia camuflados en la villa con disfraces de fuente o farola.

Aunque no iban a caérseme los anillos —que no tenía— por inyectar unas cuantas vacunas, me fastidiaba ser el comodín de todos los profesionales del centro, y lo más dramático del asunto era que a nadie ni le inquietaba ni le molestaba.

El Dr. Álvarez atendía en sus horas de visita con suerte a cuatro pacientes, en cambio mi consulta privada era una romería a partir de las siete de la tarde.

Como responsable del centro médico debía de exigirles un comportamiento más comprometido, sin embargo, el no negarle la asistencia particular a mayores de quince años podría catalogarse de doble moral.

—Buenos días, Kike. —Tecleé a la vez su nombre para dejar constancia en la base de datos.

—Hola doctora.

—Sube a la báscula, he de tomarte las medidas. —Le hice un guiño cómplice y se sonrojó—. ¿Cómo está Sol y Mariluz? —Otra particularidad de la zona, el número de partos múltiples. ¿También sería cosa de la pureza medio ambiental?

—Las mellizas son una lata.

—Tienen dos añitos... y tú debes de ser su héroe.

—Son como los patitos del estanque, me siguen a todos lados. —Hacía aspavientos por mostrar el hartazgo y reí.

—Sácate la chaqueta, es un pinchazo de nada.

Giró la cabeza apretando los párpados para evitar conocer cuándo la aguja se clavaba en la piel.

Con una torunda de algodón limpié la zona y me fijé en una mancha cutánea en forma de luna algo deformada y de un inusual tono morado.

—Kike, ¿le has enseñado esta marca a mamá?

—Claro, nací con ella. Papá y el abuelo las tienen también.

—Me dejas más tranquila.

La examiné con más detenimiento, por descartar patologías más serias. El tacto era suave, no se apreciaban relieves y los márgenes seguían un trazo bastante regular. A don Calavera tampoco le habría pasado desapercibida, pero en el informe del chico no constaba ni un apunte.

Tras el inciso continué con la labor encomendada banderilleando a todos los preadolescentes de la comarca, constituida por seis aldeas adyacentes.

Dicho así, parecían más de los que en realidad fueron, cuando la suma de todos ellos no alcanzaba al número de alumnos en un aula de cualquier escuela de la ciudad.

Aprovechando la visita de los muchachos actualicé la base de datos generales, además de incluir detalles o peculiaridades que creí convenientes. Eso alargó el tiempo previsto para la vacunación retrasando las visitas que tenía establecidas.

Fue el primer día desde que vivía en Albricias en percibir un ligero estado de agitación laboral. Recuperar aquella sensación me dejó un saborcillo agrisado, como si mi organismo trabajara con más eficiencia bajo la presión del tiempo. Por eso me empeñaba en distinguir misterios donde no existían, era la manera de retomar parte del estrés al que mi organismo estaba acostumbrado, igual a si precisara una dosis controlada, pero diaria.

Y como medida de choque, me propuse salir a correr todas las tardes después de apagar la luz de la consulta.

Dicho y hecho, cambié mi ropa formal por un atuendo más apropiado para el deporte, recogí mi cabello en una coleta alta y una vez le hice el lazo a las zapatillas, me marché al paso, tampoco era plan de emplearme como si me fuera a presentar a una maratón triple.

El pueblo contaba con cuatro calles, una que la rodeaba, otra transversal que conducía a las montañas y dos horizontales enlazando con el resto de las aldeas cercanas y el cementerio.

Para la guardia pretoriana octogenaria que custodiaban el término desde los bancos de la placeta, ya estaba demasiado oscuro y creo que únicamente abandonaban sus puestos de vigilancia ante la imposibilidad de distinguir las caras. Di las gracias en secreto a la presbicia, las cataratas y la miopía por permitirme salir a trotar sin público.

Nadie podía negar la belleza del lugar, aunque el pabellón deportivo desentonaba más que un serrucho en una agrupación sinfónica.

La comarca se envolvía de bosques centenarios y regatos paralelos a hijuelas estrechas de tierra roja que los propios habitantes se encargaban de conservar como vía hacia los caseríos. La humedad desprendida por la arboleda se introducía en los alveolos igual a la frescura de los caramelos mentolados y el aroma continuo a petricor era tan intenso como agradable.

Aquel cúmulo de sensaciones placenteras me brindaron ese bienestar que sin buscar se encuentra y unido al tañido del violín de la maravillosa Lindsey

Stirling alcancé el zen absoluto, abasteciéndome de energía para continuar corriendo sin saber el destino.

De repente mi visión periférica detectó un movimiento entre la maleza, apreté el paso sin darle demasiada importancia, en cambio, los engranajes primitivos que alertan a través del cerote se activaron, y en esa fracción de segundo en el cual todo mal se revela, comencé a sentirme perseguida por jabalís, lobos y serpientes del tamaño de anacondas.

En mi huida hacia ninguna parte el encanto se convirtió en tinieblas, llegué a odiar a mis padres por no llevarme por el camino de la fe, y ante el desconocimiento de santos auspiciarios opté por encomendarme al único que de conceder amparo me ayudaría: Thor.

—Thor, por favor... tráete el martillo o un lanzallamas... —susurraba galopando a lo máximo que daban mis piernas, aunque de verme Usain Bolt diría que andaba aún de paseo.

De todas las decisiones que uno toma bajo la presión del miedo, la de desviarse del camino principal nunca debería de estar contemplada como opción. La lógica no nos asiste en ese momento y buscamos refugio incluso precipitándonos a peligros peores.

Ahí estaba, intentando escapar de la trampa imaginaria que yo misma había colocado saltando matas campo a través. Cualquier devenir en mi vida perdió intensidad o no era capaz de recordar nada más azaroso a aquella angustia. Me vi suplicando por regresar a casa con la promesa de ejercitarme mediante una bicicleta estática de salir indemne.

Mi coordinación motriz jamás destacaría como rasgo reseñable, no era patosa de desplomarme en plano, pero tampoco me escogieron nunca de las primeras en los repartos para formar equipos. Por eso me sorprendí a mí misma de la destreza con la que me mantenía derecha bajando la ladera, mas, todo gozo toca el cénit, y el mío llegó a la cúspide tras pisar una piedra que me hizo caer sentada resbalando pendiente abajo, hasta que una mano sujetándome del top deportivo detuvo el descenso, además de la respiración y el pulso.

Grité con los ojos cerrados mientras tiraban del elástico, por suerte había orinado antes de salir de casa porque estaba a un berrido más de perder el control de los esfínteres.

—¡Suéltame! ¡Suéltame! —Daba manotazos al aire aún con los párpados prietos.

Pude repetir lo mismo entre alaridos como veinte veces, hasta que me sujetaron las muñecas y tiraron de los auriculares que taponaban mis oídos. ¡Ni recordaba que los llevaba puestos a lo máximo que daba el aparato!

—Paula, mujer, tranquilízate.

¡Thor! ¡Mis ruegos habían sido escuchados! Aunque seguía con tal ataque de pánico que al soltarme continué en pleno estado de neurastenia.

—¿Tú sabes el susto que me has dado?! ¡¡Casi me mato por tu culpa!!

—He venido llamándote desde antes de que pusieras la sexta —habló calmo.

—¡No me vengas con esas! ¿Cómo pretendías que te escuchara? ¡¡Eres un inconsciente!! ¡¡Mira cómo me he puesto las mayas!! —Yo en pleno ataque de nervios y él allí, aguantándose la risa observándome el trasero—. ¡¡No me mires el culo!!

—No me lo enseñes.

—¡Oh, qué tipo más insufrible!

—Perdona.

—No pienso perdonarte.

—Pues no me perdones.

—¿Y cómo lo hacemos ahora?

—Te aconsejo que no te quites las mayas hasta llegar a casa. —Debía de tenerse por gracioso.

—¿Cómo salimos de aquí?!

—Pues no lo sé, nos hemos desviado del camino.

—¡Ay, por favor! Esto no puede estar sucediéndome. —Giré hacia todos los lados, intentando localizar una señal providencial, y nada—. Tú debes conocer los procedimientos... ¿no?

—¿Qué procedimientos? —repitió tan confundido a divertido. Una mueca más y le soltaría un sopapo.

—¿De qué va a ser?! ¡¡De supervivencia básica!! —Ahí rompió a carcajadas.

—Paula, soy guardia civil de tráfico, no del GREIM^[7]. —¿Eso qué significaba? Debía de ser importante, pero ¡como no era un... *gremlin*! Tampoco ayudaría conocer el significado de las siglas.

—¡Pero digo yo que os enseñarán algo de rescates!

—¿Sabrías operar a corazón abierto?

—¡Soy pediatra! ¡Pediatra! No cirujana cardiovascular...

—Pues yo sé regular el tráfico.

—¿Llevas pistola? —A mí seguían atormentándome los cerdos salvajes, los perros sin collar y las anacondas.

—No estoy de servicio.

—¡No eres de ayuda para nada! —Se dio la vuelta y comenzó a trepar por donde había caído—. ¿Dónde vas?

—Paula, el histérico no lo entiendo ni a nivel elemental.

—¡Aún te deberé una disculpa! —Siguió caminando ligero—. ¡Salva! ¡Joer, espera!

—¿Te ayudo?

—Sí, por favor. —Tendió su mano y tirando de la mía superé el desnivel del terreno.

—Ve delante.

—Júrame...

—Ve delante... y no me hagas prometerte algo que no voy a cumplir.

—En tal caso, mejor voy detrás.

—¡Mírala ella! Si prefieres disfrutar de otras vistas, dilo claro.

—Salvador, ¿pretendes convertirte en mi... némesis?

—No, doctora, justo en eso, no.

Ambos nos observamos sin reproducir el pensamiento, aunque mentiría de afirmar que no entendí lo que quiso expresar y me engañaría admitiendo que no fue de mi agrado.

Acabé por encabezar el ascenso mientras él se colocaba galones y laureles a mi consta.

Si bajar con la angustia del acoso se tradujo en súbita pericia, el ascenso se convirtió en una tortura. La hierba conchabada con SalvaThor no facilitaba la adherencia de mis magníficas running fucsias, y en más de tres ocasiones colocó las manos en mis glúteos para evitar mi deslave al fondo del talud.

Ya de nuevo en el camino se detuvo para orientarse y supe sin género a duda que me había tomado el pelo cuando declaró no saber cómo regresar al pueblo.

—Para no conocer dónde estamos, te veo muy seguro de cómo has de moverte.

—Sé orientarme... —Le dediqué una mirada de incredulidad absoluta—.

El pueblo está situado en el norte. Un truco para localizar los puntos cardinales es fijarse en el musgo de la corteza de los árboles o en las piedras, ya que solo crece en las zonas umbrías, y también hay más telarañas...

—Entiendo. —Sonrió—. Eso ¿lo aprendiste en las prácticas de la policía?

—No. —Negaba a carcajadas—. Viendo Discovery Channel.

—Eso es mentira... —Meneando la cabeza continuó riendo—. ¡Es verdad!

—¿Cómo se te ha ocurrido venir sola?

—¿Y por qué no?

—Por evitar lo que ha sucedido hace un momento.

—Ha sido muy inconsciente de tu parte. Me has hecho pasar un rato de perros.

—Si sales mañana, te acompaño.

—A mí madrugar me agría el carácter.

—¡Imposible! —¡menudo cretino!—. No tengo inconveniente en salir por la noche.

—Salvador, no necesito escolta.

—Yo, sí.

Negué ya con el dibujo de una sonrisa en mis labios. Era agradable perder los corsés y Salva tenía la cualidad de cambiar el cariz de las conversaciones con sorna.

—¿Qué te trajo a Albricias? —Torció la cabeza ante mi fisgoneo, confundido—. No sé, no encajas...

—Tú tampoco —no fue un reclamo, señaló el paralelismo.

—Don Calavera me ofreció la vacante...

—¿Calavera? —Cada vez me gustaba más el tono de su risa.

—Se apellida Testuz... ya sabes, cosa de estudiantes —declaré restándole importancia.

—Yo me harté del ruido de las sirenas de la ciudad. De llegar a casa y esperar al día siguiente para ir de nuevo a patrullar. Era probar a vivir aquí o dar la vuelta al mundo en moto.

—¡Jolines, menuda equidad entre opciones!

—Me faltaba algo... he empezado por la iniciativa menos drástica.

—¿Y qué tal?

—Sigo aquí tras casi un año. Y tú, ¿de qué escapas?

—Ya te lo he dicho.

—¡Bah! Estás a una mentira más de ir al infierno.

—¡Eh, no te pases! —Le di un manotazo en el hombro y él simuló un traspies.

—No te engaño, mi ilusión desde niña ha sido cuidar de otros niños.

—¿Y en una cómoda y vanguardista consulta del centro de cualquier ciudad no te hacía tanta ilusión?

—Estuve trabajando miles de horas atendiendo a criaturas a las que por suerte diagnosticaba una vez. Mi idea de la pediatría era otra y por eso acepté la plaza.

—¿Y la atención privada? —Le observé de lado, no era un tarambana venido al mundo para amenizar las charlas y decidí abrirle mi pecho.

—El mismo día que aceptaba la vacante firmaba un divorcio exprés.

—¿Y cómo lo llevas? —Enserió el gesto.

—Demasiado bien, y eso me confunde.

—Piensas que nunca le quisiste por no sufrir como en las películas. —reí negando la certeza y él me acompañó con la suya.

—La realidad es incluso más extravagante. Nos quisimos mientras ninguno tuvo que demostrar su amor por el otro.

—Es un imbécil.

—Va, Salva... insultarle sin conocerle es fanfarronería.

—No hay peor bajeza que la de avivar el amor de una persona sin el propósito de amarla.

—Ese aforismo también podría señalarme a mí.

—No.

—¿No?

Me detuve ante la puerta de mi casa. Me supo a corto el trayecto de vuelta, como si hubiéramos traspasado un vórtice temporal que redujo el espacio y me encontré mirándole a los ojos, esperando una respuesta que no me importaba simplemente por disfrutar de su compañía unos minutos más.

Él, en tanto sonreía meneaba la cabeza, afirmando con el gesto de negar.

—Por qué no, Salva —insistí también con mis labios estirados.

Entonces dio el paso que mediaba entre nosotros diferenciando la postura cordial de la seductora, y por si no me había quedado clara la táctica, colocó sus manos en mi cintura dirigiendo su boca a mi oído.

—Su instinto jamás habría escogido a alguien para no amarle, doctora... —
Y el aliento de sus palabras me espeluscó por completo, erizando hasta el vello de la nuca.

—Ah, ¿sí? —respondí por refrigerarme, estaba frente a la reencarnación de Thor y debía de reprimir aquel apetito indecoroso que prosperaba en mí e insistía en palpar su torso pétreo—. Deberé estar más atenta a todas las señales para la próxima vez.

De nuevo se acercó a mi oído acariciando mi mejilla con la suya, otro gesto medido para que mi organismo reaccionara traicionándome.

—¿Hay algo más sincero que la piel de gallina?

—Hasta mañana, Salva —me despedí desoyendo a mis impulsos y a la sugestión de su mirada, aunque depositando un par de besos a un milímetro de sus comisuras tan sensuales e incendiarios como lo habían sido sus mensajes, con la idea mezquina de que lo pasara tan mal como iba a pasarlo yo aquella noche.

Le afectó y me sentí tan poderosa como Catherina la grande.

—Hasta mañana, Paula.

Y trotando se alejó mientras yo y mi sonrojo abrían para entrar en casa con el pecho inflamado de nuevas emociones.

Contenta de poder aceptar el aforismo de Luther Burbank al expresar que: *las flores siempre hacen sentir mejor a las personas, más felices y serviciales; son el sol, el alimento y la medicina para el alma.*

LAC POSTUM VINUM VENENUM



A SalvaThor no debió sentarle nada bien el relleno de los cuerpos cavernosos sin obtener el desahogo inmediato pretendido —a mí la ducha me ayudó bastante—, así durante las dos semanas siguientes no coincidimos. Intuía que me esquivaba.

Consideré esa conducta inmadura y decepcionante. No esperaba una serenata bajo mi balcón, sin embargo, calificué su actitud contraria a del dios nórdico que veneraba, más si cabía, cuando pensar en él arrancaba tremendo revoltijo de estómago a rodillas.

Por suerte conseguí mantener mi mente despejada de sus seducciones a base de trabajo y mi rutina de ejercicio, que, a partir de la tarde más angustiosa y emocionante de mi vida, se limitaba a recorrer las calles de la localidad.

—Estas niñas tienen el sistema inmune de Superman. —Las mellizas jugaban con un par de guantes que les había inflado mientras su madre intentaba en vano que no se lo llevaran a la boca.

—Son una bendición, aunque podían haber nacido con un par de años de diferencia.

—Kike es un chico extraordinario, seguro que te ayuda.

—Sí. —Sonrió hueca—. Las entretiene muchísimo, y eso que mi mayor casi nos quita las ganas de volver a ser padres, de ahí que tardáramos tanto en planteárnoslo de nuevo.

—¿Y eso?

—Al mes de nacer estuvo ingresado con una neumonía.

—¿Ya vivían aquí? —pregunté pensando en el aire milagroso de Albricias.

—Sí, nosotros somos de los pocos que siempre hemos vivido en el pueblo.

Si de algo me sentía orgullosa era de mi capacidad para no olvidar a los pacientes en cuyos historiales existían antecedentes distintos a las enfermedades comunes o con peculiaridades, y sabía sin necesidad de echar un vistazo que en el de Kike no constaba nada a destacar.

—Entiendo que no se le complicó el cuadro respiratorio.

—Paula, mi chico estuvo entrando y saliendo del hospital hasta los siete años.

—Bronquitis crónicas por inmadurez del sistema inmune —musité introspectiva recalibrando los nuevos datos—. ¿Estuvo ingresado en el hospital público de la capital? —Negó.

—Optamos por una clínica pediátrica privada y alquilamos un pisito cerca trasladándonos allí durante los primeros años, hasta que comenzaron a remitir las crisis.

—Qué curioso, no figura nada en su expediente médico.

—Puede que al visitarle el pediatra de la ciudad...

—¿Toma cortisona?

—Muy de tanto en tanto, ahora ya se resfría muchísimo menos. No como esta pareja que siempre están como una rosa.

Entonces recordé algo que yo misma había introducido en el informe de Kike.

—Teresa, por favor, dame a Sol un momento.

Sentándola en mi regazo le saqué la camiseta y comprobé su hombro, tras vestirla tomé a la hermana para realizar la misma operación.

He de admitir que no me sorprendió el hallazgo, en cambio, un escalofrío incómodo recorrió mi columna hasta la nuca.

—¿Sucedó algo? —La madre se asustó ante mi cambio de actitud.

—¿Te sometiste a algún tratamiento de fertilidad?

—No, ¡qué va! Tal como regresamos de la ciudad nos encontramos con las mocosas en camino. Es cosa de este aire tan puro, estoy convencida.

Una vez la familia abandonó la consulta, recuperé la conversación punto a punto mientras solicitaba los informes de Kike a la clínica donde lo habían estado tratando.

El aire.

Una brisa que, a pesar de la humedad originada por los árboles vetustos que nos rodeaban y del frío de las mañanas, no solo mantenía a los menores de seis años sanos, sino que embarazaba.

—Doctora.

—Dime, Cristina.

—El alcalde insiste en hablar contigo.

De las dos mil personas que constaban en el censo del término sumando a la de las aldeas que también instituían parte del municipio, restando a SalvaThor por estúpido, aquel personaje era de presumido, imbécil.

Caminaba dándose unos aires de superioridad añejos, contrapuestos con el de sus vecinos, gentes humildes sin licenciaturas ni ingenierías, pero con los conocimientos óptimos para mantener el bienestar familiar, es decir, a lo que aspirábamos todos.

El buen señor tenía por costumbre molestar de vez en cuando sin motivo aparente. Era sentarse en la consulta y trasladarme al siglo pasado, cuando Delibes representaba la arrogancia y la chulería del Señorito en «Los santos inocentes». Estaba convencida de que, para él, todos éramos Azarías.

—Dile que tengo la agenda...

—Buenos días nos dé Dios, Doctora. —Cristina se encogió de hombros entornando las pupilas.

—Buenos días, don Matías. ¿Qué le trae por la consulta de la pediatra? —puntualicé ante su risita gansa presumiendo de los implantes dentales recién estrenados.

—Soy el alcalde y parte de mi cometido es mezclarme con los parroquianos.

—Atender sus necesidades en realidad. Sigue sin justificar esta insistencia suya en retrasar mis obligaciones.

—Doctora, desde que la trato, siempre anda a la defensiva y es muy joven para ser tan desconfiada.

—Intento dar respuesta a sus visitas.

—Es bien sencillo, vengo a comprobar que no precisa nada del ayuntamiento.

Arrugué el ceño contrariada. Si hablaba sin dobleces no supe qué quería y de hacerlo, no las entendí.

—Usted sabe que los centros de atención primaria están supeditados al Departamento de Salud Comarcal.

—Tomás y yo manteníamos una relación muy estrecha. Gracias a mí este pueblo sigue con vida.

—Creo más acertado otorgarle el mérito a los ciudadanos que contribuyen con su esfuerzo para que así sea.

—Infelices, no tenían dónde caerse muertos y ahora viven como jamás habían imaginado.

—Difiero con esa afirmación. Es muy ofensiva para ser su representante y cobrar por ello.

—Una miseria, en verdad.

—Una miseria a la que usted no renuncia. Estas familias no merecen esa desconsideración. —Comenzaban a fastidiarme sus desprecios sociales, yo me sentía parte de la comunidad y, por lo tanto, humillada. Sin embargo, ahí seguía, luchando por mantener las formas.

—Sí —insistía con arrogancia—, tan agradecidos con vivir de prestado que no les importa laborar en el campo o atendiendo a los becerros. Aunque, hay empleos que teniéndolos por simples despiertan el pensamiento.

Podría haberse aplicado el cuento.

—En algo se ha de ocupar la mente si las tareas son mecánicas.

—Para usted, doctora, todo es ciencia, en cambio, piense en alguien dedicado a empujar una carretilla hasta arriba de estiércol, a fuerza de repetirlo durante años nadie sabría distinguir quién mueve a quién.

Se suponía por encima por algún motivo peregrino, cuando lo diferenciaba de sus congéneres los callos en las manos, un lenguaje forzado en desuso y su manifiesta falta de inteligencia.

—Así es la vida, en infinidad de ocasiones no se sabe si empujamos para que ocurran los acontecimientos o son estos los que nos arrastran a nosotros.

—Eso es... Ahora que nos hablamos al mismo nivel de entendimiento... — Elevé una de las cejas confundida—, me gustaría proponerle algo importante para ambos.

La desconfianza consiguió envararme para prestar atención real no simulada. Cualquier cosa que pretendiese de mí no iba a ser bueno, seguro.

—No tengo la menor idea de qué habla, ¿a qué se refiere?

—Recuperar los tratos que tanto ayudaron a la comunidad mientras Tomás estuvo al cargo.

—¿A solicitar las ayudas?

—Exactamente.

—Veré qué puedo hacer.

—Debería de pasar por el ayuntamiento, así podré mostrarle cómo las hemos gestionado.

—Ese tema no me compete en absoluto.

—Usted es la directora del centro.

—Y mi cometido se limita a administrar lo destinado para su gestión.

—Seguiré insistiendo para que pase por las dependencias municipales. Nos entenderemos. —Miró hacia la puerta que estaba entornada y se apoyó en la mesa arrastrando la silla. No fue miedo, sino repugnancia lo que motivó adherirme al respaldo de la mía separándome del aroma dulzón a vino barato que desprendía su aliento—. Tomás no habría dejado en su puesto a nadie con quien yo no pudiera llegar a acuerdos de reparto.

Quise ocultar mi asombro, no sé si llegué a lograrlo. Mi mente estaba sembrada de incógnitas extravagantes. ¿Sería Albricias el Fuenteovejuna del siglo XXI?

La curiosidad por saber cuanto sucedía en la localidad podía más a mi instinto de supervivencia. Al final SalvaThor habría dado en la diana al apuntar mi propensión al fracaso por negligencia intuitiva, porque, de existir intereses económicos, descubrirlos me acarrearía más problemas que hacer la vista gorda.

Solo una persona podría atenuar aquella congoja, y sin preocuparme de molestar, marqué el número de Coral media hora después de que el insigne edil abandonara la consulta.

—Hola, muchacha. ¿Qué tal?

—Perdona, me ha sucedido algo inesperado y necesitaba desahogarme. ¿Te

pillo en mal momento?

—No. Dime.

—Ya te he hablado del alcalde en alguna ocasión.

—Sí. ¿Continúa haciéndote visitas semanales?

—Puntual e insistente.

—¿En qué?

—Bueno... ¿me creerías si te dijera que me propone repartirnos unas subvenciones? —Se hizo el silencio al otro lado de la línea—. ¿Coral?

Un segundo después su risa a carcajadas, aparte de estimular la mía, relajó la tensión generada con su mutismo.

—Yo me imaginaba algo deshonesto.

—Lograrás que vomite.

—Mujer, tienes una imaginación portentosa. Deberías de probar a escribir una novela de misterio. Nunca supuse que te atraía tanto el suspense.

—No te mofes de mi olfato anticorrupción...

—Es un pobre diablo, para él lo que cobra es una fortuna. Dale largas, está ahí porque no se presentó otro.

—¿Y tú cómo sabes eso? —Si yo ignoraba el dato, ¿podía conocerlo ella?

—¡Paula! Estás imposible con el tema de las sospechas. Me lo acabo de inventar por seguir con la broma. ¡Necesitas un polvo con el que dejar de conjeturar!

—¡Ay, mujer, no te cabrees! Entiende, me propone...

—¡Nada! —me cortó—. En serio, has de romper definitivamente con el recuerdo de Nico. ¡Tres meses! ¡Tres! guardándole ausencia. Ni durante las Cruzadas las mujeres aguantaban tanto.

—No es eso...

—¿Y qué es? ¿Celibato voluntario?

—SalvaThor ha pasado de mí como de comer tierra y me siento defraudada... ¡Cabreada!

—Pues ves y se lo dices, sabes donde vive.

—¿Estás tarada? ¡¿Cómo y con qué excusa me presento?!

—Llegas andando, de su casa a la tuya no hay demasiado camino. Tocas el timbre y ¡listo! Ah, sí... Lleva una botella de vino, eso ayuda.

—Alucino con tu capacidad de poner solución a mis inquietudes.

—Vives siempre esperando a que otro reaccione primero.

—Vale... el sábado pasaré por su casa, aunque te haré responsable si en lugar de bebernos la botella se la parto en la cabeza.

—Dale para atontarle y aprovecharte de él.

—¡Sexo necrófilo! ¡Menudo reestreno!

Siempre me reconocí fiel seguidora de a la palabra de Coral. Ella, sobre cómo vivir y en qué emplear el tiempo de manera disipada, sabía infinitamente más que yo.

Así, una vez más e igual a lo sucedido años atrás con Nico, determiné dar a SalvaThor la oportunidad de entrar a desordenar mis emociones. Sin embargo, un grillito me advertía de que él iba a remover más sentimientos a los habituales, porque, sin pasar de un calentón, le había dedicado más horas a pensarle que a mi ex durante los años compartidos.

Dejando de lado mis pesquisas *Agathachirstieanas* le dediqué el resto de la semana a mi profesión, atendiendo a mis vecinos sin importar la edad y retomando el estudio sobre las patologías respiratorias en niños.

El sábado desperté dispuesta a comerme el mundo o una porción bastante exquisita, y con esas me dirigí a la capital a realizar unas compras para que el banquete fuera de gala.

Callejeando por el centro, me entretuve en buscar una vinoteca por hacerme con un vino adecuado para romper el hielo, y si se terciaba, convertirlo en agua y mientras caminaba distraída meditando en mis expectativas, los estereotipos establecidos en cuanto a la decencia en las mujeres sonrojaron mis mejillas, y entre más lo pensaba, más miedo sentía a hacer el ridículo.

¿Y si al tocar el timbre me abría la conquista puntual?

Sofocada con mis aprensiones figuradas, me detuve ante el escaparate de una boutique de ropa íntima que exhibía un maniquí risueño, rubio y atrevido, ataviado con un conjunto muy sugerente.

Me recordó a Coral y le sonreí esperando el guiño que ella haría. Contemplando mi reflejo en la cristalera listé mis posibilidades.

¡Yo también podía llevarlo!

¡Yo también podía ser descarada!

Así me armé de valor y quince minutos después colgaba de mi brazo, en una bolsa de cartón muy elegante con un lazo de rafia uniendo las asas de cuerda gruesa la lencería sofisticada y fina en tono morado llamada a reforzar mi autoestima. Aunque, a la encargada le pedí que lo envolviera para regalo, como si fuera de vital importancia que ella supiera que yo no lo iba a estrenar.

Esa era Paula Sansilvestre, en constante arrepentimiento de cualquier determinación que tomaba.

Ya con menos recatos, entré en la primera bodega selecta, convencida de

estar cometiendo un atropello contra mi respetabilidad.

El aroma a corcho asociado a otras esencias afrutadas y dulzonas perfumaban el establecimiento. Mi imaginación representaba a los bodegueros como a los dependientes de las abacerías por asociación directa con el vinagre, en cambio, ese perfil se reemplazó de forma radical cuando un tipo alto, en traje a medida de un magnífico porte y con cara de Adonis u otro similar, se acercó para atenderme.

—Buenas tardes, ¿puedo ayudarla?

—Oh, sí. Quiero un vino.

—Ha venido usted al sitio idóneo. ¿Cuáles son sus preferencias? —mala pregunta. Sobre bebidas espirituosas sabía entre poco y nada.

—¿Uno que no rasque al tragar? —Y encogí los hombros a la par que arrugaba la nariz. Él sonrió.

—Prefiere uno tinto o blanco.

—Es para una cena... de amigos. —¿Otra vez ofreciendo más información de la imprescindible!

—En tal caso, podría decantarse por uno rosado, los taninos son casi imperceptibles.

—Ah... —De haber escuchado aquel sustantivo, no lo recordaba.

—Me refiero a la astringencia.

—Uno blanco, el rosado es un poco atrevido —Coligué el color al amor y no quería confusiones.

—Sí, no suele tener buena acogida, aunque los hay de magníficos. En tal caso, yo le aconsejo un Château Rieussec del 2009. —Tomó la botella de una alacena triangular como si de una joya se tratara—. Tiene un color amarillo brillante precioso, con reflejos verdes de vino joven.

—Sí, ya veo —¿qué iba a añadir yo? Disfrutaría bebiéndolo no describiendo su cromática.

—El aroma es delicado a flores silvestres acompañadas con notas de fruta endulzada, cítricos y melón, muy bien integradas con los toques de su guarda en barrica.

—Como debe intuir, no soy una gran entendida. Dudo en poder encontrar todos esos matices.

—¿Sabe que los médicos consideran que el setenta y cinco por ciento de los sabores son olores en realidad?

—Algo he escuchado, sí. —En eso podía situarme al mismo nivel que él de conocimiento.

—Por eso debe olerlo antes de paladear, así podrá apreciar la excelente armonía entre frescura y cuerpo, con unas notas clásicas a damascos confitados.

—Me ha convencido —a qué hacerle perder el tiempo, dijera lo que dijera no tendría memoria gustativa para compararlo.

—No le va a defraudar, la próxima vez que venga le propondré otro más atrevido —¿lo diría con segundas? Y me acaloré pensando que él pensaba lo que yo estaba pensando que él pensaba.

Introdujo la botella dentro de una caja de madera y seguido en una bolsa de kraft negra mate con asas violetas que combinaban con mi nueva lencería.

—Serán noventa y ocho con setenta. —Entre una cosa y la otra me iba a salir el polvo por un ojo de la cara—. Le voy a obsequiar con un enfriador, lo ideal es servirlo a cuatro o cinco grados.

—Gracias, ha sido muy amable.

—Un placer.

Ya tenía todo lo esencial para dar el paso definitivo, aunque, si estaba tan convencida ¿por qué sudaba tanto?

Y sabía la respuesta, yo no actuaba así, y aun no considerándome una mojigata, lanzada jamás lo fui.

—¡Paula, es el momento de cambiar!

Me reprimí a mí misma camino a casa y una vez llegué ordené cuanto había comprado, metí la botella en la zona más fría de la nevera para dedicarme después a escoger la ropa que iba a ponerme.

Contemplaba mis posibilidades una vez tocara a su puerta, si me presentaba demasiado elegante destacaría más que un chimpancé albino por las calles de Albricias. Tampoco consideraba lógico llevar ropa interior cara con vaqueros desgastados, no era plan de entrar en materia y comprobar mi predisposición, a pesar de ser cierta.

La vida saludable se basaba en el equilibrio, por lo tanto, si vestía informal sin utilizar prendas de uso diario, podría pasar por una visita de cortesía con un posible final de fiesta sicalíptico.

Sobre las siete creí adecuado encaminarme hacia su casa. Me pareció tremendamente insólito que el pueblo estuviera tan vacío, por lo general los

niños pasaban muchas horas correteando por sus calzadas y las risas se mezclaban con los berridos de las madres emitiendo el toque de queda.

—¡Doctora! —el grito de Azahara hizo que se me cayeran las llaves.

—Chiquilla, menudo timbre. ¿Qué sucede? —Venía corriendo y se dobló para tomar aire.

—La... la esperan en la plaza del ayuntamiento.

—¿Quién?

—Todos.

—¿Todos? —Miré a la niña contrariada—. ¿Quiénes son todos?

—El pueblo, todo el pueblo.

Tomándome de la mano tiró de ella, conduciéndome casi al jorro hasta el lugar donde se congregaban casi todos los habitantes del término. Me eché a temblar. Azahara no me soltó o fui yo a ella.

—Buenas tardes, doctora.

—¿Qué sucede?

—El Matías ha dimitido de su cargo —Cesar, el alguacil se acercó y yo me subí al tercer peldaño de la escalera del edificio para que la multitud no me absorbiera.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Él sabrá. El caso es que estamos sin alcalde.

—¿Y el teniente alcalde?

—Arrestado por ponerle un ojo negro al panadero cuando lo pilló rajándole las ruedas del coche. —¡Menuda panda!

—¿Y qué pretenden que haga? —Allí estaba yo, con mi botella de cien euros dentro de una bolsa de rafia para disimular, rodeada de gente con la absurda costumbre de pedirme consejo sobre las cuestiones más desatinadas.

—Hemos decidido que sea nuestro alcalde provisional.

El ataque de risa nerviosa histérica fue inevitable, no pude contenerla ni detenerla hasta un minuto después.

—A ver... centrémonos. —Me sequé las lagrimillas carraspeando para recuperar un tono serio, aun tomándomelo a broma—. Eso no es tan sencillo. Por fuerza han de tener una jerarquía consistorial, síganla.

—Nadie quiere. —¿Por qué a mí Señor?! Y yo pensando que mi castigo era ser cornuda.

—Vivimos en democracia, han de votar a un candidato y mientras se

organiza la campaña electoral que ocupe el cargo la oposición.

—No hay oposición, siempre ha estado el Matías porque nadie se ha presentado para optar al puesto.

—Insisto, han de realizar elecciones.

—Por eso nos hemos reunido todos.

—¡Esto es demencial! Ni me he presentado al cargo, ni pienso hacerlo ni tengo aptitudes.

—¡Bah! Como si el mentecato del Matías las hubiera demostrado en alguna ocasión.

Observé a toda aquella muchedumbre confiada en que yo asumiera la responsabilidad sin más y distinguí a Salva entre el gentío.

—Salvador, dile a todos que esto no es posible... que... que han de seguir la ley.

—Yo estoy aquí en calidad de vecino.

—¡Tu eres la autoridad más directa que existe en este momento!

—Hoy libre, estoy fuera de servicio.

—¡Y yo! —Me sonrió de medio lado, ¡un cretino total, eso era! ¡El enemigo!—. Vamos ha tomarnos esto con la seriedad que se merece. Os propongo una reunión con todos los órganos de gobierno que no estén detenidos, fugados o desganados, para discutir cómo llegar a un acuerdo que no me comprometa forzosamente a administrar la municipalidad.

—¿Para cuándo?

—El lunes por la tarde, después de pasar consulta.

—De acuerdo.

Poco a poco la masa de vecinos se fue disolviendo. Yo aún confundida con los acontecimientos continué parada en el improvisado atril.

—Doctora... —Ni cuenta me había dado que seguía sujeta a la mano de Azahara.

—Lo siento, cariño. Ve con mamá.

Salvador me observaba con sonrisa de puñetazo, y no sé si era cosa de los maravillosos aires rurales, pero sentía la necesidad orgánica de romperle la botella en la cabeza o al revés.

—Paula... —alzó la voz cuando vio que giraba sobre mis tacones—. Va, mujer...

—Gracias por tu apoyo.

—¿Qué iba a conseguir yo que no hayas logrado tú?

—Nada, ya lo has demostrado.

—¿Te tomas una copa conmigo? —Me detuve para dedicarle una mirada furibunda.

—Solo si me aseguran que tu bebida contiene veneno.

Y para dejar patente lo rabiosa que estaba le di un empujón apartándolo de mi camino.

Allí quedó, carcajeándose de mí.

Todo cuanto había pensado para aquella noche se tradujo en rabia y tras meter en el frigorífico la magnífica botella llamada a devolverme la sexualidad perdida, me senté subiendo los pies al sofá por ver una película tomando una taza de yogurt con cereales, mientras la célebre frase de San Agustín de Hipona: *Me he convertido en una pregunta para mí mismo*, ensordecía mi cabeza y por silenciar el aforismo, me lo apropié.

NON SIBI SED OMNIBUS



Eran las cuatro de la madrugada cuando el timbre comenzó a sonar insistente. Tal fue el susto, que cogí la bata de pasar consulta y por no ir mostrando las pechugas desdoblé las solapas, aunque poco podía hacer para no enseñar parte del muslo, y como no existía mirilla en el portalón abrí lo justo para ver con un ojo y con el corazón en la garganta.

—Pero... ¿qué haces aquí a estas horas?

—Es una urgencia médica, yo pensaba venir mañana para invitarte a comer.

—¿Qué te sucede? —desconfiada seguí hablándole desde el palmo abierto.

—A mí nada, traen al alcalde. Le han disparado.

—¡Un disparo! ¿Dónde? ¡Un momento! Yo no puedo atender a un herido de arma de fuego.

—Bah, no te preocupes, son cuatro perdigonazos. —¿Cómo podía presumir de tanta indiferencia?

Abrí del todo. SalvaThor no disimuló su descaro al contemplar mi

indumentaria, tampoco podía juzgarle, parecía una porno enfermera zombi, si es que eso existía en la fantasía de algún desviado sexual.

Dos chicos a los que no conocía, también del porte de SalvaThor aunque no tan guapetones, traían al alcalde en volandas.

—Buenas noches, doctora —saludaron al unísono—, ¿dónde lo dejamos? Pesa como un muerto.

—¿No lo estará? —Todo era posible en vista de los últimos acontecimientos.

—Huele igual, aunque respira.

—Está como una cuba —resumió el otro porteador.

—Pasad al fondo. ¿En qué zona le han dado?

—En el culo.

—¿Y vosotros de dónde salís? —Hasta ese instante no me había percatado de su atuendo militar lleno de escupitajos de pintura multicolor.

—Hacíamos una partida nocturna de paintball.

—Estáis tarados —manifesté a Salva siseando al adelantarle apresurada por llegar a la consulta.

—Tú demasiado sexy —murmuró pegado a mi espalda.

No contesté por evitar colorear aún más las mejillas.

Apreté el paso hasta la improvisada sala de curas. Al llegar lo habían colocado bocabajo en la camilla, aunque al ser algo más estrecha a los estándares, don Matías rebosaba por los lados como un bizcocho con exceso de levadura dentro de un molde pequeño.

Corté el pantalón para revisar las perforaciones y a partir de esa noche el trasero velludo del regidor formaría parte de mis pesadillas el resto de mi existencia.

Pude comprobar que tres balines habían traspasado la dermis y seguían alojados en el interior, el cuarto arañó la piel atravesando el pantalón.

—He de extraerlos y darle un par de puntos en cada agujero. Salva, coge del armario de encima del escritorio una jeringa pequeña y un par de viales de Inibsacain. Saca de la fresquera una jeringa de Diftavax precargada...

—¿Qué es todo eso? —inquirió con curiosidad.

—Anestesia y la vacuna antitetánica. Colócalas en una de esas bandejas en forma de riñón añadiendo la caja de gasas, un blíster con pinzas, alcohol y el yodo.

Obedeció sin rechistar ni añadir bufonada alguna.

Los tres siguieron cada uno de mis movimientos con expectación, así me recogí el cabello atenta a no mostrar nada impúdico, lavé con desinfectante las manos colocándome los guantes estériles antes de comenzar a manipular al herido.

El paciente estaba tan ebrio que no hizo respingo alguno al introducir la aguja con el anestésico local dos veces por orificio. Esperando a que las terminaciones nerviosas se adormecieran saqué las pinzas del envoltorio.

—Sujetadle para que no se mueva mientras realizo la extracción.

Concentrada, no deliberé sobre lo surrealista del momento, si bien, en retrospectiva parecía que estuviéramos representando La lección de anatomía del Dr. Nicolaes Tulp de Rembrandt, a menor escala y conmigo medio en pelotas.

—Me corro... ¡Ay...! Que me corro.

Se hizo el silencio al escuchar gemir al herido tales obscenidades. Salvador enseriándose se agachó por quedar frente a su cara.

—Haga el favor de guardar la compostura.

—Es que me estoy corriendo. Doctora... sujéteme que me corro.

Con cara de asco, corté el hilo de sutura separando las manos de aquel culo peludo ahora con calvas.

—Me voy a correr... ya.

—Matías, cállese o le meto el rollo de algodón en la boca... —el tono de Salva ni era bromista ni amistoso.

—El viejo es un cerdo —apostillaba con asco uno de los amigos.

—¡Me corro...! ¡Me voy...!

¡Y tanto que se fue! Pero al suelo. El pobre diablo nos estaba avisando y no asociamos correrse con escurrirse. ¡Menudo batacazo! Intentando evitar lo inevitable, probó de sujetarse a la camilla y la sábana se deslizó, desparramando cuanto había usado para coserle y desinfectarle.

De nuevo le ayudaron a levantarse cubriendo sus inocencias con la propia sábana de papel desechable.

—Me duele el culo... ¡Ay! Doctora... me van a matar —la ebriedad no le permitía hablar con claridad.

—Sería cuestión de avisar a algún familiar y trasladarlo a casa. —Me senté delante del ordenador para redactar el informe haciéndome cruces.

—Nosotros nos encargamos.

—Le recetaré calmantes y antibióticos, durante unos días va a pasarlo bastante mal. Decidle a Camila que pase por la consulta y que Cristina lo incluya en la agenda para las curas ambulatorias en el domicilio.

Los amigos de Salvador le pasaron los brazos por la cintura por ayudarle a caminar y como conocían el camino hasta la puerta no los acompañé. Bastante tenía con recoger el desaguisado reviviendo aquel suceso tan esperpéntico.

—¿Por qué no dejas eso para mañana?

—¡Dios, Salva! ¿Te has propuesto matarme de un susto? —exclamé al pensar que se habían marchado todos.

—No. Jamás.

Desmoralizada, me apoyé en la encimera. Él a una distancia prudencial se colocó delante.

—Estoy muy disgustada contigo.

—¿Conmigo? ¿Por?

—Esta tarde me dejaste en bragas. —Elevó una ceja a la par que una sonrisa torcida muy canalla se dibujaba en su carita de chico travieso—. ¡Bah, Salva! De veras.

—Si hubieras necesitado mi ayuda, te habría rescatado.

—¡Este lugar es surrealista! Me veo arrastrada a vivir situaciones disparatadas. ¡Incluso me presiono a provocarlas! Y no soy así... ¡No, en absoluto!

—Me he perdido, Paula.

—Esta tarde... cuando... —Y perdí los estribos—, cuando se organizó el cónclave en medio del pueblo... Iba a tu casa, casi, ¡qué digo casi! Obligándote a invitarme a cenar... Con una botella de vino cara que no degustaría como se merece, y ropa interior morada... ¡Morada, Salva!

No había borrado la sonrisa de sus labios, sin embargo, ahora esa mueca sugería algo más a travesura, y tras dar el paso que nos separaba no más de un par de centímetros, apoyó ambas manos en la encimera encarcelándome con sus brazos, aunque sin llegar a rozarme.

—¿Y quién te obligaba a hacer algo tan perverso?

—Coral...

—Ah... ¿También te incitó a comprar la lencería y el vino?

—Solo el vino.

—No es por llevarte la contraria, pero no distingo nada indebido en eso.

—Sí, lo hay... —Un surco de desconcierto se dibujó en su ceño—. Has pasado de mí las últimas dos semanas. —Ahí no pudo evitarlo y se carcajeó sin reparos. —¡Salva!

—Me encantan sus reclamos, doctora... —declaró comiéndose las risas que cosquilleaban en mis labios con el aire de sus insinuaciones—, pero en mi defensa alegaré motivos laborales. Tuve que patrullar en horario nocturno... Sin embargo, no he dejado de pensar en ti...

—Es fácil una frase adecuada con la que contentar mis oídos ahora.

—Paula, quiero ver esa lencería morada.

—La esconde la bata...

Sin separar sus pupilas de las mías comenzó a desabotonar la única prenda que me envolvía. El corazón necesitaba más espacio entre las costillas y mi respiración se hizo errática, casi forzada.

Con suma delicadeza descubrió mis hombros y con los pulgares los acarició, aunque sin dedicarle una mirada a mi anatomía.

—Eres preciosa.

—¿Te gusta?

—Me gustas, tú.

Reconozco que me aproximé a sus labios con cierta indecisión, aún recelosa de una respuesta contraria a la esperada. Él se mostraba paciente sin insistir en marcar otro ritmo más apasionado, dejando que tomara yo la determinación de cuanto sucediera aquella noche.

Enlacé mis manos a su nuca y el cosquilleo de mis dedos en ella le provocó un jadeo de lo más sensual.

Mientras yo continuaba alargando el contacto con su lengua, él se desbrochó la casaca militar y cuando su pecho sublime se solapó al mío, aquel beso tímido se convirtió en tórrido.

Tomándome de la cintura me sentó sobre el mármol. Se apartó de mis labios para caminar por mi cuello y retirar los tirantes del sujetador que se interponían entre mi piel y su boca.

La turgencia de mis pechos marcaba mi estado de ánimo íntimo y con destreza malabárica los libertó de su prisión sofisticada para poder disfrutar de ellos y yo de sus caricias.

Necesitaba más de SalvaThor y provocándole con mis caderas le insinué lo

que esperaba ¡anhelaba! que sucediera.

No requirió de más invitaciones ni insistencias y tras sacarse el cinturón pude escuchar como se abrían los dientes de la cremallera de la bragueta. Haciendo a un lado la indiscreta prenda morada —que había pasado inadvertida— ocupó mi interior con la lentitud y control con el que soñamos perder la virginidad.

Le entregué mi cuerpo para que lo reanimara y cada vez que su ímpetu lo colmó, un frenesí nuevo y grato recorría mi organismo. Arqueaba mi espalda por mantener aquella conexión férvida hasta que un calor incontenible comenzó a provocar el estremecimiento interno antesala del clímax absoluto.

Jamás había experimentado tanta exaltación ni desorden sistémico, y comprendí los motivos por los cuales el sexo fue prescindible en mi vida, no había encontrado a nadie que respetara mis necesidades, simplemente dejé que utilizaran mi cuerpo para su desahogo... era la primera vez que yo tomaba la decisión de disfrutar sin seguir los consejos de terceros, sino mis propios instintos y esa sensación fue incluso más orgásmica que la maestría de Salva.

Me abracé a él mientras nuestros resuellos se tornaban alientos y cuando se encontró más recuperado tomó mi cara entre sus manos para besarme con la ternura que había marcado el inicio de aquella locura extática.

—Quédate a dormir.

—A dormir, no... —Y me besó de nuevo.

Desperté en el centro de la cama, sola, con las extremidades extendidas igual a una estrella de mar. Entre bostezos, intentaba desperezarme y encontrar alguna señal indicativa de dónde estaba SalvaThor.

Decidí salir de entre las sábanas envolviéndome en una de ellas y al abrir la puerta de la habitación un agradable olor a café y tostadas obraron de guía.

Al llegar a la cocina me apoyé en el marco de la puerta, por gozar con la imagen y los movimientos de aquel tipo desquiciante que me había proporcionado una noche de placer inigualable.

¿Qué iba a ser de mí a partir de ahora? ¿Dónde iba a conseguir a otro Thor con el que comparar a este? Mi nivel de exigencia pasional había dado un vuelco de ciento ochenta grados y me encontraba tan pletórica de sexo como de inseguridades.

—¿Vas a pasarte toda la mañana aguantando el quicio? —Ni se giró, se le veía bien cómodo alardeando de su complexión ancha de hombros y estrecha de cintura.

—No era mi intención, pero es muy grato ver a un tipo macizo preparando el desayuno medio desnudo.

—O medio vestido.

Al volverse, aquella sonrisa picarona descubrió la mía y soltando el paño sobre el mármol de la cocina se acercó como los felinos a los ratoncillos indefensos.

—Te sientan muy bien las mañanas. —Me rodeó con sus brazos por la cintura y poniéndome de puntillas le besé afianzando el primer contacto matinal.

—No me di cuenta cuándo te levantaste.

—Es cosa de este maldito horario nocturno y, bueno...

—Bueno, ¿qué?

—Que poco a poco me has ido echando de la cama.

—¡Ah, no mientas!

—Chavalita a base de empujones me vi en el filo. ¿Has visto a una gallina encaramada en un alambre? —Asentí—. Pues yo ya sé lo que sufren.

—En vez de irte, podrías haber ocupado el hueco de delante libre.

—Lo hice... pero me desvelé.

—Siento haberte fastidiado el sueño.

—No, lo hiciste realidad. —Pestañé alucinando y aprovechó para besarme —. A fuerza de costumbre me harás espacio en tu cama.

—¿Quieres repetir? —supongo que mi inflexión incrédula e inocente estimuló sus carcajadas, mas yo no fingía, nunca supuse que fuera a alargarse más de una noche.

—Yo sí. ¿Y tú?

—Me asusta decirte que sí, sueles sacarme de mis casillas con una facilidad pasmosa.

—¡Bah! La vida sin emociones es como el helado de nata.

—¿Qué le pasa al helado de nata? A mí me gusta el helado de nata. —Se separó unos centímetros mostrándome su escepticismo.

—Imposible después de lo de anoche. —Y mis mejillas se encendieron.

—Estuvo bien.

—Estuvo mejor que bien y quiero repetirlo.

—¿Ahora? —Tragué saliva mientras su penetrante mirada llegaba hasta el hipotálamo.

—Por ejemplo.

—¿Aquí? —balbucí a la par que sus manos deshacían el liviano nudo que sujetaba la sábana a mi cuerpo.

—Había pensado en la mesa de la cocina, por eso no he servido aún el desayuno.

La gruesa tabla de roble se quejaba molesta con nuestro peso y movimientos, a mí sus gruñidos estaban lejos de disgustarme, al contrario, amplificaban la erótica de aquel momento pasional arrebatado.

Tostadas y café se enfriaron a la espera de ocupar el lugar que por derecho les correspondían para cumplir su cometido existencial, y decidimos alargar la diversión en la bañera, una pieza clásica restaurada y preciosa con espacio suficiente para los dos.

Mientras iba vaciando las cazadas de agua que recogía con la mano sobre su pecho, él dormitaba.

—Salva.

—Uhm.

—No puedo dejar de darle vueltas a lo que sucedió ayer.

—Yo tampoco —afirmaba riendo—. Estuvo muy, pero que muy bien, aunque fue mejorando durante la noche...

—No hablaba de eso... —Le salpiqué por atemperarle los humitos—. Me refiero, a lo que le sucedió al alcalde.

—Los buenos cazadores de jabalí salen de noche, y los más atrevidos con niebla.

—¿Cómo se os ocurre ir a jugar a un coto de caza?

—El campo habilitado para el juego está a unos veinte kilómetros. Al Matías lo encontramos en el margen del camino, ya de regreso al pueblo.

—Ha tenido mucha suerte.

—Por cuatro agujeros de plomo en el culo, uno no se muere —aclaraba despreocupado sin abrir los ojos.

—El alcohol es un vasodilatador que provoca ensanchamiento de las arterias cutáneas, pero no en el resto del organismo. Podría haber muerto de frío.

—Mis compañeros dejarán constar ese dato en el parte. Dispararle por accidente en una zona privada no constituye delito, la omisión de socorro, sí.

—Que haya dejado la alcaldía repentinamente es... raro.

—Todo él ya lo es.

—Es un tipo insoportable, aunque tiene de tonto lo justo.

—¿Quieres decir? No le conozco, pero mi impresión es la contraria.

—No hablo de inteligente, más bien espabilado. —No acababa de creérselo—. Vino hace unos días invitándome a estafar.

—Menuda pieza. —Aún con los ojos cerrados rio a carcajadas.

—Me dio a entender que don Calavera ya lo hacía y confiaba en mí para seguir con el fraude.

Se incorporó sorprendido con la confidencia.

—¿Quería un porcentaje del presupuesto del centro de salud?

—No. Su idea era un informe con el que solicitar de nuevo ayudas estatales por nacimiento.

—¿Y tú crees que van a concederlas? Si algo sobra en la comarca son niños.

—Lo veo improbable. En este momento no se podría considerar una aldea amenazada con el abandono, además, por lo poco que he leído tales ayudas no existen en realidad.

—¿Qué?

—Se gestiona desde el propio consistorio, destinando una partida

presupuestaria para incentivar a las familias a que residan en el municipio.

—¿Y cómo un ayuntamiento que recaudaba los impuestos de cuatro o diez ancianos ha conseguido fondos para tanto vecino nuevo?

Torcí los labios negando a la par. Yo solo tenía preguntas que no conducían a ninguna respuesta sencilla.

—Debe de constar en las actas públicas. Por curiosidad navegué entre las páginas del BOE, pero me resultó imposible hallar nada, no quiero decir que no esté, simplemente preferí dejar de lado la investigación.

—¿Tú? No es creíble.

—Opté dedicar el tiempo a algo más interesante para mí —confesé cambiando la posición, colocándome sobre su regazo.

—¿En qué? —Su mirada pícara y su sonrisa endemoniada conocían el motivo, mas sus oídos esperaban un halago con el que envanecerse.

—Ya lo sabes. Compré vino caro y lencería fina.

Sin demasiada delicadeza atrajo mi cuerpo al suyo para comenzar con besos lo que acabamos con jadeos de nuevo aquella mañana.

No quería comparar, ni cabría alguna posible, pero ni al inicio de la relación con Nico habíamos consumado con tanta frecuencia, en realidad, ni yo lo buscaba ni él lo exigía... Aunque, por como retozaba con su amante hacía unos meses, podría haberme estado engañando desde siempre y a mí utilizarme para esparcimiento puntual durante las vacaciones o cuando la tipa menstruaba.

Nico se había convertido en un modelo negativo, un individuo que estuvo en mi vida para señalar desde dónde comenzaba el extremo dañino, y mentiría si dijera que pensar eso no me provocó dolor, en cambio, faltaría a la verdad de asegurar que hacerlo me lastimó más de dos segundos.

Qué bueno sería si una vez superada la aflicción causada por otro, pudiéramos meterla en un paquete y devolvérsela al remitente.

En aquel momento todas mis emociones estaban desordenadas, me sentía la capitana de las animadoras de un High school americano, la reina del baile de promoción junto al capitán del equipo de rugby, y a pesar de no actuar como acostumbraba, era yo quien manejaba mi vida, y podría equivocarme, pero esta vez sería la única responsable del descalabro.

Fue un domingo maravilloso, ninguno tenía ganas de que acabara y lo alargamos hasta el lunes sin proponérselo en verdad, supongo que por evitar despedirnos.

—Chavalita...

—Uhm...

—Me voy.

Abrí un ojo enfocándolo directamente al despertador.

—¿Tú has visto la hora qué es?

—Sí, hace media hora era aun más temprano.

—¿Por qué no desayunamos juntos?

—Prefiero que los abuelos no me vean salir de tu casa con la ropa de camuflaje llena de pintura, cuando ninguno me ha visto entrar...

—Ah, vale —no pude disimular el deje de desánimo—. ¿Me pasas la bata?

—¿Comemos juntos?

—Quería ir al ayuntamiento y preparar la reunión, de dejarlo para otro día me entregaréis el bastón de mando.

Me anudaba la prenda de espaldas a él. Sin esperarlo, tomó mi cabello sacándolo con delicadeza por fuera de la seda y el roce de sus dedos en mi nuca se convirtió en escalofrío. Al volverme posó sus manos en mis caderas atrayéndome hasta su torso, yo no contuve las ganas y lo besé, aunque no se lo mereciera por hacerme guardar todas las probabilidades de cómo amaneceríamos, en el cajón del «quizás otro día».

—Esta semana también tengo turno de noche.

—Ya nos veremos.

—Quiero verte cada día.

—¿Hoy cuenta como día?

—No, como mucho de aperitivo.

—¿Te hace un bocadillo en el despacho consistorial? —Elevé ambas cejas invitándole juguetona.

—Me hace. ¿Los llevo yo?

—Perfecto.

—A las dos estaré allí.

Lo acompañé al vestíbulo de la casona y me encantó el beso con sabor a promesa. Como boba me quedé allí prendida a la maneta con la puerta entornada, sosteniendo con el canto la cabeza. Como tonto fue caminando de espalda, aparentando tropicar con los adoquines añadiendo guiños divertidos y gestos hilarantes.

Una vez se alejó de mi visión, cerré exhalando con tremendo suspiro, y

ascendí las escaleras hasta el dormitorio sintiéndome Campanilla o un ser ingrátido que posaba las puntas de los dedos de los pies por mantener el contacto con el suelo, a pesar de no desear rozarlo.

Mas tarde la jornada iba pasando lenta. Me dediqué a realizar tareas administrativas que siempre dejaba para último momento, aunque nada habría pasado de aparcarlas un día más. Solo acentuaron los nervios y el aburrimiento.

En la consulta no estaba haciendo nada de provecho y cuando pasé visita a los pacientes con hora, me dirigí al ayuntamiento con la esperanza de que SalvaThor ya estuviera allí.

Y no, no había llegado.

Por no estar con cara de idiota decepcionada y mano sobre mano, le pedí al alguacil que me indicara dónde encontrar el despacho del alcalde. Raquel era la secretaria, tenía cuatro niños nacidos a pares y por su carácter calmo podría tener otros seis más, jamás se alteraba.

—Buenas tardes, doctora.

—¿Qué tal? ¿Cómo siguen los pequeños?

—Dando guerra, desquiciando a la familia.

—Es lo que se espera de ellos.

—Cuando les dé por estar horas delante del ordenador, me quejaré de eso... La gracia de ser madre es quejarse. —Reímos.

—Ahí te doy la razón. Raquel, no sé hasta qué punto es lícito que revise los documentos del consistorio.

—No creo que a nadie le importe.

—Eso espero. He quedado con Salvador para comer aquí. —La sonrisilla fue muy reveladora—. ¿Podrá pasar?

—Sin problema.

Entré atribulada. Lo mío no tenía remedio, ¿le debía explicaciones a alguien sobre mi vida privada? ¡No! Pues nada, ahí estaban mis mofletes con exceso de color y calor.

Aunque pronto cambió el tono del grana al verde, viéndome obligada a abrir las ventanas a pesar del frío para tomar aire por miedo a contraer Aspergilosis. El tufo a humedad fusionado al desagradable olor a tabaco cargaba el ambiente ya de por sí pesado por la decoración, nutrida de mil cachivaches inútiles solo valorados por los amantes de lo kitsch, como el gato

Maneki-neko o un burro de plástico que dispensaba cigarrillos por un orificio de bajo de la cola.

Lo único que escaseaban eran los elementos propios de un despacho, como papel y bolígrafos.

Observé la silla con desafío, pero el asco ganó la batalla tras enumerarme un listado de cuanto debía de haber pasado en ella. Era consciente de que no podía sacar documentos de la sede consistorial, sin embargo, nadie me impediría que los repasara en la sala de reuniones.

Más recuperada, abría y cerraba cajones vacíos, tampoco esperaba encontrar nada de interés, por lo general en las gavetas de un escritorio se suele almacenar todo aquello que no sabes dónde guardar, supuse que al dimitir el resto de sus tesoros se los habría llevado.

El archivador estaba justo detrás, debajo de un cuadro del alcalde en pose adusta y altiva que el pintor, fiel a la apariencia del representado, lo reprodujo tan desgarrado como era. Dentro del mueble, pendidos de unas varillas, había clasificadores sujetos de un par de ganchos y en su interior actas anuales en unos portafolios escolares con un par de fastener tipo chincheta, sosteniendo no más de quince hojas.

No me esperaba encontrar el expediente del Watergate, en cambio, le dedicaban más líneas a detallar el número de asistentes y sus ocupaciones que al orden del día.

Albricias era la simplicidad llevada a la mínima expresión. Los miembros del consistorio se reunían una mañana a principios de año, aceptaban los presupuestos basados en las cuatro mejoras estructurales para el municipio, repartían las ayudas a las familias que formaban parte del proyecto de crecimiento del pueblo y, hala, cada mochuelo a su olivo hasta que la tierra diera una nueva vuelta al sol. Esa era toda la gestión asumida por el cabildo, partidas de gastos sobre suministros, sueldos y salarios, y cuantiosos ingresos desde hacía ocho años de una fundación extranjera con sede en Polonia.

—Buenas tardes, doctora. —Alcé mi cara de los papeles para encontrarme con la sonrisa tunante de Salvador.

—Hola.

—¿Hola? —Sus cejas se unieron en desconcierto fingido y en respuesta, pestañeé negando—. Me esperaba algo más de entusiasmo.

—No creo que sea el lugar idóneo para saltar a tus brazos manifestando emoción peliculera—. Aunque en realidad era lo que ansiaba mi cuerpo.

—Es un sitio tan bueno como otro. Piensa en ayer... en la cocina... — Rodeó la mesa mientras yo mutaba el tono, y tomándome de la cintura, vino a demostrar el escaso valor que de daba al qué dirán.

—Salva... no somos criaturas para andar besuqueándonos por los rincones. Seamos serios.

—Yo te estoy besando en serio. —Qué capacidad para hacerme sonreír con estolideces tenía para ser un Dios nórdico con reputación de inclemente.

—Va, ayúdame con esto. Me da grima este despacho.

—A ver, dime, ¿qué quieres que haga?

—He revisado las actas, así por encima, aunque como no soy fiscalista, solo podría hallar un fraude si lo hubieran marcado con un círculo rojo.

—Los peores delitos se ocultan tras lo cotidiano.

—Tiene su lógica.

—Apliquémosla.

—Mira, —Le mostré los registros de las juntas—, es una contabilidad muy básica. En lugar de un ayuntamiento parece una comunidad de vecinos.

—Pues entonces comprueba en los gastos varios —apuntó despreocupado, mordaz.

Lo tomé como una broma, SalvaThor poseía la particularidad de responder siempre en tono de chiste, y así costaba diferenciar cuándo no lo era. Sin embargo, creí ver su pretensión con el comentario y busqué los apuntes contables que regularizaban las cuentas.

—¿Cómo es posible?

—Déjame ver... —Señalé diversos gastos invertidos en estudios demográficos contratados a una empresa polaca—. ¿Tan importante es conocer el número de nacimientos en la comarca? Lo solicitan cuatro veces en un año.

—Y la factura del servicio es justo la mitad del importe de las ayudas que se reciben.

—Pagan a las familias y el resto se lo reparten, ¡qué cabrones!

—Entra como donación y se devuelve como retribución en concepto de memoria de viabilidad.

—¿Dónde están esos documentos?

—Aquí no, desde luego. Los armarios simplemente guardan las actas anuales.

—A la fuerza deben de estar en algún sitio.

—Bueno, Salva... —Rasqué mi coronilla con el índice con mueca circunspecta—. Se intenta no abusar del papel, se envían archivos digitales...

—Doctora, es usted muy chulita...

Y le vi las intenciones de no respetar mi espacio y mi decoro, y como me sentía incapacitada para rechazarle, se lo permitiría. Que tocaran a la puerta favoreció a retenerle y a encender mis cachetes distinguiendo en el gesto de Raquel la guasa imaginativa.

—No pretendía molestar. —La situación no dejaba de tomar tintes más vergonzantes para mí.

—No nos has interrumpido —solté defendiéndome o acusándome. Salva, reía... ¡qué tipo más insustancial!

—Han llegado los vecinos, están en la sala de actos.

—¿Todos?

—No he pasado lista, pero he tenido que arrimar alguna silla.

—¡Jo, doctora! ¡Qué poder de convocatoria tiene!

—Ni el Mayor Quimby junta a tantos vecinos en una asamblea —la alusión a los Simpsons me la habría esperado de Salvador. El aire de Albricias también influía en la mordacidad de sus habitantes.

Raquel no había exagerado, allí estaba todo el pueblo otra vez, de faltar alguien era el alcalde, que ni estaba ni mucho menos se le esperaba.

Para mí habían reservado el espacio que el muy honorable ocuparía de no huir, y mientras caminaba hacia la silla con respaldo en terciopelo índigo, los cuchicheos se iban silenciando.

Salva y Raquel se quedaron en la puerta, de liarse una tangana podrían escapar los primeros. Estaba convencida de que Thor, el del martillo divino de verdad, no habría consentido abandonarme a mi desgracia, en cambio, aquel sucedáneo del que me había entusiasmado era un dios de pacotilla, como mucho el apóstol traidor, y pensando en eso le observé indignada. Él me dedicó una de sus sonrisas más seductoras, de aquellas cómplices y malignas, aceleradoras. Menos mal que ya estaba roja de antes.

—Buenas tardes.

—Hola, doctora —corearon.

—He comprobado las actas municipales y la gestión es muy sencilla.

—Entonces, ¿será usted nuestro alcalde?

—No —los murmullos de insatisfacción se elevaron hasta que el alguacil

pidió paz—. Cualquiera de vosotros podía tomar el cargo.

—Aquí todos salimos por la mañana y regresamos por la tarde —¡caray, menuda excusa! ¡Y yo!

—El ejercicio de la política en esta municipalidad no requiere de dedicación exclusiva.

—Paula, —una de las madres se levantó resuelta a exponer su opinión—, van a darle muchas vueltas para preguntar lo que a todos nos preocupa, y yo he de atender mi casa.

—Dime, Mercedes.

—La gran mayoría vivimos de unas ayudas que recibimos por repoblar. ¿Vamos a perderlas?

—Lo desconozco —admití encogiendo los hombros.

—No puede ser —el tono de las protestas ofuscadas convirtió la sala en un avispero. No era alcalde y conseguía enfadar a los votantes con dos palabras.

—¡Silencio, cagon en sos! —El manotazo llamando al orden del alguacil sobre la mesa casi me deja en el sitio, pero consiguió su objetivo—. Mal vamos si impedimos que se explique la doctora.

—Yo no sé cómo ni de dónde provienen esos fondos.

—El Matías debe de saberlo.

—Se ha largado del pueblo —informó otro de los vecinos—. La casa está cerrada a cal y canto desde el domingo por la mañana.

Levanté la mirada hacia Salva que al conectar con la mía frunció el ceño a la par que los congregados comenzaron a entrar en pánico.

—Escuchadme —insté alzando la voz por encima de los corrillos—, no he tenido tiempo para comprobar particularidades. Es esencial restablecer las funciones de gestión, yo me comprometo a ayudar en todo cuanto esté en mi mano, sin involucrarme en cargo alguno.

—¿Y qué nos propone? Aquí nadie lo quiere.

—Existe una forma de gobierno, que nadie recomendaría, —puntalicé aun a sabiendas de que no la tendrían en cuenta—, conocida como concejo abierto.

—¿Qué es eso? ¿Quién manda ahí?

—Es un sistema asambleario, un autogobierno popular. Se debe asignar a un intendente para encargarse de las tareas del día a día, pero los acuerdos han de ser refrendados por el pueblo a través de la votación popular.

—Es decir, ha de pringar uno, quiera o no.

—También pueden ceder la municipalidad a otra alcaldía limítrofe y que esta regente los poderes consistoriales.

—Pero ¿y las ayudas? No queremos perder nuestras casas.

—Bueno... —la voz trémula de Raquel desde el final del salón retorció a todos los cuellos que hasta el momento me observaban intranquilos—, podría encargarme yo. Hasta ahora, bueno..., he sido quien le preparaba a Matías las reuniones...

—¿Y el dinero? —insistían.

—Yo... la verdad..., de eso nunca supe demasiado.

De nuevo los cotorreos tomaron la sala callando la voluntad de la pobre Raquel, la única dispuesta a poner de su parte, la única con voluntad de implicarse. Me hartaron.

—¡Muy bonito, señores! —exclamé en un reclamo a la par que golpeaba con ambas manos la mesa. La sorpresa consiguió acabar con el desorden y arrancarle a SalvaThor una sonrisa ladina—. ¿Solo os preocupa eso? ¿No trabajáis para mantener a la familia? ¿No vendéis vuestros productos a la cooperativa?

—El pueblo disfruta de un bienestar...

—¡Pues contribuid! Aquí, ¡nadie!, absolutamente nadie paga impuestos. ¿Queréis mantener las instalaciones, las actividades y los servicios que disfrutáis? ¡Pagadlos como se hace en cualquier otro lugar!

—Vinimos aquí para que no desapareciera la aldea.

—¿Y no os habéis beneficiado de eso? ¿Habríais prosperado en la ciudad al mismo nivel que en Albricias? —se escucharon toses y carraspeos—. Raquel se ha ofrecido a continuar con el gobierno, y yo me comprometo a hallar la información sobre las compensaciones económicas que tanto os preocupan, pero debéis de colaborar cuando sea preciso o de lo contrario solicitáis que otro municipio se encargue del vuestro.

Ninguno de los presentes levantó la cabeza, nadie quiso enfrentar mi mirada. Con esa actitud tan pasiva no iba a involucrarme ni invertir mi tiempo, y tan decepcionada como iracunda, retiré la silla despegando el trasero para largarme.

—Doctora. —El alguacil sujetó mi mano—. Todos nos esforzaremos para que nuestro pueblo siga creciendo.

—En tal caso —me dirigí a Raquel, que asustada parecía haber menguado—, este no es mi sitio, es el tuyo.

Con cautela recorrió el pasillo entre los bancos hasta llegar al entarimado presidencial. A partir de ahí, resté rezagada, escuchando el estado de las cuentas y todo cuanto afectaba a sus habitantes.

Cuarenta y cinco minutos después se dio por finalizada la reunión. La caterva salió controlada charlando con relajo.

—Salva, no abras la boca, no estoy muy receptiva para aguantar boberías.

—Ni se me había pasado por la mente hacerlo. —¡Falso!

—Pues deja de sonreír, me enerva...

—Me encantas guerrera...

—Estás enfermo.

—¡Qué suerte la mía que tú seas médico!

—¡Pediatra, Salva! ¡Pediatra!

Tirando de mi mano me besó la mejilla, y aún enfadada conmigo misma por dejarme embaucar por aquella panda, el arrumaco me gustó.

Ya no podía desdecirme y a pesar de que Salva me había brindado su apoyo, presentía que llegar al fondo de la cuestión no iba a ser soplar y hacer pompas.

¿Y si no lograba mantener la principal fuente de sustento de la provincia?

¡Quién me mandaba meterme en semejantes berenjenales!

La soledad de la noche empeoró mis temores y gracias a esa inquietud encontré la respuesta al recordar una cita de Elbert Hubbard asegurando que: *El mayor error en la vida era tener siempre miedo a cometer errores.*

CONFESSUS PRO IUDICATO HABETUR.



Durante la semana siguiente tuve la sensación de recuperar mi adolescencia. SalvaThor venía todas las madrugadas sobre las seis y se metía en mi cama, yo a las cinco ya tenía el estómago encogido por la expectación. Sentir aquellas emociones era revitalizante, consiguiendo que todo lo deparado durante la jornada tomara un color optimista, excitante.

Sin embargo, el exceso de efervescencia mental me distraía de lo que meses anteriores me había mantenido en vilo, pasando a asumir una importancia relativa.

—¡Doctora! —el pánico en la expresión de Cristina casi consigue que me tragara el agitador del café que mordisqueaba.

—¿Qué sucede? —Me levanté de un brinco hacia la recepción del centro.

—Acaban de avisarme de una intoxicación en el colegio. —Su nerviosismo era extremo, una angustia impropia de un profesional de la salud, que solemos

mantener el temple incluso en las circunstancias más trágicas.

—Bueno, Cristina, ante todo, calma. Saca del botiquín de primeros auxilios, broncodilatadores, suero y glucosas. ¿Son todos los niños?

—No, —gimoteó—, los más pequeños.

Tal era su apuro que me contagié. Apresuradas salimos hacia la escuela de primaria, los padres esperaban en el vestíbulo con sus pequeños en brazos.

—Buenas tardes —me dirigí a Carmela, la monitora del comedor y a la cocinera—, qué ha sucedido.

—Ha sido con el postre, han comenzado a vomitar y a respirar con dificultad.

—¿Habéis seguido el protocolo para analizar los alimentos? —pregunté camino de la enfermería.

—Sí.

—¿Cómo te encuentras Azahara? —Estaba sobre la camilla, sujetándose el estómago.

—Me duele la tripa y la lengua no me cabe en la boca —contestó ceceando.

—Ábrela todo lo grande que puedas. —Obedeció. El interior estaba inflamado, no era una intoxicación, era una reacción anafiláctica, su organismo estaba generando histamina por deshacerse del agente invasor—. Cristina, inyéctale la solución de epinefrina según su peso.

—Enseguida te sentirás mejor. ¿Notas picor en el paladar?

—No, aunque me da ganas de vomitar el olor amargo. —Sonriendo le pellizqué el mentón con suavidad.

Algo que perdemos con la adultez es la capacidad de darle sabor al olor y color a las sensaciones, es una lástima que aprendamos a lastimarnos con frases medidas para ello y olvidemos las sencilleces para expresarnos, para entendernos.

Fui revisando a los afectados, por suerte era una escuela pequeña y el número de alumnos no superaban los doce por curso —muchos en realidad teniendo en cuenta la densidad de población del municipio—, ninguno iba a necesitar cuidados específicos, fue más anecdótico a preocupante, sin embargo, si grandes y pequeños habían tomado lo mismo, ¿por qué solo afectó de los tres a los seis años?

Debería de haber algún chaval de los cursos superiores que mostraran algún malestar, y nada.

—Carmela, ¿la comida es de cáterin?

—¡No!, la prepara Maricielo y Manuela cada día.

—Doctora, seguimos las instrucciones nutricionales que exige sanidad y se guarda durante una semana una muestra... —expuso apesadumbrada.

—¿Qué habéis preparado hoy de postre?

—Una cremita de frutas de temporada, fresas, plátano, naranja, manzana y pomelo con leche desgrasada.

—¿Ninguno de los niños había mostrado antes intolerancia a esas frutas?

—No, y eso que tenemos en cuenta las sugerencias de los padres, cambiando las verduras que no les gustan por otras que comen mejor.

—Podría ser la leche... —siseé por responder a mis dudas.

—Pero si es la misma que tomaron en el almuerzo —apuntaba la cocinera desmontando mi hipótesis.

—Entiendo que todas esas frutas las han comido antes.

—Juntas, no.

—Eso es indiferente... ¿añadisteis algún potenciador de sabor?

—Tenemos prohibido los aditivos artificiales.

—Me refería a condimentos como la canela o la vainilla.

—No —negó con rotundidad—, desde que en Casares los críos tomaron puré de castaña y se pusieron malísimos, no se han vuelto a incluir en la dieta frutos secos para nadie.

—¿Pasó lo mismo? —Me giré hacia Cristina que observaba con temor a ser interrogada y asintió sin abrir la boca—. ¿Cuándo?

—Hace dos años.

—¿Solo a los pequeños? —Asintió atribulada.

—Allí fue peor, falleció uno de los niños —apostilló afligida Maricielo—. Por eso somos tan cuidadosas con la preparación de los menús.

Tenía a treinta y ocho niños con un claro exceso de histamina que iban mejorando con la terapia de choque administrada. Ninguno presentó sintomatología alarmante que pudiera desencadenar un cuadro de hipoxia, en cambio, que en la escuela del pueblo limítrofe ya hubiera sucedido cobrándose la vida de un pequeño era a voz de pronto, alarmante.

Dos horas más tarde los síntomas alérgicos habían desaparecido, se quejaban del pinchazo en el muslo, pero respiraban sin dificultad, no se repitieron ni vómitos ni diarreas y las mucosas tenían el tamaño habitual.

Aquel tiempo me había permitido calmar a los padres ofreciéndoles las pautas de vigilancia y alimentación adecuadas, convencida de que ningún niño precisaría de una asistencia más rigurosa.

De camino al centro de salud, en mi cerebro centenares de preguntas emergían descontroladas y Cristina me seguía un par de pasos por detrás cabizbaja, como si su cuello no fuera capaz de sostenerle el cráneo.

No quise indagar, preferí obsequiarle con la posibilidad de acercarse a mí brindándome los datos que estaba convencida ocultaba. Entré en mi despacho con el único propósito de introducir lo acontecido en el informe de cada paciente y enviar notificación urgente al departamento de sanidad para que recogieran las muestras y las analizaran.

Cuando levanté la vista del ordenador, había oscurecido. Después del disgusto en el colegio, la tarde fue inusualmente tranquila, bien es cierto, que no pasaba consulta el Dr. Álvarez, sin embargo, eso tampoco era impedimento para ir al centro y ser atendidos o escuchados, incluso sin sufrir dolencia alguna.

—Doctora. —Aparté la cara del teclado y distraída miré a Cristina, sin embargo, la inflamación de sus párpados quiso que le prestara más atención de la prevista—. Me marchó.

—¿Qué ha sucedido hoy? —inquirí sin rodeos, en tono serio de analista.

—¿A qué se refiere? —titubeó con nerviosismo y yo pestañeeé confusa con la evasiva.

—Mira, Cristina, voy a ser franca contigo y con las mismas, espero que tú también lo seas. Sabes a ciencia cierta que una intoxicación alimenticia de esa magnitud habría afectado a todos los alumnos.

—Bu... bueno... conocía el caso de Casares, me... me asusté pensando...

—¿Me tomas por imbécil?!

La indignación vino acompañada de un palmetazo en la mesa. Otro en poco más de una semana, se podría decir que le estaba tomando el gusto a reclamar la atención haciendo uso del ruido.

Ella encogió los hombros sosteniendo un grito de espanto al considerarme una mujer nada mercurial, inalterable, que lo era hasta cierto punto, hasta que ese punto me encrespaba.

—No, Paula... de veras... yo para nada pretendía...

—Hablo contigo y mi percepción es que me tratas de idiota, y muy lista, muy lista, estamos de acuerdo en que no soy —expuse manifestando mi enfado

—, pero muy tonta, muy tonta, tampoco.

Me observó de hito en hito, con una mueca contrariada similar a cuando te trincan infraganti cometiendo una infidelidad. Para mí era fácil coligar ese gesto al suyo, tenía aún presente los de mi ex intentando justificar lo injustificable, e igual que aquel día, no me dejé amilanar por su atrición, o quizá, vergüenza.

Cruzándome de brazos, ya en pie, le sostuve la mirada sin tan siquiera parpadear, a la espera. Y se derrumbó. Concebí a una Cristina ofendida dispuesta a defenderse y en lugar de eso, con la cara tapada por las manos se abandonó al llanto.

¿Cómo no acercarme? Yo no serviría jamás de poli malo, me ablandaba como la mantequilla sobre una plancha caliente.

—Va, Cristina... —La sujeté con suavidad por el antebrazo—. Siento haberte hablado así.

—Mi situación es muy complicada, Paula.

—¿Te refieres al ámbito personal?

—Sí... ¡no! —respondía confundida, desquiciada—. Todo está tan ligado que ya no soy capaz de diferenciarlo.

—¿Puedo ayudarte?

—Sí... pero no lo sé —¡menudo galimatías! ¿Cómo pretendía que sacara una conclusión acertada?—. ¡No te conozco!

—Ni yo a ti, ni espero que me expliques nada que te comprometa, pero si en algo puedo contribuir a que mejore tu estado anímico, lo haré.

—¿De qué conocías a Tomás? —¿no era yo la que preguntaba?

—Durante la residencia para obtener la especialidad, él era uno de los pediatras del hospital universitario.

—¿Quién te ofreció la plaza?

—El Dr. Testuz se puso en contacto conmigo y redactó una carta de recomendación al Departamento de Salud. Yo seguí los trámites establecidos, solicitando el traslado y la reincorporación de la excedencia en la atención primaria.

—¿Por qué a ti?

—Quiero creer que por considerarme capacitada y responsable para el puesto —no entendía el interrogatorio, en cambio, contestaba sin vacilaciones por darle la oportunidad de ser franca conmigo.

—Era un hombre comprometido con su trabajo... no con su profesión.

—¿Y no es lo mismo? —Meneó la cabeza lenta a la par de segura.

—Nos obligan a nacer, exigiéndonos con miles de eslóganes a disfrutar de la vida... —Sus ademanes recuperaron el nerviosismo y yo me aparté—. ¡Que es única, dicen!

—Cristina... es que solo hay una —apunté la evidencia con cierto aplomo cínico.

—¿Y si mires hacia dónde mires todo está igual de vacío? —Yo era pediatra. ¡Maldita sea! ¡Pediatra! ¡¿Qué sabía yo de las mentes deprimidas o de cómo reconfortarlas?!

—Deberías de buscar apoyo psicológico, alguien cualificado para orientarte en el rumbo adecuado —he de reconocerlo, estaba sacudiéndome las pulgas con una frase básica y evasiva.

—¿Y si intentando encontrar ese camino me pierdo? —¿Más de lo que estaba? Lo supuse improbable.

—Desde luego nadie descubre el paraíso de no alejarse del infierno.

—No puedo, yo... yo tengo un deber moral, Paula...

—¿Te refieres a aquí? ¿Al pueblo? —Asintió desalentada—. ¿Qué sucede?

—No sé en quién puedo confiar... y tampoco puedo ponerte en peligro, porque aun considerándote una mujer de principios, conocer la verdad es muy comprometido.

—Estás involucrada por omisión en lugar de por comisión ¿es eso?

—Es muy duro levantarse cada mañana sabiendo tanto sin libertad para decir nada... —Bajó la mirada a sus manos—. ¿Sabes? Yo era agnóstica, convencida del poder de la ciencia... Ahora rezo cada noche dando gracias por concederme otro día solo amargada por la culpa.

Supe que alargar aquella conversación velada iba a conducirme a callejones sin salida. Cristina insinuaba verse envuelta en una conspiración mafiosa y con su silencio decía protegerme. Yo ni le di ni le resté crédito a sus palabras. Albricias era una comarca de secretos, hasta ahí no emitiría objeción alguna, pero ¿cómo para temer por su vida?, o de implicarme, ¿poner en riesgo la mía?

Pensé en el alcalde, recordar el culo lleno de perdigones me produjo repelús repulsivo y seguido afloraron nuevos recelos.

—Echemos la llave y vayámonos a casa, hoy ha sido un día complicado.

—Paula, has dicho que intentarías ayudarme...

—Sí, y no me retracto, simplemente has de encauzarme, mostrarme cómo.

—Sigue tu instinto. —¿Perdona? ¡Cuánto daño ocasionaba Netflix en las mentes trastornadas!

Ni repliqué. Fui hacia la mesa con la mente atestada de interrogantes para cerrar la sesión extrayendo el pen drive con seguridad de no malograr los archivos, y sin quitarme la bata, agarré el bolso con brío por salir de la consulta sin dar tiempo a iniciar otra conversación.

Ya en casa no dejaba de repasar lo acaecido durante la jornada, e investigaba los expedientes de los niños en busca de algún dato esclarecedor, un indicio fortuito que fuera de ayuda.

Sin resultados optimistas me arrastré de madrugada a la cama y al seguir elucubrando tardé en dormirme.

—Hola, chavalita. —Salva me besó el hombro mientras se acomodaba a mi espalda. Su cuerpo al enlazarse al mío me hizo estremecer con el cambio de temperatura.

—¿Para qué me desvelas? Me ha costado coger el sueño un horror.

—Menudo recibimiento, y eso que aún estamos en el periodo más emocional de la relación. —Me giré confundida con aquella protesta tan elaborada.

—¿De dónde has sacado eso?

—Uno, que de tanto en tanto lee artículos inútiles a la par de interesantes.

—No te veo sentado en el coche patrulla con un manual de psicología sentimental.

—Ni yo, pero como estamos vigilados por miles de satélites que conocen nuestra situación y transmiten esos datos a los departamentos de inteligencia, y ellos la venden a Facebook con la vil idea de que consulte a un psicólogo, me ha dejado el enlace de un estudio sobre los diferentes estadios del enamoramiento. —Le escuché tan atenta a desconcertada, Salva disponía la cualidad de enmascarar las bromas con certezas.

—¿Y por qué cree Facebook que precisas de orientación psicológica?

—Porque me vuelves loco.

Estrechó más su abrazo consciente de su triunfo sobre mi sensibilidad, y yo a modo de premio, le di un beso con sustancia y carente de inocencia.

—¿Cómo ha ido la noche?

—Movidita. Los controles de drogas y alcoholemia de los viernes son inspiradores para un anecdotario.

—Pues ya sabes, comienza con el borrador, que después el tiempo lo desdibuja todo.

—Y tu día, ¿cómo fue? —por instinto, suspiré—. ¿Qué me he perdido?

—¿Hasta qué hora estuviste durmiendo?

—Hice una siesta muy larga en previsión a la jornada que me esperaba. Me desperté sobre las ocho de la tarde.

—Hubo una intoxicación alimentaria en el colegio.

—¡No jodas!

—Por suerte, todo se resolvió con un chute de adrenalina y un par de inhalaciones de cortisona. ¿Sabías que en Casares sucedió algo similar?

—Sí, falleció un pequeño de tres años. Creo que toda la comarca se hizo eco.

—¿Y a nadie le sorprendió?

—Fue una alergia a los frutos secos.

—¿De un colegio entero?

—Casares es una pedanía, no han de sumar más de trece niños en edad escolar.

—Deberían haber saltado todas las alarmas, las alergias no se contagian y la mayoría de ellas son heredadas.

—Si lo piensas bien en estas aldeas casi todos son familia, se casan entre primos.

—En Albricias la endogamia no es representativa, la mayoría de los residentes actuales conocen la localidad por el reclamo de la repoblación.

—¿Qué rumias?

—No sé, tengo un mal palpito que Cristina me ha corroborado.

—¿Una mano negra en este lugar?

—Sí —exponerlo aún le daba más credibilidad—, aunque no abrirá la boca, está tan asustada como remordida.

—¿Y qué te ha dicho? —Su expresión era sobria, concentrada en mis palabras.

—Acertijos ininteligibles... —y recordando su preocupación por no involucrarme, callé por no implicarlo con mis recelos.

—Dímelos, soy bueno descubriendo trampas. —Retiré la mirada de sus

ojos cansados de la noche en guardia.

—Durmamos un rato, mañana es sábado podemos pasar el día fuera.

—Me parece una gran idea. Así, más descansados me lo explicas con calma... si es que deseas confiar en mí.

Sin más me acurruqué a su pecho acomodando la cabeza en el hueco de su cuello y al arrullo de su respiración dormimos.

Unas horas más tarde cuando el sol esquinaba en la ventana y una parte del mundo se desentumecía, salí con cautela de entre las sábanas.

Sentada en un taburete de la cocina, aún con el sopor del sueño y una taza de café, retomaba mis especulaciones donde las había dejado en la madrugada.

Decidida a descifrar el misterio de Albricias y alrededores, ahora quedaba el reto de intentarlo sola o compartir la información con alguien de confianza.

Ese tema era peliagudo, la única persona a la que consideraba amiga para compartir inquietudes inconfesables estaba a miles de kilómetros, inflarle la cabeza con aquello no iba a servirme de gran ayuda, aunque sí de refuerzo.

¿Y SalvaThor? A pesar de que su indolencia en términos generales podía desquiciar al ser más manso del planeta, era la primera persona que creía en mi manera de proceder sin inmiscuirse, pero cercano.

El instinto de prudencia, ese que retenía mi voluntad impetuosa y de la que, tomara la decisión que tomara, acertada o no, concluía con el arrepentimiento por los motivos más absurdos, revoloteaba insistente en no compartir mis sospechas más imaginativas con él; en cambio, la voz de la intuición opinaba todo lo contrario.

—¿Cómo voy a orillarlo a estas alturas si sabe tanto como yo? —musité soltando el aire sin esperar respuesta.

—Soy de la misma opinión.

Grité como la protagonista rubia de un thriller de clase b y no saltó el corazón al llegar a la garganta porque cerré la boca tragándolo de nuevo.

—Podrías ser menos sigiloso, ya es la segunda vez que casi me dejas en el sitio.

—Luego pasamos por el bazar de Plácido y compro un cencerro. —Hizo girar el taburete para primero besarme y continuar interrogándome con la mirada—. ¿Me permites ayudarte?

—Dame un motivo.

—No lo tengo, ni siquiera creo que me necesites, pero quiero estar a tu lado.

—¿Te das cuenta de que apenas nos conocemos?

—¿Y eso importa?

—Para poder confiar en alguien primero has de saber si puedes.

—¿Y cómo se determina? ¿Hay algún test?

—¡Ay, Salva! ¡No hay quien hable contigo! Para ti todo es chiste.

—Va, Paula, ¿por qué eres tan exigente?

—¿Y tú tan despreocupado?

—¿Despreocupado? ¿Por no milimetrarlo todo?

—Por tomarte cualquier cosa a la ligera.

—Disfruto del momento —orgulloso exhibía el típico eslogan copiado de la generación de los ochenta.

—Me estás vacilando...

—No, doctora, para nada.

—A ver, poli hippie, dime tu último instante de satisfacción, así, a voz de pronto.

—¿Vale el sexo?

—¿Ves?

—Venga, te diré el primero de la mañana. Desperté con dolor de cabeza, fui a buscar un analgésico y, ¡no te lo creerás!, abrí la caja por el lado que no estaba el prospecto. —No daba crédito a lo que escuchaba—. He pensado, ¡coño, ha de ser mi día de suerte!

—¿Y tú pasaste el psicotécnico para usar armas? —se carcajeaba tomándose a modo de réplica irónica.

—Chavalita, estoy dispuesto a ser tu Jean Passepartout. —Sonreí con la referencia literaria.

—Yo no tengo ni idea de cómo llevar esto, me viene tan grande... —confesaba dejándome mimar con la ternura de su mirada—. No dejo de ser una pediatra que sospecha de todo por no tener seguridad de nada.

—Paula, en serio, ¿no lo ves? —Negué. Gesticulaba una Paula sincera y distraída con su voz—, son tus temores lo que te hacen más fuerte, y todas tus dudas, más sabia.

—Me gusta gustarte y tenerte cerca.

—Es un comienzo.

En ocasiones, a nuestro alrededor la lógica aparentemente se esfuma. Las ideas preconcebidas de cuándo enamorarse tras un fracaso o de quién, se deforman. Y si durante un periodo confeccionamos una lista de requisitos irrenunciables, como si en lugar de seleccionar una pareja planearas su adquisición en una boutique de lujo y a medida, de súbito las expectativas desaparecen para entusiasmarnos de nuevo sin darle valor a las exigencias previstas.

En mi catálogo caprichoso elaborado tras la catástrofe sentimental, la única premisa consistía en encontrar a Thor, no deseaba conformarme con menos, y aunque en mi imaginación era menos irritante y más formal, el resto de los atributos de Salva se aproximaban bastante a mis fantasías místicas.

No obstante, tampoco iba a ilusionarme hasta el punto de perder la cabeza, algo en lo más profundo de mi psiquis anunciaba Thor-mentos si comenzaba a venerar también sus imperfecciones, a pesar de no tener la menor idea de cómo podía evitarlo.

Aquella tarde decidimos hacer una caminata mochila al hombro por las sendas de excursionistas. Se descubrió ante mí un Salva entusiasta de la naturaleza, capaz de reconocer plantas medicinales, setas comestibles u hongos venenosos. Me hacía participar de aquellos hallazgos como si de oro se tratara e insistía para que identificara el aroma que desprendían o admirara sus singularidades. Me recordó a los botánicos de reportajes televisivos, yo escuchaba atenta fingiendo ser ignorante de todas las propiedades que enumeraba por el simple hecho de disfrutar con su pasión.

Enseñándome dónde colocar los pies para subir por laderas pedregosas, me llevó hasta un paraje digno de un catálogo de fotos viajeras, aunque quienes llegaban hasta allí, prendados del encanto de aquel lago cristalino reflejando las montañas aún con nieve en sus copas crespas, envuelto por una alfombra verde de pasto espeso y fresco salpicado de diminutas campanitas y florecillas de los colores más vivos del ecosistema, intentarían ocultarlo al público para no dañar su belleza.

—Jo, Salva, que lugar más hechizante —manifesté con la respiración entrecortada por el esfuerzo.

—Es a donde traigo a las tipas para impresionarlas. —Qué diestro era cargándose el clima.

—Pues ya puedes asegurarte de que están en buena forma.

—Sí. —Se aproximó tunante, sonriendo con aire canalla y seductor... malvado—. Primero las entreno indoor, después desvelo mis secretos.

—Eres el tipo más listo y más tonto que he conocido jamás —y como lo afirmé por completo convencida, se rio a carcajadas.

—Sentémonos, tengo hambre.

Sacamos los bocadillos para dar descuento de ellos sobre una piedra plana contemplando el espectáculo de quietud alterado levemente por la brisa que se filtraba entre los collados.

—Salva, ¿cómo sabes tanto sobre plantas? —pregunté distraída, con interés, pero captando todos los detalles del entorno.

—Mis padres tienen una herboristería, pasé muchas horas en la trastienda rodeado de fardillos secos.

—Lo dices con desagrado, cuando de camino me has expuesto un tratado herbario.

—Uno retoma el gusto cuando se aleja. Te garantizo que la mezcla de aromas tan intensos acaba por repugnar, aún mantengo en mi memoria olores que me retuercen el estómago.

—Como cuáles.

—El eneldo, el hinojo, el estragón...

—Antibióticos naturales...

—¿Los pediatras también sabéis de plantas?

—Salva, las medicinas se obtienen de la destilación química de hierbas, cortezas, hongos... y los médicos también hacemos uso de los remedios naturales eficaces. En la pediatría actual, se intenta reforzar el sistema inmune evitando el abuso de compuestos sintéticos.

—Pues yo prefiero tomar cualquier pastilla radiactiva a un sorbo de algo con gusto anisado. —Entorné las pupilas negando ante semejante exageración—. Además, soy capaz de detectar si el cocinero mientras preparaba mi plato llevaba el condimento en un bote después de añadirselo a otro guiso que no era para mí.

Ahí no pude contenerme y reí con ganas.

—Ahora va a resultar que estoy ante un superdegustador. —Y continué riendo.

—No es bonito reírse de mi desgracia —me amonestaba con tono y gesto cómico—. Hubo un tiempo que todo se adobaba con especias de sabor a apio.

—Yo tampoco le encuentro el chiste, la verdad, aunque en ciertos alimentos como los pescados, ese toque dulce desenfocado ayuda a que pierda emboque a mar.

—¡Justo lo mejor que tiene la pesca azul! El infierno debe de rozar el aforo de individuos que rocían con limón los berberechos sin preguntar al resto de los comensales.

—Estoy convencida de eso —afirmé riendo—, aunque de tener hambre y estar aderezados, uno come cualquier cosa.

—El limón tiene un pase, pero para probar algo anisado debo de llevar sin comer mucho y no tener a mi alrededor otros manjares como saltamontes.

—¡Puaj! Jamás mi boca rozará un insecto de forma consciente.

—Tienes menos probabilidades de intoxicarte con ellos que comiendo algunas hierbas o setas. —De un brinco se acercó a la coza de un pino donde había una agrupación de diminutos hongos de pie alto y sombrero generoso. Tras arrancar una de ellas regresó a sentarse junto a mí de nuevo—. Huele.

—Salva... no te lo tomes a mal, pero por hoy ya he hecho el cupo de probar raíces y frutos parasitarios con textura pulposa. —Acompañé la descripción con una mueca de asco.

—Las *Cytinus hypocistis* son ideales para tratar la disentería...

—Esa enfermedad se previene con una higiene adecuada, ¡que no estamos en el medioevo! ¡No me vaciles, Salva! —Mi gesto le resultó bien cómico y sus carcajadas resonaron rompiendo la quietud del lugar.

—Tienen buen sabor, no me lo niegues.

—¿A qué? Yo no he notado tal exquisitez... —me observó disentido con el ceño arrugado—. Vale, puede que esforzándome recuerde a algo indefinido y dulce.

—Va, no seas rancia y selecta. Huele. —Acerqué la nariz al gorro de la seta captando las notas aromáticas que desprendía—. ¿Y bien?

—Huele a seta.

—Puedes hacerlo mejor, esfuérzate.

—¿Pretendes que haga una disertación del aroma de una seta?

—No, aunque espero algo más interesante a la obviedad.

—A ver, trae... —enderecé la espalda por darle un aire ampuloso a la acrimonia con la que pretendía expresarme y antes de comenzar, carraspeé burlona—. Puedo observar un llamativo sombrero de unos seis centímetros en

un tono gris plata. Se aprecia una leve viscosidad que la hace poco apetecible en crudo.

—No es aconsejable comer hongos desconocido sin cocinar —apuntó interrumpiéndome con el mismo halo de profesor presumido con el que yo hablaba.

—¿Me permites continuar?

—¡Oh, sí! Disculpe el inciso, doctora.

—Prosigo. El paraguas es convexo exponiendo unas laminas suaves y muy blancas. El pie es alargado, cilíndrico, parduzco y viscoso, con unas pequeñas granulaciones tipo harinoso en la parte alta. Su carne es espesa y desprende un aroma intenso... dulzón.

—¿A qué? —inquirió conociendo la respuesta, aunque esperando que yo la desvelara con un movimiento de cejas provocador.

—A... —Busqué de nuevo el hongo inhalando una vez más, contrariada, en un susurro—. Almendras amargas.

—¿Ves? Solo debías de ponerle un poco de interés. —Fruñí el ceño observándole, en cambio, no le atendía concentrada en mis elucubraciones—. ¿He dicho algo malo?

—Tú, no.

—¿Entonces? —Encogió los hombros negando su propia confusión. Mientras, yo divagaba conectando conceptos paradójicos activados con un aroma, y desconociendo si podía ser valiente haciéndole caso a la intuición que me invitaba a confiar en él.

—He recordado algo...

Los mayores y más importantes descubrimientos en nuestra historia han sido fruto de la casualidad, desde el fuego a la penicilina. El estudio o la experimentación habrían dado pie a su hallazgo, pero la realidad advertía que, de tener una sospecha en algo insólito, de alguna u otra manera la respuesta emergería.

Mi mente en aquel instante volcaba todos los datos como los críos sobre la mesa las golosinas y los dulces tras la noche de Halloween. Iba escogiendo la información para ordenarla y sacar conclusiones, que, lejos de resolver mis inquietudes, se transformaban en intrigas alarmantes.

—¿Relacionado con los niños? —Asentí seguido dos veces, asustada con mis especulaciones y apostando por el rojo.

—Ayer, algunos niños me dijeron que el postre olía amargo.

—¿Qué hay de raro? Son pequeños, deben de confundir el sabor con el olor.

—Cuando un niño identifica un olor lo asocia al alimento, por ejemplo, huele a fresas.

—Pero la fresa es un sabor. —Negué.

—Tu lengua no dispone de papilas gustativas para detectarlo.

—Pero existe, todos sabemos identificarlo.

—Sabores como el limón, la vainilla, el café... son una mezcla de compuestos químicos que se desprenden de forma aérea y captamos por la boca vía retronasal a través de nuestro sistema sensorial olfativo.

—Vienes a decirme que la lengua solo reconoce el dulce, el salado, el ácido y el amargo.

—Y el umami.

—¿Umami?

—Un vocablo japonés que significa sabroso —abstraída en otras intensidades le ofrecí mi escaso conocimiento en la materia. Yo, del sistema digestivo podía conversar durante horas, pero sobre la percepción del retrogusto únicamente podía pasar de puntillas.

—¿Y por qué te sorprende lo del olor amargo?

—¿Sabes? —Negó esperando la respuesta—. Es uno de los sabores más interesantes, se trata de la apreciación dada por varios compuestos químicos producto de distintas estructuras, y en nuestras papilas gustativas está bien diferenciado con la finalidad de alertar al instinto de supervivencia sobre algo nocivo para nuestro organismo.

—Pero hablas de olor amargo, ahora me he perdido.

—Tú, yo y la gran mayoría de la población, seríamos incapaces de percibir el efluvio amargo de un pomelo.

—Porque el pomelo huele a pomelo.

—No, Salva. El pomelo es un cítrico, algo más dulce que el limón y más ácido que la naranja.

—Y más amargo que ambas, pero un pomelo, huele a pomelo —insistía sin comprender a dónde pretendía llegar.

—Y tampoco toleran el brócoli, la coliflor ni el repollo... —musité observándole, sin responderle, entrecerrando los ojos, con esa mueca de

pensar tan clásica para cualquiera que use la mollera.

—¿Qué tienen que ver con el pomelo?

—¡Castañas! —Reconozco que fue una exclamación producto de mis propias conclusiones revelándose a fogonazos, que igual a como aparecían se velaban.

—¿Castañas? —Para Salva todas mis inferencias debían de ser un puro galimatías.

—¿Recuerdas? En Casares un pequeño no superó la anafilaxis tras comer un puré de castañas.

—¿Y qué tiene que ver con el Pomelo? ¿O con las llanegas?

—La crema de postre llevaba pomelo.

—¿Y qué se parecen un pomelo a una castaña?

—En la feniltiocarbamida.

Cambió la mueca de confusión por asco suponiendo percibir un hedor figurado que ni por asomo era el que imaginaba. Fijó su mirada de pasmo en la mía con los párpados parapetados dentro de las cuencas.

Si a él aquel compuesto le sonaba a insulto yo simplemente conocía sus propiedades tras leer un estudio publicado por Coral en una prestigiosa revista de divulgación médica, de no haber recordado el artículo jamás habría realizado las conexiones oportunas para establecer semejante corolario.

—Paula, acabas de aclarármelo todo —confirmaba mis sospechas con sorna.

—¿Te suena Mendel?

—¿El de la música de las bodas?

—No, hombre, ese era Mendelssohn.

—Entonces, quién es.

—Fue el padre de la genética moderna, y hoy aún siguen vigentes sus estudios sobre los fenotipos.

—Ah, ya... No me entero de un carajo.

—Las diferentes formas que puede adoptar un gen se conoce como alelo.

—Te refieres a la herencia que transmiten los cromosomas.

—Sí, y dentro de esa morfología se pueden diferenciar los recesivos como el albinismo, la cera del oído seca, los lóbulos de las orejas unidos, el pulgar de autoestopista...

—¿Qué es eso? —Como era de esperar levantó su dedo intentando

encontrar la respuesta por sí mismo.

—Cuando puedes flexionarlo hacia atrás.

—Ajá, ¿y los dominantes?

—Algunos son muy comunes, como el mentón partido, el estornudo fótico, las pecas faciales...

—Y la fantoncarboncilla. —No pude contener las carcajadas.

—Perdona... —me excusé aún riendo—, hay dos habilidades que son hereditarias, pero poco comunes e incluso siendo un alelo dominante, cada vez hay menos individuos portando el gen. Hablo de la capacidad para saborear la feniltiocarbamida y la de olfatear el ácido cianhídrico.

—¿Y eso qué tiene que ver con las setas, el pomelo, las castañas y los niños?

—Que todos esos alimentos desprenden un aroma a almendras amargas que solo unos pocos pueden detectar, en concreto esos niños.

—Entiendo que esta llanega ha sido el espécimen control.

—Sí, su fragancia me ha dado la respuesta a la incógnita fácil.

—¿Fácil? ¡En dos mil años habría llegado a semejante conclusión!

—Tú no eres médico, ni tienes una amiga alergóloga infantil.

—Vale, sabemos que los niños pueden reconocer esas sustancias, ¿cuál es la finalidad?

—Ni idea.

—Joer, Paula... ¿Tanto pensar para nada? —¡Era lo último que esperaba escuchar! ¡Como si fuera tan sencillo llegar a semejantes resultados!

—¡Ep! Tío lila, se supone que tú has de tener más facilidad para eso y te he visto muy perdido.

—¿Y por qué debería? —a la pregunta añadió una sonrisa de suficiencia de guantazo de ida y vuelta.

—¿No eres agente de la ley?

—Guardia civil de tráfico, no inspector de delitos sobre la salud pública.

—Pues yo soy pediatra, ni genetista ni antropóloga... ¡Pediatra!

Arrastrándome de la cintura me sentó en su regazo. Mi indignación impedía mostrarme receptiva a sus manoseos, si bien era una pantomima con la que enmascarar el entusiasmo de sentirme feliz entre sus brazos cuya musculatura se insinuaba más sublime con la ropa deportiva. Recordé a Thor, bueno al Thor de mis fantasías —ya sabemos que la mitología no deja de ser la

imaginación de otro divulgando fabulas de alguien anterior—, y cada vez el parecido de Salva con él era más acusado o podría ser que Thor en realidad fuera Salva. Un antepasado nórdico con genes divinos dominantes... Y mientras besaba mi cuello con aviesas intenciones recordé un dato más.

—¡Salva! —Le sobresalté con la exclamación—. Esos niños no son de su padre.

—¿Pero? ¡Ostras, Paula! —Reía con mi descubrimiento rememorando su imagen adolescente de la infidelidad—. ¿De todo un pueblo y alrededores?

—Te vas por el lado impúdico. —La indignación avivada por su risilla fue molesta y por hacérselo ver me giré para discutirlo de frente.

—¿Y cómo sostienes esa hipótesis?

—He pensado en ti y en Thor. —Entiendo que ahí las carcajadas eran justificadas, podría haber escogido otro ejemplo, inventármelo. Acabaría por pensar con tanto misterio que estaba necesitada de orientación psiquiátrica.

—Eso es interesante, ¿puedes desarrollar la respuesta?

—No, solo serviría para enaltecer tu ego, y yo no estoy pensando en broma. Esas criaturas deberían de haber heredado rasgos de sus progenitores.

—Chavalita, yo no ando fijándome en los parecidos razonables de los aldeanos, además, ¿eso no lo habría averiguado la parienta?

—Siempre que no existan rasgos extremos.

—Un niño negro —empleó el ejemplo más ramplón.

—Si tienen la capacidad de detectar el sabor y el olor de ciertos compuestos, sus hermanos y sus progenitores ¡ambos!, también deberían hacerlo.

—¿Los dos? —¿Qué letra de «ambos» no habría distinguido?

—Al nivel que reaccionan ante el contacto con esas sustancias, sí. Los supertaster han de disponer del gen por partida doble.

—En resumen... —convino tomando aire y exhalando con sonoridad—. Una cincuentena de criaturas de este pueblo y posiblemente otra cincuentena de los municipios aledaños, disponen de la habilidad de oler lo inodoro y saborear lo insípido, sus madres son sus madres y sus padres viven engañados.

—Sí, sería eso.

—Vale, ¿por qué?

—¿Otra vez me preguntas lo mismo?

—¿No será porque no me has contestado? —Oh... como odiaba esa chulería.

—¿Y no será porque no lo sé?

—Pero todo esto debe de tener un motivo... de ser ciertas tus especulaciones.

—Sé que lo son.

—¿Por una vomitera simpática en un colegio? —¡Qué indignante!

—Eres un estúpido.

Me alcé de la piedra con ánimo de buscar otra del tamaño de mi mano para lanzársela a la cabeza. ¡Qué tipo más insufrible!

—¿Por qué te cabreas? —Aún se vería en el derecho de exigirme explicaciones.

—¿Crees que todo esto emerge de la inspiración sensitiva?

—Chica, pues al parecer, sí. —Estaba en lo cierto, pero ofendida con la broma no iba a comulgar con él.

—Durante el tiempo que llevo pasando consulta ya he observado detalles, como niños que no soportan el brócoli y las espinacas —tal como acabé de pronunciar, me arrepentí.

—¡Venga, Paula! A ningún chaval del planeta les gustan las verduras. — argumentaba riéndose de mí, y me lo merecía.

—¡Falso! A mí siempre me han gustado.

—¡Bah! Tú nunca has sido niña.

—¡Tú qué sabrás!

—Sé que ningún chiquillo bien alimentado elige el brócoli o las espinacas de menú, a no ser que tengan sabor y forma a macarrones a la boloñesa.

—Eso solo les sucede a los malcriados, con tendencia a negar por principio. ¡Los niños toca huevos, como fuiste tú con seguridad!

Renegaba con ademanes de basilisco, rabiosa conmigo misma porque las réplicas de SalvaThor eran ciertas. Toda hipótesis con fisuras se refuta, y sus dudas simples ayudarían a dar con evidencias más elaboradas con las que sellarlas. Sin embargo, reconocer que mis elucubraciones se sostenían por hilos de seda, frágiles y quebradizos, me enrabetaba.

Con aquella cólera injustificada, salté de la piedra y pisando con furia me encaminé hacia la loma por donde habíamos ascendido.

—¡Para, mujer!

—No te soporto, Salva —mentí por fastidiar, aunque a él le resbaló el comentario tomándolo a chiste ¡como todo!

—¿Bajar por ahí sin cuerdas? —se burlaba con el tono de mi determinación insensata—. No voy a decir que es una locura...

—Estoy a una locura más de lanzarte por el terraplén... me hartas. —Sujetándome de la cintura del pantalón de deporte consiguió su propósito de frenar mi huida—. ¡¿Qué haces?!

—Observar ese culito perfecto en visión cenital. —Aprovecho para dar un paso y abrazarme por la espalda. ¡Qué fastidio ser una mujer débil y emocional!

—Salva, te ríes de mí y mis conjeturas, eso me joroba bastante, no me tomas en serio. —Más mansa y menos indignada, comencé a enredar mis dedos en la tela de su camiseta, agregando, eso sí, un puchero infantil por manifestar que sus desaires me afectaban.

—Chavalita, me surgen interrogantes, algo que debería indicarte justo lo contrario.

—Me enfada no poder respondernos.

—Entonces, no es conmigo el problema.

—Tampoco parece ser importante para nadie de la región.

—Probablemente porque quienes deberían de planteárselo estaban metidos en el ajo.

—Y ahora, ¿qué hago?

—Dar con la verdad.

Exhalé vaciando los pulmones, desinflándome... Yo no era una persona aventurera, prefería rodearme de comodidades, jamás había valorado la posibilidad de hospedarme en un hotel de menos de cuatro estrellas, si viajaba exigía un mínimo de atenciones prescindibles, ¡innecesarias! para la mayoría.

¿Por dónde comenzaba? A decir verdad, ya lo había hecho, pero ¿cómo continuaba? ¿A quién preguntaba? ¿Podía preguntar? Tanta ambigüedad era perturbadora.

—No voy a poder, Salva... Me veo incapaz de hurgar sin saber qué busco o dónde hacerlo.

—Thor tiene previsto acompañar a la doctora Marvel.

En un inicio arrugué el ceño, atónita. Segundos después rompí a carcajadas la armonía del lugar.

Regresamos a casa por otro cañón más largo, aunque menos intrincado, comentando al inicio de la caminata los indicios con los cuales sostenía mis especulaciones y después señalando peculiaridades de aquella zona por confeccionar una lista con la cual comenzar.

Ambos estábamos de acuerdo que el ayuntamiento junto al centro de salud, habían estado estafando al municipio al repartirse la mitad del importe que la fundación polaca ingresaba anualmente para mantener un censo joven. Eso también rozaba lo absurdo, ¿es que en Polonia no existían pueblos con características similares? Y nos llevó a pensar que era una cuestión de blanqueo de capitales.

En cambio, y a pesar de que los supuestos de Salva eran muy válidos y menos imaginativos a los míos, yo continuaba en mis trece insistiendo en las cuestiones genéticas, y que él respondía con la mezcla de parentela... así, discutiendo entre nosotros, una vez más di con un posible argumento que podría ser probado de forma física.

Me detuve, él caminó unos pasos más hasta percatarse de que no le seguía. Se volvió para animarme con el gesto a continuar.

—¿Y si han sido fecundadas?

—¿Por quién? —inquirió desandando el trecho que nos separaba.

—Por el médico.

—¿Por vía natural? —La mueca de repugnancia ante la imagen me hizo entender que no bromeaba.

—No, hombre, ¿todas las mujeres cometiendo adulterio con un sexagenario? Eres más fantasioso que yo.

—Pues explícate, no creo que el ambulatorio esté preparado para fecundaciones in vitro.

—Son mujeres sanas, todas en una edad óptima para un embarazo. Hace unos meses una de ellas me aseguró que los controles prenatales y ginecológicos los asumía el pediatra.

—¿Y eso es normal?

—Los prenatales entran dentro de nuestra especialidad, pero la ginecología, no, en absoluto.

—Entonces...

—Con tal de lucrarse con esos fondos el doctor estuvo inseminando sin consentimiento a las mujeres que pasaban consulta con él —iba ofreciéndole

la respuesta según mi cerebro me ofrecía la solución, sin reflexionar o meditarlo antes.

—Asegurándose de mantener el censo —suspiré con alivio al consensuar mi dilucidación sin cuestiones añadidas ni sonrisas incrédulas—. Solicitaban estudios demográficos con los que repartirse parte del pastel, enviando a la fundación los informes que acreditan el crecimiento de población en edades tempranas.

—Por eso el alcalde insistía tanto en tratar temas en privado. Necesita esos registros para poder continuar recibiendo la subvención y pagar a la empresa analista que cierra el círculo.

—Por fuerza deben de existir más implicados.

—Cristina...

—¿Tienes aquí las llaves del centro?

—No. —Su espíritu detectivesco me resultó comprometido.

—Vale, de todas maneras, es demasiado temprano. Te propongo algo.

—¿Entrar esta noche?

—Sí.

—Han tenido tiempo para deshacerse de cualquier evidencia inculpadora, más después del susto de ayer.

—Si el alcalde tenía previsto continuar el negocio, por fuerza deben de existir pruebas.

—Salva, has estado en el centro. Tiene tres despachos y una recepción, no es la pirámide de Keops con cámaras secretas.

—¿Cómo puedes saber que no hay algo si nunca lo has buscado? —Y le vi más Thor que nunca.

—Regresemos. Esta noche saldremos de dudas.

—Yo debería dormir antes un poco, o no seré capaz de distinguir la realidad de la ficción.

—Los dioses no duermen. —Le dediqué un guiño divertido.

—Es la parte humana que toda divinidad lleva dentro la que me obliga —aseguraba apresándome entre sus brazos.

—Salva... —Sonreía travieso—, gracias por creerme.

No le permití estropear el momento con alguna de sus gansadas, por lo tanto, tomé sus labios y los mantuvimos conectados durante unos minutos tan efímeros a placenteros.

Desde luego aquel hombre era mi ideal de pareja. No solo me seducía su atractivo, era su forma de empujarme a lo desconocido, a no conformarme, a seguir mi instinto lo que más valoraba en realidad. Creía en mí más que yo misma, dejándome exponer ideas descabelladas estando cerca sin entrometerse, simplemente al tanto para extender su mano si en algún momento la necesitaba.

SalvaThor era el hombre de mi vida, y lo sería para siempre, aunque nuestra relación no funcionara apagándose en unos meses. Él iba a ser el mínimo exigido a cualquier otro para estar a mi lado, no permitiendo jamás a nadie enterrar a la nueva Paula Sansilvestre.

Nunca sentí tan acertadas las palabras de Carl Rogers al tratar como curiosidad la paradoja de reconocer que: *Tras aceptarse a sí mismo, se podía cambiar.*

¿QUIS CUSTODIET IPSOS CUSTODES?



Los vapores del baño dejaron a Salva grogui, su organismo necesitaba el sueño tanto o más al alimento, y no me refería a dormir unas horas por calmar el cansancio, sino reparar con él los biorritmos alterados por aquel horario ingrato propio de seres crepusculares.

Yo, por el contrario, estaba en pie de guerra. Me sentía manipulada por mi propia mente, toda labor que emprendía para distraerme de lo descubierto en la tarde acababa relacionándolo con cualquier insignificancia de meses anteriores, magnificando la situación, ya de por sí grave.

Había oscurecido hacía un par de horas, del sol no quedaba más seña que la luz reflejada por la luna creciente. Los días comenzaban a alargarse, si bien a las ocho, un tramoyista corría de súbito el telón salpicado de diminutas y brillantes bombillas.

Intentando calmar mi impaciencia, comencé a realizar tareas pendientes tan

importantes como abrir los blísteres de los embutidos y preparar paquetes con las lonchas justas para un bocadillo, después los envolvía en film transparente introduciéndolos en una fiambarrera con la fecha de caducidad del envase.

Cuando llevaba una hora peleándome con el maldito rollo de plástico fino, decidí dejar de hacer el idiota e ir al centro de salud.

Me dirigí al dormitorio a espolear al guerrero y sentirme acompañada en aquella contingencia descabellada, en cambio, hallé a Thor invocando tempestades a ronquidos, con piernas y brazos extendidos similar al Hombre de Vitrubio.

Ir a husmear sola a semejantes horas al ambulatorio me apetecía lo mismo que visitar una catatumba, sin embargo, no quería despertar al dios del trueno en pleno estadio REM.

Miré de nuevo el reloj, las once y media, una hora tan imprudente como justificable de ser sorprendida por algún parroquiano trasnochador, y bajo el pretexto de que esperar le da ventaja al diablo, me fui.

Las calles de Albricias en penumbra son de aspecto siniestro, las piedras de las fachadas proyectan sombras en los cruces de las calles y cualquier tela que ondee asusta.

El consistorio en un intento por modernizar el pueblo invertía en espacios lúdicos, como el pabellón deportivo, pero al no contratar monitores de recreo o profesores para las actividades previstas, la mayoría del tiempo se encontraba cerrado. En tanto, las farolas tenían los mismos años que los adoquines donde se sujetaban y nadie vio necesario cambiar los focos por otros con luz halógena, de bajo consumo, o que alumbrara algo más allá de su propio cilindro.

Los parroquianos no debían de tener por costumbre paseos a horas intempestivas, o los únicos en transitar bajo el manto de la noche eran los borrachines de la cantina —que conocían el trayecto hacia sus casas guiados por la mecánica de la costumbre— y yo, que usaba la oscuridad a modo de capa de invisibilidad con la que mimetizarme en el entorno y no levantar recelos, a pesar de ser más sospechosa mi conducta que si hubiera escogido entrar a husmear a las tres de la tarde.

Puestos a romper rutinas, en lugar de utilizar la puerta principal opté por la de emergencias, atravesando el pasillo linterna en mano, por complicar el asunto y añadir a mi profesión —ya algo desdibujada desde que pisé la localidad— la de ladrona, sin experiencia anterior ni para robar un dulce.

El centro médico era una planta baja de no más de ochenta metros cuadrados, contaba con tres despachos, baño, sala de curas y una recámara reducida del ancho de una puerta y el fondo de dos metros, claustrofóbico incluso con el fluorescente encendido.

Allí se guardaba cualquier útil de bulto y de uso habitual, gasas, productos asépticos básicos, material desechable, recambios para las camillas, papel higiénico, secante... Todo cuanto viniera envasado en plástico para evitar que el frescor húmedo de aquellas paredes de piedra pudiera deteriorar.

Pensar que allí se pudiera conservar algo más delicado, era insultar a la comunidad científica y desmerecer el esmero que le dedicaban a los frutos obtenidos tras horas de aislar células bajo una lente de miles de aumentos.

Con lentitud medida abrí temiendo ruidos a puertas herrumbrosas, algo improbable, ya que el ambulatorio era viejo de cáscara, el interior se había reformado pocos años atrás con las primeras subvenciones recibidas.

Caí en la cuenta de que no sabía qué estaba buscando y por no sentirme tan tonta, comencé a menear papeles del primer despacho, que siguiendo aquel orden invertido era el de medicina general.

El doctor Álvarez era tan innecesario para la comunidad de Albricias como pulcro. Ni carpetas ni papeles atestaban sus bandejas. Las estanterías las ocupaban los libros obligados por puro rito, inmaculados de no hacer uso.

La consulta era de simple, triste. Ni el polvo parecía tener lugar allí dentro. El buck de cajones metálicos de debajo del escritorio —a pesar de tener cerradura— eran accesibles, conteniendo únicamente las muestras publicitarias de los comerciales farmacéuticos junto al merchandise de cortesía: bolígrafos, blocks de notas, reglas con termómetro ambiental... detalles con los que pretendían que el facultativo optara por sus compuestos en lugar de por otros igual de eficaces, aunque más económicos.

A mí me llegaban en forma de pruebas de cereales deshidratados, leches de fórmula, productos contra los gases por inmadurez intestinal o comprimidos purificadores de agua mineral... que no recomendaba al considerarme contraria a la comida prefabricada, a la lactancia artificial y a mantener a los pequeños en una burbuja aséptica que no enfrentaba su organismo a los patógenos comunes. Por ello jamás me obsequiaron con ningún viaje como sí hacían con otros colegas.

Es lo que sucede cuando uno es fiel a sus principios y esos no compatibilizan con los que manejan el cotarro, te aíslan procurando que tus

ideales no interfirieran a sus intereses de lucro.

Abandoné aquel espacio con cierta sensación de ligereza, reconociendo que, de haber encontrado muestras de actividades amorales, no sabría cómo iba a reaccionar, si dejándolo todo igual o llevándome las pruebas.

La sala de enfermería era con diferencia el espacio más amplio del complejo sanitario. Allí había más cajones, alacenas, estantes, cajas y utensilios de almacenaje que en los dos despachos médicos, sin embargo, por más que anduve removiendo trastos y armarios, nada de cuanto allí había daba para sostener mi hipótesis.

Revisé los aseos por ser concienzuda y no obsesionarme después con la incógnita, sin embargo, eran tan espartanos que los inodoros disponían de tapa por venir de serie con la taza.

Ya solo quedaba mi despacho, y sabía que allí no había nada interesante u oculto. Desde mi llegada meses antes, tuve tiempo para hurgar todos sus recovecos, no con la idea de descubrir la piedra filosofal con la que descifrar los enigmas quiméricos forjados en mi mente, sino por satisfacer mi curiosidad

Una vez leí en algún sitio, que todo lo descuidado en un traslado identifica la voluntad de cambio de ese individuo, y sujeta a esa premisa revisaba antes de instalarme cada centímetro, por saber más de los antiguos moradores, como si eso debiera importarme para algo. No obstante, cualquiera que se haya mudado en alguna ocasión, sabe que todo cuanto dejas atrás, vuelve a formar parte del nuevo lugar, a pesar de adquirirlo para un único uso en la vida, o dos, contando la anterior al abandono.

La edad de don Calavera le otorgaba la sabiduría y trasiegos suficientes como para no perder instrumental en ellos.

Descorazonada, me dirigí hacia mis dependencias, y no había llegado a cruzar la puerta cuando escuché un chasquido, como el de encajarse una pieza metálica con otra.

El cerebro en situaciones de estrés puede optar entre paralizarse y comenzar el proceso de sudoración fría ante un inminente ataque de pánico, o buscar alternativas inmediatas.

El mío, puestos a mantener la paranoia, se decidió por la segunda y me solapé a la pared, temblando como un chucho mojado, empuñando la linterna —apagada por prudencia— y con la misma estampa de Thor antes de arrear con Mjolnir para demoler al enemigo, aunque yo cerré los ojos, por eso de que

solo existe lo que ves.

Los pasos eran casi etéreos, el intruso no venía a saber quién estaba figoneando en el centro médico pasadas las doce, su intención era otra, la más optimista, asustarme.

Aguzando el sentido del oído, pude comprobar como recorría los despachos sin dedicarle demasiada atención, y deduje que venía buscándome a mí o a quien estuviera rondando en las instalaciones.

Así, en el instante que le supuse dentro de mi consulta, le asesté un internazo con las fuerzas regaladas por el exceso de adrenalina. El tipo cayó de boca al suelo, fulminado.

Encendí de nuevo la linterna con las rodillas chocando entre sí. El instinto primario de salvaguarda exigía escapar, en tanto el de imprudente cotilla, enfocarle la cara para saber de quién se trataba, y, sobresaliendo por encima de ambos, estaba mi deber de auxilio. Sin darme tiempo a valorar mi seguridad, me arrodillé para tomarle el pulso.

—¡Joder! ¡Salva!

¿Podía ser más insensata?

Las constantes estaban bien y respiraba sin dificultad, pero seguía grogui. Palpé el lado donde había recibido el estacazo y el bulto emergía igual a una burbuja de petróleo. Le giré temerosa de haber ocasionado más daños con la caída que con el mamporro.

—Salva, ¿estás bien? —la pregunta se contestaba sola, no obstante, para mi tranquilidad necesitaba escucharle hablar. Un par de segundos después se llevó una mano al lateral de la cabeza mientras contraía el gesto en una mueca de dolor—. Perdona, me asusté y... ¿Y tú que haces aquí?

—No lo ves, esperar atención sanitaria —el tono estaba a medio camino del cinismo por enfado y la ironía propia de las novelas negras.

—Te dejé durmiendo —susurré inspeccionando con el foco de la linterna la reacción de las pupilas.

—¿Y pretendías que continuara... para siempre? —Se incorporó masajeando la zona afectada. Rodeé su cintura por evitar una nueva caída ante un posible mareo, aunque de tastabillar caeríamos los dos.

—Siéntate aquí. Voy a por hielo.

—Vale, trae también ron, lima y menta...

Ni con una contusión craneal eludía el chiste tonto, una actitud muy

apreciada para los psicólogos de eslogan, en cambio, en momentos tan tensos como aquel, me impulsaba a presionar con el índice el centro del chichón a ver si le desconectaba las ganas de seguir ocurriendo.

—¿Te sientes mareado? —Coloqué con cuidado la bolsita de nieve carbónica sobre la lesión.

—Algo aturdido. Menudo garrotazo.

—Lo siento, es la primera vez que reacciono con tanta violencia —admití con pesar.

—Chavalita, mejor estreno, imposible. Agresión con arma blanca a un agente de la ley.

—Salva, ha sido en defensa propia.

—Y desarmado... vas al trullo, fijo.

—Podías haber avisado —cargué mi culpabilidad sobre él entre susurros.

—¿Cómo? Íbamos a venir juntos, no pactamos ninguna señal de aviso.

—¿Te duele mucho?

—No siento cosquillitas cariñosas, la verdad.

—Casi te abro la cabeza... para nada —suspiraba ante mi fiasco sin meditar en la expresión.

—Tampoco era necesario abrirmela para algo... —rezongó.

—Lo he revisado todo, no he dejado ni un huequito. De existir pruebas, ya no están.

El desánimo tomaba el cuerpo de bufón grotesco, que, señalándome con el índice, se burlaba de las teorías conspirativas y yo, insegura, por considerarlas de una fantasía extrema, comencé a dudar de cuanto había especulado durante meses.

—Siempre he creído que la consulta de un pediatra debería de ser divertida. —Sujetando la bolsa de hielo al lateral del cráneo dañado, Salva contemplaba el despacho en la penumbra, distraído. Temí que el cachiporrazo le hubiera afectado más de lo supuesto.

—Se suele adecuar el vestíbulo con cuatro cacharros para entretener a los pequeños. Las consultas han de ser lo más austeras y fáciles de mantener limpias.

—Ya, pero... ¿son imprescindibles todos esos cuadros de niños auscultados por el médico? —Se estremeció—. Admito que con esta luz es difícil ver algo bonito... pero, son muy horteras.

—Son pósteres que regalan los visitantes médicos.

Y al observar los cuatro que decoraban las paredes reparé en que ninguno, exceptuando el que pasaba desapercibido por estar ubicado rozando las cortinas venecianas, se habían enmarcado o protegían el papel con una lámina de cristal.

—No tienen marco... —musité por compartir la incertidumbre.

—Nadie gastaría un céntimo en una foto tan cutre de niños que ya deben de tener cuarenta años. Considero un derroche las cuatro chinchetas que los sujetan.

—Pero ese sí... —Sin moverme del lado de Salva lo enfoqué. De nuevo el flujo de adrenalina recorría mis terminaciones nerviosas.

—No es especialmente mejor a los otros tres.

—Entonces... ¿por qué ese sí?

Nos levantamos dirigiéndonos al rincón con cautela, confundidos y con pasos inseguros, los míos producto del miedo, los de SalvaThor podrían ser causa efecto de una leve conmoción cerebral.

Orienté la linterna antes de tocar aquel despropósito de póster y la mano de Salva se interpuso entre el haz de luz y el cuadro. Lo tocó sin ejercer fuerza, por comprobar si estaba suelto, pero no se movió en absoluto.

—Ten. —Me entregó la bolsa de hielo y sacó una navaja Leatherman con la que tanteó con cuidado el contorno—. Está hueco.

—¿No se puede abrir?

—Sí.

—Pues hazlo —exigí susurrando.

—¿Y piensa que no lo intento?

—Salva, no fastidies que entre las veinte hojas que tiene el cachivache ese no hay una ganzúa.

—Monina, las ganzúas, aparte de saber usarlas, sirven para las cerraduras, y esto no lo tiene.

—¡Ay, esto es desesperante! Amanecerá y nos van a enganchar... —Esa era Paula Sansilvestre con los nervios a flor de piel y el miedo tomando cada una de las células de los órganos—. Haz palanca... Arquímedes aseguraba que teniendo un punto de apoyo se podía mover el mundo.

Salva se volvió en pestañeo acelerado en respuesta a mi agitación latente y en ascenso directo.

—Doctora, recétese un loracepam... o dos, una escalada histérica justo ahora no es de ayuda —reprendió mi actitud evitando la luz de la linterna con la mano a modo de visera.

—Debe de tener algún pulsador —era la manera de calmarme, no enviarlo a la caca con billete de ida y, por descontado, no darle la razón.

—Ya he contemplado esa posibilidad.

—No debes de haberlo hecho con la presión necesaria.

—Ven y hazlo con los NÉwtones exactos según tu criterio. —Me invitó a probarlo extendiendo el brazo con un pase poco amable.

—Vale... vale... —Y no fui a comprobarlo por mí misma por no ofenderle.

—Se me ocurre que podría tener una apertura retardada desde un dispositivo como las cajas fuertes.

—¿Desde el ordenador o el teléfono?

—No lo creo, las frecuencias se pueden copiar.

—Entonces todas las compañías de alarma están en jaque —apunté incrédula, a pesar de estar rebatiéndole a quien por lógica tenía mejor conocimiento del tema.

—Y así es. Por ley están obligadas a disponer de un detector de inhibidores que al intentar copiar las claves emita una señal a la central y contacte con la policía.

—Por lo tanto, debe de existir un cacharro que lo abra. —Asintió y yo suspiré.

—Paula, no te desinflés. Hoy hemos descubierto parte del enigma. El lunes, con disimulo y luz natural, puedes intentar localizar el mecanismo.

—Sí. Me puede el terror de que nos pillen infraganti.

—Bueno... siempre podemos fingir estar aquí por motivos más escandalosos.

Suspiré entornando los ojos, aunque con seguridad no pudo comprobar mi expresión, puesto que ya me encaminaba hacia la salida de emergencias.

El trayecto de regreso lo hicimos en un silencio cargado de ruido mental. Me había aventurado a rastrear mi centro de trabajo con la esperanza de no encontrar nada, y la incertidumbre originada por aquel nada escondido tras un póster era peor que haber encontrado un gramo de francio.

Iba de la mano de Salva, de tanto en tanto le observaba de reojo. Caminaba concentrado en ve tú a saber el qué, erguido y seguro de sus pasos, con una

semisonrisa que aparte de acrecentar su atractivo te animaba a copiar deseando ser feliz a su nivel.

Me abracé a su cintura y él rodeó mis hombros con fuerza, levantándome del suelo por unos segundos.

—¿Temes que me caiga? Tampoco pegas tan fuerte —ironizó tras depositar un cariñoso y fugaz besito en mi sien.

—Te dejé K.O... He de vigilarte toda la noche, no dormirás más de dos horas seguidas.

—¿Y cómo pretendes despertarme?

—¿Cómo prefieres que lo haga?

—He dormido toda la tarde, no tengo sueño.

—Mejor... —Me estreché más a su cuerpo.

—Tienes miedo —afirmó.

—¿De haberte ocasionado daños importantes? —Sabía que no se refería a eso.

—Eso no te preocupa, me tienes catalogado de zascandil.

—Y lo eres.

—Y te gusta.

—Esta vez te he atizado sin querer, aunque admito que en alguna ocasión ya se me había pasado por la cabeza arrearte un sopapo.

—A mí de callarte a besos cuando no controlas el temple. —Como ahora estaba en calma, no me besó y resoplé.

—Salva, me siento superada... Esto no es para mí.

Se detuvo colocándose enfrente y agachó el cuello para que conectáramos las miradas bajo el paupérrimo haz de luz del fanal de la puerta de mi casa. Sus manos tomaron con delicadeza mi cara y de nuevo su sonrisa ilusionó la mía.

—Paula, tus límites están aquí dentro. —Le dio dos toques a mi frente con el índice—. Si puedes relacionar mil datos sin conexión, puedes hacerlo todo.

Me alcé de puntillas para besarle evitando que mi sinceridad se manifestara en forma de palabras de agradecimiento y acabar por confesarle que de cuanto me había pasado en los últimos años, él era lo mejor con diferencia, que su despreocupación sobre temas cotidianos podía desesperarme, pero adoraba su sonrisa, y que, si estaba animada a olvidarme de las raigambres que creí imprescindibles para una vida plena, era gracias a

él y a su confianza en mí.

Sí, podría haberle confesado que estaba enamorada, que lo amaba, en cambio preferí besarle, porque yo no era una mujer de mostrar los sentimientos prosados, el sonrojo acababa por cohibirme y no conseguía expresarme con claridad.

—Doctora... esto no me lo esperaba.

—Entremos, he de comprobar que tus funciones cognitivas no se han visto afectadas por el testerozo.

—Ni las motoras.

Dedicamos el domingo a disfrutar de la suavidad de las sábanas deshaciendo la cama, y a relajarnos más tarde mediante un baño de sales aromáticas con el agua casi al punto de ebullición.

Y aunque Thor amaneció con un buen chichón en forma del canto del foco de la linterna, el mal no fue a mayores.

Salimos a comer a la ciudad y decidimos de mutuo acuerdo no hacer mención de nada relacionado con el misterio de Albricias.

Fue un día fantástico que sirvió en gran medida para desvelarnos aspectos más íntimos de cada uno, aunque la cuña identificativa de Salva consistía en ser un tipo, de llano, transparente, en cuanto la mía era la de una mujer con sus dogmas estereotipados descosidos tras un divorcio exprés debido a una infidelidad.

No teníamos dramas mayores a añadir a nuestras vidas, no había almas dañadas a reparar, ni huíamos de pasados lesivos... aunque sí de frustraciones.

Hablar con él se convirtió en una cura de vanidad, me vi a mí misma recuperando el pasado reciente desde una óptica cenital, donde creía navegaba en placidez y reconocí desde esa perspectiva que cuanto atesoré no tenía peso ni valor, pero, incluso consciente de esa realidad, en ocasiones echaba de menos algunos momentos, algunas rutinas...

Él había pasado por algo similar llegando a esa conclusión tiempo atrás, y halló las respuestas a aquellos contrasentidos con los que yo convivía desde hacía meses y que iba resolviendo ni sabía cómo.

El lunes comenzó con el despertador de Salva para salir a correr, yo a esas horas no disponía de motricidad elástica para efectuar esfuerzos mínimos, impensable seguir su ritmo, a fin y al cabo él tenía genes divinos en tanto los míos eran de humano y normalitos.

De camino al centro médico, los vecinos, siempre amables, me saludaron con familiaridad, un gesto que valoré desde el principio y que reafirmaba mi necesidad de alejarme del gregarismo de las ciudades. Cada vez me sentía más unida a Albricias y más desanclada del resto.

—Buenos días, Cristina.

—Hola, Paula, ¿qué tal el fin de semana? —La observé sorprendida. Si bien había ido dando muestras de cercanía, aquella mañana el tono no era monocorde y desapasionado, disponía de un timbre alegre.

—Intenso. Aprovechamos para salir a pasear por el monte y el domingo lo hicimos por la ciudad. ¿Y el tuyo?

—Fui a visitar a mis padres. He descansado. ¿Te preparo un café?

—Sí, por favor.

—Regreso en un par de minutos.

Me abroché la bata con la confusión revoloteando como los pajaritos de los dibujos animados cuando el protagonista se golpeaba la cabeza, y de inmediato las pupilas se fijaron en el poster enmarcado.

Con la luz natural, la pared mostraba imperfecciones que nadie observaría de no buscar defectos, en cambio, se distinguía una franja de unos cuatro centímetros de ancho que subía desde el cuadro hasta el techo, posiblemente una regata con cableado interno que habían enyesado y pintado después.

Sentada en el borde de la mesa me encontró Cristina en plan contemplativo, fija en un tabique tan soso que nadie le dedicaba una mirada ni de soslayo.

—Sé lo que ha sucedido aquí —compartir mis conjeturas con ella no estaba en el orden del día, si bien pensé que mostrándome cómplice podría perder miedo y cooperar, ser de ayuda.

—¿Y qué vas a hacer? —Me entregó el café con cautela y manos trémulas.

—No tengo pruebas que avalen mis sospechas. Cristina, ¿tú que sabes?

—Nada.

—Cristina, por favor... No sé por dónde empezar, necesito tu ayuda.

—Es que... yo no sé nada.

—No estarías tan asustada sin sospechas o certezas de que otros recelan de ti.

—Cuando llegué al pueblo, el Dr. Testuz ya ejercía en la consulta desde hacía unos ocho años. Él se encargaba del centro y visitaba a cualquier paciente sin importar la edad.

—Ajá.

—A mí no me resultó extraño, he sido siempre enfermera de aldeas y la verdad, nunca critiqué esas prácticas.

—¿Entonces?

—Se negó a que estuviera presente en las revisiones ginecológicas.

—El protocolo es claro en ese sentido... —Asintió.

—Una tarde regresé para recoger una bolsa que me había olvidado, entré por la puerta de emergencias y pasé a la enfermería. Había unas cajas que no

había visto antes de marcharme y por curiosidad las abrí. —Supe qué encontró.

—Instrumentos y medicinas ginecológicas para la fecundación asistida.

—En un primer momento no supe de qué se trataba, es un campo tan específico... —se disculpó apesadumbrada—. Un instante después descubrí su utilidad.

—¿Le preguntaste al doctor?

—No hizo falta. Mientras yo estaba alucinando con el hallazgo, apareció en el despacho.

—Te amenazó.

—Me envalentoné, reclamándole explicaciones.

—¿Lo hizo?

—Soltó una retahíla de motivos poco creíbles sobre la dificultad de mantener las ayudas sociales esperando embarazos de forma natural.

—Supongo que tu idea era denunciar la mala praxis.

—Se rio cínico de mi advertencia, asegurándome que no iban a permitírmelo.

—¿Quiénes? ¿Los polacos?

—¿Qué polacos? —su reformulación fue instantánea, no fingió desconocer el dato.

—En las actas del ayuntamiento consta que las subvenciones llegan de una fundación en Polonia.

—Las cajas venían de otro lugar, no supe con exactitud de dónde, pero el texto era ininteligible.

—¿Árabe? —Negó arrugando el hocico.

—No habría entendido nada, pero sí identificaría el idioma. Era una suerte de símbolos que no había visto jamás ni en las instrucciones de uso de una lavadora.

Aquella revelación atestó mi cabeza de interrogantes multiplicándose por doquier. Tras el hallazgo de la documentación del consistorio estaba convencida de que era una trama de blanqueo de capitales macabro, retroalimentada por las prácticas de un médico viejo con dudosa probidad, en cambio, sumar a mis cábalas otra nación foránea proveyendo las herramientas para sus fines pecuniarios resultaba desconcertante en exceso.

—¿No queda nada de todo aquello?

—No volví a ver una caja o una jeringa del lote, jamás.

—Cristina, si ya no está el Dr. Testuz, ¿por qué sigues asustada?

—Lo que ha estado ocurriendo hasta que se marchó, sigue teniendo consecuencias. Él no era más que un alfil.

—¿Insinúas que continúan inseminando a mujeres? —Encogió los hombros—. Ahora mismo estoy en un callejón sin salida. Se me ocurre citarme con él.

—¿Y decirle que los sabes?!

—¿Me consideras tan necia?

—Cualquier excusa que uses le será indiferente. Te llamó para que ocuparas su vacante, nunca se sintió cómodo en el pueblo. El último año Testuz, las mamás dejaron de venir a consulta, concertaban conmigo las visitas y yo las atendía como buenamente sabía, y para lesiones algo más delicadas, marchaban a la ciudad.

—No comprendo, si en cualquier conversación con los parroquianos seguido a su apellido añaden maravilla.

—No para aquel Testuz.

Cuando a la gente le da por los figurativos en una conversación espinosa, desde un punto impreciso del universo debería de caerle un meteorito.

¡Maldita sea! ¿No podía ser más clara? ¿Tenía mi destino pensado premiarme vidas extras como en los videojuegos por ir laminando semejante grueso de incógnitas? Desde luego la cooperación de Cristina no iba a favorecer a superar la pantalla.

—¿Y si le menciono lo sucedido en el colegio?

—Ese tipo es médico por continuar una tradición ancestral, no vi la más mínima muestra de vocación o preocupación por sus pacientes, ni creo que sienta el menor interés por lo que les pueda ocurrir.

Yo siempre le consideré un médico atento con las criaturas, comprensivo con los padres e incapaz de pasarse por el arco de triunfo la ética profesional ni las leyes, y por lo visto su amoralidad no tenía límites.

—Probaré de contactar con él. —Se mordisqueo los labios preocupada—. No levantaré sospechas, no te angusties.

—Por favor, Paula, sé prudente, exponerte a riesgos innecesarios no ayudará a la comunidad. A lo mejor no remover el asunto es lo más sensato.

—¿Y esperar que muera otro pequeño por desconocimiento?

—Son niños sanos en extremo... —arguyó entre dientes.

—Que sufren anafilaxis por ingesta de un cóctel de alimentos que poseen un porcentaje de alérgenos inapreciable y por separado no muestran reacción alguna.

—Las castañas...

—No sabemos el umbral que toleran, hay casos en que el organismo no reacciona de manera inmediata, acumulan los agentes nocivos.

—Ese hombre, aún teniendo constancia de mucho de lo que estuvo sucediendo, se lavó las manos. Su conciencia no asume culpas ni remordimientos ajenos.

—Cristina, te lo juro, no parece que estemos hablando de la misma persona.

—Aquí iba a tener demasiados quebraderos de cabeza y en su consulta exclusiva de la gran ciudad duplicaría los ingresos sin mezclarse en asuntos turbios. El dinero es el único que lo mueve.

Eso era indiscutible, la humanidad acostumbra a demostrarlo a menudo, mas el recuerdo de mi mentor no se correspondía en absoluto con un individuo siniestro e interesado, al contrario, apostaba por la investigación y su entusiasmo te hacía amar más la profesión. Ya podía anotar un mentiroso más en mi padrón personal de las decepciones.

Su actitud durante mi residencia fue una fachada y a los hechos podía remitirme. No había disculpa posible a cuanto sucedía en la provincia. En cambio, consideré el montante insuficiente —según lo que constaba en la contabilidad— a repartirse entre el trinomio formado por don Calavera, el alcalde y el organismo polaco, que justificara semejante embrollo. Intuía algo avaricioso en un grado significativo y desconocerlo irritaba.

Me costó horrores centrar la jornada en algo distinto al misterio que parecía ser una madeja enrollada sin peinar. Atendía a mis pacientes con diligencia, aunque divagaba cuando los progenitores me hacían partícipe de las travesuras de sus pequeños o sus inquietudes sobre su educación. Así, mientras me referían toda suerte de anécdotas familiares recientes, yo me dedicaba a escrutar los rasgos maternos comparándolos con los de sus hijos, y era innegable la presencia de atavismos propios de la consanguineidad.

Sin embargo, como en Albricias se mantenía la costumbre machista de relegar a la mujer al plano de los cuidados de la familia y el hogar, la relación del médico con los padres de las criaturas no pasaba del saludo o a una consulta debido a una dolencia particular. Dado que mi memoria para las

caras era nefasta, intentar recordar las facciones de la figura paterna para su cotejo, se convertía en una tarea tan absurda a desquiciante.

Y ahí estaba el maldito póster, riéndose de mí.

Sin pretenderlo me hallé examinándolo en innumerables ocasiones, sin sacar nada en claro ni averiguar cómo acceder al interior.

Debieron tocar a mi puerta en alguno de aquellos lapsos introspectivos y lo obvié; por eso cuando Salva tapó mis ojos, a la sorpresa se sumó un alarido de espanto.

—Chavalita, menudo recibimiento.

—Tengo al enemigo en casa, te has propuesto matarme de un susto y no cejarás en el empeño.

—Estás demasiado tensa —advirtió masajeando mis hombros—. La obstinación no te ayudará a descubrir nada.

—Que insistas en eso, tampoco.

—Lo sé. —Sus manos subieron por mi nuca enredándose en mi cabello, que apartó para tener accesibilidad al cuello. Me estremecí de pies a cejas con el contacto de sus dedos, y al mordisquearlo abrió mi apetito.

—Salva, nos van a pillar.

—Estamos solos. ¿No has escuchado a Cristina pasar la llave?

—¡Salvador! —Me revolví con la cara en tono grana—. ¿Cómo voy a mirarla a la cara?

—¿Piensas que va a darte un codazo cómplice para que le cuentes?

—Sepárate, insensato. —Giró mi silla arrodillándose entre mis piernas—. ¡Levántate!

Sin embargo, en ese momento mi perfil lúbrico le ganaba la batalla a mi cordura.

Muchos somos los que negamos la existencia del Todopoderoso, mas, el demonio existe, y lo afirmo con total conocimiento de causa.

Siempre al acecho, concibiendo tentaciones u ocupando otros cuerpos con los que poseer el mío. Le importaba un carajo si empleaba para ello el de un dios nórdico-teutón o el de un agente de la benemérita, su objetivo consistía en avocarme a prácticas impúdicas y morbosas con la perversa finalidad de trastocar mis preceptos de decoro.

Thor no escuchó ni una de mis súplicas e introdujo las manos por debajo de mi bata hasta llegar a la cinturilla del pantalón, que tras desabrochar dejó a la

altura de los tobillos deslizando las manos con suavidad sobre mis piernas.

Para cuando tomó el recorrido de vuelta, mi intimidad vibraba resuelta a derretirse al calor de sus labios, acariciada por su lengua.

Mil veces censuré ese comportamiento en otros, en cambio, en aquel instante disfrutaba del furor pasional en emulsión con la inquietud a ser descubiertos. Podría haber cerrado las rodillas, negarme a quebrantar mis principios, y en lugar de eso, por facilitarle el acceso, las apoyé en los brazos de la silla.

No contenta con alcanzar el clímax en un lugar indebido, aún en pleno éxtasis, quise tomarme la revancha, demostrándole que Paula Sansilvestre entrada en materia era tan descarada como podía serlo él; así, sin recrearme en preámbulos innecesarios le tumbé en el suelo y a horcajadas en su vientre cabalgué sudorosa con la bata desabotonada, moviendo mis caderas de manera sensual mientras él apretaba las mandíbulas por contenerse, por mantener el tipo unos minutos más, por alargar el placer de hacernos el amor de forma impetuosa y prohibida.

Cuando sus jadeos comenzaron a ser sonoros, supe que su voluntad se había consumido y me concentré en mi propio goce para sucumbir juntos entre gemidos reprimidos.

Una vez la locura fue diluyéndose, restamos estirados en el enlosado, yo encima de su pecho todavía con la respiración comprometida, rodeada por sus brazos bajo las prendas que no me había llegado a quitar. Besó mi frente en repetidas ocasiones, con ternura, igual que haría un amante enamorado, no endemoniado, justo la versión que necesitaba tras aquel arrebató inconfesable.

—Paula, ¿te has fijado que esta consulta no tiene falso techo? —
¡Incomprensible su hilo de pensamiento postcoital!

—No, la verdad. Por lo general en eso es en lo último en lo que reparo.

—Es curioso... —convino mientras se incorporaba concentrado en el fluorescente circular—. En el resto del edificio hay paneles de led de bajo consumo.

—¿Cuándo te has dado cuenta de eso?

—La noche del sábado —mencionó indiferente a la par de pensativo—. Se han retirado después para colocar eso que ilumina la mitad y gasta el doble.

Apuntando el perímetro de la habitación aún con el pantalón desabrochado y la camiseta colgando del cuello, consiguió hacerme olvidar de que también seguía desnuda de cintura para abajo e inspeccioné lo que señalaba.

—Si seguimos la marca de la pared podríamos descubrir dónde accionan el mecanismo de apertura del cuadro.

A la par que yo recolocaba las prendas en su lugar y él hacía lo propio, reseguiamos con la mirada la banda que salía del póster y que recorría el techo hasta la fuente de luz, para continuar hasta el mueble de estanterías, el único enser compacto y solido, no de mi despacho, sino de todo el centro.

—¿Probamos a moverlo? —le invité con un movimiento de mentón hacia el armatoste.

—Saquemos los libros de la parte superior, con un hematoma tengo suficiente, no imaginas cómo me cuesta colocarme el casco.

—Ve en el todoterreno. —No iba a permitirle utilizar un impulso violento justificado para sus chistecitos picajosos.

—Es más divertida y se mueve con más agilidad.

Me hice la desentendida, sabía sin género a duda que no hablaba de la moto, en cambio mejillas y orejas adquirieron el rubor asociado a la vergüenza, que disimulé sacando los tomos de tratados médicos y enfermedades de las repisas sin mirarle. Se lo tenía muy creído.

—Me encantas, Paula... eres tan tigresa como gacela, y eso es muy excitante.

—Lo mismo me gustaría decir de ti.

—Me llamaste, Thor... —¿¡Es que una no puede tener un lapso de debilidad!?

—Por Thor-pe. —Tiró de mi cintura atrayéndome a su cuerpo. ¡Malditas gacelas!—. ¡No me amances y colabora!

Rio pegado a mi cuello, y claro, ¿cuándo su buen humor no apaciguaba mi rabia? Comencé a sentirme un pelele a merced de sus deseos, y ese pensamiento tan sumiso en lugar de molestarme, me revitalizaba.

—¿Probamos a mover el anaquel? —Asentí—. Aparta, por favor.

—No será mejor unir nuestros vectores de energía en un mismo sentido. —Pestañeó, así como cinco veces, muy rápido.

—Intentaré moverlo con mis propios vectores, si necesito ayuda, cuento con los tuyos.

Con manifiesto desaire, dejé que usara sus músculos y me apoyé en el marco de la ventana por contemplar la proporción tan atractiva que tomaban al tensarse. Él allí empujando como un buey y yo chupeteándome los labios por

evitar el babeo. No iba a cambiar ni de posición ni actitud de no escuchar una súplica por su parte.

Aquel trasto se movía no más de dos centímetros de cada empujón con hombros y pectoral, estaba rayando el parquet sin mácula hasta aquel día.

—Salva, para... para.

—¿Qué sucede?

—Estás arañando las tablas del suelo. —Entornó la mirada con el firme propósito de volver a su labor hercúlea—. ¡No sigas, jolines!

—Es normal que con el peso que tiene se deterioren.

—Debe de existir una manera más sencilla. Si esconde un mecanismo de apertura, por lógica ha de ser más ligero.

—¿Tienes una linterna?

—¿Te sirve esto? —Le entregué mi lámpara de diagnóstico.

—Probemos. —Introdujo el lápiz enfocando dentro del intersticio de no más de cinco centímetros creado entre la pared y el mueble—. Se ve una mierda... hay un..., parece... Paula, saca los libros de la parte inferior izquierda.

Obedecí nerviosa y apareció una corriente consola artesanal, como las que se confeccionaban en las clases de tecnología en el instituto, muy básica y simple.

—Mira, Salva. Son dos interruptores de baquelita con palanca.

—Pero si esto es más antiguo que peinar a un niño con colonia.

—Si no quería dar explicaciones, debía de usar herramientas y sistemas conocidos.

—Dale al que está hacia abajo, haz los honores.

Segundos después de levantar la clavija, el cuadro se desencajó de la pared. Nos acercamos inquietos, superando la excitación de un rato antes. Salva encabezaba la expedición y yo tras él miraba por encima del hombro temerosa de ver escaparse de allí un efluvio verde distintivo del veneno, y por extravagante que parezca, también de la esperanza.

—Es una nevera.

—¿Estás seguro? —Elevó una ceja observándome indignado.

—Paula, sé lo que es una nevera y esto lo es.

—¿Qué hay?

—Son... tubitos, como los de las vacunas. Toma.

Me entregó un vial de vidrio ámbar que no dejaba ver con claridad el contenido. En el frasco constaban dos palabras escritas utilizando el alfabeto cirílico, imposible reconocer qué ponía, mi idioma extranjero era el inglés, con suerte entendía algo de alemán, ilusorio distinguir nada del ruso.

—Voy a sacar una muestra, no tengo la menor idea de qué puede contener.

Me acerqué a la alacena de cristal con diversos artículos de enfermería, cogí una jeringa gruesa y una bandeja pequeña de aluminio. Salva seguía mis pasos como las mascotas domésticas hambrientas, muy pegado y nervioso, molestando.

Atravesé con la aguja el precinto de goma que mantenía estanco el botecito y estiré del émbolo para sacar el contenido que resultó ser más denso de lo esperado. Una vez obtuve la muestra, volqué sobre el recipiente lo que vino a ser un fluido blanquecino, con un ligero toque grisáceo, viscoso y de textura similar a las claras de huevo.

—¿Qué es eso? —inquirió con gesto de repugnancia. Me giré encarándole, con sonrisa de suficiencia.

—Parece mentira que no seas capaz de reconocerlo.

—¿Es mío? —sin saber de qué se trataba indagó de nuevo.

—Espero que no.

—¡Paula! —*Wow!* Era la primera vez que conseguía alterar su talante conciliador. Me resultó divertido y me carcajeé—. ¿Cómo puedes reírte en un momento tan tenso?

—Probablemente por eso.

—No te hagas de rogar, dime de qué se trata.

—Es semen.

—¿¡Eh!?! —Asentí—. No jodas.

—Parte del enigma está resuelto. Acredita nuestra hipótesis, se garantizaba el embarazo de manera rápida, y explica el número tan alto de partos múltiples, sensibilidades comunes y desaparición de signos hereditarios paternos.

—Es un delito contra la salud pública muy grave —masculló sin faltar a la lógica.

—Y peligroso, desconocemos de dónde proceden las muestras, ni tan siquiera si son individuos sanos sin trastornos genéticos en la edad adulta.

—¿Por qué las habrá dejado? —Sonreí con amargura.

—¿Sabes? Cuando Coral me dijo que se había encontrado con don Calavera y que pensaba ofrecirme esta plaza, sentí un orgullo indescriptible. Por fin alguien reconocía mi profesionalidad, todas las horas invertidas tratando urgencias pediátricas, mis estudios sobre enfermedades respiratorias, mis artículos de divulgación científica... mi esfuerzo...

—Nadie podría dudar de eso, a la vista está.

—Él, sí. Me escogió convencido de que no sería capaz de percatarme de nada. Pasaría consulta y no me preocuparía de más... Soy para él la conformista e ingenua Paula Sansilvestre —admití con pesar—, por eso siguen ahí todos esos viales con espermatozoides de contrabando.

—Pues, chavalita, se ha cubierto de gloria —supe que sus palabras no eran marrullerías de refuerzo, sin embargo, tampoco me reconfortaron—. Eh... doctora, no te arrugues ahora...

—No, para nada —fingí recomponerme—. Debemos de denunciar lo que está sucediendo.

—No nos precipitemos...

—¿Perdona? —indagué sin avistar cuáles podrían ser los motivos.

—Deberíamos intentar descubrir quién está detrás sin levantar sospechas.

—¿Y eso no es mejor que lo haga la policía? —inquirí convencida de que no obtendríamos más información.

—Paula, el pueblo se compone de familias campechanas, tranquilas, no pueden irrumpir en sus vidas sencillas extraños con preguntas, no sin respuestas.

—Salva, considero que esto se escapa de nuestra responsabilidad civil...

—Nuestro único compromiso es tener garantías de que la verdad no les alterará de manera dramática... ¿cómo crees que se lo tomarán los padres?

—Deberán enfrentarse al hecho de que no llevan sus genes, ¿qué diferencia supondrá hacerlo ahora a más tarde?

—La respuesta, Paula. Podrán ofrecerle datos concluyentes que asimilar sin añadir todos los interrogantes que existen en este momento.

Las muecas de indecisión se solapaban en mi cara sin acabar de ocultar las anteriores, de continuar con tantos gestos imprecisos acabaría por parecer un cuadro de abstracción lírica. Salva se ocupó de colocar la estantería en su sitio y le fui pasando los libros de las repisas más altas. Para cuando la consulta recuperó su orden de origen, yo ya había tomado la decisión de

hacerle caso e intentar descubrir algo con peso que ayudara a los afectados a entender y superar.

Salimos de la mano por la puerta de atrás, los vecinos de la tasca, acostumbrados a vernos juntos, ya nos saludaban sin añadir sonrisas pícaras y del todo desagradables, y con paso tranquilo recorrimos las calles que separaban mi casa del ambulatorio.

Nunca supe si mi espíritu intrépido habría aflorado de no tener a SalvaThor dándome empujoncitos, quién sabe; sin embargo, fui consciente de que muchos de los riesgos que correría después de aquella tarde, por mi cuenta, sin su apoyo, no los habría abordado jamás.

Ya fue diestro William Faulkner al declarar que: *No se pueden nadar hacia nuevos horizontes hasta disponer del coraje para perder de vista la costa.*

AUDE SAPERE



Durante los días posteriores estuvimos intentando descubrir qué significaban aquellas palabras que habíamos fotografiado de los viales con las secreciones, y para nuestra desgracia los traductores arrojaban respuestas como estudiante azul, olor marrón... términos que ningún laboratorio utilizaría para identificar las muestras.

Era descorazonador aceptar que la parte más sencilla del misterio fue la destapada y que de ahí en adelante tropezaríamos con arcanos ocultos bajo siete llaves y en ruso. ¡Ruso!

A Salva le tocaba lidiar con mi desánimo agravado por la culpabilidad de guardar silencio. Me sentía una hipócrita farsante pasando consulta a madres convencidas de que sus hijos habían sido concebidos mediante la práctica natural, y lo peor del asunto, sin argumentos convincentes con los cuales justificar las perfidias de otro colega de profesión.

Así, mi arrojo inicial imbuido por el optimismo de mi chico fue decayendo, arrugándose para convertirse en una bolita de papel pinocho, y era consciente

de que mi humor se resentía convirtiéndome en un ser taciturno, poco comunicativo, que recuperaba los patrones que en el pasado tuvieron mucho peso en mi ruina amorosa.

No deseaba repetir errores, si bien, el mero hecho de reconocerlo ¿no significaba que sucedía? Y como siempre opté por pensar mucho pero no hacer nada.

El sábado decidí darle una tregua al secreto de Albricias —en ocasiones la distancia ofrece mejor perspectiva— y tras el desayuno, ocupé el estudio con la firme idea de retomar el artículo clínico inconcluso desde que la vorágine de los acontecimientos lo desvió de mis prioridades.

Inmersa en la redacción no escuché los pasos de Salva descendiendo por las escaleras ni entrando en el despacho.

—¿Te apetece dar una vuelta por la montaña?

—Ayer llovió. —No hice ni por mover las pupilas de la pantalla.

—¿Y?

—Estará todo embarrado.

—¿Y? —con la boca llena de manzana, reformuló.

—Que no me apetece enfangarme hasta las rodillas.

—¡Bah! Si es lo más divertido tras un aguacero.

—Cuando tienes cinco añitos, después tanto los charcos como la lluvia son una mierda.

—Va, ámate. El olor a tierra mojada es balsámico.

—Estoy ocupada.

—¿Y no puedes dejarlo para más tarde?

—¿No puedes tú salir a saltar charquitos después?

—Estarán secos.

—Llevo bastante sin dedicarle tiempo al estudio de las enfermedades respiratorias, a este paso cuando quiera publicarlo habrán surgido nuevos métodos de diagnosis.

—Excusas. Por unas horas que lo pospongas no va a suceder nada.

—¡Ostras, tío! Con el «no me apetece» del principio debería de haber sido suficiente. ¡Cansa tu insistencia!

Silencio.

Mordió de nuevo la manzana con gesto serio, observándome a la par que mascaba despacio y volvía a darle dos bocados contundentes a la fruta.

Cuando creyó haber triturado suficiente el contenido entre sus molares, tragó.

—Paula, —no doctora ni chavalita— aquí lo único que cansa es tu actitud.

—Soy así, no sé de qué te sorprendes.

—No, no lo eres —determinó categórico y grave.

—Eso es lo que pretendéis todos. Conseguís que reniegue de mis convicciones, ¡mis máximas!, que sitúe vuestros criterios por delante de los míos.

—Deberías de meditar esa opinión que tienes de ti misma, porque nadie consigue nada de otro, si ese otro cree con firmeza en sus principios.

—¿Estás insinuando que soy una estirada?

—Lo afirmo.

—En ese caso, no sé que haces aquí. —Primera ley ecuménica: el orgullo mata la limerencia propia del enamoramiento.

Me observó con los labios apretados y arrugando el ceño, no enfadado, más bien decepcionado y manteniendo la mueca de severidad meneó la cabeza acercándose a mi mesa.

—Me gusta la doctora inconformista que en realidad eres, no la licenciada en medicina que exhibes en esos títulos colgados de las paredes —arguyó antes de posar sus labios en mi mejilla obviando mi gesto contrariado—. Me marcho.

Y se fue.

Y allí me quedé sin saber cómo actuar, arrancándome los padrastros con los incisivos.

Cuando discutía con Nico el malestar era diferente, tolerable. Nunca sentí pesar o disgusto, más bien rabia por no decir en el momento preciso la palabra certera, esa ocurrencia que siempre alumbras después, en frío, cuando nadie te escucha.

Y lo más contradictorio fue admitir cuánto me agradó escuchar en modulación atrabiliaria que le gustaba la Paula auténtica, esa que yo no controlaba, esa surgida entre el marasmo de conductas soberbias que no me representaban.

Chapotear en un lodazal no entraba dentro de las apetencias de la jornada, en cambio, la necesidad de disculparme dominaba mi concentración y sin apagar el portátil abandoné el despacho, directa a colocarme las deportivas, haciendo pucheros mientras anudaba los cordones de aquellas caras zapatillas

que solo podían limpiarse pasando un paño. ¡Lo que una era capaz de destrozar en aras del amor!

Salí de casa con el estómago constreñido y cuando pasé la llave no supe hacia dónde tirar. Si de algo podía presumir la comarca era de su entorno natural, plagado de sendas, atajos y derrotas que conducían a otros municipios y caserones, yo había recorrido la gran mayoría, si bien nadie utilizaría la palabra orientación describiéndome en positivo.

—Buenas, doctora.

—Buenas don Miguel, ¿cómo anda la familia?

—Bien, de limpieza general, yo hasta la hora de la comida no pienso entrar en casa. Mi mujer los sábados utiliza el ladrido en lugar de la palabra.

—También podría colaborar.

—¡Yo! ¡Si no me deja tocar nada! ¡Ni la escoba!

—En tal caso, llévele unas flores.

—Y usted y el hijo del Comisario, ¿juegan a las escondidillas? —por descarte obvio supe que se refería a Salva.

—Sí —preferí seguirle la guasa—, le he dado margen, es un poco lento.

—Ha tomado la trocha hacia el cementerio, si cruza la plaza, ganará la ventaja que tiene.

—Gracias, don Miguel —me despedía ya al trote—, y pase por el colmado. A su esposa le encantan las hortensias.

No tenía la menor idea, pero su balcón era un precioso y exuberante catálogo paisajístico guarnecido de pétalos morados y violetas, además de que en la tienda del pueblo solo iba a encontrar, hortensias, geranios, árboles frutales y plantel de temporada.

Siguiendo la recomendación de don Miguel, callejeé hasta la vereda custodiada por cipreses vetustos. Me causaban mucho respeto sus sombras alargadas y los muros que bordeaban el camino, o más bien lo que contenían, y aligeré la carrera sumida en ese miedo atávico impropio de una mujer de ciencias.

De repente, cuando estaba a punto de superar la tapia blanca dobló la esquina de improviso una vecina, yo concentrada en la carrera grité y ambas nos asustamos, chillando de nuevo.

—¡Ángela María! Doctora, casi me deja en el sitio.

—Lo... —Coloqué las manos en las caderas inclinándome hacia delante

para recuperar el resuello—, lo siento, Pruden...

—No se angustie, tampoco me esperaba a nadie.

—Quise ganar tiempo. ¿Usted qué hace por aquí? —No era el día de difuntos, ni nadie había fallecido... y me estaba convirtiendo en una cotilla a pasos agigantados.

—Vine a quitar unas cuantas hierbas de los sepulcros más antiguos, los que no visita ya nadie.

—¿No se ocupan de cuidar el cementerio?

—No, hija, —manifestó con pesar—, solo las viejas que guardamos memoria, de aquí a unos años, con eso de la cremación, esto volverá a llenarse de pinos y encinas, ¡al tiempo!

—Lo interesante es no estar ahí dentro, —le hice un guiño amable—, después, lo que les suceda a las tumbas tampoco nos va a preocupar.

—En eso he de darle toda la razón. Aunque, como soy de costumbres antiguas, me apena verlo descuidado. No hablo de mis difuntos, a ellos jamás le faltaran flores mientras yo me valga, pero las olvidadas... esas, hija... alguien ha de adecentarlas un poco, como la del doctor.

—¿No tenía familia en el pueblo? —deduje que se trataba del facultativo al que sustituyó don Calavera.

—Por lo visto —adecué la voz para el comadreo—, en sus últimas voluntades pidió reposar aquí. Tampoco su hijo mostró preocupación alguna, creo que solo pisó el camposanto el día que le dimos sepultura.

—¿No entiendo? Pensé que vivía en el municipio.

—Don Tomás sí se instaló en la casona, pero el otro Testuz que vino a ocuparse de la consulta ¡uy, no! Era poca cosa para el señorito y vivía en la ciudad. —Perdí el habla, el color y la temperatura. Un tembleque irreprimible se apoderó de mi organismo—. No congenió con ningún vecino, incluso las madres dejaron de ir al ambulatorio. Hasta que, gracias a Dios, llegó usted.

—¿El Dr. Testuz ha fallecido? —logré balbucir unas palabras dificultada por la tiritona. Ella me miró extrañada, sorprendida y confusa.

—Sí, pobre, de un infarto. —Se santiguó—. Es de los pocos enterrados en el suelo, que escasea, en una tumba de mármol, sencilla y preciosa, obsequio de los parroquianos, en memoria de todo lo que hizo por la comunidad.

—No... no tenía... idea.

—¿Usted lo conoció?

—Sí, en el hospital... hace mucho...

—¿Quiere que la acompañe?

—No, Pruden. Sabré encontrarlo.

De manera precipitada y algo brusca me despedí de ella, y con andares titubeantes me introduje en aquel espacio reservado para el retiro postrero.

Dicen los entendidos que en los lugares donde se han oficiado cultos sagrados o ceremoniales de enterramiento, se conserva una energía distintiva, una atmósfera espiritual algo plúmbea. No sabría explicar con exactitud si la angustia fue producto de la sugestión o de alguna fuerza metafísica, pero delante de aquel sepulcro, por primera vez, el pánico a lo ignoto me paralizó.

La lápida no dejaba duda de quien ocupaba la fosa hacía algo más de dos años. Observaba el mármol negro con el nombre, apellidos y fecha del deceso esculpidas junto a un epigrama sencillo y afectuoso simbolizando el aprecio de todos los parroquianos, y comencé a necesitar bocanadas de aire limpio, ligero, con el que llenar los pulmones y vaciarlos del soplo viciado y denso que alentaba.

Con la misma aprensión a darle la espalda que a girarme, desanduve los pasos que me habían llevado hasta allí, y utilizando la habilidad de los sonámbulos, tomé el camino de vuelta a casa.

Me sumí en una catarsis de confusión, no sabría explicar cuanto se cruzaba por mi mente, pero iba directo al receptáculo de excrementos humeantes e inconsistentes usado para almacenar traiciones.

Timbró el teléfono y descolgué por puro hábito, no por ganas.

—Sí —saludé con parquedad, no tenía la menor idea de quién era.

—Hola, Paula ¿cómo va esa vida de pueblerina?

—Bien, Coral —aunque disimular el malestar en mi voz fue quimérico.

—¿Qué te sucede? Y no me digas «nada».

—Bueno... —¿qué podía contarle? ¿Por dónde comenzaba? Y aun sin ser consciente de los motivos, preferí ser evasiva—, he discutido con Thor.

—¿Ya? Jo, nena, no te has dado margen ni de aburrirte de las mismas posturas sexuales.

—Es inmaduro para aquello que importa —mentí.

—Pero eso ahora no debería de preocuparte, es la época más agradecida de cualquier relación... ¡Ojalá se repitiera el primer año en bucle!

—Ya sabes cómo soy...

—Sí, de usos ancestrales para los idilios... —la ironía no me resultó graciosa y aunque ella sí se rio, yo ni estiré los labios—. Sé más flexible, no deben de existir demasiados dioses en lista de espera y menos en ese lugar perdido de la mano de otro.

—¿Tú qué sabrás? —no me ofendió, repliqué maquinal.

—Por las referencias de don Calavera no pasaban de ser un conjunto de aldeas con familias labriegas y dueños de pequeñas explotaciones ganaderas. —Y recordé la primera vez que Coral me propuso dejar el hospital.

—Sí, son gentes encantadoras, hablan de él maravillas. Cuando os visteis él también debió mencionártelo.

—Nuestro encuentro fue fugaz —contestaba despreocupada, con el desparpajo que siempre la caracterizó y que yo envidiaba. Entretanto, intenté serenarme fingiendo creer su relato—. Formulamos las preguntas de rigor social, ya sabes, «qué tales» por parecer interesados uno en el otro... y fue ahí cuando me comentó la propuesta que deseaba realizarte.

Y una punzada fría me atravesó el pecho congelando hasta las lágrimas. Coral no solo estaba al caso de lo que sucedía en Albricias, también era parte del fraude y el delito.

—Y tú, ¿qué tal? ¿Has conseguido bañarte en algún hotspot^[8]... acompañada? —Ni sé cómo conseguí articular las palabras, menos aún un deje acorde al teatrillo.

—¡La duda ofende, amiga!

—Entonces la cuestión es el número de acompañantes...

—Ha sonado bien feo, me has tratado de casquivana.

—Pensaba que eso para ti era casi un halago.

—Si lo dices tú, tan seria y recatada, suena a insulto.

—No mujer, sabes que siempre he aplaudido tu manera de disfrutar del momento.

—Pues te explicaré...

Y eso hizo, detallarme todas sus andanzas y hazañas por aquellas tierras gélidas buscando calor humano, y mientras iba recreándose en ellas, un cisma de desconfianza —¡de repugnancia!— al reconocerme utilizada se abrió entre nosotras.

Supe que me engañaba, y de todas las falacias descubiertas durante aquel periodo, esa fue la más dura. Y es que, cuando un amigo te miente provoca un

caos de principios, una culpabilidad íntima sobre la propia capacidad de elección, como si a partir de conocer la verdad lo único cierto hubiera sido la mentira.

La presión de las sienas comprimía mi cráneo con la finalidad de hacerlo saltar como una sandía con cincuenta gomas de pollo colocadas a la mitad, era rabia, era decepción, era lástima... eran tantas sensaciones negativas que ni llorar pude. Acusé tanto la derrota que se apropió hasta de las lágrimas.

—¿Al final saliste a correr? —el retintín escéptico de Salva me trajo de vuelta del mundo de incógnitas donde navegaba del de falsedades donde moraba.

—Sí —respondí lacónica, perdida—. ¿Por qué te llaman el hijo del comisario?

—Mi padre estuvo al cargo de la comandancia antes del traslado a la ciudad.

—Ah... ¿Cómo sabías que en todos los despachos se habían bajado los techos?

—Te lo dije... ¿a qué viene el interrogatorio?

—Y me mentiste, aquella noche no encendimos la luz —argüí desoyendo su protesta.

—¿De qué hablas?

—Contéstame. —Se sentó frente a mí, apoyando el trasero en la mesa auxiliar y buscó mis manos.

—Deambulé buscándote por las tres consultas. La luz se filtraba entre las láminas de las ventanas reflejándose en los paneles luminiscentes. Yo también soy muy observador... —Quise contener la conmoción a base de apretar la mandíbula, y por evitar lo que iba a ser inevitable, arranqué a temblar—. Chavalita, me asustas...

—Yo solo quería ejercer mi profesión... —exclamé hipando, con las lágrimas en cascada por las mejillas—, quería... quería conocer a mis pacientes... ser un médico no un... un instrumento de diagnosis...

—Lo siento, Paula... —no supe cuánto necesitaba de sus brazos hasta que me rodeó con ellos—. Te he obligado a tomar determinaciones que no nos competen, perdona... Me dejé llevar por el entusiasmo de los descubrimientos y tienes razón, debemos denunciar, que sea la policía científica quien se encargue de este embrollo...

—Eso ya es lo de menos...

—¿Entonces?

—¿Sabías que el Dr. Testuz había fallecido?

—¿El viejo? —Asentí sorbiéndome la agüilla cayendo de la nariz—. Sí, claro. Aquí lo raro sería no estar al caso.

—Yo no tenía la menor idea —confesé limpiándome la cara con la palma de la mano ante su gesto sorpresivo—. De hecho, dispongo de una carta suya que adjunté a la solicitud de la plaza de pediatría recomendándome para la dirección del centro.

—¿Él? Debes de estar confundida con su hijo. —Si ya podía considerar mi cabeza un avispero, en aquel instante todas las avispas tenían forma de interrogante.

—Yo no conocí a su hijo.

—Pues no era mal tipo, tampoco buen médico.

—¿Por qué?

—Se limitaba a sus horas de consulta y especialidad, y eso aquí...

—Mi mejor... Mi única amiga, está metida en esto. —El estupor fue marcando frunces en su frente—. Me aseguró que se lo había encontrado, que habían hablado de mí... y llevaba un año fallecido.

—¿No se puso en contacto contigo?

—Tres únicas llamadas telefónicas... que pudo haber realizado cualquiera. ¡Soy tan despistada! Ni puse en duda si era o no su voz.

—Está todo demasiado bien urdido para dejar ese detalle confiando en tu mala memoria auditiva. Hay mecanismos para camuflar, incluso suplantar voces.

—No puedes ni imaginarte cómo me siento... una mierda tiene mejor ánimo al mío en este instante.

—¿Quieres formular una denuncia? Puedes demostrar falsedad documental...

—Que me hayan utilizado es lo que menos me preocupa.

—Me refería también a lo sucedido durante los años que ese puto Mengele estuvo inseminando a las pacientes sin consentimiento.

—¿Mengele? —no pregunté por obtener información sobre aquel médico nazi siniestro y depravado, sino por la relación genética que existía. Y lo vi claro—. ¡Dios mío, Salva!

—¿Qué?

—Estábamos equivocados... —no podía disimular el horror que la revelación me provocaba—. No es un fraude... ni blanqueo... Están controlando una población de criaturas con súper poderes.

—Paula... —pronunció mi nombre con circunspección innegable—, mejor dejemos esto en manos de los investigadores de delitos contra la salud pública, creo que...

—¿Qué estoy loca? —Negó paternalista, cabizbajo.

—Que tenías razón y está fuera de nuestras obligaciones civiles.

—¿Vas a abandonarme ahora?

—Estoy aquí, Paula, pero no entiendo esta repentina vuelta de tuerca, tu ánimo me preocupa y tu cambio de parecer me confunde.

—Aquellos que no cambian de opinión, nunca cambian nada.

Nos observamos unos segundos eternos hasta que la sonrisa de Salva rompió la disonancia del momento.

—Explícame eso de los súper niños.

—Es... mira... pienso que se trata de un experimento —según hablaba más disparatada y cierta sonaba la idea—. Esos pequeños tienen sensibilidad a un efluvio y sabor complejo que discrimina a ciertos venenos.

—¿Insinúas que son rastreadores?

—Esos químicos se han utilizado desde la antigüedad para contener los éxodos migratorios.

—¿Cómo el gas mostaza?

—O el Sarin que nadie sería capaz de detectar si no dispone de una hipersensibilidad a ciertos compuestos químicos, que no existen en la naturaleza.

—Y viene de Rusia.

—Eso pensamos por asociación con el alfabeto, pero en gran parte de Europa del Este y Asia también se utiliza.

—Todos los «stan» derivados de la antigua URSS —farfulló concentrado en mi mirada—. Será imposible averiguar de dónde proceden los viales.

—Bueno... yo conozco a alguien que nos puede ayudar.

—¿Quién?

—Mi ex.

—¿Tu ex es euroasiático? —O había catalogado a mi Thor por más agudo de lo aparente o le daban apagones cerebrales—. ¿Mafioso?

—No. Farmacéutico.

—¿Y sabe ruso?

—No, pero conoce todos los laboratorios que existen.

—La idea es buena, aunque... ¿no sospechará?

—Hace meses que no sé de su vida. Bloqueé su teléfono... Tampoco pienso desvelarle los motivos de la consulta. —El simple pensamiento de volver a tenerlo enfrente ya me resultaba incómodo—. He de inventar una excusa para citarme con él.

—Te acompañaré.

—No es necesario... —Desde niña me ensañaron a desestimar cualquier muestra de cortesía que implicara una molestia para otro, aunque ese otro fuera Salva y deseara que viniera conmigo.

—¿Quieres que te acompañe?

—Sí... —titubeé con timidez.

—Perfecto. ¿En coche o en avión? —No pude disimular una cohibida mueca de satisfacción.

—No saldremos del pueblo con esa única finalidad. Disfrutaremos de un fin de semana de turismo urbano ¿qué te parece?

—Una fantástica idea.

—En tal caso, resérvame el próximo fin de semana.

—Chavalita, son todos tuyos. —Me acurruqué entre sus brazos y su pecho, convirtiendo ese espacio en mi madriguera por sentirme a salvo de tanta incertidumbre. Él apoyó su cabeza sobre la mía y estrechó su abrazo, ofreciéndome más protección—. ¿Más tranquila?

—No. —A pesar de que el propio golpe había obrado de anestesia—. Todo lo que un día consideré esencial para mi felicidad, se ha convertido en mi principal motivo de angustia.

—O equivocaste qué es sentirse feliz.

—¿Y tú lo sabes? —No levanté la cabeza de su pecho, los latidos y la reverberación de su voz entre las costillas resultaron ser un emoliente para mi desánimo.

—Hay un refrán anglosajón que dice «*The grass is always greener on the other side of the fence*^[9]».

—Hasta hace unos meses mi idea de la dicha era vivir cómodamente estancada en una rutina burguesa... copiando a otros —entre suspiros le di la

razón a su argumento.

—Seguro que siguiendo las pretensiones de tus padres.

—Tranquilidad económica. ¿No es lo que se desea para los hijos?

—Siempre que no se convierta en una competición, no es malo. Yo, en este instante, contigo entre mis brazos, disfruto de la suave felicidad de quien no envidia la suerte ajena.

—Eso ha sonado bien bonito.

—Doctora, uno puede ser dichoso con solo desearlo.

—No es verdad, es un razonamiento del Salva superficial.

—Para nada, chavalita. Tú eres pediatra basándote en un anhelo, sin embargo, a medida que dejamos de lado la inocencia de los sueños infantiles, pretendemos ser más dichosos que el resto, dando por hecho que son más felices de lo que en verdad son.

—Mi mejor amiga me ha traicionado.

—¿Te dio un riñón?

—¡Salva! —reprendí la exageración propinándole un palmetazo en el hombro.

—¿Qué hizo para beneficiarse de ese título?

—Bueno... —Escudriñé los entresijos de la memoria por reconocer situaciones límite y no las hubo—, ella siempre ha estado cerca, aconsejándome...

—Aprovechándose...

—Quizá.

Y de nuevo repasé nuestro camino juntas con el único propósito de encontrar un motivo que justificara aquel engaño u otros, advertir antiguas intrigas..., y no, no las hubo. Fuimos amigas disfrutando de momentos magníficos. Los desafortunados los resolví sola.

¿Podía cambiar el afecto por odio? Ella guio mis pasos hasta Albricias, pero fui yo quien hurgando detectó la trama. Sin sus argucias no habría escapado de mi ilusoria vida replicada, continuaría ejerciendo la pediatría de manera desapasionada y Thor no pasaría de ser un ideal de fantasía.

Decidí quedarme con aquella reflexión, y alcé la cabeza ya con mis labios estirados en una sonrisa de placidez.

—Eres preciosa y esa sonrisa te engalana. —Le besé, se lo merecía y le di otro de propina por el gusto de saborear un poquito más su boca.

—Lisa Shearin estuvo acertada en una de sus declaraciones... —Le peinaba las cejas con el pulgar, con menos rabia e igual tristeza.

—¿Quién es?

—Una afamada escritora del género fantástico.

—¿Y qué dijo?

—*No es traición si se gana.*

NON OMNE QUOD LICET HONESTUM EST



Planeé aquel fin de semana con más entusiasmo al de mis últimas vacaciones en el Índico. Me ilusionaba ir de la mano de Salva mostrándole los rincones con más encanto de la ciudad, muchos de ellos desconocidos incluso por los propios ciudadanos, muy dados a buscar en los emblemas icónicos de otros pueblos y países gran parte de lo que tenían a pocos metros o kilómetros de sus casas.

Disponía de los pasajes, reserva en un hotel frente al mar y el alquiler de un vehículo para movernos con facilidad, me embargaba la emoción propia de las primeras veces, si lo empañada algo era la reunión con Nico, al que no había visto a solas desde la mañana antes de topármelo practicando *twerk*.

No tenía la menor idea de cómo iba a tomarse el reencuentro, seguía sin ganas ni disposición a escuchar de nuevo disculpas que descargaría sobre mí, responsabilizándome —como acostumbraba— de sus malas elecciones, y si

bien en aquel momento le daría al sumario la misma importancia que a pisar a una hormiga sin pretenderlo, sentarnos frente a frente me parecía muy incómodo.

La mañana del sábado amaneció radiante, con un cielo azul intenso salpicado de cuatro nubes por embellecerlo. Habíamos dejado las cortinas de tafeta descorridas —cosa de las prisas intemperantes a nuestra llegada— y un sol rabioso traspasaba el visillo de gasa. Thor dormía bocabajo, a él la luz no le haría despertar a no ser que fuera acompañada del estruendo de una bomba nuclear, en cambio a mí me desvelaba la más leve claridad.

Ya despierta me dediqué a pensar y a inquietarme con el maldito reencuentro.

—Paula... —la voz cansada y ronca no pronunció mi nombre con la idea de darme los buenos días—, te mueves más que la bragueta de un abuelo.

—Eres muy desagradable.

—Y tú un chinche —protestó colocándose encima.

—Estoy muy nerviosa, no me apetece en absoluto ver a Nico.

—A mí tampoco me apetece que lo veas —he de reconocer que la respuesta fue impactante.

—Te hacía descerebrado, para nada celoso.

—Nunca lo he sido, ni me he considerado un tipo cavernario, sin embargo, que te cites con tu ex, me molesta.

—Chaval, no sufras, hay errores que no estoy dispuesta a repetir en toda mi vida.

—Yo no podría considerarte jamás una equivocación, e insistiría incansable hasta recuperar tu cariño.

—Y con mucha probabilidad lo conseguirías.

—Ah, ¿sí? —Sonrió satisfecho con la respuesta, para nada sorprendido.

—Ajá, tú me importas.

Con los pulgares repasó el contorno de mis ojos y con una prudencia innecesaria engolosinó mis labios. Su peso sobre mí activaba los resortes del placer y el calor que desprendía su piel caldeaba la mía.

El dibujo de la musculatura de su espalda contrayéndose entre mis manos elevaba el erotismo que había creído inexistente practicando el misionero, que, sumado al roce de su estómago sobre el mío, apreciando el nervio y la tensión de sus abdominales, convertían el sexo tópico en inmejorable.

Entre Thor y yo existía una complicidad capaz de convertir lo estándar en maravilla.

Durante la semana anterior había concertado una cita con Nico haciéndome pasar por un comercial de cosméticos de laboratorio. Recordaba cuales eran sus firmas preferentes, en concreto, una muy exclusiva que eludía la concesión de venta en su farmacia al considerarla justa en elegancia para la clientela selecta que consumía sus productos.

Utilicé el engaño temiendo su reacción —por si prefería evitarme o por todo lo contrario—, así me aseguraba encontrármelo ya que entraría en la farmacia treinta minutos antes, mientras él se esmeraba en causarle la mejor impresión posible a la falsa representante que tampoco aparecería aquel día.

Mis padres infundieron en mí un miedo atroz a utilizar mentiras para conseguir objetivos o impedir rapapolvos, yo, fiel a aquellos principios, lo hacía poco y mal, ¡hasta sentía ansiedad al descubrirlas en otros!, en cambio, con todo lo que estaba sucediendo a mi alrededor, comenzó a afectarme menos oír las o decir las.

Salva aguardaba en una cafetería contigua. Por nada del mundo deseaba que mi ex se tomara la visita como una demostración del «yo más y mejor», a pesar de que me habría encantado entrar con él de la mano y sentirme envidiada. Y es que Nico era de los tipos que medía su porte con el resto, viéndose más alto, más guapo y mejor, sin embargo, con Thor no había comparativa real donde él lo superara en algo, eso, de no listar los atributos negativos, en tal supuesto, mi ex encabezaría el inventario con holgura.

Se abrieron las puertas y caminé hacia el mostrador en una mezcla de nervios y celos tan habituales en mí a incómodos, con los dedos cruzados rezando para que estuviera ya en la rebotica y escuchara mi voz.

—Buenos días, ¿qué desea? —Primer error de principiante para descubrir estrategias conspirativas: urdir un plan sin contemplar los detalles básicos como saber qué pedir.

—¿Está Nicolás? —creí conveniente esgrimir la excusa de «pasaba por aquí», iba a ser más verosímil a pedirle una fórmula magistral de las que recordaba.

—¿Tiene visita concertada?

—No. Quería saludarle.

—Permítame un instante.

Se introdujo tras unas estanterías con cremas y bálsamos girando sobre una peana plateada bajo un foco de luz violeta que invitaban a comprarlos, aun

desconociendo si el producto era de una calidad similar al envase que lo contenía. Un minuto más tarde aparecieron ambos.

—¿Paula? —Su semblante era de incredulidad extrema.

—Hola, Nico.

—Qué sorpresa tan agradable. Pasa, estaremos más cómodos en el despacho.

Extendió la mano invitándome a entrar.

Tomé asiento delante de su mesa, él en lugar de ocupar la silla de detrás, se sentó a mi lado.

—Estoy disfrutando del fin de semana en la ciudad...

—Nunca habría apostado por una visita tuya inesperada.

—No me considero una mujer rencorosa. Necesitaba redefinir mis prioridades y debía de hacerlo sola.

—Han sido meses de rechazo absoluto, me negaste la posibilidad de pedirte explicaciones. —Empezábamos mal.

—¿A mí? ¿Sobre qué? —Prefería mostrar más asombro a disgusto. Cualquier reproche suyo iba directo al vertedero, el único objetivo de estar allí nada tenía que ver con sentimientos.

—Íbamos a tener un hijo y me lo ocultaste. —¡Maldita Coral! Únicamente ella estaba al caso.

—Te encontré en la cama con tu amante el mismo día que supe del embarazo, ¿dónde encajaba la noticia?

—¿Lo habrías tenido? —Asentí—. ¿Me lo habrías dicho?

—Dicen que la maternidad endulza las emociones, que se sustituye el «yo» por el «él». Supongo que sí.

—¿Por qué me fuiste infiel? Yo sé mis motivos, lo hice por puro despecho. ¿Cuáles fueron los tuyos? —Le observé cejijunta, de dónde sacaba tal afirmación.

—Yo jamás te engañé.

—Coral... —Imposible reprimir las carcajadas amargas, igual a las almendras venenosas.

—¡Vaya con mi amiga!, aunque cada vez entiendo mejor sus mentiras — resolví todavía riendo—. Nico, ¿te propuso algún negocio durante el tiempo que estuvimos casados?

—Sí, me asocié con un laboratorio polaco que realizaba estudios con las

células madre para el tratamiento de la soriasis y el envejecimiento prematuro de la piel.

—¿Recibías información sobre sus hallazgos?

—Eran puntuales cada día quince, aparte de informar de los avances repartían unas primas, no demasiado cuantiosas, pero jamás se saltaron el abono de la comisión. Todo parecía legal.

—No me dijiste nada.

—Nunca te interesaste por mis proyectos —desatendí adrede aquel reclamo que ya no venía a cuento, me interesaba infinitamente más la otra parte de la historia—, y hará menos de un año dejaron de investigar tras desvincularse los inversores principales. Perdí gran parte del capital apostado. —Suyo y mío, aunque omitiera el dato.

—No existieron tales ensayos, fue un timo piramidal. A ti te utilizó para conseguir financiación y a mí para mantener sus contubernios a salvo.

—¿Cómo?

—Ella y el Dr. Testuz, en connivencia con el alcalde, se repartían parte de una subvención que recibía el pueblo.

—No jodas.

—Cuando el médico titular murió, le sustituyó su hijo, un tipo honrado, que ni quiso seguir con el fraude ni ensuciar el nombre de su padre.

—Y pensó en ti...

—La manejable e inocente Paula no se enteraría de nada.

—¿Y cómo has descubierto el enredo?

—El alcalde quería seguir cobrando de los polacos y necesitaba mi ayuda firmando informes de crecimiento demográfico.

—¿Y qué tiene que ver eso con la regeneración cutánea? ¿Y con los tayikos?

—¿Tayikos?

—Nos enviaban documentación sobre los ensayos *made in Tajistan*. —Mi cerebro recalibraba aquella información asociándola a las probetas que habíamos descubierto días antes. No era ruso, de ahí la incoherencia en las traducciones.

—Era una tapadera, a ti te enviaban documentación acreditando unas investigaciones y Albricias costeaba estudios sobre la densidad de población con tal de mantener y repartirse los donativos blanqueando capitales.

—¡Qué hija de puta! ¿Y esto lo podemos demostrar? ¿Vincularla de alguna forma?

—En realidad son especulaciones, no dispongo de pruebas que la señalen. Escarbando y a base de componer hipótesis muy rebuscadas podría apuntar al pediatra...

—Han recibido miles de euros para repartirse a través de una fundación extranjera, entre la denuncia, el trámite y la celebración del juicio pueden pasar años...

—Y el implicado principal ha fallecido.

—Los herederos serían los subsidiarios de la multa.

Ese era Nico, siempre pensando en cómo y de dónde sacar dinero, preocupado por añadir ceros a una cuenta bancaria con la que impresionar a individuos que se deslumbraban con el brillo de un cristal, pero olvidaban de quién provenía. Pensé en Albricias, en la amabilidad de sus habitantes y en la manera tan sencilla de hacerte sentir parte de la familia y aun sabiendo que no era su objetivo, agradecí a Coral que me tomara por tan pobre de espíritu como para no desbaratar sus maquinaciones.

—He de tratarlo todo con mis abogados, saber si puedo sacar un buen pellizco de esta estafa —prosiguió.

—Espero que logres recuperar cuanto perdiste.

—Lo veo imposible —clavó su mirada desalentada en mis pupilas.

—Bueno, al fin y al cabo, solo es dinero. —Encogiendo los hombros y sin conocer las aportaciones le resté importancia por reconfortarle.

—No me refería a la inversión.

—Ah, ya... —No habían sido los treinta minutos más agradables de mi existencia, sin embargo, los segundos que sucedieron a la afirmación se me antojaron embarazosos y presintiendo que la conversación interesante había concluido y la que él intentaba abordar sería innecesaria, me levanté con lentitud medida, sin denotar incomodidad. Nico imitó el movimiento con pesadez, colocando las manos en los brazos de la silla, soltando un suspiro de disgusto a la vez—. He de marcharme, estoy de paso. Me ha encantado saludarte.

—Querías cerrar el capítulo —manifestó con tristeza.

—No, Nico. Ese epílogo está escrito desde hace meses. Me alegro ver que sigues tan bien como siempre.

Me acerqué a su mejilla con la única intención de ofrecerle el beso de cortesía, en cambio él aprovechó para alzar las manos hasta mi nuca y sin permiso, colocó sus labios en mi boca provocando a los míos a seguirle el juego, a dejarle entrar... y quién sabe si esperaba una entrega por mi parte, como si mi cuerpo alguna vez hubiera precisado del suyo.

Al no hallar un ápice de colaboración, dejó caer los brazos hasta los bolsillos de su bata inmaculada y yo sonreí en un acto reflejo, no con el propósito de evitarle la soflama de la ridiculez, sino con la satisfacción al ratificar que solo los labios de Thor conseguían una respuesta ardorosa instantánea por parte de los míos.

—¿No queda nada de lo nuestro? —negué mordiendo la carnosidad de las mejillas controlando que no se escapara la risa—. No debí dejar que me dejaras.

—Hubiera sucedido igual.

—¿Tan claro lo tienes?

—Estuve buscando tu nombre en el diccionario... y no significas nada.

—Paula, entonces, ¿qué fuimos tú y yo?

—Pronombres. —Encogí de nuevo mis hombros sin pesar con lo declarado, que no fue poco y por eliminar tensión, le sonreí—. No es necesario que me acompañes.

Me encaminé hacia el exterior con la impresión de sentirme observada, Salva aguardaba apoyado en la moto alquilada para desplazarnos aquellos días, yo no podía disimular el gozo pensando que era a mí a quien esperaba, no a la morena escultural que disimulaba con el teléfono mirándole de reojo, ni la pelirroja indiscreta con visión láser que aguzaba las pupilas por ver más allá de la ropa... Así, orgullosa y complacida fui directa hacia sus brazos.

—Me cansé de calentar la silla de la cafetería. —Rodeó mi cintura uniendo sus manos por detrás y yo en el centro sonreía con cara de ampliar el valor de la palabra embobada.

—Tu iniciativa ha sido ideal.

—¿Qué ha pasado ahí dentro?

—He averiguado más de lo esperado.

—¿Es de ayuda?

—Sí, aunque se nos complica el asunto.

—Ha debido de ser una situación tensa.

—No, la verdad. Nico es un tipo inalterable, más preocupado por aparentar que por sentir... Aunque... —Escondí los labios tras los dientes antes de continuar, la intención era de no explicárselo, en cambio desatada ya la lengua ¡cualquiera dejaba a Thor con la incógnita!—, me besó.

—¿Cómo que te besó? —Aquella ceja enarcada ofrecía dos lecturas paralelas, indignación y celos, y ese regocijo machista, de las que todas renegamos pero que a la mayoría nos halaga, palmeaba de ilusión—, ¿por qué?

—Me confundió con otra Paula.

Igual que huir contribuye a diseñar un espacio más acorde a nuestras esperanzas existenciales, volver es imprescindible para neutralizar esa mezquina idea de haber perdido el tiempo escurriéndose por los desagües de la memoria.

Aquellos días me concedieron la pausa perfecta con la que perdonar a todos los lugares, situaciones y elementos culpables de mis fracasos. Hay quien dirá que no se pueden odiar a las cosas, yo considero que disponen de alma, así las amo, las aborrezco e intento no olvidar porqué.

Regresé Albricias con la serenidad de reconocer en él mi hogar y con un talante más humilde a meses atrás.

Ver y hablar con Nico atajó sin piedad las dudas a la deriva en mis recuerdos, insistentes en recuperar dichas del pasado con las cuales justificar los cuatro años de matrimonio.

Lo único que espinaba, hasta el punto de alterarme, era pensar en Coral. Según su nombre venía a mi cabeza una ristra de reproches surtido de insultos a modo de desahogo emergían rabiosos, que no aportaban relajo ni alivio.

Era tan ruin, tan interesada, tan pérfida, había demostrado tanta maldad, que en lugar de llamarla al móvil contactaría antes con ella invocándola.

No obstante, lo peor de detestarla con semejante intensidad estribaba en fingir que yo continuaba siendo la mujer crédula e ignorante a la que manipulaba con su seguridad y energía.

Al contemplar mi vida en retrospectiva, no sabría decir si los propios golpes se habían convertido en anestesia o en blindaje, corrigiendo de mi personalidad el exceso de candidez o ductilidad, si bien una cosa era clara, de seguir enviando gente a la mierda, el mejor negocio que podría gestionar iba a ser una agencia de viajes.

Salva comenzó a estudiar la información ilusionado por dar con pistas que nos desvelara algo más sucoso del embrollo, así días después localizó a un tipo en un blog de viajeros que tradujo las etiquetas de las muestras de semen. No nos sorprendió a ninguno descubrir que se refería a la descripción más básica del donante: moreno de ojos oscuro, rubio de ojos claro... además de ratificar la única referencia que dedujimos sin ayuda: el RH y el grupo sanguíneo. Patrones físicos elementales para escoger siguiendo el perfil del padre y que este no tachara a su esposa de adúltera tras ofrecerle el primer mimo a la criatura.

Sin embargo, antes de que una casualidad pusiera en entredicho la honradez de aquellas madres o todo se esclareciera de la peor de las maneras —como ya había estado a punto de suceder—, comencé a mover fichas y con ayuda de Cristina fuimos tomando muestras de saliva de todos los pequeños menores de seis años de la comarca. Presentaríamos esos datos, las muestras de fluidos, los informes genéticos, los documento sobre las subvenciones recibidas y el reparto entre el alcalde en complicidad con el pediatra, al departamento de sanidad, y que ellos determinaran cómo informar a las familias.

Para mí era tranquilizador ponerle una fecha de caducidad al misterio, y a pesar de que en la vecindad se abrirían nuevos infiernos tras recibir el dictamen, mi cruz sobre la ocultación acabaría. Cómo enfrentarme a los reclamos de los habitantes de la comarca y si volverían a confiar en la medicina o mí en adelante, formaba parte de las ofuscaciones futuras.

En tanto, seguíamos con nuestra vida plácida, saboreando las mieles del enamoramiento en pleno disfrute de cuantas actividades realizábamos juntos, desde las más íntimas a las cotidianas, y muchos dirán que eso no tiene nada de extraordinario, que ver una serie o preparar la comida el sábado no era en absoluto excitante, y no, no lo era, pero en la maravilla de lo sencillo también brillaba Thor.

—Chavalita, ¿cuándo coges las vacaciones?

—No lo tenía pensado, creo que ni había valorado tomarme unos días. Prueba esto. —Le acerqué la cuchara de madera con caldo del guiso—. ¿Lo encuentras sabroso?

—Está más soso que la sopa de hospital.

—Se supone que cada alimento tiene sus minerales y no necesita más.

—Paula, sí, la necesita. Usa los cubitos de concentrado, potencian el sabor. —Lo miré asustada—. Yo las haré en julio, ¿podrías pedirte quince días?

—Sí, solicitaré un suplente. —Tasté la comida—. El glutamato monosódico que contiene uno de esos cubitos excede el aporte semanal en sal recomendado para un adulto.

—Doctora, no hay cocido de abuela que se precie que no lleve una pastilla.

—Tus padres seguro que no la utilizaban conociendo las hierbas aromáticas y los aderezos naturales.

—Mis padres no saben cocinar, siempre lo hacía mi abuela —era irritante que tuviera respuesta para todo.

—Pásame la sal, prefiero ponerle un gramo yodada a una tonelada de ese

mejunje deshidratado y aglutinado con aceite de palma. —Negó entornando la mirada—. ¿Qué se te ha ocurrido para este verano?

—Siempre he tenido la ilusión de viajar como un nómada, con lo justo y disfrutando de lugares fuera de las rutas clásicas.

—Sí, recuerdo que me lo comentaste.

—¿Vendrías conmigo a Tayikistán?

Silencio. Pestañeeé por descubrir si era broma y al sonreírme levantando las cejas, supe que no.

—Estás de diván de psiquiatra.

—¡Venga, va! No seas remilgada.

—¡No lo soy! ¡¿Será posible?! ¡Eres un faltón!

—Yo no he insinuado que estés loca...

—Yo jamás te propondría ir de vacaciones a un campo de minas.

—¡Ay, qué mujer! No es un país conflictivo, la carretera del Pamir la transitan miles de viajeros al año.

—Excéntricos como tú. Lo separa de Afganistán ¡un río! ¿Piensas que los proyectiles respetan las fronteras?

—Ves demasiadas noticias sensacionalistas.

—Salva, no vas a convencerme de lo contrario.

—Quiero hacerlo juntos.

—¿Qué se nos ha perdido allí?

—Lo que se puede perder en las Bahamas, nada, en cambio, puede enriquecernos mucho.

—¿No sé cómo?

Me quitó el cucharón de palo de la mano y tomándome de la cintura apretó su cuerpo contra el mío.

—Chavalita, recorreremos lugares legendarios en moto...

—¡En moto! Definitivamente tienes carencia de serotonina.

—Nos alojaremos en los hoteles de la ruta. No serán un cinco estrellas superior, pero disfrutaremos tanto que al llegar solo desearemos dormir para que amanezca antes.

—¿Por qué allí?

—He estado averiguando desde dónde pueden estar enviando los viales con el *súpersemen*.

—¡Salva! Dijimos de esperar las pruebas y entregarlas a Sanidad, ¡sin más aventuras!

—No vamos a picar a la puerta, mujer.

—No, solo pasaremos por delante.

—Pasaremos... —Enarcó un par de veces las cejas, embaucador y divertido—, ya te tengo medio convencida.

—Salva, acabo de empezar a vivir con ilusión... ¿qué gano muriendo tan pronto?

—No seas catastrofista, yo nunca te pondría en peligro.

—Permite que lo ponga en duda, llevo una temporada algo turbulenta.

—Si no me falla la memoria, el único que ha estado inconsciente, he sido yo.

—No más de cinco segundos y fue un golpe accidental.

—¡Chico linternazo!, de darme a conciencia podría emitir SOS mediante pestaños.

—Salva... ¡jelines! ¿No hay otro país? Nunca he viajado a lugares sin WiFi. —Rompió a reír con mi lloriqueo.

—Adaptaremos nuestros móviles con carcasas para conectar vía satélite...

—¿Era imprescindible la guasa?

—¿Y qué ropa llevo? ¿Cómo vamos a viajar en moto si he de llevar burka?

—¿Quién te ha dicho que has de ir cubierta? —Yo continuaba gimoteando y él carcajeándose a placer de mis temores. ¿De veras, me había enamorado esta vez de un tipo con todos los Thor-nillos flojos? ¿Flojos? ¡A punto de caer!

—De acuerdo, no necesitaré pañuelo, ¿y si hace frío?

—Planearemos el viaje según el clima y la altitud. Paula, ¿por qué siendo una tía tan resolutiva siempre andas asustada?

—Me propones actividades con altas posibilidades de perder la vida, llámalo manía, pero eso de despertarme cada mañana resulta hasta grato.

—Más si estoy yo... Salva-Thor. —No debí habérselo confesado, ego tenía de sobra para agigantárselo con deidades y martillos.

—Enséiate, por favor.

—¿Así? —Frunció el ceño y los labios, en un gesto de burla que hubiera reparado con un guantazo a mano extendida, ¡qué rabia ser pacífica!

—¡Salva!

—A ver, ¿qué aliciente tiene un crucero?

—Podría enumerarte un sinnúmero de ellos.

—Es estresante visitar ciudades con pánico a que zarpe el trasatlántico y te quedes como los que no llegaron a embarcar en el Titanic... que, por cierto, se hundió. —En ese momento hubiera cerrado el puño o hubiera gritado: «¡Mjolnir, a mí!».

—Entre Las Seychelles y un feudo talibán, por fuerza ha de existir un término medio, ¿no crees?

—No hay guerra en esa parte de Asia, confía en mí. —Y parecía convencido de tener información que desacreditaba mis temores.

—¡Atiende! Como muera en un sitio remoto e inseguro, te prometo, ¡te juro!, que voy a aThor-mentarte toda tu eternidad.

—Me encantas guerrera.

—Me enredas.

—Me quieres.

—No me obligues a planteármelo demasiado, aún estás en periodo de prueba.

De nuevo me vi asumiendo el entusiasmo de otro como propio, dejándome arrastrar a un país del que nada sabía ni jamás me había interesado en conocer y con dificultad podía situar en un mapa, en cambio, en esta ocasión sentía el impulso de lanzarme a la aventura con tal de vivirla juntos.

Salva no era un tipo de vegetar en una hamaca y visitar cuatro museos, necesitaba actividades en donde poner a prueba sus aptitudes aventureras. Y su dinámica inquieta comenzó a ilusionarme tanto como la idea de compartir con él cualquier situación, incluso el peligro, por eso, en lugar de angustiarme, la emoción del riesgo parecía recorrer mis arterias con una tensión nueva, revitalizante...

Alguien inspirado de quien no sé su nombre dijo que: *El amor eran cuatro letras que marcaban el destino. Cuatro letras que invitaban a soñar. Cuatro letras que insistían en que seguías vivo, aunque para la mayoría hubieras muerto.*

ECCE VENIO



Durante la cruzada albigense, el general de las tropas galas le preguntó al Papa Inocencio III cómo podrían diferenciar a los Cátaros de los católicos, a lo que el pontífice sentenció: «—*Matadlos a todos, Dios sabrá distinguir a los suyos*».

Y es que, a pesar de haberme engrescado durante aquellas semanas e ilusionado con el destino, había escrúpulos a los que mi mente no renunciaba, así me veía trazando rutas en mapas con Salva que trasladábamos al GPS, como minutos después me arrugaban todos los recelos sobre nuestra seguridad.

Cristina se comprometió a mantener el centro de salud en orden y deposité mi confianza en ella, a fin de cuentas, ya lo había demostrado antes. La charla con el médico de familia fue menos distendida y me mostré tajante, de no mejorar su atención y disposición, solicitaría un cambio de facultativo con el que los parroquianos pudieran sentirse más cómodos y no recurrieran a la consulta del pediatra para patologías de adulto. Decir que se lo tomó a modo

de reto personal era pura entelequia, sin embargo, él no ocupaba una plaza fija y de perder el servicio de Albricias iba a verse recorriendo caminos atendiendo urgencias domiciliarias, algo para lo que aún se sentía menos inclinado.

Los aires de la comarca no habían eliminado mis aprensiones, aunque sí transformaron mi carácter dócil y maleable por otro de actitud marcial ante situaciones injustas. Yo, que, en términos generales, prefería asumir la dejación de responsabilidades de terceros por eludir el enfrentamiento, ahora sacaba el aplomo para exigírsela a quien guiado por la costumbre percibía un sueldo innmerecido.

La doctora que me sustituiría era una joven con muchas ganas de demostrar su potencial y tras comentarle el tema de las intolerancias, le cedí el cargo el día uno de julio, una semana antes de iniciar el viaje. Sobre el hábito de los vecinos en asomar por el despacho de pediatría, no hice mención alguna, si era más espabilada que yo, los derivaría al médico general y de no serlo, no iba a aburrirse con las dolencias e inquietudes de los albricianos.

Y llegó el gran día.

Teniendo en cuenta que alquilaríamos en Osh una sport touring con un par de alforjas laterales y un top case trasero, la capacidad de almacenaje era muy reducida, y para más inri aún deberíamos limitar más nuestro equipaje con tal de poder transportar el equipamiento imprescindible —cascos, chaquetas, botas, pantalones y chubasquero— con un volumen que comprometía el número de mudas y enseres mínimo para pasar las dos semanas previstas disfrutando de extremos desconocidos para un morador del primer mundo.

¡Qué giros daba la vida! Hacía un año compraba, sin ánimo, bikinis a través de las webs exclusivas por no repetir dos veces modelito en un bungalow sembrado artificialmente en el mar, y ahora me veía entusiasmada a la par de inquieta y sin saber cuántas bragas podía llevarme.

—En mi vida me había costado tanto preparar una maleta. —Resoplé retirándome con el bufido el mechón que caía sobre un ojo.

—Las chaquetas y los pantalones de cordura son lo que más ocupa, pero una vez en destino lo llevaremos puesto, la muda interior y camisetas no ocupan demasiado, aunque no cojas más de cinco.

—¡Si vamos doce días! ¡Como mínimo necesito treinta bragas y lo mismo en calcetines! —Pestañeó.

—¿Para qué necesitas tantas?

—Para cubrirme del sol... ¡Tú qué crees!

—Bueno... —Se tocó con el índice el labio, pensativo—, las tuyas son pequeñas, lleva diez, tendrás de sobra.

—¿Perdona? ¡Imposible!

—No te va a suceder nada si un día le das la vuelta...

—¡Eres un cerdo!

—Soy práctico, alargar unas horas la utilidad diaria de la ropa íntima no es algo tan horrible como para tratarme de cochino.

—¡En qué momento se me ocurriría hacerte caso! ¡Esto de ser seguidora es frustrante!

—Tú no eres seguidora, eres una mujer inteligente que deseas conocer lugares extremos.

—Soy idiota...

—En Dusambé haremos la colada en el hotel.

Suspiré, rindiéndome, sacando las prendas y devolviéndolas a su cajón, eligiendo las más cómodas y menos sexis.

—La ciudad de las minas de arsénico —repassé en voz alta lo leído sobre aquel lugar.

—Podría tener algo de relación con las almendras.

—La amigdalina al mezclarse con la saliva se descompone en glucosa, benzaldehído y ácido cianhídrico —repetí por decimonovena vez en tono cansino—, es decir, cianuro, Salva, cianuro.

—Veneno de todas maneras.

—El arsénico no presenta propiedades organolépticas más allá de un aroma a ajo, no hay supertaster que lo pueda detectar.

—Allí hay unas cuantas empresas químicas...

—¿Y con qué pretexto nos van a abrir las puertas de sus laboratorios?

—Con el mismo con el que camelamos a tu ex, de algo ha de servirte el tiempo entre pócimas.

—Por el amor de Dios, Salva ¡solicitarán credenciales!

—Utilizaremos el nombre de tu amiga. ¿Tienes las llaves de su casa?

—¿Estás insinuando...?

—Sí —atajó sin dejarme formular la hipótesis—, iremos a su apartamento, buscaremos documentación y nos haremos pasar por Coral y Testuz Jr.

—¡Eso es un delito! ¡Eres policía! ¡No puedes saltarte la ley! ¡Ni animar a nadie...! ¡A mí! ¡A que te secunde!

—Respira, mujer... ¿No te gustaría saber quién está detrás de todo esto? ¿Poder señalarlos directamente?

—También me gustaría envejecer tras una larga vida de placidez.

—¡Qué manía con morirme! —exclamaba entre risotadas.

—Además, insensato, ¿tú tienes las llaves del piso del hijo del Calavera?

—No, pero tengo el palpito de que tu amiga estuvo intentando mantener el negocio, si es así, tendrá documentos con su firma.

—¿Y si no?

—Falsificaremos unas tarjetas.

—¿Otro delito? Pasaré el resto de mi vida en una cárcel de Asia Central o muerta.

Durante el vuelo hacia la ciudad los nervios se apoderaron del estómago constriñéndolo casi al punto del vómito.

Thor estaba mutando en Loki y atraído por las ideas más descabelladas nos arrastraba a enfrentarnos a los gigantes —también disfrazados—, con el único objetivo de cerrar un círculo que no era tarea nuestra, sino de las autoridades competentes.

Justificaba tal desatino con la certeza de que nadie destaparía nada, que la conspiración no rebasaría nuestras fronteras, que harían recaer el peso de la vergüenza sobre un difunto avaricioso y un alcalde neolítico, y que a las familias afectadas en la comarca se las indemnizaría para sellar sus bocas con euros, a lo sumo, algún diario de tirada provincial, se haría eco de los sucesos sin tan siquiera llegar a retumbe, y con esas me convenció.

Era inquietante el sinnúmero de trasgresiones legales que habíamos previsto, si ya me resultó comprometido entrar a oscuras al centro de salud sin intención de cometer delito alguno, vernos jugando a agentes secretos me atacaba los nervios, tal era la tensión que, si alguien tocaba mi omóplato con la punta del dedo saludándome, gritaría levantando las manos.

Y por si todo aquello no fuera opresivo para mí —para Thor no debía ser nada novedoso, se le veía la mar de dispuesto y excitado—, la variable tiempo intervenía sin piedad, ya que nuestro vuelo a Estambul salía en tres horas y nosotros debíamos de violar dos leyes.

Tomamos en metro como los verdaderos rateros hasta la casa de mi examiga, mis manos acusaban un tembleque tan incapacitante que evitando la caída de las llaves veintinueve veces antes de abrir, se las entregué a Salva.

—¿Esto se considera allanamiento de morada?

—Paula, tranquilízate, mujer.

—Es decir, sí.

—No. Si tienes las llaves, tienes su permiso.

—Para regarle las plantas y recoger el correo.

—Pues como tuvieras que venir una vez a la semana desde Albricias a mantenerle las margaritas en flor no te iba a dar el sueldo para tanto viaje.

—Seguro que en ningún momento pensó que las usaría para rebuscarle entre los papeles.

—Estoy convencido. Repartámonos los cajones, no tenemos tiempo a

perder, debemos falsificar un par de tarjetas.

—¡Dios, Salva! Qué mente más resuelta para el delito.

Él comenzó a fisgonear en el comedor, yo fui al estudio. La pulcritud y el orden reinaba en aquel lugar en donde hacía meses nadie tocaba un papel.

Si no sabes qué has de buscar ¿por dónde empiezas? Contemplaba las estanterías con los mismos manuales anatómicos que cualquier facultativo tenía en su estudio, además de decenas de libros de consulta y procedimientos diagnósticos, por dar con el elemento discordante que me regalara una pista, mas, o mi capacidad analista se había consumido de tanto usarla o la tipa no dejó allí ni el polvo.

—Paula, ¿qué tal por aquí? —Sentándose en el escritorio repasaba la librería, yo me coloqué a su lado mirando hacia el mismo punto.

—Por ahora nada. ¿Has visto algo útil?

—¿Por qué susurras? —susurró bromista el muy estúpido.

—Salva, mi paciencia no es infinita. —Besando mi mejilla vino a tranquilizarme y yo rabiosa me limpié el rastro de su mimo marrullero con el dorso de la mano—. Contesta.

—Nada. ¿Y tú?

—Cero, los volúmenes de consulta siguen donde siempre, he removido carpetas vacías y en el archivo no guarda nada de interés.

—De todos esos libros, ¿cuál te sobra?

—Tenemos especialidades diferentes...

—Míralos y dime uno.

—Farreras, Netter, Guyton, Gray, Rang... son los protagonistas indiscutibles desde que te matriculas en primero de medicina... El resto son manuales o novelas relacionadas con la profesión, nada fuera de lugar.

—Las pistas no se encuentran en lo que ves, sino en lo que falta. Y de lo habitual, ¿cambiarías algo?

—No... yo tengo los mismos libros de consulta en un orden similar, aunque el vademécum lo coloco en la parte de abajo porque es muy pesado e incluso con las tapas cosidas al lomo los golpes las sueltan —admití despreocupada, sin darle transcendencia a la explicación.

—¿Se usa mucho?

—Es más rápido consultar en la red, pero es interesante tenerlo a mano.

—¿Cuánto mide tu amiga?

—Más o menos como yo.

Saltó de la mesa.

—Un libro de consulta habitual se deja a mano, no hay nada más odioso que necesitar una escalera cada vez que has de hacer uso de él.

Estirando el brazo tomó el epítome de prescripciones y remedios médicos creyéndolo más pesado y ambos nos asombramos al notarlo ligero, aunque la verdadera sorpresa emergió al examinarlo.

Las hojas estaban pegadas entre sí o apelmazadas. Se abrió por la página cincuenta donde se había realizado un hueco con precisión quirúrgica que guardaba un pasaporte, una credencial de un laboratorio polaco y folios preimpresos con el membrete del Dr. Testuz firmados en blanco.

Salva sacó los documentos para examinarlos con detenimiento colocándolos a tras luz, palpando las páginas selladas, igual que un profesional del timo.

—Es una estupenda falsificación y ha pasado los controles.

—¿Cómo lo sabes?

—Coral se llama tu amiga, ¿verdad?

—Ex.

—¿Y la de esa foto con birrete es ella?

—Me enerva cuando vas de interesante. Salva, habla de una puñetera vez.

—Está expedido a nombre de Cristina Galán.

—Cristina... —balbucí tapándome la boca—. Por eso tiene tanto miedo.

—La acreditación también está a nombre de ella.

—Voy a enviar a la imprenta un par de chapitas de estas para recogerlas de camino al aeropuerto.

—¡Yo no me parezco a Coral!

—Ni yo. —Era desesperante esa capacidad suya para bromear en cualquier situación—. Observa, chavalita.

Tomando una fotografía del documento abrió el iPad y con una habilidad que yo desconocía modificó los datos cambiando a los usurpadores.

¿Enseñaban eso en las academias de policía? Él era agente de tráfico, a lo mejor debían de orientarles para detectar los documentos manipulados, aunque me resultaba chocante su destreza ideando fraudes.

—He enviado la copistería las tarjetas, en media hora las tendrán preparadas, justo el tiempo que emplearemos en llegar.

—Salva, me asustas...

—¿Yo? —Se carcajeó.

—Tu facilidad para quebrantar normas... Leyes que nos mantendrían confinados en dos metros cuadrados rodeados de ratas y sus excrementos.

—Para poder descubrir los timos uno ha de saber hacerlos.

—En mi vida me contagiaría de sarampión para poder tratar la enfermedad.

—Ya lo hicieron otros por ti.

—Paso de entrar en un bucle interminable de empujones verbales.

Con sumo cuidado devolvimos todo a su lugar, a pesar de que ninguno tomó las medidas de prudencia básicas que se detallaban en las películas. Desde luego no iba a amputarme las yemas de los dedos con tal de no dejar las huellas, sin embargo, unos guantes, aunque fueran los de fregar, habrían servido para evitar rastros.

No vimos la necesidad al no considerarnos delincuentes, nos creíamos justicieros y no sé en qué lugar nos dejaba semejante reflexión, yo hasta entonces fui de la opinión que quien se dedicaba a asesinar a los asesinos, asesino también era.

¿Pude haberme negado? Desde luego, Salva no era mezquino, solo insistente.

¿Quise no hacerlo? Ni me lo planteé. No hay nada más peligroso que una estupidez con el suficiente respaldo social, y por eso estaba a punto de tomar un vuelo con destino cierto y futuro ignoto, mientras recogíamos unas credenciales falsificadas con las que colarnos en unos laboratorios supuestamente clandestinos, sitios en un país de la antigua Unión Soviética, donde era más sencillo que te vendieran un AK-47 a un galón de combustible de noventa y cinco octanos.

—Te encuentro demasiado callada.

—Medito.

—No lo hagas, déjame a mí.

—Si continúo dejándote tomar decisiones, no volveremos de Tayikistán —pronunciaba el nombre y emergía de nuevo la duda de no saber por qué iba.

—Van a ser unas vacaciones aventureras inolvidables.

—De eso estoy completamente convencida —afirmé exponiendo con gestos faciales todos los signos semióticos conocidos de disgusto.

—Cuánto nos queda por aprender a los hombres de la fortaleza mental de

las mujeres. —Elevé una ceja por no darle un pescozón en público—. Hablo en serio, y te pongo a ti de ejemplo que, incluso harta de repasar cuantos imprevistos puedan surgir, no abandonas.

—Eso no es del todo cierto, por mí misma no estaría en esta situación.

—¡Y tanto que sí, doctora! Seguiría indagando hasta dar con la verdad, ese es su espíritu, su sello.

No supe jamás si fueron palabras con las que extraerme de mi atmósfera de escrúpulos o en serio me consideraba una mujer decidida y valiente, el caso es que me gustaron, y a pesar de no creérmelas del todo, a él, lo creí.

El vuelo de Barcelona a Estambul, por carambolas del destino lo hicimos en primera, si bien fue una de esas situaciones que te paralizan la respiración con el latigazo de las malas noticias para inmediatamente insuflarte oxígeno a litro limpio con la solución adoptada.

Para nuestra desgracia inicial estuvimos afectados por overbooking en clase turista, y optaron por reubicar a algunos pasajeros en otro avión con embarque para seis horas más tarde, y al resto —los más afortunados— nos tocó surcar el cielo a todo confort.

Ya en Turquía no hubo más remedio que esperar el mismo tiempo invertido en el vuelo. El Sabiha Gökçen comprendía lo más pintoresco del país en el área demarcada como aeropuerto internacional. Distraía lo mismo rondar por aquel simulacro de bazar prototipo de encanto asiático, como a contemplar a los tropecientos viajeros de cualquier nacionalidad deambulando por el vestíbulo, allí todo el mundo era personaje.

No obstante, cruzar Europa hasta Asia central fue un despropósito en cual invertimos casi veinte horas entre vuelos efectivos, escalas y embarques, y para cuando aterrizamos en Osh dispuestos a comenzar el viaje previsto, el peso del cambio de presión, huso horario y paseos entre terminales nos tenían ya agotados, mas, en lugar de tomarnos unas horas de descanso, no quedó otro remedio que callejear entre las paradas del mercado —uno de los más importantes del continente— hacia la agencia de alquiler donde debíamos de recoger la moto.

Aquella ciudad disponía de puntos enclave de aglomeración agobiadora y espacios diáfanos que te permitían caminar sin apremios, aunque, cargados con todo el equipaje, nuestra pinta era de vendedores ambulantes buscando un hueco entre la multitud.

El trámite del alquiler no se complicó, de hecho, demostraron una amabilidad insólita para el hombre europeo permitiéndonos dejar nuestras pertenencias en el establecimiento y comer sin la preocupación de no encontrar un lugar seguro donde estacionar la moto.

Comer, otro desafío. Acostumbrada a restaurantes con manteles de tela, supe que, de continuar atendiendo a mis aprensiones occidentales no ingeriría alimento alguno, en cambio, Salva, más intrépido y menos receloso, me arrastraba hasta los puestos donde preparaban brochetas muy animado a probar de todo.

Tendemos a pensar que el idioma universal es el inglés, y no, es de ayuda en los estamentos burocráticos, en cambio, para hacerte entender entre los autóctonos es más eficaz el uso de las señas y de nuevo gracias al arrojo de Thor lográbamos descifrar el significado de las palabras esenciales.

—Chavalita, comamos aquí, el aroma ha reactivado mis jugos gástricos. — Eso era innegable. Las especias entraban por las fosas nasales y abrían el apetito.

—Es tan arriesgado como en cualquier otro sitio —señalé los platos preparados con mueca de asco.

—Hay demasiada gente para que el motivo de defunción sean las intoxicaciones alimenticias.

—Los oriundos tienen adaptado el PH de sus estómagos, nosotros no.

—Pues a mí personalmente, la mezcla de olores me resulta agradable. Son efluvios puros a cardamomo, pimienta cayena... ¿Lo notas?

—¿Tú eres capaz de distinguirlos? —Rio ante mi cara de incredulidad—. Hemos pasado por el centro de un bazar donde penden de ganchos muslos despellejados de ternera a temperatura ambiente rodeada de moscas de todos los tamaños y colores, y justo en frente, un puesto con telas, otro con cacerolas y cachivaches, otro de pan... ¡Todo un despropósito higiénico!

—No hay bacteria que no fulmine el fuego y este shashlik desde luego está al punto de carbonización adecuado. —No quise sacarle de su error, había gérmenes resistentes a las temperaturas extremas.

—Me juré que jamás tomaría kebak, pero si he de romper mi promesa, desde luego mejor aquí.

—Como mínimo sabes que no es una amalgama de desperdicios cárnicos procesada con pinta de haber sido amasada con los pies.

—Salva, consigues que algo moderadamente desagradable tome el grado de repulsivo.

—Va, hinquemos el diente a la brocheta, huele increíble.

Al no tener un hambre atroz sostuve el espetón con animosidad y usando los incisivos mordí una pequeña porción por no escuchar al dios del trueno tratándome de exquisita, sin embargo, descubrí un sabor para el que no disponía de referencias gustativas; intenso, sabroso, con matices picantes, mas no abrasadores, que mezclados con los vapores del carbón en las rudimentarias parrillas transformaban a aquel sencillo alimento en una exquisitez. Así, tras el primer muerdo de cata, el resto fue a dentellada limpia.

Satisfechos y más animados tras el primer encuentro con la cultura, retomamos las calles, aunque en realidad necesitábamos llegar al hotel y descansar para poder emprender la ruta seria, la que nos llevaría por una de las carreteras más extremas del planeta.

—Estás muy cansada.

—No. —Por nada del mundo deseaba ser considerada débil y menos en el Kirguistán, donde ocurrían matanzas cada pocos años por culpa de los conflictivos enclaves y exclaves producto de las políticas de deportación de Stalin que aún confundían el territorio y a sus habitantes.

—Pues yo estoy molido. Necesito un baño relajante y dormir estirado, a pierna suelta junto a la mujer más terca e intrépida que he conocido jamás.

—Me apunto, mucho me temo que tardaremos días en disfrutar de esas comodidades de nuevo.

Escogió para aquella primera noche un alojamiento confortable, con las ventajas de un resort que en cierta manera iban a sobrnarnos. Para él carecía de importancia los elementos decorativos y de agasajo con los que se recibía al huésped, no obstante, era su manera de tener en cuenta mis preferencias, si bien jamás fueron las mías, sino el reflejo del bombardeo publicitario sobre el bienestar y el placer de los sentidos, a pesar de haber experimentado más contrastes visuales y sensoriales durante aquellas horas, a las comprendidas en los viajes a paraísos terrenales.

Salva, sin tan siquiera quitarse el calzado se tiró sobre la cama a plomo bocarriba, y lo supe, entendí porqué el entusiasmo y el cansancio brincaban en mi interior en la misma proporción sin tener en cuenta ni peligros ni obstáculos; cualquier lugar del mundo sería ideal acompañada de aquel tipo desquiciante.

Satisfecha con mi descubrimiento me tiré a sus brazos en plancha.

—¡Loquita! ¿Y esto?

—Te quiero.

—¡Imposible!

—Yo también me hago cruces, pero sí, he ido a escoger de todos los dioses el más enervante, ¡Loki!

—¡Ep! Me gustaba más el otro.

—A mí me gusta Salva.

—No sé si creerte, me has dado un día...

—¡Anda ya! Me he comportado, ¡si hasta te he dejado falsificar documentación!

—Eso casi te lleva al colapso.

—No, para nada, ha sido peor cruzar el mercado sorteando los hilos sanguinolentos del suelo.

—¿Nos damos un baño reconstituyente?

—Venga.

Bajé de la cama y extendí la mano para ayudarle a ponerse en pie, al tomarla supe que no iba a alzarse dirigiéndose al aseo sin más, así ya me esperaba el ímpetu de su cuerpo empujándome hasta la pared dos pasos tras de mí.

—Estoy muy sudada —advertí cuando sus labios algo cortados por el aire y el sol se posaron en mi cuello.

—Más sabrosa.

—Querrás decir asquerosa.

—Apetecible, succulenta... un pecado.

Buscando el bajo de la camiseta sus manos recorrieron mis costillas, y el órgano más pesado y amplio de todo ser respondía con un hormigueo adaptando mi cuerpo al placer inmediato o al asedio arrobador.

—¿No estabas cansado?

—Del mundo, puede. De ti, nunca.

Lo prendí de la pechera con ese reducto de energía que siempre se reserva para la pasión y ya con prisas nos fuimos desvistiendo uno al otro sin medir el ímpetu, hambreado las caricias con la que cubrir la piel desnuda y encrespada.

Nuestras lenguas se enredaron con frenesí en tanto mis manos palpaban la musculatura de su espalda contrayéndose ante el esfuerzo de sostenerme apoyada contra el tabique, mientras disfrutaba poseyendo mi intimidad con carácter, aunque sin prisas.

Ardíamos debido a la constante fricción de nuestros cuerpos e intentábamos corregir la temperatura a través de tragar aire mediante jadeos que no mitigaban ni el calor ni el deseo, por el contrario, los acrecentaban.

Y entre bríos caímos extasiados sobre la moqueta, con la respiración comprometida y la piel en llamas.

Su brazo rodeaba mis hombros. Yo tenía la cabeza apoyada sobre su pecho

y mi mano descansaba en su estómago.

—Te amo, Paula. —Alcé la cara con el ceño fruncido y sonriendo de medio lado, un gesto aprendido, pura copia suya en realidad, para observarle divertida.

—A eso se le conoce como entusiasmo eyaculatorio.

—No conseguirás que cambie de opinión. Sé que no entraba en el trato, pero te amo.

—¿Qué trato? —Yo no tenía la menor idea de pacto alguno, aunque dentro de mi despiste podía haberlo mencionado y no lo recordaba.

—Me prometí no enamorarme nunca de nadie tanto como para convertirla en mi guía.

—¿Yo tu guía? —Asintió.

—El amor puede conseguir que cambien tus expectativas, el futuro que deseas... que pases de ser comisario de policía a vendedor de hierbas.

—¿Se arrepiente tu padre de renunciar a su profesión?

—No, él seguiría a mi madre a los confines del universo. Sin embargo, no deseaba eso para mí.

—¿Y por qué no sabía nada? —de confesarme esa intensidad no lo habría olvidado.

—Era un juramento íntimo, yo, a mí mismo.

—¿Y eso es bueno o malo?

—Bueno si estás a mi lado... malo si permites que me pierda.

—No dejaré ni que te pierdas ni que te rompas. —Le besé la mejilla en recompensa a compartir sus sentimientos.

—Si me quiebro será para adaptar mi tamaño al fragmento que te falte.

—Te amo, y no quiero de ti un pedazo, te necesito completo.

—Recuerda que le dé las gracias a tu examiga si algún día nos la encontramos.

—Te acabas de cargar el clima.

—Vamos al baño y prometo caldearlo de nuevo.

Madrugamos con la esperanza de entrar en Juyand por la tarde, en unas seis horas abandonaríamos el Kirguistán pasando la frontera de Uzbekistán y Tayikistán. Ni en un crucero por el Adriático se sellaba tantas veces el pasaporte ni se pagaban tantas mordidas. En previsión, habíamos cambiado divisa, así el importe era menos elevado que en euros o dólares, ya que aparte de la «donación» al agente aduanero debías de añadir el porcentaje del cambio que ellos estimaban.

En ese trayecto comencé a entender el concepto de viajar fuera de las rutas turísticas ofrecidas por las agencias, y lo cierto es que los pros superaban los contras con creces. Admiraba la amabilidad de los habitantes, las primeras palabras que aprendías a las pocas horas estar allí eran *spasibo*^[10] y *harashó*^[11]. Siempre atentos a ofrecerte un té, comida o un espacio para el reposo. Podían carecer de recursos, de comodidades que los occidentales consideraríamos imprescindibles, sin embargo, compartían su pobreza demostrando la riqueza de sus almas sencillas y afectuosas.

Si el paisaje de por sí era una agreste rural maravilla, que sus pobladores fueran tan hospitalarios aún ofrecían más motivos con los que dejar huella en la memoria.

Un aspecto negativo, que a otro le parecerá insustancial, era lo mal que llevaba el tema de los baños turcos, unos agujeros inmundos, pestilentes, insalubres y sin conexión al alcantarillado. Por no pisarlos contenía la necesidad de miccionar incluso activada con el traqueteo de la moto sobre el asfalto. Sin embargo, el organismo ha de evacuar por mucha retención que se tenga y el uso forzoso quedaría grabado en mi pituitaria de la misma manera que el olor de la pintura crayón despierta el recuerdo a los años en precolar. La hediondez de la zahúrda sería el reflejo de la putridez absoluta, después de ese, cualquier efluvio lo podría tolerar sin nauseas, cualquier tufillo sería aroma.

Otro inconveniente, asociado al desconocimiento de las leyes en las diferentes regiones, surgió tal como nuestra montura puso rueda en Tayikistán y un mensaje de la operadora nos alertaba que en ese territorio los teléfonos dejarían de recibir señal y emitirla.

Pensamos en solucionar el contratiempo adquiriendo una SimCard de una compañía de la región, y cuál fue nuestra sorpresa cuando nos negaron la posibilidad de estar localizables al no ser residentes ni disponer de domicilio

en el país, una norma descabellada a la par de inquebrantable.

Y ya, por rematar el día, los cajeros no admitían las tarjetas bancarias, solo se podía cambiar divisa directamente en la entidad con la libreta de ahorro y el pasaporte.

Por seguir sumando adversidades, los bancos no atendían por la noche — como en la mayoría de los lugares del mundo exceptuando Dubai— y al día siguiente esperar a que comenzaran la jornada nos retrasaría una barbaridad, con lo cual, solo disponíamos de los somonis cambiados en Bishkek.

No me consideraba una malgastadora, mas tampoco era de controlar el gasto siempre contando con el respaldo de una economía saludable. Saber que debíamos comedirnos hasta disponer de efectivo de nuevo a mí me resultaba angustiante. Para Salva, rey de la improvisación, era una anécdota que sumar a la aventura.

Si hay algo que jamás puedes calcular de manera exacta en Asia es el tiempo según la distancia a recorrer, allí precisarlo es imposible, todo te retrasa y lo que se suponen seis horas en el GPS se convierten en nueve, con suerte. Así, aparte de tarde, entusiasmados, felices e intranquilos con los últimos reveses, llegamos destrozados y más cansados que hambrientos, no obstante, despreciar la comida que la familia del hostel nos brindó no era correcto y cenamos por educación.

El dormitorio no podía ser más espartano, con una cama de no más de metro veinte, una silla y por fortuna un aseo con inodoro.

Pernocharíamos en la ciudad y marcharíamos al amanecer trazando la sinuosa y extrema carretera del Pamir, considerada la más alta del mundo que estaba sin asfaltar y si algún tramo mantenía algo de alquitrán su estado era terrible. No dejaba de ser una calzada construida por la antigua Unión Soviética para conectar la última de sus fronteras con el imperio ruso en los años treinta.

Sí, descansaríamos unas horas sobre un humilde e incómodo jergón sin saber que aquella noche sería la última considerando el viaje programado.

Y es que ¿se puede proyectar el futuro? ¿Alguien lo ha conseguido?

Por eso el catedrático en sufrimiento y esperanza, Albert Espinosa, expuso en una entrevista: *Nunca se sabe qué encontrará uno tras una puerta. Quizás en eso consiste la vida: en girar pomos.*

QUIA IPSE MECUM NON POSSUM



Salimos cuando el sol despuntaba en el horizonte tras un típico desayuno de huevos fritos con salchichas frankfurt y una especie de pan duro sin fermentar, que nunca supe si era un plato autóctono o lo ofrecían al turista como almuerzo intercontinental. Aquel éxodo nómada supuso un cambio drástico en mis hábitos alimenticios, aprendí a comer por necesidad y sin hacerle ascos a nada.

Pensé en todos los programas de restauración donde el chef señalaba la mugre avergonzado a los cocineros, las estrictas leyes sanitarias en cuanto a higiene y las normativas sobre almacenamiento en frío y caducidad de los productos perecederos, que por aquellos lares o no se contemplaban o pasaban desapercibidas por las autoridades.

Allí, los peregrinos zarpeábamos la comida que nos servían y continuábamos el camino.

Viajar en moto te hace recuperar la parcela de libertad arrebatada por las rutinas. Apreciaba el aire directo contra el cuerpo contemplando cultivos y

llanuras sintiéndome capaz de captar el entorno con más realismo, incluso crudeza, ya que el país se hallaba dividido de norte a sur por la inexpugnable cordillera del Pamir, cuyo perfil es tan bello como amedrentador.

Salva conducía con prudencia y seguridad por una vía donde el índice de accidentes se considera endémico. Como medida de retención, de tanto en tanto, nos cruzábamos con la silueta de un policía al lado de su patrulla en cartón piedra por impresionar a errabundos como nosotros. Los conductores de camiones que circulan reventando el maltrecho firme ni debían distinguirlos.

Asustaba ver aquellas moles iniciando maniobras de adelantamiento sin contemplaciones mientras trazábamos las curvas sin guardarraíl, franqueados por la visión atrayente del fondo del despeñadero. ¿Cuántos expedicionarios formarían parte de aquel macizo? Lo mejor era no pensar.

Durante el trayecto, Salva iba preparándome mentalmente para cruzar el túnel de Anzob, considerado el más peligroso del mundo. No disponía de alumbrado ni ventilación, y en algunos trechos ni de asfalto. Por lo que sabíamos, la empresa iraní que inició las obras lo había dejado sin acabar y la precaria hacienda del país no disponía de capacidad económica para asumir el gasto de acondicionarlo, a pesar de ser la única manera de llegar a Dusambé sin pisar suelo uzbeko de nuevo.

Ver la bandera de Tayikistán e Irán hermanadas en el pórtico, aún añadía un plus de inseguridad.

Entré con tal sugestión, que las bombillas colocadas en el techo le dieron un respiro al pánico, en cambio, las emisiones de los escapes de los vehículos pesados incumpliendo cualquier protocolo medioambiental, densificaron al minuto el aire, convirtiendo las bocanadas oleosas en un reto para nuestros alveolos intentando separar el monóxido del oxígeno. Adoptamos todas las precauciones luminiscentes para ser percibidos por el resto de los usuarios más habituados a cruzar por allí, y la claustrofobia unida al miedo de no ver la luz al final de aquellos malditos cinco kilómetros de tinieblas, nos mantuvo callados o tosiendo.

Todo empeoró cuando los paupérrimos focos grasientos de haz amarillo desaparecieron. Continuar trazando la vía se complicó hasta lo indescriptible, y, por si la falta de iluminación no era suficiente hándicap, el maltrecho asfalto se tornó grava y los márgenes inundados con las filtraciones de agua de las laderas a los neumáticos en patines, recrudesciendo la sensación de asfixia e

inseguridad.

Me repetía que simplemente eran cinco malditos kilómetros. Cinco mil metros donde pude ver representada de manera gráfica y palmaria la elasticidad del espacio-tiempo.

Cuando por fin conseguimos llegar al otro lado, paramos. Apremiaba sacarse el casco, respirar profundo mil veces, beber agua y escupir para eliminar la sensación grasienta de la garganta. El miedo también. A pesar de no ser el único túnel que deberíamos sortear antes de llegar al destino de la jornada. Todos decrépitos, medio derruidos y ninguno seguro.

Era un lugar de contrastes, la belleza y el peligro mantenían una comunión tan equilibrada a confusa, marcada por los precipicios sin protección y los rebaños pastando sin apuros.

Kilómetro a kilómetro fuimos alcanzando el primer destino importante de nuestra ruta, Dusambé.

Si algo quedará en la retina de cualquier viajero al entrar es esa ciudad, son sus imponentes edificios oficiales iluminados de azul. Al llegar entrada la noche aun tomaban más brillo.

Debíamos hospedarnos en un hotel con un mínimo de comodidades, ya que al día siguiente visitaríamos el laboratorio de la ciudad con el que mantenía contactos Coral, simulando ser representantes de la misma fundación polaca, y nadie nos tomaría en serio de solicitar atención apestando a patatas podridas.

Otra correría que finalizó con nuestros cuerpos desmadejados sobre la cama, acusando un cansancio atroz, pero con la grata sensación de haber exprimido al máximo cada minuto.

—Chavalita...

—Déjame —ronroneé ronca. Aún mis huesos se resentían de la tensión del día anterior.

—Remolona..., despierta.

—Estoy descuajeringada, me duelen los muslos de apretar las piernas al asiento.

—Oh... muslos...

—¡Salva! —¡Qué ser más primitivo!

—No me provoques.

—¿Han traído la ropa de la lavandería? —La forma inteligente para evitar el sexo era hacerse la desentendida, mis músculos acusaban demasiado cansancio aún.

—Sí, tenemos los disfraces planchados.

—No sé cómo me presto a esto, nosotros deberíamos ser un par de aventureros insensatos, no investigadores de pacotilla.

—Somos investigadores aventureros.

—No, cielo... —entoné burlona—, tú eres guardia civil de tráfico y yo pediatra.

—Aquí podemos ser lo que nos dé la gana, incluso embajadores...

—Un policía saltándose las leyes... ¡qué vergüenza!

—Es como afirmar que un psiquiatra no puede estar loco.

Con manifiesta apatía salí de entre las sábanas. Por un lado, la curiosidad me empujaba a conocer cuanto rodeaba al dolo genético cometido a tantos kilómetros de allí, por otro me asustaba ser descubiertos, que nos retuvieran o cosas peores.

Bien es cierto que, incluso siendo un lugar donde de vez en cuando se cometían masacres en nombre de la patria —o por no sentirse parte de ella—, lo más representativo era la hospitalidad de sus habitantes, hurgar en intrigas de las cuales sabíamos una tercera parte resultaba arriesgado. Con todo y esas, ahí estaba, dejando a un lado las prendas combinadas de corduras con Kevlar por otras ejecutivas.

Suspiré de gozo admirando a Thor, era de esos tipos de porte agraciado que incluso con ropa ridícula marcaba estilo. Si ya lo consideraba un portento de la naturaleza con atuendo deportivo, en traje de chaqueta se merecía dedicarle

un repaso integral con el ánimo de desnudarle.

—Jo, Salva...

—Lo sé, chavala, lo sé. —Elevó un par de veces la ceja, presumiendo de sí mismo.

—Estás bien, pero me atraes más con el uniforme de trabajo —le repliqué por creído.

—Yo te prefiero sin ropa, o con aquel conjunto de mujer fatal... tan morado...

—¡Salva!

—Me encanta ese gritito de censura... —Tomándome de la cintura mordió seguido mi cuello, con la intensidad medida para provocar un escalofrío.

—Ayer no te regañé nada de nada. Ni un poquito. —Arrugó el entrecejo por evocar algún resoplido, que seguro le hice, pero ninguno recordaba.

—Fue un día muy intenso.

—Hoy podría ser incluso peor.

—Déjame que hable yo.

—¿Tú? —Rompí a reír— ¿En inglés?

—¿Qué le pasa a mi inglés?

—Que no es inglés.

—¿Perdona? —Alzó la cara con gesto sorprendido—. Me expreso sin dificultad.

—Dificultad la del resto para entenderte.

—Me está ofendiendo, doctora.

—A ver, actuemos con coherencia, si somos delegados internacionales de una fundación tan importante, debemos de tener cierta fluidez y conocimientos sobre lo que ofrecemos.

—La idea es intentar encontrar un nexo con las muestras de semen. Es el laboratorio más importante en esta parte de Asia.

—Legal. Furtivos pueden existir cientos.

—A ver qué nos cuentan.

—A ver si nos atienden —rezongué.

Llegar a la sede en la moto alquilada con más tierra que en un sembrado no habría sido una idea brillante, y creyéndonos avisados solicitamos un taxi en el hotel. Nos dejó a las puertas de un edificio acristalado y elegante que desentonaba entre los adyacentes, bastante toscos y descuidados.

Al salir del vehículo fue imposible planchar las arruguitas de la ropa con las manos, mi traje era demasiado claro y mis palmas sudaban.

Pulsamos el interfono. Una voz amable en tayiko —supuse— nos saludó, y sin certeza real me atreví a responder.

—Buenos días. Somos representantes de Fittko & Fry Wspólpraca —informé en un perfecto inglés que ningún británico utilizaba. La parte en polaco, ni sé si estaba bien pronunciada.

—¿Tienen programada la visita?

—En realidad es una toma de contacto comercial.

—Un segundo, por favor.

Allí estábamos los dos, esperando la descarga que desbloqueara la verja o una elegante patada en el pompis en forma de: «Están reunidos y no pueden atenderles, les agradecería solicitaran cita previa».

—Deben de haber metido «el segundo» en el estirador de caramelo de Willy Wonka.

—Salva, venimos sin avisar y dudo que tengamos pinta de embajadores polacos.

—Me pica el cuello, esto de llevar corbata es incómodo hasta el suicidio.

—Pues imagínate si encima tuvieras que llevar bata. Estás demasiado bien acostumbrado.

—¿Perdona? Nosotros en los controles debemos de llevar chaleco antibalas ¿imaginas lo que pesa?

—Entonces no te quejes tanto por la corbata.

Sonó el chisporroteo abriéndonos la verja y pasamos con un aplomo ficticio. Ya en el vestíbulo una mujer muy joven, morena con una sonrisa encantadora se aproximó a nosotros.

—Disculpen la demora. Acompañeme, la responsable del departamento comercial les atenderá por video conferencia.

—Oh, de acuerdo —titubeé, me parecía algo frío, sin embargo, que se tomara la molestia en lugar de solícito me resultó inquietante.

—Esperen en esta sala, por favor.

Extendiendo con amabilidad el brazo nos invitó a pasar a una estancia anodina con la pinta de sala de interrogatorios de las películas policiacas.

Tomamos asiento tras una mesa sencilla y blanca, frente a una pantalla de unas sesenta pulgadas.

—¿Puedes estarte quieto? Pareces frenopático —farfullé para que cesara con el traqueteo de la pierna.

—No me gusta este cuarto.

—Deberías estar acostumbrado.

—¿Por qué?

—Recuerdas, eres poli.

—Guardia Civil de Tráfico, Paula.

—Estamos aquí por tu insistencia, así que cálmate, debes de haberte encontrado en situaciones más complicadas.

—Sin armas, no.

De súbito se encendió la pantalla y un instante después la imagen me dejó petrificada.

—¿Tània?

—¡No es posible!

—¿Os conocéis? —musitó Salva la obviedad.

—¿Pero? ¿Tú no trabajabas para laboratorios Sangreal?

—¿Y tú no eras pediatra? —Movié las pupilas no reconociendo a Nico en Salvador.

—Sigo ejerciendo. Te presento a Salva, mi chico.

—Un placer, Tània.

—Es mutuo —afirmaba con el mismo grado de cortesía al de azoramiento — ¡Ostras, estoy muy confundida! ¿Qué haces en Dusambé?

—La antigua ruta de la seda ¿no pasaba por aquí? —bromeé.

—Me despista más desconocer qué tratos tenéis con esa fundación que decís representar.

Suspiré girando el rostro hacia Salva. Por un lado, era tranquilizador estar dentro de una delegación Sangreal, mi ex consideraba la gestión de aquella firma prototipo de transparencia y seriedad, no obstante ¿podía confiar en ellos? ¿Estarían implicados o serían damnificados en las estafas descubiertas?

Yo conocí a Tània en el servicio de urgencias, su pequeña ingresó con una neumonía y una vez superó la enfermedad, me pidió que continuara realizando los controles pediátricos. Entablamos cierta amistad y gracias a eso Nico mantenía la exclusividad de una línea cosmética francesa muy cotizada.

Sin embargo, con los varapalos que me habían ido dando por incauta, la duda era razonable.

Salva debió de presentir mi lucha interna y quiso mostrarme su apoyo incondicional estrechando mis manos nerviosas entrelazadas sobre el regazo por controlar el tembleque.

Inspiré en profundidad y decidí sincerarme.

—Nos hemos hecho pasar por dignatarios de la fundación para que nos dejarais pasar. Estas credenciales son falsas.

—Lo sé. Nuestro servicio de seguridad destapó el fraude hace unos meses. La fundación ha desaparecido, aunque la realidad es que nunca estuvo registrada.

—¿Cómo? —preguntamos al unísono.

—Sí, recibían aportaciones de diferentes inversores a los que mantuvieron engañados con promesas de productos muy rentables pero inexistentes en verdad.

—De eso tengo constancia, mi ex fue uno de los perjudicados.

—¿Llegaron a proponeros el negocio? —inquirió Salva.

—Los antiguos propietarios de este laboratorio tuvieron tratos con ellos. Tras la absorción nos invitaron a continuar con cierta... insistencia.

—¿Os extorsionaban?

—Lo intentaron, pero después de denunciar el acoso como posible conflicto gubernamental se relajó la situación.

—¿Guerra bacteriológica? —imposible disimular el desasosiego en la pregunta.

—Lo desconocemos, impera la ley del silencio. Hemos podido averiguar que el laboratorio les procuraba herramientas, sueros y compuestos que sin licencia no podrían obtener. —De nuevo su mirada inquisitiva buscaba conocer los motivos reales de nuestra visita—. Sigo sin comprender qué haces aquí.

—Estoy ejerciendo en un municipio donde ningún niño menor de seis años es celiaco, pero sufren hipersensibilidad a la fenitiocarbamida y son capaces

de oler el ácido cianhídrico.

—Ahí me pierdo...

—No enferman como cualquier otro pequeño, en cambio, sufren choques anafilácticos por comer pomelo o espinacas.

—¿Y dónde encaja esta sede?

—En la consulta, el pediatra anterior tenía una reserva de semen que provenía de esta zona —apuntó Salva apoyando mi decisión de ser honesta.

—Sabemos que han estado inseminando sin permiso a las mujeres de, como mínimo, tres poblaciones pertenecientes a la comarca y un pequeño de una pedanía murió debido a la ingesta de castañas sin ser alérgico a los frutos secos.

—¿¡Cómo!?

—Paula está pendiente de recibir los resultados de ADN para entregárselos a sanidad.

—Sé que de no aportar pruebas se reirán de mí.

—Desde luego la verdad no es para escépticos —aseguró Tània mostrando estupor incluso en la distancia.

—Para algunos implicados solo ha sido un negocio lucrativo, pero tengo el pálpito de que se controla el censo de nacimientos con otra finalidad.

—¿Y os presentáis pidiendo explicaciones sin saber qué os podéis encontrar? —Otra opinando que estábamos tarados.

—La idea inicial pasaba por obtener un documento que vinculara la asociación polaca con el laboratorio que suministraba el esperma al pediatra —excusé así el ansia aventurera de Salva.

—Nuestro servicio de seguridad está colaborando con las autoridades, por eso no se ha desmantelado aún el edificio. No queremos que nuestra firma se relacione con nada turbio, y vosotros —nos señaló a ambos con el índice—, no deberíais inmiscuirlos, es peligroso.

—Tienes razón —admitió Salva con seriedad y aplomo—. Disfrutaremos del resto del viaje apartándonos de situaciones peliagudas.

—Es un país maravilloso, aprovechad y llevaos un recuerdo de un lugar mejor de lo que explican en los noticiarios alarmistas —moduló el tono de entusiasta a consternado—. No os involucrés en conflictos que nada va con vosotros.

—Hay muchas familias afectadas, Tania. —A mí no me apetecía

especialmente dedicar una semana a vivir a lo Indiana Jones, además era médica de origen, mas ¿cómo iba a enfrentarme al momento de hablar con los padres sin ofrecer respuestas?

—Pondré en antecedentes al jefe de seguridad para que enlace su investigación con cuanto sucede en vuestra comarca. Pasad a la vuelta por mi casa y os informaré sobre qué pasos a seguir.

—Te lo agradezco, Tània, estábamos en un callejón sin salida y en parte me considero responsable subsidiaria.

—¿Por qué? —Salva giró el cuello extrañado, sin entender cómo podía atribuirme una culpa que no me correspondía.

—Imagina cómo te sentirías al descubrir que un compañero vende drogas y lo silencias.

—Paula con vuestra ayuda estoy convencida de que se podrá cerrar el círculo. En un par de semanas nos vemos, ¿de acuerdo?

Tras las despedidas regresamos al hotel, reconozco que yo taciturna apocada con los acontecimientos, con las casualidades.

¿Cuánta gente conoces durante la vida? Y de esa, ¿cuánta consideras importante?

Yo, a Tània, nunca la sentí amiga, mas bien, conocida agradable y madre angustiada ante una enfermedad, si no común, habitual en los niños, que ayudando a Nico deseó demostrarme su gratitud.

Pues bien, decide la divina providencia truncar el intento furtivo de sondeo sobre un delito que implicaba demasiadas fronteras, algunas de ellas sin derechos humanitarios y otras de alma belicosa, apareciendo ella a modo de ángel custodio, que preocupada por nuestra seguridad, se comprometía a cooperar y darle solución a la trama, evitándonos sustos mayores de persistir con las pesquisas sin tener idea de con quién nos careábamos.

Reparé en la paradoja surrealista de lo que para mí suponía la amistad, otorgándole el título a una mujer sin escrúpulos y arrellanando a otra de una calidad humana encomiable.

Salva, más atento y realista a los peligros que podían acontecer, decidió por los dos, determinando continuar nuestro éxodo sin más ambición que disfrutar de unas vacaciones atrevidas, diferentes, durmiendo en guest houses^[12] y hostales sin acondicionar, probando la comida que nos ofrecían y maravillándonos de una naturaleza tan hermosa a inclemente.

No sé si estaba muy convencida de abandonar nuestra empresa inicial, a

pesar de no tener la menor idea de cómo lograr un dato guía y creo que fue en ese instante cuando comprendí cuánto me asustaba darle carpetazo a todo el misterio.

Las indagaciones y la búsqueda de respuestas me convirtieron en una mujer decidida, enérgica y resolutiva, y de no encontrar objetivos para mantener mi nuevo yo temía verme como era antes.

El secreto de Albricias fue esa hebra suelta en una prenda que se está descosiendo. Tu instinto sugiere: «no tires», pero divierte hacerlo mientras piensas «no debería seguir estirando».

Las contradicciones me apocaron y Salva luchaba por evitarlo con su ánimo insolente y sus chistes de telón.

—Nos queda la parte más interesante de la Pamir Highway. *Are you ready?*

—¿De veras que vamos a dejarlo correr? —protesté desvistiéndome.

—Ya has escuchado a Tània, ni las denuncias garantizan mantenerse libres de chantajes. ¿Qué seguridad tenemos nosotros? Estamos aislados, Paula, no disponemos de medios ni para informar de nuestra ubicación.

—Cuando programamos el viaje ya contábamos con inconvenientes, ¿te arrepientes ahora?

—¡No, chavalita! ¡En absoluto! —Se sentó junto a mí en la cama mientras me ataba las deportivas—. Compartir contigo este viaje está siendo una experiencia emocionante. Ambicionaba conocer lugares extremos desde niño, vivir esta ilusión a tu lado la convierte en inmejorable.

—Pero teníamos otros objetivos...

—No podemos dar coces contra el agujón. Aquí estamos desamparados, y esto se ha convertido en una causa perdida.

—¿Y no son las causas perdidas por las que merece luchar?

—Desde aquí, incomunicados, no. —Suspiré resignada—. Tània se ha comprometido en ayudarnos, confío en su palabra. Va, Paula, conozcamos hoy esta ciudad y mañana retomaremos la ruta.

—La mitad de algo maravilloso, no cambia la maravilla.

Después de un rato de merecida pasión determinamos recorrer las calles además de acondicionar la moto para la parte del camino que restaba.

Cuando decides pasar las vacaciones en un paraíso tropical, lo más complicado a lo que te expones es a preparar el equipaje. Cargas las maletas con decenas de «por si acaso», que jamás utilizas y de precisarlos resultaría más agudo comprarlos en destino.

Nosotros, alejados del consumismo radical donde podías adquirir cualquier antojo desde la pantalla de los teléfonos inteligentes, decidimos privarnos de excesos tan necesarios a prescindibles, y tomada esa resolución preparamos una valija con nuestros trajes, zapatos y enseres de aseo que entregamos al recepcionista del hotel con la esperanza de encontrarlos en la estafeta de correos a la vuelta, tampoco nos iba a quitar el sueño su destino, allí, cuando caías sobre la cama no había preocupación suficientemente intensa que sustituyera al cansancio.

Estructuramos el resto de la expedición con la idea de acercarnos sin prisas, pero sin pausas al punto más alto de la cordillera siguiendo el itinerario circular originario, que de iniciar al contrario, aparte de padecer la pesadilla burocrática atravesando las aduanas en más ocasiones, sufriríamos de mal de altura al no haber aclimatado nuestros organismos de manera gradual.

Hicimos noche en Kalaikun hospedados en un hostel junto al río cuyo gorgoteo estuvo arrullando el descanso. Resultaba curioso lo agradable y tranquilizador que era el son enérgico de los saltos de agua y lo molesto del ruido de la cisterna del inodoro perdiendo presión.

Y una mañana más seguimos la ruta de los Pamires, trazando la M41 ya sin asfalto, en unas condiciones pésimas a las que debíamos de sumar el frío, capaz de traspasar las prendas de abrigo que en previsión nos guarnecían.

Había veneros de agua que manaban con la pereza fascinadora del flujo laminar, y a riesgo de perder los dedos congelados, ese residuo de sugestión infantil ante lo extraordinario tentaba a romper el caño por contemplar seguido cómo se recuperaba la caída.

Bordeábamos el río Panj, frontera natural entre tayikos y afganos, la forma que el imperio ruso y el británico se repartieron el territorio en la época del gran juego. Eran discordantes los contrastes visuales, donde en Afganistán el

verde de sus praderas chispeaba de manera atrayente, mientras que en Tayikistán un cantizal de collados acres y peñascosos representaba el sinnúmero de apreturas con las que sus pobladores convivían de sol a sol.

Sin embargo, en aquel lado del río, los derechos civiles existían para ambos sexos, las mujeres iban descubiertas, las niñas caminaban divertidas jugueteando con sus compañeros hacia la escuela, era un país de carencias anhelando progreso.

Las bellísimas y prósperas laderas de enfrente eran el espectacular escenario de un estado fallido.

Detuvimos la marcha en el centro de ninguna parte junto a un remanso del río.

—¿Cómo estás, chavalita?

—Alucinando con la postal, y hambrienta.

—Creo que es el lugar idóneo para pasar la noche. —Le observé por descubrir si aquella soberana estulticia formaba parte de sus tontunas habituales.

—¿Estás de broma? —pregunté al no hallar signos de ironía.

—No podemos conducir de noche hasta la aldea más próxima, es un suicidio.

—¿Y lo dices pensando dormir al raso frente a Afganistán?

—He sido previsor —aseguró con una absurda sonrisa triunfal dibujada en su cara clamando por un puñetazo—, traigo una tienda de campaña.

—¡Traigo una tienda de campaña! —prorrumpí en tonillo de burla ofensiva—. ¿Es antibalas?

—En serio, Paula ¿dónde ves el peligro?

—¡En todo, Salva! Mira a tu alrededor, nos separa el caudal del río de un país gobernado por los talibanes.

—Exagerada, dominan la zona sur fronteriza con Pakistán. Nosotros nos encontramos en el lado opuesto, más cerca de Kabul...

—¿Y el frío? ¿Has pensado en eso? Aquí el clima es impredecible, puede montarse una ventisca de nieve y hielo en cuestión de minutos.

—También traigo sacos de dormir, doctora.

—¡No, Salva! No pienso exponerme a insectos desconocidos.

—¿Qué bichos querrían vivir en este pasto mullido, intranquilos con el silbido de las balas?

—¡Levantas dolor de cabeza a las aspirinas! —En un gesto de inconformismo de lo más inútil crucé los brazos bajo el pecho—. Haz el favor de arrancar y busquemos un sitio seguro, porque desde luego, aquí, no voy a pasar la noche.

—Es infinitamente más arriesgado conducir una vez se oculte el sol. Como yo soy el responsable del vehículo, yo decido dónde acampamos.

—¡A mí con exigencias! ¡Ja, Salva! ¡Ja!

Dando patadas a las piedras comencé a caminar sin la menor idea de a dónde ir, la mezcla de furia e impotencia me tenían barbullando exabruptos e incoherencias tales como: «¿Quién me mandaría venir hasta aquí?», cuando la única responsable era yo y mentiría de afirmar que no lo estaba disfrutando, a excepción de momentos incomprensibles como aquel.

—¡No pienso ir a buscarte, Paula! ¡No es mi estilo!

—¡A cagar, Salva! ¡Puedes irte a cagar! —Y no le levanté el dedo corazón por no tener costumbre.

Continué paralelo a la carretera con la angustia de la pataleta y el coraje al reconocer que debería de regresar con las orejas gachas, tragándome el orgullo y por darle un poco más de empaque a la irritación, durmiendo bien pegados para soportar el descenso de las temperaturas nocturnas.

Entendí porqué uno no podía morir solo con desearlo, la humanidad desaparecería de verse envuelta en situaciones abochornantes como la mía.

Y continué caminando.

—¡Paula! —lo peor que puede hacerle un hombre a una mujer enfadada consigo misma es nombrarla gritando, ahí se despierta ese instinto homicida rupestre que suele mantenerse en reposo unos veintiocho días al mes.

—¿A qué vienes? No es tu estilo... Hala, regresa a tu retiro nómada... — Esa era yo, hablando como aquello que despreciaba.

—¡No te comportes como una chiquilla consentida! ¡Qué manera de complicarlo todo!

—¡Es que soy una mujer complicada! —Y absurda, lo estaba demostrando.

—¡Uy! ¡Disculpe usted! ¡Teoría de Categorías, álgebra homológica, último teorema de Fermat... Electrodinámica cuántica!

En un primer momento iba a contestar, pero ¿cómo? Me había puesto el listón muy alto. ¿Cuál fue la reacción? Romper a carcajadas.

Estaba a miles de kilómetros de mi casa, vagabundeando entre andurriales

con historias recientes sangrientas y despiadadas, sintiéndome tan hambrienta como cansada, desternillada de la risa ante la paranoia de verme envuelta en una situación extravagante en su máxima expresión.

—¡Ay, Salva! Me desquicias. Todo para ti siempre es tan simple...

—Si no lo analizaras todo bajo el prisma del miedo, te costaría menos encontrar las soluciones sencillas.

Iba a darle la razón descendiendo de mi poyete de dignidad cuando me pareció ver un edificio algo oculto entre árboles blanquecinos por el polvo de la carretera.

—¿Aquello no es una casa?

—Sí, eso parece. Espérame aquí, voy a buscar la moto.

—¿Y si está abandonada o llena de ratas?

—Paula, escoge.

—Vale, vale... ve a por la moto.

Gracias a mi berrinche dimos con un hostel regentado por una pareja joven con sus dos hijos de corta edad. Antes incluso de saludar, me pregunté si aquellas criaturas irían a la escuela, y suponiendo que sí, me escalofrié por el riesgo al que se exponían.

En el albergue no había un alfiler, sin embargo, la mujer derrochando hospitalidad nos invitó a pasar.

Iba a ser del todo improbable que hubiera un hueco donde estirarnos, en previsión a una noche gélida, hasta los más aguerridos viajeros pospusieron su peregrinaje hasta ver si amanecía despejado o con un tiempo menos riguroso.

Tampoco disponía de calefacción central y el hogar de leña se hallaba en la cocina, que podría ser el lugar más amplio de toda la casa, aunque allí, hacinados como piojos en costura el espacio parecía contraerse.

Algo a lo que te acabas acostumbrando cuando coincides con muchos trotamundos, es al olor a pies. La primera bofetada pestilente es inevitable, pero no llegando al minuto forma parte del ambiente y dejas de percibirlo. Allí, quien más quien menos hacía días que no pasaba por la ducha, probablemente nosotros éramos los menos hediondos, sin sudor añejo todavía.

Entre gestos y signos, usando las palabras esenciales recién aprendidas en tayiko, le solicitamos asilo, y viendo lo complicado de encontrar un hueco le comentamos la posibilidad de instalar la tienda en su patio.

Se negaron en rotundo a que nos quedáramos a la intemperie y

reorganizaron a los huéspedes para refugiarnos a pesar de las apreturas. Creo que el refrán: «donde comen dos, comen tres», tenía su origen en aquellas tierras. No les importaba si el domicilio tenía sesenta metros, buscarían la manera de acoger a veinte personas, ni que en su despensa no hubiera provisiones para cuatro, para el prójimo siempre tendrían té, pan y plov^[13] para compartir.

Y claro, ese espíritu de dádiva se contagiaba al resto, hermanándonos sin importar nacionalidades ni credos ni estatus, convirtiendo la risa y la dicha en el idioma universal.

Nos acomodaron en una habitación con otra pareja de motoristas, dos chicos noruegos con muchos kilómetros recorridos y el mismo número de jácaras a referir, que tal se introdujeron en el saco cambiaron al plano onírico.

A nosotros nos costó hallar la postura de gusano con la que conciliar el sueño, y cuando por fin el organismo entendió que era esa o ninguna y la conciencia comenzaba a aletargarse, uno de los huéspedes con la suerte de tener dormitorio con puerta, salió arrasando con todo a su paso.

Envueltos de tolerancia y paciencia, no le llamamos la atención por el desaguisado, sin embargo, la resignación dio lugar a la hostilidad al iniciarse las idas y venidas continuas, y con ellas, pisotones asociados a ruidos constantes.

—Me estoy arrepintiendo de no haber montado la tienda de campaña.

—Paula, no pienso instalarla ahora.

—Este tipo debe de tener la próstata destrozada de tanta bici. ¿Cuántas veces ha salido de la habitación?

—Ni idea, aunque en dos ocasiones se ha tropezado con mis pies.

—Y con las botas, las mochilas y todo bulto que ha encontrado.

—Creo que es un voyeur con ansiedad por encontrarnos haciéndonos cariñitos.

—Ha de estar muy enfermo si piensa que, en un saco de ochenta centímetros, metidos en otro de la misma medida, con todas las prendas de abrigo encima, sobre un jergón de diez centímetros de grosor, alguien puede entonarse o moverse.

—Yo podría intentar meter los dedos por debajo del pantalón y encontrar...

—Incluso con la dificultad motriz por la falta de espacio, conseguí sacudirle en la mano intrusa.

—Una hostia, Salva. La que no te di antes en el río.

—Lo más agresivo de este viaje, con diferencia, tú. Voy a buscar una lámpara como la de Aladino para que metas ese genio histérico que tienes — afirmaba riendo, sin demasiada contención, aunque acallado.

—No ha tenido gracia.

—Sabes que sí, pero no vas a admitirlo por arrogante.

—Salva, cada vez te veo menos Thor y más Chapulín Colorado.

—Shu... que regresa.

El tipo hizo por sortear nuestro equipaje, pero de nuevo chocó con el calzado y una cómoda desvencijada organizando tremendo alboroto. Los huéspedes del resto de estancias, también hartos de escandaleras, se quejaron cada cual en su lengua. Salva y yo, contuvimos las carcajadas escondiendo la cabeza dentro del saco.

—Podemos encerrarlo pasando un cinturón entre el asa de la puerta y el pasador del marco.

—¿Eso no se considera detención ilegal? —advertí entre susurros divertidos.

—Técnicamente también lo es cerrar un frasco de miel con una mosca dentro y nadie lo denuncia.

—Te secundaría, pero me veo incapaz de salir del saco.

—Unas horas más y nos fundiremos en uno, tengo hasta calor.

—Eso es por culpa de la risa.

—También.

—Mañana no seremos capaces de abrir los ojos.

—Si es que conseguimos cerrarlos.

Y aún creyéndolo imposible, nos invadió el sueño.

No hubo ronquido, ni bufido ni sonido estridente que pudiera desvelarnos, era tal el cansancio que de bostezar sería durmiendo.

Durante aquellas vacaciones me apropié de la máxima de Salvatore Rosa, quien aseguraba que: *Quien iba con hambre a la mesa y exhausto a la cama, no precisaba manjares selectos ni colchón de pluma.*

PALMAN QUI MERUIT FERAT



Un par de días más tarde continuábamos en la carretera. A partir de Korok el río dejó de acompañarnos y las inmensas moles aserradas ocuparon su lugar obsequiándonos con sus indescritibles perfiles de crestas y glaciales.

Aunque nuestros organismos se habían aclimatado progresivamente a los cuatro mil metros de altura, la falta de oxígeno nos agotaba más de lo habitual, sin embargo, detenernos era incluso peor, suponía retrasar la llegada al siguiente punto sin tiempo suficiente para encontrar alojamiento.

Nos dirigíamos a Murghab, un poblado conocido por la base militar rusa que estuvo operando hasta la disolución de la URSS y contaba hasta con un aeropuerto. Eso nos hizo imaginárnoslo con ciertas comodidades sencillas que se tradujeron en decepción al no superar nuestras expectativas de andariego fatigados.

En cualquier gajo del planeta existen leyendas sobre los pueblos fantasma, territorios abandonados donde la vegetación recupera el espacio robado por el hormigón. Aquel lugar, a pesar de no estar deshabitado, transmitía desamparo; incluso resistiéndose a desaparecer azotado por ventiscas y olvidos. Se

mantenía estático, ripio, a la espera del milagro con el que recuperar el esplendor de antaño.

Los hierbajos brotaban con el propósito de agrietar las paredes arruinando las ya maltratadas construcciones, para perder poco después la batalla y quedar su esqueleto a modo de residuo testimonial de su intento baldío por ofrecer una brizna de belleza a tanta desolación.

Comparar aquel patatal formado por chabolas y contenedores de barcos, ejemplificando la miseria más sobrecogedora con cualquiera de los rincones visitados hasta el momento, no tenía caso, a pesar de ser un magnífico escenario para una secuela de Mad Max.

Me provocaba una tristeza inusual contemplar aquel asentamiento cautivo en una gloria efímera, cuyos pobladores se podían confundir con espectros que sonreían al forastero identificándolo con billetes.

Y en eso también se diferenciaban del resto de parajes y aldeas por donde habíamos pasado. Fueron los pamires que más en cuenta tenían el dinero y menos la hospitalidad de las regiones pisadas.

Nos sorprendió que nadie nos ofreciera alojamiento ni nos señalara una casa de huéspedes o un albergue, por suerte, debían de existir más tarados como nosotros con el concepto de disfrutar sufriendo y entre aquel perfil de casas bajas y postes del tendido eléctrico, se regentaba un hotel, donde nos registramos confiándoles nuestras pertenencias ya que debíamos esperar una hora para poder ocupar la habitación.

Quisimos aprovechar ese tiempo en pasear entre las runas, aseguraban las guías viajeras que el censo constaba de unos tres mil quinientos habitantes, nosotros a lo sumo nos cruzamos con diez.

Caminábamos distraídos o sugestionados con la visión de cuanto nos rodeaba, cuando reparé en la forma de andar de una mujer en la lejanía, no llevaba pañuelo ni el atuendo típico de la zona, no difería de cómo deberíamos vernos los turistas a ojos de los autóctonos, en cambio, me resultaba hipnótica la singular oscilación de su trasero, epicúrea para quien no reconociera en el contoneo la manera elegante de enmascarar una cojera.

El cerebro es un órgano perfecto, siempre alerta aun renegando de sus facultades. Tendemos a valorar a la ingeniería robótica por logros mecánicos que jamás podrán igualar las peculiaridades de nuestra mente. Las máquinas no disponen de inteligencia emocional, apurando, motora. Sus sistemas son programados usando complejos procedimientos matemáticos, insertándoles

una gnosis artificial basada en las propiedades más evidentes de nuestra propia conciencia, pero para controlar el instinto que me había llevado a observar el balanceo sensual de una persona alejada unos treinta metros de mí, asociándola a su identidad, la dinámica cibernética se quedaba corta.

De un tirón seco escondí a Salva tras los muros del edificio por donde pasábamos. La estupefacción vació de aire los pulmones y los segundos sucesivos fueron eternos probando a recalibrar la masa gris y restablecer el resto de la actividad orgánica mínima ligada a la costumbre de vivir.

—¿Qué sucede? —alejando cualquier nota irónica de la cuestión, inquirió más preocupado a confuso.

—Acabo de ver a Coral.

—¿Estás segura?

—Completamente. Ha cambiado el peinado y el color del cabello, pero estoy convencida de que era ella.

—¿Tienes idea de si nos ha reconocido?

—La he visto de espaldas. —La perplejidad hizo que elevara una de las cejas—. Créeme, es ella.

—Voy a echar un vistazo.

—No, Salva... —Con pánico incapacitante le agarré con decisión del brazo—. ¿Y si sabe que estamos aquí? La última vez que hablamos seguía en Reikiavik.

—Esa ha pisado Islandia lo que yo el desierto de Atacama. —Conmigo sujeta a los laterales, se asomó con sigilo a la calle paralela—. ¿Es aquella?

—Sí —contesté sin mirar.

—Sigámosla.

—¡No! —el susurro exclamado demostraba el terror que padecía.

—Vale, espérame aquí. Vuelvo enseguida.

—¡¿Estás de broma?! Ni borracha me quedo aquí sola.

—Me expondré lo mínimo.

—¿Cómo? Aquí los foráneos no pasamos desapercibidos.

—Va, camina, la vamos a perder de vista.

Andábamos bajo las sombras proyectadas por las propias edificaciones, ocultándonos cutremente de miradas curiosas que pudieran alertarla. Se desplazaba con la certidumbre de conocer el destino, nosotros tras ellas sin analizar las posibles contingencias.

La marcha entre residencias aciagas acabó en un sendero donde predominaba el tono vital del pasto y desaparecía cualquier elemento con el que guarecernos o disimular, sin embargo, avanzábamos tan concentrados en sus pasos que ni reparamos en la posibilidad de necesitar cobijo.

La senda nos condujo hacia las montañas, allí el entorno era menos dramático, más parecido al Tayikistán que habíamos visitado y entre las rocas y la vegetación la perdimos de vista.

—¿Sabes por dónde se ha metido?

—Creo que ha cruzado entre los riscos.

—¿Nos asomamos?

—¿Y si tienen guardianes?

—Es una grieta en la piedra, no la cueva de los cuarenta ladrones, hasta se ve la luz del otro lado.

—No me trates de exagerada cuando esa tía debía de estar viendo las auroras boreales y no aquí, en medio de ninguna parte.

—Echemos una ojeada, por curiosidad.

—No me seduce la idea de pasar el Rubicón, Salva.

—*Alea jacta est*^[14] —resolvió evocando la famosa frase de Julio César antes de provocar la guerra civil en Roma.

Me sentía el ser con más contradicciones del mundo conocido. Si días atrás lo persuadía para indagar sobre los enigmas que nos habían llevado hasta allí, ahora con la oportunidad presentada en bandeja de plata perdí la disposición o la capacidad para arrostrar los riesgos de adversidades ciertas, no supuestas.

Salva tomó el relevo determinativo, él era poco dado a sopesar calamidades, y encabezando aquella incursión en lo desconocido inició la marcha.

Sin llegar a cruzar, un desfiladero de postal turística saturaba nuestras retinas de belleza natural, pero al traspasar el macizo horadado intuimos que debíamos regresar evitando el olisqueo si no deseábamos salir escaldados.

Fue un pensamiento mutuo o el presentimiento compartido de que nada bueno podía depararnos deambular entre las cúpulas geodésicas diseminadas por todo el valle. Así, sin mediar palabras, nos dimos la vuelta intranquillos para desandar los pasos que nos habían llevado hasta allí.

—Шумо кистед? —obviamente no entendimos nada, sin embargo, el fusil con el que nos apuntó expresaba contundente las intenciones.

—*Harashó.* —Salva en un intento de apaciguar los ánimos combativos del tipo, alzó las manos devolviendo un saludo a sabiendas de que no nos había saludado.

—Шумо кистед? —insistió. Nosotros continuábamos sin tener la menor idea de qué podía estar preguntando.

—Ман забонро намефа ҳ мам —que no entendía el idioma, era lo mejor que yo sabía decir en tayiko—. *Do you understand English?*

—Рафтор кунед^[15]!

Por como movió el arma persuadiéndonos a cruzar hacia el lado enemigo, di por supuesto que la única lengua que conocía, aparte de la materna, era la violencia.

Nos condujo apuntándonos a la espalda hacia aquel complejo de promontorios circulares cubiertos por vegetación con pinta de casa de los Teletubbies aunque sin ventanas.

Comencé a dudar de haber reconocido el balanceo de caderas de Coral. Por mucho dinero que obtuviera con el fraude ¿compensaba estar rodeada de individuos sin reparos a matar a otro? A quien se le endurece el alma víctima de opresiones, pierde la facultad de agitarse por remordimientos, lo único que nos humaniza, lo único que evitaría que el tipo apretara el gatillo.

Qué mansos nos vi a ambos guiados por el cañón del Kaláshnikov, introduciéndonos en un espacio desconocido que tuve la certeza sería nuestro sepulcro.

—*Stop!* —Obedecemos mientras pasaba por nuestro lado sin perder el contacto visual—. *Wall!* —supusimos que nos exigía que nos pegáramos a la pared—. *Face wall*^[16]!

—*He!* —negó en tayiko Salva.

—*Face! Wall!*

Y aún con la acústica del imperativo rebotando en el pasadizo, le asestó un culatazo en el mismo lado de la cabeza que semanas atrás había recibido un linternazo. Salva cayó de rodillas, aturdido.

—*Okey! Okey! Don't hurt us, please*^[17]... —supliqué con las manos en alto, deslizándome adherida a la pared hasta el suelo, desconociendo si él sabía más de inglés que yo de tayiko.

Abrió una puerta sin darnos la espalda mientras yo ayudaba a Salva a ponerse en pie sin separar mi cuerpo de aquel muro llamado a ser nuestro

paredón. Seguido, nos invitó a pasar con la boca del fusil, propinándonos tal empujón que caímos ambos, y nos encerró.

—¿Te encuentras bien? —Prometo que me esforcé en no mostrar síntomas de pánico en mi voz, sin embargo, el Señor jamás me llevó por el camino de la interpretación.

—Un poco mareado, debo de tener un imán para los golpes en ese lateral.

—¡Mierda, Salva, estás sangrando! Deja que vea la herida. —Palpé alrededor y el hueso estaba intacto, pero necesitaba puntos en el corte de media luna que el canto de la culata le había ocasionado—. He de limpiar la herida y coser... ¡Mierda!

—Dos mierdas, doctora... eso no es propio de usted.

—¿Bromas? ¿Piensas que es el momento más adecuado para tus gansadas?

—Empiezas a sulfurarte y eso tampoco es conveniente.

—¡¿Por qué te haré caso?! ¡¿Por qué haré caso de todo el mundo menos a mí misma?! —lamentarse en tiempo pasado, no deja de ser tiempo perdido, pero allí presos, sin tener la menor idea de cómo íbamos a escapar, me provocaba una angustia histérica incontrolable.

—Paula, —Se levantó presionando el lado golpeado, ignorando mi alteración. ¿Le habría afectado el leñazo al tímpano?—, creo que estos edificios están contruidos con la finalidad de pasar desapercibidos por los satélites.

—¡Podrías decirme algo que no imagine!

No había acabado de sonar mi timbre de alarma que la puerta se abrió sin darnos la oportunidad de discurrir una manera efectiva con la que defendernos.

Entraron simulando un vendaval dos hombres armados, con la piel de la cara reseca por el sol y el viento, que con ademanes nada amigables nos indicaron que retrocediéramos hasta unas sillas de plástico del otro lado de la sala.

Cuando nuestros traseros tomaron asiento, apareció la mujer que habíamos estado persiguiendo, y no, no me equivoqué relacionando el vaivén con su cojera.

Por cómo se abrieron sus párpados al reparar en mi presencia, comprendí que lo último que esperaba era encontrarme allí. Escasos segundos más tarde recuperó la inexpresividad en su rostro, y dudé que fuera ella en realidad. Coral podría disponer de muchas particularidades, pero jamás la tuve por

inalterable. Tampoco por malversadora, chantajista o embaucadora y ahí estaba, custodiada por tipos armados con cara de ir poco al baño.

—Hola, Paula... —No sonrió, no movió un músculo facial, no parecía tener vida.

—Hola —le devolví el saludo observándola con la repugnancia que se reserva a las cucarachas.

—¿Ese quién es? —ahí sí elevó una ceja y la comisura derecha del labio.

—Thor.

—He de reconocer que siempre te he subestimado, no soy buena etiquetando a la gente.

—Mira, qué casualidad, en eso coincidimos.

—Lo has tenido que joder todo, Paula —me culpó con apatía.

—¿Yo? Ostras, y eso que no he sido quien ha estado jugando a ser Freyja^[18].

—Solo debías de hacer de pediatra, nada más.

—¿Pasando por alto todo lo aprendido? ¿Todo cuanto prometí? Lo juraste, Coral, ¿lo recuerdas?, te comprometiste a respetar la autonomía y dignidad del paciente.

—Y las guardias sin descanso, ¿quién me las devuelve? Vi mi oportunidad y tú la jodiste.

—No te permitiré hacerme responsable de tus descalabros.

Se acercó de dos zancadas y me levanté de la silla, Salva también. Los dos esbirros con los fusiles ni se inmutaron, a la postre, ellos podían poner orden de dos disparos.

—Vivo en esta porquería de agujero por tu puñetera manía de figonear. — Al estar a tan corta distancia pude comprobar sus pupilas con detenimiento.

—Estás drogada.

—Hasta hace cuatro meses unos Manolo Blahnik destrozaban mis pies paseando por Saint-Tropez y ahora no puedo salir de estas malditas madrigueras. ¿Qué harías tú?

—Yo no me habría involucrado en algo así. —A pesar de estarlo y haber arrastrado a otro conmigo, aun reconociéndonos del lado de la justicia.

Entonces sin más excusas, Coral levantó la mano con la que me arreó un sopapo a palma extendida y ante tal arranque de violencia injustificada, Salva arremetió contra ella empujándola. Consiguió hacerla caer de nalgas, y

mientras uno de los sayones la ayudaba a ponerse derecha, el otro fue directo a cargar contra él.

Interpuse mi cuerpo cansado a modo de parapeto, con la esperanza de ser considerada un ser inferior debido a mi género, por evitar que descargara su ira o contra mí o contra Salva.

—Он х оро к атъ кунед ^[19]! —exclamó Coral. El tipo me apartó y tras sentar a Salva de un empujón, le amarró las manos a la espalda con una brida —. ба зан, шумо бояд ў ро кушед. Ў , мо онро истифода мебарем^[20].

Y tras la sentencia, que desconocíamos, abandonó la habitación escoltada por uno de los lacayos, quien cerró la puerta al salir dejando al compañero custodiándonos.

Tendemos a sobrevalorar la expresión oral, cuando únicamente mediante un análisis somero lograríamos averiguar cualquier dato. Yo fui consciente de esa realidad cuando el verdugo tiró hacia tras el arma examinándome con mirada turbia, humedeciéndose los labios, tragando saliva.

Por puro instinto caminé de espaldas, por alejarme, aún reconociendo lo inútil de aquel plan básico de huida.

—*Don't touch her*^[21]! —el grito de Salva habría despejado las dudas de haberlas tenido.

Era de esperar que, con mis amenazas, de entender el inglés, el tipo se hacía lavados de oídos, y fue acercándose, acorralándome en el lado opuesto de aquella espartana y siniestra habitación sin ventanas, pero con una potente luz halógena que no dejaba rincón en penumbra.

—*Don't touch me, please... Don't touch me*^[22] —supliqué entre gimoteos con los dientes castañeteando del miedo.

—*You, beautiful*^[23].

—*I suffer from AIDS*^[24].

Y no supe si su conocimiento del idioma era tan elemental que no comprendió mi pretexto, o si sus ansias eran de tal magnitud que le merecía el riesgo del contagio.

Cada vez que una de sus manos intentaba tocarme recibía un manotazo repeliendo el contacto, acción que en lugar de incomodarle elevaba su libídine enferma.

El espantoso ruido del traqueteo con la silla sumados a los avisos malsonantes en las lenguas que conocía, transmitía los esfuerzos de Salva por

ayudarme, pero ¿cómo? Atado y desarmado solo conseguiría morir primero.

De súbito, el depravado, se aburrió del rechazo lanzándose a mi boca, babeándome con su saliva espesa y repulsiva. Cómo no le vomité encima, es un misterio.

Sabía qué iba a suceder de no obrar un milagro. Por mucha resistencia que opusiera, él me doblaba en energía y corpulencia, en cambio, prefería perder la vida luchando por mi dignidad que buscar la muerte después debido a la humillación.

Con ímpetu febril, él escudriñaba la forma de romperme la chaqueta de motorista, mientras yo pretendía quitármelo de encima arañándole cualquier centímetro de piel correosa que tuviera al descubierto, pero con seguridad, estaba acostumbrado a daños más agudos, así el forcejeo contribuía a enardecer su impaciencia y me mordía los labios con el propósito de acceder al interior de mi boca, un acoso feroz y hediondo que me impedía respirar.

Para ese instante la desesperación se apoderaba de mi voluntad, mis lamentos a ratos pedían auxilio y a ratos piedad. Tras conseguir el hito de rasgar la cremallera de la casaca, comenzó a pelearse con mis pantalones. Yo hinchaba la tripa trabando su empeño de introducir aquella mugrienta mano corrupta.

Repentinamente, el tipo lanzó un aullido obligado por un daño que desde luego yo no le había causado, y hubo de doblarse para masajear la pantorrilla y zafarse de Salva a patadas, dando golpes sin discreción que acabarían por ocasionarle traumatismos incompatibles con la vida.

Y si durante el interminable intervalo que el desgraciado dedico a chupar y morder mi cara o desgarrando mi ropa no hallé la manera de cambiar nuestro fin inminente, en el momento que vi peligrar la vida de mi chico, supe cómo debía actuar.

Trazando en su cuello el mapa imaginario correspondiente a la ubicación de nuestra red eléctrica orgánica, tensé los dedos índice y corazón, y sin preámbulos ni atrición se los clavé con contundencia desmedida directos a colapsar el nervio vago.

Se desplomó al instante sufriendo crisis espasmódicas en su inconciencia.

—Salva —gimoteé—, por favor dime que estás bien.

—Sí, chavala —Tosió un par de veces—. Intenta desatarme.

—Te duele... te duele algo. —No conseguía sujetar el llanto y me daba un asco enorme tocarme la cara, retirar la sangre.

—No, de veras, estoy bien.

Prendí un cuchillo de la pernera del violador, un Bowie con el que pude romper las bridas que le habían lacerado, solo y por suerte, la piel de las muñecas, y tal como se deshizo de la silla me tomó en brazos con la idea de acunarme.

—Salva, no me toques... me repugno. —Ovillada a mis rodillas, escondía la cara, avergonzada.

—No, mi chica valiente, acabas de salvarme la vida. Deja que te bese, por favor. —Y llorando desconsolada secó mi cara con sus caricias—. Amor, debemos salir de aquí.

—Sí, no sé cuánto tiempo le durará la parálisis.

—Ahora estamos más igualados, ¿no crees? —Confusa frunció el ceño. Éramos dos contra... ¡ni intuíamos el número! ¿Sufiría alguna distorsión visual?—. Chavalita, disponemos de un AK47, un arma blanca y a la experta en artes marciales, Paula Sansilvestre.

—Juraría que no te había pateado la cabeza...

—No, le dio muchas veces a la silla. —Supe que mentía, y si él era capaz de soportar los golpes, yo también podía sobreponerme.

Con cautela de espías en prácticas abandonamos la sala confinando al sicario. Aquel lugar tenía propiedades de cámara anecoide, los únicos sonidos que propagaron las ondas durante un rato fueron nuestros gritos y lamentos, después, nada. Sin saber el motivo o meditar las probabilidades de triunfo, no intentamos salir por el acceso conocido, sino recorrimos el pasadizo adentrándonos hacia lo ignoto, de forma intuitiva y sin fundamentos.

—¿Cómo se te ocurrió noquear al tipo con una llave a lo Bruce Lee? —en aquel lugar un bisbiseo se convertía en rugido.

—Cuando... —calibré el tono a uno menor—, cuando estaba en urgencias, tuvimos que ingresar a una mamá que comenzó a sentir atonía muscular en las extremidades superiores, después de que su hijo de cuatro años jugando con ella en la sala de espera, le retorciera el cuello.

—Joder con la criatura...

—Ya podemos darle las gracias.

—Tenemos que abrir una de esas dos puertas. Haz los honores, decide cuál.

—La derecha. —Dio un paso y me obligó a situarme detrás—. Espera, espera... La izquierda.

—¿Segura?

—Sí, esa.

—Esa es la derecha...

—Pues, esa.

—Apártate unos pasos, si he de disparar saltarán los casquillos y quemarán.

—¿Vas a disparar?

—No, Paula, usaré el fusil de garrote —me merecía el sarcasmo.

—¿Y si se encasquilla?

—Me encanta tu positividad.

—Vale, vale... confío en ti, los policías saben usar armas. Va, abre esa.

—¡Paula, esa es la izquierda!

—Lo malo viene de la siniestra... Derecha.

—Derecha. —Asentí con firmeza—. Vigila el pasillo.

Giró el pomo con suavidad abriendo después con lentitud. Se asomaba a la rendija con el hombro pegado al marco encañonando hacia el interior.

—Joder... —farfulló estupefacto—, esto era lo último que esperaba ver.

—¿Qué hay?

—Mejor lo compruebas con tus propios ojos.

Con habilidad apoyó el arma en el hombro enredando el cinturón al brazo con el que sujetaba el guardamano, por ajustar una especie de cabestrillo con el que mantener el pulso y la puntería.

Abriendo unos cuarenta y cinco grados, inspeccionó de nuevo el interior y con un movimiento de cabeza me permitió a entrar.

La visión no podía ser más espeluznante, una fotografía actualizada de lo que debieron ser los recintos de experimentación en los campos de exterminio durante el Tercer Reich.

Recluidos pude contar diez varones de complexión atlética, caucásicos y morenos, en posición decúbito prono ventral, sedados según la lectura de los dispositivos de control vital, con una sonda en el recto, y bajo la camilla, pendía el pene erecto con una anilla alrededor del glande y una sonda por la uretra conectada a un recipiente estéril.

—Debemos de salir de aquí, deben de estar a punto de regresar.

—¿Qué les sucede? —Salva contemplaba la escena con el rictus empático propio de estar sufriendo lo que aquellos maltratados.

—Hay altas probabilidades de que sean los padres de los chicos de Albricias.

—¿Son ensayos clínicos? —Negué.

—Les practican una electroeyaculación. Están bajo los efectos de anestésicos, la estimulación no puede superar los treinta minutos para evitar daños en los vasos o complicaciones con la sedación.

—Salgamos, una vez a salvo daremos aviso a las autoridades.

—Espera. —Uno de los ordenadores estaba desbloqueado y lo comparé con un trozo de corcho en medio del océano—. Voy a enviarle un mail a Tània.

—¿Por qué no a la policía?

—¿Sabes el correo de los servicios de seguridad de Tayikistán? — reformulé irónica mientras confiaba en una mujer prácticamente desconocida para sacarnos de allí. Lanzaba una botella al océano con un mensaje de auxilio con más esperanzas a posibilidades.

—Paula, debemos largarnos de aquí antes de que el cerdo se espabile o vengan a sacarles el tubo del culo a estos infelices.

Apreté la tecla de enviar y olvidándome de todos los desdichados que yacían con la próstata electrocutada, nos aproximamos a la puerta del final de la sala de extracción. Salva tomó las mismas precauciones para cruzar el umbral.

—Hay demasiado frescor, pero veo otra salida.

—Será una nevera para conservar el producto, esto no se puede uperizar como la leche.

—Similitudes, las hay.

—La leche es al semen, lo que un zurullo a un pastel de chocolate.

—*Wow*, doctora, que ejemplo más ilustrativo.

Cruzamos aquel depósito de esperma, pendiente o ya modificado, para unos fines nada altruistas, solidarios o pacíficos, estremeciéndonos por el frío, con miles de temores y especulando qué pretendían hacerles a los pequeños de nuestro municipio.

Salva, siguió el mismo protocolo de apertura, pero en esta ocasión la cerró de nuevo con la misma prudencia con la que había abierto.

—Es el laboratorio, hay cinco personas con monos blancos de pies a cabeza —musitó.

—Aquí no nos podemos quedar, moriremos hipotérmicos.

—No parecen estar armados, el elemento sorpresa puede ser nuestra única baza.

—Pues si es la única, ¿a qué darle más vueltas?

—A la de tres abriré de par en par. Sé consciente de que, ante la menor amenaza, vaciaré el cargador. Mantente detrás.

—Esto no puede estar sucediendo, esto no puede estar sucediendo... —gimoteé aterrada, con el pánico inducido por mi cerebro reptiliano.

—Paula, a la de tres.

—Vale, deja que respire... —tomé aire por la nariz para soltarla de un soplo—. Ya... va, cuenta.

—Una...

—Espera, espera... espera... ¿Dices tres y entras o a la de dos abres?

—Paula, cuando suene «tres» le daré una patada a la puerta.

—Eso..., eso no... no me lo habías dicho.

—Vale, calma, vuelve a inspirar... y despacio vacía el aire de los pulmones. —Con las lágrimas saturando el párpado inferior, seguí sus indicaciones—. ¿Mejor?

—No, pero sí. —Me besó con ternura y rapidez.

—Voy a contar, sepárate un par de pasos. Uno... dos... ¡Tres!

La puerta cayó en plancha. Salva traspasó el umbral apuntando a los técnicos de lado a lado. Yo iba tras él, tropezando con mis propios pies.

—*Don't we want to them hurt*^[25].

—Has construido mal la frase —susurré.

—¿Paula, crees que importa? —Continuaba concentrado en aquellas cinco personas asustadas como conejos delante del zorro y con la madriguera tapiada.

—Si quieres que se enteren, sí.

—Diles que se dirijan a la puerta en fila y con las manos en alto.

—*With their arms raised, they all have to go in line towards the door.* — Se observaron entre sí, confundidos, mas no se inmutaron. Habíamos supuesto que al disponer de formación el inglés lo dominarían.

—*Now!*^[26]

Y fue tal el acento de coraje, que poco faltó para no los alzarlos y también, en cambio, sirvió para que obedecieran sin oponer resistencia.

—Tendrás que echarme una mano.

—Dime.

—Cuando lleguen a la puerta les diré que se coloquen pegados a la pared. Has de abrir con cautela e informarme de lo que veas.

—Okey.

Con esas premisas, faltando unos metros les hizo detenerse con un contundente: «stop!».

—*Sir..., please* —llamó nuestra atención una de las mujeres—. *They kidnapped us ten years ago, we are Polish students.*^[27]

La situación no dejaba de dar más vueltas de tuercas ni de quebrantar más leyes.

—*We were invited to present a project and they confined us in this place*^[28]—se atrevió a confirmar otro chico.

—*Behind this door is our bedroom. They bring us food three times a day, and they only allow us to leave once at dawn and once at sunset.*^[29]

—Parecen sinceros.

—Sigue mis indicaciones, Paula. No es el momento de guiarnos por corazonadas.

Y así lo hice. Reconozco que encontrarme con literas y unas mesas de metal en el centro, me produjo cierto alivio.

—*The room has direct exit to the valley?*^[30] —pregunté para sopesar el siguiente peligro.

—*Yes, but it's locked*^[31].

—*They'll be here in an hour to bring us dinner*^[32].

Miré a Salva por hallar en él una solución táctica. Comprobaba la cerradura con arrugas en el ceño, y yo, consciente de tener grabado su mapa gesticular en la retina, supe que justo ese aún no lo había registrado. Durante los meses que habíamos pasado juntos jamás le vi tan serio, tan preocupado y eso despertó en mí el mecanismo del miedo más ancestral, ese que era hijo de Atapuerca y Altamira. No podíamos haber llegado hasta allí para rendirnos, a fin de cuentas, nos esperaba el mismo desenlace.

—¡Eh, Salva! ¿Cómo podemos abrir esa puerta?

—Haciendo saltar la cerradura de un disparo, pero alertaríamos a los guardias y nosotros solo disponemos de un fusil.

—¿Y otro método?

—En los dispositivos de asalto utilizamos botes de humo con gas irritante.

—¿Para detener un vehículo? —Me parecía excesiva la medida, determiné que no volvería a conducir por la izquierda jamás.

—No, mujer, durante el periodo en prácticas recibes formación en múltiples aspectos.

—Vale... ¿y qué utilidad tendría aquí el gas pimienta? Acabaríamos todos tosiendo como asnos reumáticos.

—Tampoco tenemos gas...

—Gas... —me giré hacia los técnicos de laboratorio secuestrados—. *You're manipulating sperm to detect Prussian gas, right?*^[33]

—*And others, too.*^[34]

—*What irritating chemicals do you use?*^[35]

—Paula, no te embales, porque eso lo tendremos que respirar todos.

—*Do you have gas masks?*^[36] —Asintieron—. *How much?*^[37]

—*Enough for everyone*^[38].

—*Chance our is to create a gas that them incapacitates and us not no.*^[39]
—Casi no lo había entendido ni yo, así todos me miraban a la expectativa.

—Cuando regresemos a casa, ya te puedes poner en serio con el inglés.

Y aquella sonrisa me habló de oportunidad, de esperanza y de promesas.

Comenzó un debate sobre destilación de elementos tóxicos, ellos conocían las dosis y las aleaciones, pero pasaba por consumir tiempo del que no disponíamos y recordé uno de los casos más dramáticos a los que me enfrenté preparando la especialidad, no se puede mezclar un alcalino con un ácido.

—*Do you have chlorine and muriatic acid?*^[40]

Tras la respuesta afirmativa comenzamos a idear cómo llevar a cabo aquel invento sin acabar con los pulmones igual a piedras, y cuando restaban quince minutos comenzamos a preparar la trampa líquida.

La idea era sencilla, mientras la combinación comenzaba a cocinarse colocamos una repisa suspendida en precariedad que debería caer cuando se abriera la puerta creando una nube tóxica muy irritante. Ni había ensayos ni margen de error, así esa parte del plan quedaría sujeta por los hilos del azar. La alternativa ante un fallo se basaba en lanzar vasos de precipitados o disparar a la desesperada.

Comenzamos a percibir revuelo del exterior, que, si bien llegaba atenuado por los muros, a todos nos resultó extraño e inquietante.

La angustia se apoderaba de los ánimos combativos que minutos antes nos mantenían en tensión, decididos a escapar de allí vivos, y me resultó más injusto y dramático para los biólogos recluidos durante una década sin expectativas ciertas de regresar a sus hogares hasta que aparecimos nosotros.

No quería resignarme, prefería pensar que parte de nuestro destino existencial consistía en descubrir todo el tinglado para que ellos y los hombres de las camillas —a los que les habíamos retirado la sedación y los tubos— recuperaran la libertad.

Pasó la hora de la cena, nadie había aparecido. Sopesamos la posibilidad de que nos estuvieran buscando obligándoles a cambiar las rutinas, hasta que de repente el silbido de las balas y el estruendo de otros proyectiles de calibre más destructivo comenzaron a formar parte de los ruidos ambientales.

El clima en el interior ganaba en agonía. Los rezos en polaco, agregando llantos y balanceos con las manos tapando los oídos, no contribuían a fomentar el optimismo, y por no sucumbir en el desaliento, tanto Salva como yo, nos concentrábamos en la puerta.

—Salva... ¿y si son los buenos?

—¿Y cómo pretendes que lo sepamos?

—No lo sé, tú eres poli, ¿no os enseñaron alguna forma en la academia? — Me miró pestañeando, creo que pude leer en su batir de párpados «¿deliras?».

—¿Te refieres a reconocer todos los uniformes oficiales de todos los organismos de seguridad civil del mundo?

—Todos, todos no...

—Se requiere mucha memoria, es más sencillo tirar la puerta abajo y gritar: ¿Está el enemigo? —La alusión a Gila lejos de parecerme graciosa me resultó insultante.

—Podrían ser patrullas de rescate.

—¿Montar este sarao para salvar a dos extranjeros?

Y antes de exponer mi alegato, la puerta se abrió cayéndole al intruso la pócima cáustica y provocando su desplome, aunque el baño en ácidos corrosivos no actuaba con tanta inmediatez, por fuerza venía herido de fuera.

No sé a cuántos de nosotros la irrupción nos provocó gritar despavoridos, a mí las lágrimas me caían en cascada de puro miedo. Salva se apresuró a

colocarme la máscara, el pánico me tenía en shock resolutivo y mediante señas nos indicó que camináramos agachados y en fila. Al pasar por el lado del militar, le sacó el casco entregándomelo y cuál fue nuestra sorpresa al descubrir a Coral.

—Salva, no podemos dejarla aquí.

—¿Por qué?!

—Está herida.

—Estamos en medio de una ofensiva entre desconocidos, si nos quedamos nos van a matar.

—No puedo dejarla... Ayúdales a escapar...

—¡Estás tarada si piensas que voy a marcharme sin ti!

—Salva...

—Sé que voy a arrepentirme de esto —afirmó masajeándose las sienes por dos segundos.

Los biólogos, hambrientos de libertad, salieron siguiendo las indicaciones de Salva. Reptando y ocultos deberían llegar hasta los peñascos, mientras, yo arrastraba el cuerpo de Coral a la sala más estéril de la gruta, la del ordeño.

Los hombres que dejamos tapados habían desaparecido, camillas incluidas, por fuerza se los habrían llevado, ellos por sus propios pies era imposible, sus músculos estaban laxos y sufrirían los efectos secundarios de la electroestimulación prostática a la que habían estado sometidos durante demasiado tiempo.

A Coral era imprescindible quitarle la ropa y lavarla enseguida, por evitar que se quemara, se ahogara y nosotros con ella.

—No se lo merece, Paula.

—No soy quién para decidirlo.

—Si optas por salvarla, lo haces.

—No, es puro egoísmo, escojo vivir con la conciencia tranquila. —Y así era, no pretendía darle la oportunidad de redención, simplemente esperaba salir de la pesadilla sin males psíquicos añadidos.

—¿Qué he de hacer?

—Súbela a esa mesa de ahí y desnúdala. —Me dirigí al armario que contenía suero y anestésico.

—Tiene una herida de bala en el lado derecho de la espalda.

—Ten, vacíales estos botes de salino por todo el cuerpo.

—¿Y ahora qué? —preguntó mientras me colocaba los guantes y le pasaba otros a él.

—Voy a sedarla.

—¿Pero si está grogui?

—Se despertará del dolor, está conmocionada, no en coma.

—¿Cómo lo sabes?

—Soy medico, Salva. —Se mantuvo atento a todos mis movimientos—. Debería entubarla, pero no tengo ni tiempo ni material. Dale la vuelta.

—¿Y ahora qué?

—Mete todo el instrumental en alcohol y me los das según te los pida.

Comprobé hasta dónde había penetrado la bala introduciendo el dedo meñique, y para mi desgracia iba a tener que operar como en el Oeste, por intuición y sin medios.

—He de extraer el proyectil, está encharcando el pulmón. Trae esa bombona con la mascarilla de oxígeno, no es el procedimiento más ortodoxo, pero tampoco hay opción.

—Podrás arrancarle la bala del pecho, pero la maldad no saldrá con ella.

—Todos nos merecemos una segunda oportunidad, ¿no crees?

—Doctora, la serpiente podrá mudar muchas veces la piel, sin embargo, siempre será serpiente.

—Dame el escarpelo.

—¿Eso que parece un cúter?

—Sí.

Incidí entre las costillas en horizontal. El corte iba a ser más largo de lo normal en ese tipo de intervenciones, no contaba con el material imprescindible para acceder con seguridad, no podría transfundirle un centímetro cúbico de toda la sangre que iba a perder, es decir, no existían los mínimos exigibles con los que garantizar el éxito.

—Dame la cánula. —Precisaba de un drenaje antes de comenzar con la extracción—. Pásame esas tijeras con la punta torcida.

—¿Para qué sirven?

—No tenemos separadores, si las coloco a los lados, tendré más espacio.

—¿Y con la goma?

Era más sencillo mostrarlo que explicarlo, así la introduje y aspiré hasta notar la primera gota de sangre que sin pensar escupí al suelo. Salva me

observó estupefacto.

El hueco fue vaciándose y por suerte no había ningún vaso principal afectado, así cuando pude comprobar la manera más eficiente, tomé unas pinzas planas para no dañar con el procedimiento.

Las medidas de sepsis con las que contaba eran casi inexistentes, y recordé a Semmelweis y su insistencia para que los galenos se lavaran las manos con jabón después de realizar una autopsia antes de asistir a un parto.

Coral no iba a morir de un neumotórax, de hecho, sus constantes eran estables, aunque de pasar más tiempo sin antibióticos de la septicemia no se libraría.

—Ya no se escuchan disparos —apreció Salva con la misma turbación a cuando se espetaban en las paredes.

—¿Eso es bueno o es malo?

—Sé que es la hora de largarse.

—Solo he de acabar de dar este punto y tapar...

Y la puerta cayó, apareciendo el desgraciado que habíamos encerrado horas antes. Tuve tiempo de cortar la seda y levantar las manos. Salva, reaccionó buscando el cuerpo a cuerpo, y de esta forma evitar que recuperara el fusil que durante la intervención, e imaginándonos solos, mantuvimos apartado.

Los puñetazos sonaban contundentes, ambos peleaban con rudeza sin respetar zonas vitales o golpes bajos. No podía quedarme con las manos quietas y ensangrentadas, debía actuar de inmediato.

Y sin darle demasiada importancia a qué ni dónde, aporreé con la bombona del oxígeno la cabeza del maldito desgraciado, o eso pensé yo, porque a quién descalabré fue a Salva, al girarse en el instante que yo asestaba el estacazo.

Sin embargo, el miedo mantenía a mis pulmones captando el máximo de oxígeno en cada inspiración, el sistema digestivo e inmune ya no malgastaban energía, y todas las funciones de emergencias se mantenían en alerta centrando sus recursos en un plan mayor. El sistema nervioso simpático activaba la médula adrenal, mis pupilas se dilataron para captar más luz y las hormonas segregaban a destajo ayudando a aumentar la presión arterial y los latidos, así, no me fue difícil volver a levantar la botella y con el triple de brío con el que tumbé a Salva, sacudir a aquel despojo humano.

Se desplomó como el saco de excrementos que era.

—¡Salva! ¡Salva! Por favor... —Volvía a sangrar ¡del mismo lado! —, Por

favor, Salva...

Busqué el pulso carotideo y no parecía ser irregular, no había forma de comprobar daños mayores y la única manera de no empeorar el diagnóstico era inmovilizándolo.

—Salva... despierta... —Las pupilas no reaccionaban por más veces que le enchufaba la linterna—. Va, Salva... no me abandones a mi suerte, sola no tengo de eso. —Lloriqueé—. Soy afortunada si continúas a mi lado. Eres lo mejor que me ha pasado en la vida, Salva... déjame demostrarte lo buena que soy en la tuya.

—¡Ay!

—¡Salva! —Rompí a llorar con la angustia de veinte Magdalenas.

—Me has... pegado otra vez.

—Me has dado un susto de muerte. —Intentó enderezarse—. No te levantes, podrías tener algún hematoma.

—¿Suenan sirenas? —Ni cuenta le hice a los sonidos externos.

—Sí, eso parece.

—Deberíamos salir de aquí.

—Ya entrarán a buscarnos.

—¿Estás segura?

—No, pero ni yo me voy a mover de tu lado ni tú vas a ponerte derecho.

—Usted manda, doctora.

—¿Te duele mucho?

—Me dolió más ver como ese cerdo intentaba abusar de ti.

—Te quiero, Salva y te quiero a mi lado.

—No entraba en el trato. —Sonrió tunante, con ese brillo de desenfado tan suyo, tan Thor.

—Pues te jodes.

Lo besé con todas las ansias que desata el temor a perder lo máspreciado consagrando el privilegio de recuperarlo, sin importarme el lugar, las dificultades, ni valorar mas peligros ni sobresaltos nuevos.

Y supe ver en eso felicidad, algo carente de lógica con lo que comprendí las palabras de Nathaniel Hawthorne afirmando que: *La dicha era una mariposa que, cuando se la persigue, siempre está fuera de nuestro alcance, pero si te paras y te sientas en silencio, podría posarse encima de ti.*

FATA VIAM INVENIENT



No logro evocar con la precisión merecida el momento que la policía militar irrumpió atropellada a rescatarnos, ni si trascurrieron segundos, minutos u horas dentro de la sala sujetando un fusil que de disparar me partiría el hombro, con Salva a intervalos inconsciente, un miliciano atado de pies y manos con peor pronóstico y a Coral sedada. Mi memoria es incapaz de devolver con nitidez, las órdenes a gritos, mi histeria identificándonos y el trayecto al hospital de la capital en helicóptero para evaluar a mi chico.

Temía por su estado y suplicaba para que se recuperara mediante el reposo. Imploré un milagro con ahínco de creyente, a pesar de no practicar ninguna religión y desconocer el funcionamiento de la fe. Y es que, en un país con escasez de recursos, confiar en el éxito de una craneotomía se igualaba al dilema de no operar.

Sin embargo, ¿qué Dios no sabe sanar sin ayuda? SalvaThor logró reponerse veinticuatro horas más tarde asistido por corticoides y antiinflamatorios, sin más secuelas que una cicatriz de seis puntos en cuña.

De Coral la despreocupación fue absoluta. No me interesé ni a dónde la trasladaron ni por su estado de salud, la hemolinfa de escolopendra que recorría su aparato circulatorio era de primera maldad, fluido primordial para mantener a todo demonio con vida.

La idea de sentir odio hacia una persona siempre me había parecido de novela clásica, con sus intensas tramas pasionales producto de deshonras y traiciones. Antes de abominar a alguien prefería la indiferencia, siguiendo la sentencia popular de que no hay mayor desprecio que el no hacer aprecio, sin embargo, admito que estuve detestándola por cuanto provocó durante mucho tiempo, y ahora, a ratos cavilando sobre las consecuencias, vuelvo a regurgitar hiel con acético gusto a Coral.

Aún Salva andaba litigando contra los apagones de conciencia que apareció Tània y me di permiso para derrumbarme en su abrazo; lloré como no recuerdo haberlo hecho antes, y una vez vaciado el depósito de los lagrimales, me puso al día sobre lo que aquel mail enviado a la desesperada destapó.

Asia central es un territorio tan mágico a anárquico, la gente humilde que desea vivir en paz brinda la imagen más amable de cada país, ciudad, poblado o aldea que integra el continente, en cambio, todas aquellas fronteras, enclaves, exclaves y lindes mal repartidas generaban escaramuzas por el dominio de esos pedazos de tierra. La codicia es prima hermana de la corrupción y suele conjugarse con el poder para conquistar sus objetivos, así, un partido político radical financiaba la investigación y el desarrollo de cómo iniciar una guerra química que no afectara a sus ejércitos.

El plan más astuto es aquel armado con paciencia, y siguiendo esa premisa secuestraron a un grupo de doce biólogos polacos en Eslovenia, de los cuales cinco lograron sobrevivir retenidos una década y tan solo cuatro pudieron regresar a sus hogares. Ellos se encargaban de preparar muestras de esperma para inseminar a mujeres europeas de zonas rurales convertidas en ratones de experimentación.

Albricias y las aldeas adyacentes habían sido de las más afortunadas, ya que en los primeros intentos los patrones modificados tuvieron consecuencias desgarradoras, con niños sufriendo deformidades que los privaba de autonomía básica o enfermedades genéticas sin remedio conocido.

De no haberse desmantelado el campamento de ensayos, en diez años más dispondrían de un ejército de soldados adolescentes expertos en detectar y emplear productos nocivos a los que eran invulnerables, súper adolescentes

adiestrados para acabar con la vida de civiles por conquistar regiones, criaturas programadas, carentes de emociones que seguían las doctrinas de personajes ridículos, sin escrúpulos, ansiosos por gobernar un planeta a su medida.

Saber que toda la célula estalinista estaba bajo custodia de las autoridades gubernamentales internacionales y los servicios de inteligencia de los países afectados, ofrecía al mundo cierto respiro.

La mayoría catalogará mi afirmación de exagerada, dirán que Asia está muy alejada, que no permitiría a ningún genocida salir de sus confines, pero ¿hay alguien que se conforme con una porción pudiendo comerse la tarta entera? Ejemplos había tantos como civilizaciones, como siglos... Tal parece que la humanidad esté predestinada a aniquilar la especie con la misma contundencia que millones de años atrás lo consiguió un meteorito con los dinosaurios.

Una semana después Salva exigió el alta voluntaria, era un pésimo enfermo y la palabra reposo debía de tener un sentido diferente al usual para él. Yo estaba en total acuerdo con las recomendaciones de los facultativos, no creía conveniente embarcarnos en vuelos con escalas interminables recién reabsorbido un hematoma epidural, pero, de continuar en el hospital o bien yo ingresaba en psiquiatría o él entraba en coma profundo.

Tània, en nombre de los laboratorios que representaba, nos entregó pasajes en primera desde Dusambé hasta España, agradecida como si en lugar de habernos salvado la vida se la debiéramos.

Y si pensábamos que nuestro periplo había acabado, tal como llegamos al hotel, a punto de confirmar el billete hacia Alemania, recibimos orden de la policía judicial de no abandonar el país hasta tomarnos declaración, reteniendo nuestros pasaportes. Está visto, que no hay buena obra sin castigo, y agotados de aquella situación nos dirigimos a la embajada española, donde nos dieron la palmadita en el hombro para inmediatamente después despreocuparse del asunto por completo al tratarlo de trámite burocrático. Algo que ya nos temíamos y preferíamos evitar, a fin de cuentas, aún con Salva convaleciente ya nos interrogaron contrastando las versiones.

Por no molestar de nuevo a Tània, pedimos clemencia en la embajada de Polonia, que nos recibió con honores de diplomáticos o de héroes. Por lo visto las familias de los biólogos no habían cejado en la búsqueda y, a pesar de no recuperar a toda la comitiva, podrían ofrecerles respuestas, y en unos meses devolverles los cuerpos de los ocho restantes que por desgracia no lo

superaron, para que pudieran despedirse e iniciar el proceso de sanación o de resignación.

No nos permitieron salir de las dependencias y defendieron nuestro derecho a la libertad de tránsito como ciudadanos europeos sin antecedentes con pasaporte español, beneficiaros de convenios sobre las estancias en Tayikistán. Gracias a su mediación, un trámite que podría haber durado meses, se resolvió en una semana. Es el lado positivo de pertenecer al primer mundo, los intereses comerciales con los países menos afortunados son los que tienen la última palabra.

Por no alarmar a familiares ni amigos con nuestro retraso, esgrimimos el pretexto de alargar las vacaciones, así el regreso a Albricias sería tranquilo, sin embargo, para los vecinos, que un vehículo desconocido recorriera sus calles era insólito y a su paso se asomaban curiosos.

Tras reconocernos y saludar con efusión, avisaron al resto, así, fue pisar el adoquín de la acera y los pequeños que correteaban, los abuelos del poyete de la taberna, las madres surtiéndose de víveres en el colmado rodearon el taxi.

—¡Doctora!

—Hola, chicos. —Despeiné a los que se pegaban a mis piernas para dirigirme sonriente al resto, era una situación tan abrumadora como agradable —. Hola, a todos.

—¿Dónde ha estado? ¿En la jungla? —Las semanas de más entre tayikos no fueron suficiente para hacer desaparecer algunas cicatrices además del deterioro progresivo por la falta de sueño y alimentación equilibrada.

—Nos accidentamos —resolvió Salva saliendo por la otra puerta.

—¿Y no llevabas el casco? —eso sucede cuando no ensayas las excusas.

—Nos caímos en parado, Manuel.

—¿Te golpeaste con el tubo? Es que la pupa es tan redondita... —ni la policía había cuestionado tanto nuestras respuestas.

—¡No mientas más, Salva! Dile la verdad a los niños.

—¿Estás segura? —Asentí—. Pues... la doctora me dio un vardascazo.

—¡Hala! ¡Venga ya!

—Es muy pesado.

—Bah, son novios nuevos... —Don Miguel estribaba entre risas—, eso en unos años más, cuando la chiquillería os aturulle, ¿pero ahora?

—Insisto, es un hombre muy pesado —protesté mientras le hacía un guiño.

—¿Y qué tal todo por aquí?

—¿No os habéis enterado? —La alcaldesa nos dedicó una mirada escudriñadora, interesada en descubrir mentiras.

—En Tayikistán no llegan demasiadas noticias del exterior.

—¿Y eso dónde está? —Seguir el hilo de una misma conversación entre tres generaciones con intereses distintos, desquiciaba.

—En Asia. —Salva satisfizo la curiosidad de Merche.

—¿China?

—No, cerca de Rusia. —Eran muy pequeños para ubicar países que ni los adultos sabían pronunciar.

—Raquel, ¿ha pasado algo importante?

—La policía judicial se llevó todos los archivos y los ordenadores del ayuntamiento.

—Del ambulatorio también —señaló Cristina que se aproximaba a nosotros apartando con suavidad a la concurrencia.

Salva y yo cruzamos las miradas, durante los interrogatorios ninguno mencionó las insemnaciones, ambos, apoyados por Tània, acordamos apuntar hacia al consistorio sobre el cobro de subvenciones y repartos de comisiones entre el alcalde y el médico, no mencionamos a Coral deliberadamente por si con el dato involucrábamos de alguna manera a los nacimientos en la localidad.

—Ya nos lo han devuelto todo, a pesar de no explicarnos nada —resolvía Raquel ante nuestras muecas de asombro y negación.

—Ha sido un viaje muy largo, y aún nos queda lo peor, deshacer las maletas. Habrá tiempo mañana para que nos pongáis al día de todos los chismes —convino Salva mientras abonaba la carrera al taxista.

Tras abrazar a cada uno de los presentes como se haría con la familia, retomaron sus actividades. Mi memoria inmediata rescató momentos similares con desconocidos durante nuestro periplo, chicos de sonrisa franca que rodeaban la moto distinguiéndonos parte de un mundo tan desconocido para ellos a atrayente, que engañados por los anuncios que ensalzaban una sociedad basada en la competitividad y el capitalismo, anhelaban escapar de la llaneza y simplicidad de la suya que les permitía formar parte de una comunidad, y no ser otro individuo invisible más para la mayoría.

A mí, Albricias me había dado la oportunidad de despojarme de falsas

necesidades asociadas al término triunfo, enseñándome a caminar escogiendo dónde colocar los pies rodeada de personas dispuestas a poner su hombro en el caso de resbalar.

Así era la vida que me merecía, sintiéndome dueña de mis decisiones y capaz de compartirlas integrada entre quienes me valoraban por como era y no por lo que representaba.

Estábamos en casa de nuevo, y me abracé a la cintura de Salva, satisfecha y nada arrepentida.

—¿Cómo estás?

—Agotado y deseando llenar la bañera e introducirnos juntos mientras se deshacen esas sales que compraste en el *duty free*.

—Mira el señorito, se pasa un mes con más mugre que el rabo de una vaca y ahora viene con exquisiteces. ¿Precisa algo más el amo?

—A ti, desnuda.

—¿Pero no estabas agotado? —Fue empujándome hacia el interior de la vivienda cerrando de un puntapié.

—Sí, pero hay prioridades para las que reservo energía.

—¿Y la mía?

—Tú te recuperas antes, las mujeres disponéis de baterías inagotables, sois fuente de todo lo maravilloso que puede ofrecernos el universo.

—No sé cuánto de esa afirmación es cháchara *preeyaculatoria* y cuánto sentimiento real.

—Solo sé que te quiero, que te miro y veo a la mujer de mi vida, esa por la que sería capaz de pasarme el resto de la mía vendiendo eneldo en un herbolario.

—No se dará el caso, a mí me pone verte salir con el mono verde y el chaleco fosforito... estás muy sexi.

—A mí, doctora, la bata blanca... esa cortita, me pone mucho más.

—Salva, ¿cómo pretendes llenar la bañera si me estás desnudando?

—Por etapas, ahora calmo la ansiedad y después la recupero.

—¡Pues sí que te da a ti juego la provisión de energía!

Sus labios recorrían la piel de mi cuello sudoroso, aquellos detalles higiénicos después de aprender a asearnos restregando una toalla húmeda en cara y pescuezo, no provocaban aprensión en ninguno.

Fue desabotonando con delicadeza un vestido veraniego y liviano, que en

lugar de caer pareció evaporarse. Tuve la impresión de que Thor estaba muy necesitado de mi cuerpo, sus manos me acariciaban como atesorando el tacto. Cualquiera después de aquellas semanas de abstinencia esperaba frenesí, arrebatos... y en cambio tomaba mi pecho, mi boca... con una prudencia, no insólita en él, aunque en ese instante la supuse paradójica.

—Salva... ¿qué sucede?

—¿No te gusta?

—Sí, mucho... pero no es lo que esperaba. ¿Te encuentras bien? —Negó adherido a mi pecho, enredando sus dedos en mi cabello, aspirando mi aroma que volvía a ser el de mujer y no el de gorrina—. ¿Qué te duele?

—Esto. —Se llevó mis manos al pecho para romper a llorar, algo que no hizo ni en los momentos más aciagos. Me asusté.

—Sientes asfixia, mareo... notas punzadas en el brazo izquierdo. — Nuevamente, negó.

—Aún me dura el pánico a perderte.

—Pero si estoy aquí, a tu lado, con cuatro cicatrices que sanarán en unos días más...

—Siento haberte hecho pasar por ese infierno. —Le empujé indignada, desnuda, pero indignada.

—Escucha, *Thorcillo* de pacotilla. —Volví a darle dos empujones más con el índice a la altura del esternón—. Yo decidí acompañarte, lanzarme a la aventura, y vale que no esperaba ese desenlace, sin embargo, en ningún caso has sido tú quien ha modificado mi destino, fui yo quien escogió la alternativa más arriesgada.

—Estás en modo histérico... no me conviene. —Sonrió de nuevo tunante a pesar de seguir afectado.

—No, en absoluto.

Sin más preámbulos rompí la camisa de lino con tal violencia que en lugar de hacer saltar los botones rajé la tapeta central de los ojales. Su respiración se aceleraba a medida que mis manos arañaban sus costados hasta la cintura del pantalón que desabroché con mis pupilas clavadas en las suyas.

¡Ya estaba bien de tanta formalidad! Mi organismo estaba falto de reacciones contundentes, los días anteriores estuvimos envueltos en un halo viscoso de incertidumbres que nos mantuvo en vilo hasta tomar el primer vuelo, con mucha gente preocupados por nuestra situación tratándonos como a animalitos fuera de su hábitat.

Con ambas manos y manteniéndonos la mirada descendí hasta colocarme de rodillas, así besé cuanto me quedaba a la altura, tomando su sexo y disfrutando de él excitada con sus gemidos, con la imagen de su garganta, su torso, su abdomen... la visión de una deidad mística en pleno momento de goce.

Fui consciente de cuándo se derramaría por el pulso de su miembro ocupando mi boca, y se lo permití, a mí su clima me estimulaba casi al mismo nivel a sus caricias.

—Doctora... esto no se hace así.

—¿Pretendes enseñarme? Sé mucho de anatomía.

Con el ánimo más dispuesto a ser el Dios de la Guerra que amaba que a un gatito tierno puntual, se deslizó hasta mi altura. Su iris brillante me informaba de sus intenciones desenfrenadas inmediatas y yo, por no darle facilidades que no se merecía, me desplazé de espaldas, pero Thor había despertado y sujetándome de un tobillo, tiró de mi pierna importándole bien poco que mi trasero estuviera en contacto directo con las tablas del suelo.

Reptó entre mis piernas a la par que sus dientes dejaban huellas allí por donde pasaba su boca, su frenesí caníbal era tal que clamaba el mordisco anhelando el siguiente. Sus manos apresaban mi carne al punto del pellizco y su lengua ungía con saliva zonas que para nada necesitaban más humedad.

Entre los espasmos y jadeos del gozo perseguido, se introdujo sin reservas al abrazo de mi intimidad y se empleó sin vacilaciones, brutal y decidido a cumplir mis demandas.

Nos hicimos el amor tan ardientes y fogosos como yo exigí, más tarde en la bañera ya nos acaramelaríamos para disfrutar de afectos más sensitivos y tántricos.

—Te vas a quedar dormida —advertía regando mis hombros con el agua que la esponja no retenía.

—Es ese vapor cítrico tan delicado, es letárgico.

—Suma el ejercicio de hace un momento y las ganas de llegar a casa.

—¿No volverías a realizar un viaje similar?

—He de tomar perspectiva, chavalita, ahora solo evoco la parte más desagradable.

—Te va a sonar a tópico de viajero de aventuras, pero a mí me ha ayudado.

—¿En qué? —inquiría en deje de asombro, desvirtuando mis impresiones.

—A tomar conciencia de que ser feliz no es cuestión de poseer mucho, sino

de compartir lo que se tiene con el resto.

—¿Te gustaría volver?

—Me encantaría conocer más lugares que me ofrezcan esa sensación.

—Podríamos hacer el recorrido del Dakar, Argentina, Chile, Perú, Bolivia...

—¿No es un poco precipitado?

—A ti la Ruta 66 te iba a parecer aburrida.

—No te burles.

—No me burlo —salmodió riendo, así que era imposible saber si se estaba cachondeando de mí como acostumbraba.

—Salva, eres un tipo cargante.

—Claro, claro... ahora que he satisfecho tus instintos básicos.

—No te crezcas que también sé desahogarme sola.

—No compares, por favor. —Sonó el móvil en ese instante y la voz inexpresiva del asistente del teléfono avisaba de la llamada de un número desconocido—. ¿Esperas a alguien?

—De ser así, estaría grabado el teléfono en la agenda.

—Podrían ser tus padres, solo te han llamado doce veces desde que salimos de su casa esta mañana.

—O los tuyos, que lo han hecho doce veces menos.

—Me temo que están en camino...

—¿Y me avisas ahora?

—Pasaran antes por el caserío, no te preocupes. —Timbró de nuevo.

—Voy a descolgar, a ver si van a ser ellos.

—Marcarían a mi número.

—¿Dónde está tú teléfono?

—En la maleta.

—Bien, Salva, bien. —De nuevo, la melodía invadió el baño—. Oye, Siri, descuelga. —Aguardamos a escuchar la conexión—. Buenas tardes.

—Buenas tardes, mi nombre es Biel Sangreal. —Al girarme hacia Salva estupefacta, el sonido del agua me provocó bochorno—. Sé que aterrizaron hace unas horas, espero no interrumpirles.

—Buenas tardes, Soy Salvador Galerna. Estamos en deuda con usted, si no llega a ser por su ayuda no habríamos logrado salir de allí.

—¿Podemos tutearnos?

—Debemos.

—Me siento muy identificado con vosotros, con vuestra lucha, y esto que se ha destapado viene a demostrar que cualquier descubrimiento que haga el hombre con las mejores intenciones, otro lo utilizará con fines deplorables.

—Es una lástima que no haya acabado bien para todos. ¿Se sabe algo de los hombres desaparecidos? —pregunté con miedo al intuir la respuesta.

—Los han encontrado a todos ejecutados. —Ahogué un grito aún reconociendo que me lo esperaba—. Eran atletas checos, rusos y alemanes. Estaban desaparecidos desde hacía unos dos años.

—¿Había más retenidos?

—No, cuando su próstata se atrofiaba debido a la sobrestimulación acababan con su vida sin remordimiento alguno. Hay restos humanos en una fosa desde hace más de una década.

—De no ser por la inmediatez de los servicios de rescate que enviaste, nosotros estaríamos acompañándolos. De nuevo, muchas gracias, Biel.

—Estábamos en la pista, de ahí la adquisición del laboratorio en Dusambé. Por desgracia, no calculamos ni la magnitud ni ubicamos el centro de operaciones. Siempre creímos que se dedicaban a sintetizar unas drogas muy potentes y dañinas con las que se trafica hace unos años, por eso, parte de nuestros recursos en obras sociales se invierten en localizar a través de nuestros servicios de seguridad dónde se procesan, e informar después a las brigadas de estupefacientes internacionales. Nunca imaginamos que se trataba de una trama genocida.

—Esta situación es muy delicada, presiento que en la comarca más del sesenta por ciento de los embarazos en los últimos siete años fueron mediante fecundaciones artificiales ilícitas.

—Ese es otro tema que me gustaría tratar. Mi esposa es bióloga y está muy interesada en conocer las peculiaridades de esos pequeños, por descontado con el consentimiento de sus progenitores y remunerando su disposición. Aunque prefiero que esta conversación se dé en un marco más íntimo—. Eso era discutible, teniendo en cuenta que Salva y yo estábamos en la bañera—. Eider podrá ofreceros los pormenores, estaríamos encantados de que pasarais unos días con nuestra familia.

—Será un placer.

—En tal caso, os dejo para que podáis retomar las rutinas.

—Gracias, Biel.

—A vosotros.

Tras colgar estuvimos callados unos minutos, yo dándole vueltas a la situación, Salva al universo entero, su pensamiento era tan impredecible como la respuesta de un niño.

—¿Alguna vez imaginaste algo así?

—Claro, Salva, desde el momento que puse los pies en Albricias y se me engancharon los tacones en los adoquines.

—Ese día me conquistaste.

—Eres tan insolente.

—No, en serio, llegar con el descapotable envuelta en esa elegancia tan sugerente mientras te torcías los tobillos tirando de la maleta en lugar de quitarte los zapatos... fue clave, me apasionan las mujeres que me arrancan la risa de manera espontánea.

—Salva debes de ser el eslabón perdido y como suelo empatizar con las rarezas, aquí me veo, aguantándote.

Y como no hay distancia entre el pensamiento y la acción, le estampé la esponja en la cara sin sopesar la posibilidad de ahogarlo. Su suerte fue las campanas del timbre de la puerta.

—¿Quién será?

—¿Tus padres?

—No, me habrían llamado.

—¿A qué teléfono? ¿Al de la maleta? —Hizo un puchero y yo entorné la mirada. ¡Jesús, qué paciencia!—. Tienes menos memoria que la novia del padre de Nemo.

—Dori.

—¿Quién es Dori? —¡Qué martirio! ¿Llegaríamos a nivelar algún día nuestro razonamiento? Sabía que no.

—La amiguita del papá de Nemo. —Increíble y desesperante.

—Salva, van a quemar el timbre.

—Conozco a mis padres y no se presentarían sin avisar.

—Es decir, no piensas bajar a abrir.

—No es mi casa, vendrán a verte a ti.

—Vives aquí, nadie iría a buscarte a la tuya.

—Sigo convaleciente, he perdido totalmente las fuerzas.

—Menudo Thor de quincalla, he de ir buscando otro símil que se ajuste más a tu pereza.

—*Aquaman*.

—¿Quién es ese?

—Yo en este mismo instante.

—A mí me recuerdas más al Chico Percebe —mentí anudándome el albornoz antes de que el visitante hundiera el pulsador.

Bajé descalza con miedo a desnucarme con un resbalón al ir con los pies mojados. Nadie conoce dónde se encuentra su fin y menudo despilfarro sería haberme librado de morir de un tiro en la nuca para partirme la crisma en las escaleras de casa. Aunque bien mirado, si mi sino era descalabrarme, bajar las escaleras con prudencia tampoco era aval de evitarlo.

Abrí no más de un palmo y me encontré con la cara de Cristina.

—Hola de nuevo, Paula.

—Hola. ¿Sucede algo?

—Os habéis dejado el equipaje aquí fuera. —El rubor tiñó mis mejillas recordando el motivo del descuido.

—Oh, gracias. —Abrí para introducirlo en el recibidor.

—Lleva sonando un teléfono bastante rato.

—Salva se lo ha dejado dentro de una maleta. Serán sus padres.

—Sí, hace algo más de una hora los vecinos se revolucionaron cuando entró otro coche en el pueblo —ofrecía los detalles despreocupada, aunque supe que su insistencia no iba relacionada con el abandono del equipaje.

—¿Todo bien, Cristina?

—¿Podemos hablar?

—Bueno, no es el mejor momento, la verdad. —Conocía mi organismo y por cómo me ardían las orejas, mi cara debía de ser puro pimientillo choricero.

—Serán unos minutos. —Siempre me sorprendían las personas que consultaban antes de hacer algo y lo hacían, así la respuesta fuera negativa.

—Pasa, ¿te apetece... agua?

—Estuve aquí ayer, tienes el frigorífico lleno.

—Ostras, gracias Cristina, no era necesario. —Yo solo le dejé las llaves para recoger el correo, esa deferencia era lo último que me esperaba—. Entonces, ¿café?

—Sí, por favor. ¿Qué tal por esas tierras remotas?

—Es un viaje para hacer una vez en la vida... una y ya está. —No me había fijado en lo bonita que era su sonrisa. Corrijo, no la había visto sonreír hasta aquel día—. He demonizado la palabra «chai». Jamás he bebido tanto té, aun siendo la manera más saludable de tomar líquido.

—¿Y el café?

—Allí nadie lo toma, es un revuelto repugnante sin colar al que le has de poner kilos de azúcar para encontrar el gusto.

—Dicen que el buen café no se endulza y el malo no se lo merece.

—Eso puede aplicarse a alguna que otra situación.

—Sí, la grandeza de la palabra reside en su simbolismo.

—Dime, ¿qué has de contarme?

—Tengo todos los resultados de los estudios genéticos.

—Imaginé que se los había llevado la policía judicial.

—Cuando me pediste que los enviara al laboratorio de análisis lo hice a título personal y contraté un apartado de correos de la ciudad.

—Sospechabas que esto sucedería.

—Quise evitar su desaparición o conveniente extravío.

—¿Dónde están?

—En tu nevera. —Admiré su audacia. Tributándole una sonrisa la abrí.

—En el botellero, pegado al frontal por dentro. —Tiré de la bolsa hermética y tintinearón todos los cascós de cristal, sin más comprobé los resultados.

—No dice nada que no supiéramos o sospecháramos.

—Lo del accidente no es cierto, ¿me equivoco?

—No, no lo es.

Le relaté a modo de prolegómeno de una novela de intriga nuestras andanzas, si bien preferí eludir ciertas partes que consideraba denigrantes. Ella seguía la crónica con el ceño arrugado, a ratos enfadada otros indignada y al final, triste... muy triste.

—Imaginar que un médico mediara una trama para provocar un conflicto bélico es incomprendible.

—No es el primero, ni el único ni el último.

—Con mi silencio he contribuido al rapto y asesinato de gente inocente, ¿qué lugar ocupó yo en esa escala delictiva?

—Estabas amenazada, estos tipos no eran rateros, Cristina. Perteneían a

grupos del crimen organizado, tu denuncia no habría llegado a trámite, y tú, hoy, no estarías tomándote un café conmigo, ni cuatro biólogos habrían regresado a sus hogares.

—Cuatro... de tantos.

—Lo peor de estar en la boca del lobo, es el aliento. Un hálito pútrido anquilosante que la mayoría confunde con el miedo. Llegué a pensar que no saldríamos de allí con vida. Encontramos a quince secuestrados y me consuela saber que hemos librado de esa tortura a muchos más.

—¿Qué vamos a hacer con todo esto? ¿Cómo se lo tomarán las familias? ¿Qué les contaremos?

—Son hijos de padres desconocidos a los que unos terroristas han asesinado. Todo el viaje he estado dándole vueltas a lo mismo, y no me encuentro en disposición a dar explicaciones sobre actos aberrantes que no tienen disculpa.

—Dijo entonces Jesús a los judíos que habían creído en él: *«Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres»*.

—Me pregunto dónde estaba cuando se originó todo esto.

—Como siempre, ocupado en otra parte.

Y nos callamos.

Hay tantas clases de silencios como de bramidos. Existe el silencio angustioso, el apaciguador, el perverso, el de los amantes, o el más amenazador: el de los criminales. Los hombres tenemos la capacidad de utilizarlos a nuestro antojo, siguiendo una necesidad, un deseo; convirtiendo un estado de ánimo en una elección, y como cualquier alternativa, cualquier silencio, no será en ningún caso del todo bueno, pero malo del todo, tampoco.

Estuve un par de semanas más intentando dar con la receta para informar sin dañar y por muchas horas que le dediqué al estudio de las emociones, de hablar con psicólogos especialistas en tratar a familias destrozadas después de la pérdida de un ser querido en situaciones incomprensibles, no di con la fórmula para que a los afectados pudieran concebir y aceptar aquella realidad fraguada con mentiras.

Accedimos a pasar unos días en Francia con los Sangreal, un clan maravilloso compuesto por matrimonios amigos, abuelos y amistades solteras que nos propuso continuar con la financiación para el seguimiento de los patrones biométricos de los niños afectados, de manera particular y anónima, sin realizarles exploraciones molestas, solo exámenes comparativos con los percentiles de otros pequeños no afectados por la manipulación de sus cadenas cromosómicas, a lo sumo una analítica anual, que incluso yo les recomendaría dado el desconocimiento sobre las consecuencias de las alteraciones en su ADN.

La idea, desde el punto de vista científico era forzosa, para nada un sondeo estadístico; no dejaban de ser portadores de mutaciones genéticas que transmitirían a otras generaciones, en cambio me incomodaba que aparte de invertir en los estudios, a los padres se les remunerara la disposición. Eran niños, no cobayas, y aquel entuerto había comenzado aceptando una subvención.

Rumiando en eso me sentía dispuesta a exponer la verdad con toda su rudeza, dándoles la oportunidad de que ejercieran su soberano derecho a decidir, y siguiendo esa voluntad, componía una declaración donde iba limando las partes más hirientes según la repasaba. Así a la cuarta vuelta, había desvirtuado tanto los acontecimientos, que de parques sonaban a patraña.

Eider, se sentó conmigo la mañana de aquel domingo de septiembre antes de tomar el avión de regreso, el aroma a manzanas impregnaba el ambiente de notas ácidas, y el sarmiento florecido de las parras retorcidas añadían dulzor. Muchos hablan de la Toscana como uno de los lugares más hermosos del mundo, probablemente no conozcan demasiado de él, yo, comenzaba a transitarlo y hasta en los espacios más inhóspitos se podía encontrar belleza, igual que en aquella *Château* de Toulouse capaz de hacerle sombra a los mismísimos Campos Elíseos.

—No hay nada más duro que ver sufrir a la persona amada —me

sorprendió el comentario, no era una mujer demasiado habladora.

—Sí, pensaba que había cosas peores, pero ahora pongo en duda nada que provoque más angustia.

—La pérdida definitiva —afirmó categórica—, en cambio no dejamos de ser una especie evolucionada con capacidad para adaptarnos a la vida, por complicada que sea.

—Entiendo a dónde quieres llegar.

—Salvo excepciones, el hombre está diseñado para vencer cualquier reto psicológico producto de las emociones, incluso la muerte de un ser querido.

—Asumir, no es aceptar.

—Asumir, es avanzar.

—Son niños, Eider... de padres que no son sus padres.

—Son sus hijos, y los aman. —Sonrió afable observándome con un gesto cercano a la admiración—. Paula, es pronto, tómate el tiempo necesario para hallar la perspectiva adecuada, eres un buen médico, conseguirás dar con la fórmula más adecuada para ayudar a tus pacientes, a tu comunidad.

Y supe qué debía hacer.

Cristina estaba como un flan, si de natural era una mujer con la capacidad comunicativa de una almeja, desde la mañana que hablé con Raquel para que convocara una asamblea extraordinaria extensible al resto de aldeas y urbanizaciones, las únicas palabras emitidas por sus cuerdas vocales eran: sí y no.

Ella nunca imaginó las consecuencias ni el alcance real de aquel fraude, y su mutismo, a su manera de entender, la convertía en cómplice, sin embargo, le asustaba la reacción de los afectados y no se inclinaba por desvelárselo, le faltaba valentía y le sobraba victimismo.

La idea inicial consistía en hablar con cada familia en privado, mas, no podía tratarlo con los términos previstos para las desapariciones o fallecimientos, sería impregnar los sucesos de una anilina innecesaria. Eran niños, con los distintivos reseñables de cualquier pequeño, llenos de energía, creatividad, ingenio, inocencia, amor, felicidad... ¿a qué ensombrecer lo único positivo del secreto?

Por lo tanto, resultaba más sencillo reunir a los vecinos, y sin barajar detalles escabrosos informarles en términos generales. Después, llamaría a consulta a los perjudicados y con los informes genéticos en un ambiente privado y recogido, sería más explícita.

Creo que durante aquellas semanas aparecieron mis primeras canas prematuras.

—Chavalita, ¿aún dándole vueltas?

—La primera parte del dilema la tengo resuelta, pero suspendo en la segunda.

—¿Y por qué no esperas a que pase la inicial y estudias el paso siguiente?

—Salva, te basas en la improvisación para cualquier aspecto de tu vida, y no todo es tomar aire y caminar.

—A mí no me ha ido nada mal.

—Has estado a punto de palmarla a miles de kilómetros de casa, si a eso para ti no es «ir mal» no imagino qué puede serlo.

—Cambias la magnitud de los sucesos a tu antojo. —«Tierra llamando a Salva. Tierra, llamando a Salva. ¿Me escucha?»

—Sí, tienes razón, yo, de preferir explorar un territorio ya de por sí agreste, en moto tragando polvo y humos de los camiones sin añadir más hazañas, necesito endurarme con experiencias al límite de la muerte... —

Entornó la mirada y le habría metidos los dedos en los ojos para recolocarle las pupilas de pura rabia.

—Estamos aquí, los dos, a salvo. Yo sacándote de quicio como de costumbre, tú divirtiéndome con tus reclamos... La vida sigue, Paula, sigue para todos.

—¿Y cómo continuará para algunos? ¿Para mí en concreto que soy el emisario? —En ese instante, mi conato de furia se había consumido como la pólvora de una fuente de artificio pequeña, y al tomarme entre sus brazos incluso me sentí más chica.

—A mi lado. —Suspiré con el mismo grado de satisfacción que de incerteza—. Cada la mañana te arreglarás para atender tu consulta, yo saldré a patrullar por garantizar la seguridad viaria. Por las tardes iremos a correr, nos haremos el amor, y amaneceremos juntos... Eso sucederá, expongas lo que les expongas a todas esas familias.

—Resulta casi inconcebible que cambiara las urgencias de un hospital por un ambulatorio de pueblo por hallar paz, y toparme con semejante galimatías.

—El destino es caprichoso, excéntrico en ocasiones, pero mira, también diste con Thor.

—Salva, ¿puedes intentar hablar sin añadir simplezas diez minutos al día?

—Y lo hago, doctora. Si suma todas las veces incluso las supero.

—Pues acótamelas, porque, chico, me desesperas.

—Te amo.

—Va, Salva... en serio.

—Te amo, siempre en serio. —Y por callarme, me besó.

—¿Estarás a mi lado?

—¿Y cuándo no?

—En sentido físico, Salva, no figurado.

—Estaré sentado con los vecinos, tú no necesitas ayuda para hacerte entender.

—Te quiero en primera fila.

—No sé si es el mejor sitio si comienzan a tirar tomates...

—¡Salva, por favor!

Se reía con mis empujones y reprimendas aminorando la gravedad, algo irritante y grato a la vez, puras contradicciones, como era mi existencia desde que pisé Albricias.

Aunque, tal como nos acercábamos a la sala de reuniones habilitada para acoger a más gente de la prevista, me agarré a su mano con tanta fuerza que debieron de amarotársele los dedos. Él no perdió la sonrisa saludando a los vecinos, ni tampoco hizo por soltarme. Yo medio atragantada, me dirigía a ellos tensa, artificial, sudando incómodamente en frío y cuando subí al estrado ocupado por los representantes civiles del resto de municipios, recordé la imagen de medio siglo atrás en la que solo faltaba el cura y el sargento de la guardia civil, que, de hecho, también estaban entre los asistentes, pero como unos vecinos más.

Raquel, al ser alcaldesa del pueblo más importante de la comarca, hizo un resumen sobre los motivos por los cuales se convocaba la junta, y en el instante que fueron advertidos del fin de las subvenciones anuales por conflictos legales con el gobierno anterior, los habitantes de las aldeas vecinas que desconocían esa particularidad se alzaron de sus bancos, despotricando y señalando a Albricias como malversador.

Lo cierto fue que nuestra alcaldesa, lejos de arrugarse con aquellas protestas, se animó a defender de manera vehemente la honestidad de cuantos formaban el nuevo gabinete, que en realidad éramos todos los albricianos.

—A mí tanto palabreo me sobra —avisó con gesto conminatorio Plácido, padre de gemelos de una aldea adyacente—. Si el alcalde anterior estuvo robando que lo devuelva.

—Eso no se lo podemos exigir los ciudadanos, para eso está la justicia.

—¿Y dónde anda? —Sonsoles, indignada y sin levantarse apoyaba a su marido.

—En busca y captura. No puedo aportar sobre este tema nada más porque es muy reciente y está bajo secreto de sumario.

—¡Más secretos! Aquí lo único cierto es que nos quedamos sin las perras —Ignacio, el abuelo batallitas que corría con su Mobylette todas las tabernas de la zona, también dijo la suya, al fin de cuentas, nadie tributaba aprovechándose de las inyecciones de capital.

—¡Y a pagar! Siempre acabamos por jodernos los pobres.

—Anselmo, se gestionarán los impuestos para mantener el gasto público como sucede en todos los pueblos del mundo. Ya se está trabajando en el importe correspondiente en función a las propiedades...

—Propiedades, ¿qué propiedades? La mayoría de las casas no son nuestras, ¡Yo no pienso pagar un euro por algo que no es mío!

—¿Y no te beneficias del alumbrado cuando llegas del campo a las tantas, Marcelo? ¿O de la recogida de las basuras? —respaldaba así el alcalde de Casares a Raquel.

—¡Esto es un abuso!

—¡Qué caraduras! ¡Pedir dinero ahora!

—Sacad billetes de otro sitio ¡no de los vecinos! ¡Ladrones!

—¡Sin vergüenzas!

—¡Estafadores!

El revuelo era cada vez más sañudo, y comenzó a tomar tintes virulentos cuando los vecinos de Albricias iniciaron una defensa a base de recriminaciones a las que se añadía algún insulto innecesario.

Aunque comencé a asustarme de verdad, cuando Salva le hizo un gesto al bombero jefe de la comarca y sacaron a la vez sus teléfonos, alzándose de sus banquetas para flanquear cada extremo del estrado.

—Vamos a ver, señores... —intervine en tono moderado—. ¡Señores, por favor! —exclamé con algo más de energía, pero guardando las formas—. ¡Señores, calma y atiéndanme, por favor! —repetí en una octava más alta y añadiendo un par de palmadas en la mesa.

Era completamente transparente, igual al aire que no tiene fronteras y pocos reparan en él si no se convierte en ciclón o huracán. Entonces, no sé qué nervio se contrajo o qué tripa se anudó, que cogí el bastón de mando de Raquel y de un golpe lo partí en la mesa.

—¡Queréis cerrad la boca de una puñetera vez!

—Doctora...

—¡Silencio! ¡Ya he escuchado suficientes mentecateces! ¿En qué siglo creéis que estáis? ¿A quién pretendéis engañar con ese arranque de orgullo?

—Creo que usted es la menos indicada para...

—¡A mí no intentes callarme, Juan! ¡Ahora abrid bien esas orejas que la mayoría tenéis taponadas en cerumen!

—Paula... —susurró Cristina desde el primer banco, supuse que con la idea de hacerme recapacitar antes de seguir con mi arrebató.

—Todos llegasteis a estas poblaciones porque en las ciudades no encontrabais un lugar adecuado.

—No podíamos pagarnos un hogar ni mantener a la familia.

—Pues tenéis dos opciones, o tributáis a la comunidad lo que corresponde

como cualquier ciudadano o buscáis otro lugar donde os sintáis más cómodos pagando impuestos.

—¡La culpa ha sido suya, doctora! Durante el tiempo que estuvo Don Tomás, que en Gloria esté, nunca faltaron esas ayudas.

—¡Sí! ¡Seguro que usted no ha querido llegar al acuerdo!

—¡Silencio! —Gritó Cristina que durante la refriega había estado enredando nerviosa con los dedos.

—¡Tú no tienes porqué...!

—¡Tú te callas! ¡Y tú! ¡Y tú! ¡Y todos! ¡No sabéis nada de lo que ha estado sucediendo! ¡Nada! ¡Ni una mierda!

—Cristina, por favor...

Bajé de la tribuna que para nada era mi sitio y la sujeté de los hombros. Temblaba, aunque de rabia, en ningún caso de miedo. Salva también vino a mi lado, manteniéndose a una distancia prudencial y en silencio.

—No, Paula, no..., aquí, todos ellos, todos los que apuntan y braman ¡no tienen ni puta idea!

—Por eso es mejor hablar con más calma —y lo sugería yo que hacía un minuto me había cargado el báculo consistorial.

—¿Serviría de algo aplazarlo? Os preocupáis por el dinero, cuando vuestros hijos ¡esas criaturas tan adorables! ¡Han estado siendo utilizadas para propósitos viles! ¡Y esas subvenciones! ¡Todas esas perras, Ignacio! ¡Todas! ¡Provenían de bolsillos de terroristas que conseguían los fondos a través del narcotráfico! —Se desplomaron estupefactos en las rígidas tablas de roble.

—¿Es eso cierto, Paula?

Vi el miedo en la mirada de Marilia, aquella joven mamá, feliz con su vida sencilla, orgullosa de su familia, y observé a Edu, su marido, un padre entregado a ellos, y comprendí que la verdad no siempre es indispensable, y de ser libertadora no para el perjudicado, sino simplemente para quien carga con el secreto, y por fin estuve convencida de cómo debía proceder.

—Sí, así es. Se utilizaron las arcas públicas para blanquear dinero destinado al terrorismo.

—¿Y eso tú cómo lo sabes? ¿Y qué pintan nuestros hijos en esto?

—¿Los han estado drogando?

—No, pero se manipularon los informes médicos de los niños para obtener fondos legales como tapadera.

—¿Terroristas tienen nuestros datos y los de nuestros hijos?!

—Contaban con sus historiales clínicos, no sus datos personales. Su interés era estadístico, no particular.

—¿Y sigue esa información en manos de los delincuentes?

—No. Han sido detenidos todos los integrantes de la célula extremista y la información está custodiada por las autoridades.

—¿Podemos estar seguros de que la vida de nuestros hijos no corre peligro?

—¿Cómo puedo garantizaros eso? Soy pediatra, Cristina enfermera, no clarividentes, aunque, continuaremos ocupándonos de su salud como hasta ahora.

—Yo no quiero marcharme de mi casa.

—Nadie a dicho eso. —Raúl, otro de los alcaldes, salió al paso en aquel momento—. Un pueblo lo integran sus gentes, mientras estéis conforme viviendo en la localidad, serán vuestros hogares.

—Hay un afamado laboratorio francés que está interesado en controlar el crecimiento de los niños de esta zona.

—¿A santo de qué?

—Tienen un sistema inmune muy resistente.

—¿Y cómo lo saben?

—Por los informes del Instituto Nacional de Estadística —una mentirijilla más no iba a suponer demasiado en el compendio de trolas finales.

—¿No utilizarán esa información como hicieron los otros?

—El historial lo redactaré yo, y sin consentimiento escrito de los progenitores no se facilitará ningún dato ni médico ni personal. Un delegado de los laboratorios realizará una visita en breve para presentarse a los padres adscritos al programa y concretar los detalles. Se realizarán los trámites con nitidez total.

—¿No serán todos los niños?

—Se tomará una muestra aleatoria para que el estudio pueda resultar interesante y válido para la comunidad médica y científica.

—¿Y eso en qué nos beneficia?

—Emitirán un cheque anual gratificando la gentileza de las familias que irá destinado al desarrollo psicosocial de los chicos de la comarca, así podrán disponer de las mismas ventajas educativas de los chavales de las ciudades.

—Y si con ese cheque se pagan los impuestos, ¿no es contribuir?

—Mira, Ignacio, soy yo la responsable de decidir cómo y dónde emplear esa remuneración que ni deberían de ofrecer. Es eso o nada.

Se dedicaron miradas entre sí, resignada, azoradas, expectantes, y era lo propio de la situación, lo excepcional habría sido lo contrario. Si yo estuve un mes intentando encontrar la manera de confrontar aquello y al final el desenlace nada se asemejaba a lo previsto, no se merecían exigencias ni respuestas inmediatas.

—Si alguien cree encontrarse en precariedad económica se pueden solicitar ayudas a través de bienestar social. Somos vecinos, podemos apoyarnos entre todos. Cuando determine qué expedientes son los más interesantes, os citaré para ofreceros información y garantías legales sobre los ensayos, y con todos los datos podréis decidir si deseáis que vuestros hijos formen parte de los estudios bioclínicos. —Tomé de la mano a Salvador con la idea de escapar—. Cristina, ¿nos acompañas?

—No, me quedaré un rato más.

Y con paso firme salimos de la sala de reuniones despidiéndonos de los vecinos a nuestro paso simplemente sonriendo, cortejados por un montón de pares de ojos que nos observaron algunos con cierto grado de bochorno, otros de indignación y la mayoría indiferentes.

—No les dirás la verdad.

—No.

—¿Y si se enteran por casualidad? —Pasó su brazo alrededor de mis hombros mientras los encogía al desconocer el futuro.

—Les mostraré los expedientes del genetista. Aunque denunciaran no iban a recibir compensaciones económicas.

—¿Estás contenta con la solución?

—No es la más justa pero sí la que contentará a la mayoría.

—Hable con Tània, por lo visto Coral ha solicitado la extradición, y es probable que se la concedan en un par de años.

—Tiene causas pendientes en media Europa, saldrá de un penal y la reclamarán en otro.

—Podrá hacer un blog sobre penitenciarías, ahora que ha perdido la licencia en medicina, en algo deberá emplearse.

—Me avergüenza reconocer que ambicionaba tener la mitad de su

intrepidez y valor para superar obstáculos o tomar decisiones.

—Ella te envidiaba, por eso te trajo al pueblo, evitando que prosperaras en el hospital, en la vida... por eso intrigó para que te separaras de tu marido.

—¿A mí? Si yo no tenía nada que ella no pudiera conseguir.

—El envidioso no quiere lo que tienes, desea que no lo tengas.

—Pues si es cierta tu conclusión, se ha cubierto de gloria.

—Entonces, chavalita, ¿damos por concluido el misterio de los chicos de Albricias?

—Sí, para mí es el punto final.

—Para nosotros, no. —Arrugué la frente confundida, asustada, intentando ver la broma, la ironía... ¡era desesperante aquel Thor-pedo de tipo!—. Para ti y para mí, es el punto y seguido.

—Si aparcas los enigmas, te lo compro. De lo contrario, sé libre.

—No te prometeré nada que no pueda cumplir.

—Ni yo te pido nada que no puedas prometer.

—¡Ay, doctora, qué peligro tiene para ser tan chiquitina sin tacones!

—A parte de ponerle ganas al inglés, —le di una palmada en el trasero—, deberías de repasar los apuntes de física elemental.

—¿Por?

—De recordar lo básico, sabrías que la fuerza más poderosa de todo el universo proviene de la estrella más pequeña.

—¡Qué estafa! Mis profesores nunca me mostraron la ruta hacia la que llaman Paula.

—Bueno, todos los caminos llevan a Roma o a Noruega ¿verdad, Thor?

—Mientras nos lleven en adelante juntos, el sitio es lo de menos.

Y esa fue la decisión más sencilla de todas las que había tomado desde mi llegada a la comarca, aceptar a Salva como mi salvador, no de la forma romántica y lánguida de las princesitas de los cuentos que me explicaban de niña, sino como el compañero de peligros, de batallas, ese dispuesto a pellizcar mi ánimo obligándome a no rendirme, a darme el valor que me merecía para conseguir sentirme dueña de mis designios, no promotora de las esperanzas puestas en mí por los demás.

Había conseguido ser la mejor Paula que podía ser para el resto, la mejor para mí, y estaba a mi lado el hombre que sabía valorar las mil facetas de esa Paula.

Y mientras entrábamos en casa juguetones supe valorar las palabras de Ralph Waldo Emerson al afirmar que: *Lo que se encuentra detrás o ante nosotros son asuntos pequeños en comparación a lo que se encuentra dentro.*

FACTA, NON VERBA



—Saca el mantel grande y las pinzas para que no lo levante el aire.

—No comprendo a santo de qué invitas a toda la familia a cenar justo este domingo.

—Porque tus padres se marchan el lunes.

—Paula, ¿te haces una diminuta idea de cuánto nos cuesta quedar a los tres? Cuando el crío de uno no está malo, la del otro se rompe una pierna, o les toca comer con los suegros.

—Anda, fíjate, justo lo que te sucede a ti hoy. —Le di dos palmaditas en el hombro antes de colocarle los platos entre los brazos—. Quedad el fin de semana que viene. Borja acaba de terminar su tanda de antibióticos y Nieves, con una pierna enyesada no se moverá con el brío suficiente para fracturarse la otra.

—Podías habérmelo consultado antes, ¿no crees?

—Te pregunté el lunes si tenías algo que hacer el domingo, dijiste que no.

—Pero nada comentaste de una barbacoa familiar.

—Ni tú de vuestra quedada guerrera.

—Te propongo un acuerdo a medio camino —Jugueteó con las cejas y su sonrisa embaucadora—. Espero a que lleguen tus padres y los míos, saludo y cuando comencéis con los comadreos, yo me marchó.

—Has de estar, es importante.

—¿Para quién?

—Para mí.

—No vas a convencerme con palabras de helado.

—¿Palabras de helado?

—De las que derriten los helados de dos bolas. —Os prometo que siempre fue un tipo inteligente, pero lo disimulaba a menudo.

—¿Tú te consideras un helado?

—Estoy muy rico y en verano te gusto más.

—En verano estás salado y emites más calor que el uranio.

—¿Otro dios? —era pregunta, si bien en verdad afirmaba su condición en inflexión vanidosa.

—Uranio, Salva... uranio radiactivo.

—Di que sí, va... —¿Qué ensayo de paciencia tenía con aquel hombre!

—No es elegante dejarme sola con nuestros invitados.

—Tuyos, los has convidado tú.

—Salva, queda con los chicos para la semana que viene, yo hablaré con Daniela y Sagri, nos iremos a la ciudad con los peques.

—Ya me había hecho la *ilu*...

—¡No seas criatura, por favor!

—Si en realidad vienen a verte a ti.

—Salvathor, ¿estás celoso? —Dejó la vajilla sobre la mesa del comedor para seguirme como un perrito mientras yo trajinaba en los cajones escogiendo la cubertería.

—Puedo ir, regresar durante la cena, saludo, engullo, y vuelvo al coto de *paintball*.

—Está a más de media hora de aquí y según Einstein es imposible viajar a la velocidad de la luz, además de que eres policía y has de dar ejemplo.

—Paula, va... ¿A quién pretendes engañar? Con tu padre es fácil congeniar, pero tu madre... —Se estremeció—, ¡Dios, qué mujer! ¡No me traga!

—Ni yo al principio, y mira qué bien nos entendemos cuatro años después.

—¿No va a perdonarme jamás de los jamases lo de Murghab?

—Eso lo tiene superado, le sentó peor que meses después me casara contigo.

—Me enferma esa mirada acusadora de: «Tú arrastras a mi hija a cometer locuras».

—Si te sientes mal, no te angusties, seremos dos médicos a la mesa y para el reflujo gástrico tu madre tiene un arsenal de hierbas magníficas. —En el reflejo de la vitrina lo enganché haciéndome burlas—. Además, algo de razón tiene la mujer.

—¿Arrastrarte a algo? ¿Yo a ti? ¡Si no hay cristo que lo consiga!

—¡Qué berrinche más tonto, Salvador!

—¿Chocolate? A mí no me gusta esa pasta de cacao saturado en azúcar y aceite de palma —mal imitó el tono repelente de mamá, suavizándolo por no ofenderme—, ¡y anda la suegra cómo traga Godivas!, debe de ser que los bombones caros no son cagarrutas de grasa.

—Te excedes, y si no fuera por la noticia tan especial que les daremos, podrías irte con Jaime y Diego a jugar con las pistolitas a embadurnaros de tinta o a tocar los timbres de los vecinos para salir corriendo después.

—Definitivamente has perdido el oremus... De insinuarle a tu madre que en verano viajamos a Mongolia, es capaz de resucitar a Gengis Khan para que regreses sola.

—No, marido. Este año no recorreremos la ruta de la seda, lo pospondremos unos años más.

—¡Será posible! ¡Y me lo sueltas ahora! Llevo seis meses intentando encontrar una agencia que me asegure el traslado de las motos hasta Ulán Bator.

—Puedes ir tú, o convencer a uno de los chicos o a los dos.

—Sus parientas no son tan tolerantes, además disfruto más contigo. ¡Jolines, Paula, ya lo tenía todo previsto!

—Todo, no.

—Cuatro detalles sin importancia.

—Por suerte, uno, y como me dé la mitad de guerra que tú, me planto.

—¿Qué me ocultas? —no sabría medir cuánto de suspicacia y cuánto de miedo contenía la pregunta.

—Nada, chaval, que después de casi un año de ensayos infructuosos has conseguido dejarme embarazada —restándole entusiasmo e imputándole la demora, confesé mi secretillo de hacía un par de semanas.

Se acercó con sigilo, dominando una emoción que casi se le escapaba por las orejas.

Cuando nos embarcamos en aquel proyecto de traer al mundo a un nuevo ser, él supuso que tras un par de intentos alcanzaría el objetivo, y por mucho que insistí en que la fecundación era un cúmulo de factores químicos y físicos que debían darse simultáneamente, cada mes soportaba unos días de bajón cuando en la cesta de la compra veía la caja de tampones higiénicos.

Insistió en practicar sexo en poses inauditas para facilitar la intrusión de su adalid en mi nave nodriza, me presionaba con llevar un registro de la temperatura basal por descubrir el momento idóneo de la cópula con éxito adquiriendo para ello un set de pruebas de ovulación, se preocupaba en surtirnos de alimentos ricos en nutrientes con los que mejorar su producción de esperma y preparar mi organismo para albergar vida.

A los seis meses de tentativas infructuosas, comenzó a plantearse la infertilidad y a sabiendas de ser precipitado, y por no escuchar todas las tonterías que leía en internet, le propuse realizarnos unos exámenes que arrojaron los resultados esperados: ninguno era estéril.

Con los estudios en la mano fui clara, o se relajaba y recuperábamos nuestra expresión sexual o volvería a tomarme los anticonceptivos, sin embargo, no ser insistente no es sinónimo de despreocupado, y pese a disimular su obsesión, advertía su desánimo periodo tras periodo.

Tuve conciencia del embarazo desde la primera falta, conocía mi cuerpo, conocía los signos, pero preferí hacerme unos estudios diagnósticos descartando complicaciones que provocaran la pérdida de aquel bebé tan anhelado. Sabía por experiencia propia cuánto entristece esa desilusión y preferí sufrirla en silencio a compartirla con él, que tanto lo deseaba.

—¿Es seguro?

—Sí. Una niña. Me realicé unos análisis cribando trastornos y probabilidades de padecer síndromes genéticos, y hoy recibí el mail.

—Tenías que habérmelo dicho...

—Ahora los sabes y no pareces demasiado feliz.

—Es que... Es que... ¡tengo ganas de gritar!

—Pues hazlo, tontorrón.

Me tomó de la cintura para dar vueltas y más vueltas conmigo en el aire, loco de júbilo. Mareados caímos en el sofá.

—¡Una niña!, una muñequita linda a la que enseñaré a conducir, a manejar motos, a disparar pintura, a trepar a los árboles, a escalar montañas, a conocer todas las maravillas del mundo...

—Y a leer, a escribir, a patinar, a ir en bici..., a ser paciente...

—También, también... —y supe que de las sencilleces iba a encargarme yo —. Paula, ¿por qué me haces tan feliz? ¿Por qué cada minuto a tu lado es un minuto que suma? ¿Cómo lo consigues?

—Pues igual que tú, amándote.

Nos besamos entregándonos toda la dicha que nos embargaba, fundiéndonos uno en la boca del otro regalándonos las emociones compartidas. Pero estaba de eufórico, nervioso... y retirándose de mis labios con prisas, descendió del sofá para colocarse de rodillas entre mis piernas, ansioso por descubrir mi tripa esperando ver un abultamiento de seis meses en un embarazo de dos semanas.

—Hola, Ona...

—¿Ona?

—Sí, ¿no te gusta?

—Es muy bonito, aunque no es el típico de la zona, ¿dónde lo has escuchado?

—Tània le leyó a su pequeño un cuento antes de dormir sobre el sol, la luna y el mar en catalán la última vez que nos vimos, y tuvo la deferencia de traducírmelo, me pareció precioso.

—Lo conozco, se lo leía en el hospital a la nena mayor: «*Així les ones, de bon matí, s'aixequen fins al cel per tornar-li al Sol els petons encarregats per la Lluna cada nit*».^[41]

—¿No te parece simbólico?

—Ideal para nuestra hija.

—Oh, chiquitita, qué de cosas haremos juntos... —Sonó su móvil informando de la llamada de Jaime—. Oye, Siri, descuelga.

—¡Hey, tío!

—Hola, Jaime —respondimos al unísono para que supiera que estaba en manos libres, por evitarle la vergüenza en caso de perder el decoro pensando que solo le escuchaba Salva.

—Hola, Paula ¿cómo va? Daniela no sé qué quiere saber de no se qué peso para no se qué jarabe de la tos.

—Luego la llamo —me iba a aclarar mejor con ella.

—Perfecto. Salva, al final, qué.

—Me quedo, viene mi suegra a cenar y por nada del mundo quiero perderme su cara de espanto cuando sepa que su primera nieta llevará mi apellido. —Me besó el vientre con una ternura infinita.

—¡No jodas! ¡Enhorabuena, pareja!

—Gracias, Jaime.

—Mañana lo celebraremos en la comandancia, aunque sea sin alcohol. —Y acarició con la nariz la tripa besándola de nuevo.

—Me alegro por vosotros. En cuanto se lo diga a Dani, te llamará para marujear.

—Encantada estaré de compartirlo con ella.

—Nos vemos.

—Hasta mañana.

Contemplaba a Thor con sus brazos afectuosos rodeando mi cintura con la cabeza descansando sobre mi barriga, exhibiendo esa sonrisa tunante y seductora, triunfal. Y vi en él mucho más entusiasmo a cuando viajábamos a países remotos o encontrábamos sendas perdidas, percibía el orgullo de legar sus experiencias y poder trasmitir sus conocimientos, y aquel SalvaThor padre incluso me enamoró más.

—¿Cuándo podré verla? —no me sorprendió la pregunta, sino que hubiera tardado media hora en formularla.

—Mañana por la tarde tenemos visita con la ginecóloga.

—¿Y nos dará una foto?

—Es una ecografía donde se verá poco más de una judía, Salva, no tiene aspecto de bebé.

—Está ahí, es mi niña y quiero una foto.

—Le pediré una captura, no sufras por eso.

—¿Y que sientes? ¿Te duele algo? ¿Mareos?

—¿Me has visto mareada?

—No, pero como nunca te quejas, nunca lo sé.

—Porque nunca me duele nada lo suficiente para andar con lamentos.

—Doctora, ¿eso ha sido una indirecta?

—Indirecta, dice.

—Vas a librarte de una tortura a cosquillas por si Ona esta dormidita. —Se merecía un beso y por supuesto que se lo di.

—Salva, ¿sabremos hacerlo?

—¿Te refieres a ser padres?

—Ajá.

—Sí, por supuesto. A nuestra manera, equivocándonos y resolviendo muchos apuros mediante la improvisación. Y ya de adulta que escoja su camino.

—Debemos orientarla, me odiaría si se convirtiera en una mujer sin valores, sin respeto por la vida de los demás.

—Imposible siendo tú su ejemplo. Mi único deseo para su futuro es que alcance, como mínimo, la mitad de la felicidad que siento desde que estoy a tu lado.


—O de la mía desde que comparto mi vida contigo.

Suspiré pletórica y él estrechó más su abrazo para continuar regalándome toda suerte de ternuras.

Y anticipé el futuro inmediato, ese instante en que nuestra hija apretaría por primera vez el dedo de su padre y lo mantendría prendido para siempre, admirándolo como el héroe que merecía ser.

Sonreía al imaginar a mi esposo jugando con su pequeña a saltar peñascos o intentando pescar con las manos en la balsa, y en esas rememoré la cita magnífica de Sigmund Freud que manifestaba *no concebir ninguna necesidad tan importante durante la infancia de una persona que la necesidad de sentirse protegido por un padre.*

FIN



Gracias por vuestro tiempo, por elegir esta novela, por animarme a continuar creando historias, mundos y personajes, y es que, de no ser por vuestro apoyo, nada de esto tendría sentido.

Hasta la próxima, queridos lectores.

Sônia A. Kirchen

[1] Médico Interno Residente

[2] Maridín

[3] Arma corta de filo japonesa usada como objeto ceremonial en el ritual del *seppuku* o *harakiri*.

[4] Desorden mental que afecta a la voluntad de la persona, debilitándola y generando una sensación de indecisión constante y patológica

[5] Marca de calzado en forma de zueco.

[6] Alimentación complementaria a demanda.

[7] Grupos de Rescate Especial de Intervención en Montaña

[8] Piscina geotermal de Islandia.

[9] La hierba es siempre más verde al otro lado de la valla.

[10] Gracias

[11] Bien.

[12] Propiedad privada convertida en un lugar de alojamiento donde ofrecen habitaciones con la particularidad de no existir personal a tiempo completo para atender a los huéspedes.

[13] Plato típico tayiko a base de carne y arroz.

[14] Los dados se han lanzado

[15] Caminad

[16] ¡Cara pared!

[17] ¡De acuerdo! ¡De acuerdo! ¡No nos haga daño!

[18] Diosa nórdica de la fertilidad, el amor y la belleza.

[19] Espósalo.

[20] A la mujer, máatala. Él, nos servirá.

[21] ¡No la toques

[22] No me toques, por favor... No me toques.

[23] Tú, hermosa.

[24] Padezco SIDA

[25] *We don't want to hurt them*: No queremos hacerles daño.

[26] ¡Ahora!

- [27] Nos secuestraron hace diez años, somos estudiantes polacos.
- [28] Nos invitaron a presentar un proyecto y nos confinaron en este lugar.
- [29] Detrás de esta puerta está nuestro dormitorio. Nos traen comida tres veces al día, y solo nos permiten salir una vez al amanecer y otra al atardecer.
- [30] ¿La habitación tiene salida directa al valle?
- [31] Sí, pero está cerrada.
- [32] Estarán aquí en una hora para traernos la cena.
- [33] Estáis manipulando esperma para detectar gas Prusiano, ¿cierto?
- [34] Y otros, también.
- [35] ¿Qué sustancias químicas irritantes usáis?
- [36] ¿Tenéis máscaras antigás?
- [37] ¿Cuántas?
- [38] Suficientes para todos.
- [39] *Our only chance is to create a gas that incapacitates them and not us:* Nuestra única oportunidad es crear un gas que los incapacite a ellos y no a nosotros.
- [40] ¿Tenéis cloro y ácido muriático?
- [41] Así las olas, de buena mañana, se levantan hasta el cielo para devolverles al Sol los besos encargados por la Luna cada noche.